

DANIELLE STEEL

DESEOS CONCEDIDOS



Lectulandia

Faith, esposa de un banquero y madre de dos hijas, disfruta de una vida muy acomodada en Manhattan. Sin embargo, cuando acude al entierro de su padrastro y empieza a recordar su infancia, le viene a la memoria un secreto de su pasado. Entonces algo cambia en su vida: Faith tendrá que aceptar que esta no es tan idílica como quiere hacer ver, que ya no comparte nada con su egoísta marido. Así que cuando Faith le dice que quiere estudiar, trabajar, realizarse, la respuesta de él es tajante: no tolerará ningún cambio. Solamente un amigo del pasado, Brad, está dispuesto a apoyarla y ayudarle a afrontar este secreto para rehacer su vida. Gracias a Brad, Faith tiene ante sí el camino hacia el futuro y hacia su propia libertad.

Lectulandia

Danielle Steel

Deseos concedidos

ePub r1.0

Titivillus 23.08.17

Título original: *Answered Prayers*
Danielle Steel, 2002
Traducción: Isabel Merino Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis maravillosos hijos, que son la respuesta a mis plegarias, Beatrix,
Trevor, Todd, Samantha, Victoria, Vanessa, Maxx y Zara, y para Nick,
quien no solo ha sido la respuesta a mis plegarias, sino que es mis plegarias
y mi corazón, como él ha querido siempre.
Los quiero a todos con toda mi alma. Mi cariño para todos.
Mama

1

Faith Madison era menuda y tenía clase. Su expresión era seria mientras ponía la mesa, aliñaba una ensalada y vigilaba la cena que había preparado y que estaba en el horno. Vestía un traje negro, de buen corte y, a los cuarenta y siete años, seguía tan esbelta como cuando se casó con Alex Madison, hacía ya veintiséis. Parecía una bailarina de Degas, con sus ojos verdes y su melena rubia, larga y lisa, que llevaba recogida en un estilizado moño. Suspiró y se sentó, tranquilamente, en una de las sillas de la cocina.

La pequeña y elegante casa de piedra rojiza de la calle Setenta y cuatro Este de Nueva York estaba en absoluto silencio y, mientras esperaba a que llegara Alex, podía oír el tictac del reloj. Cerró los ojos unos instantes, pensando en el lugar donde había estado esa tarde. Cuando los abrió de nuevo, oyó cómo se abría y se volvía a cerrar la puerta de la calle. No hubo ningún otro sonido, nada de pasos en la alfombra del recibidor, ni un simple hola al entrar. Siempre entraba así. Cerraba la puerta, dejaba el maletín, colgaba la chaqueta en el armario y miraba el correo. Al rato, iba a buscarla. Comprobaba si estaba en su pequeño estudio y luego miraba en la cocina a ver si se encontraba allí.

Alex Madison tenía cincuenta y dos años. Se conocieron cuando ella estaba en la universidad, en Bamard, y él en la escuela de administración de empresas, en Columbia. Todo era diferente entonces. A él le sedujeron los modales abiertos y llanos de Faith, su calidez, su energía y su alegría. Alex siempre había sido tranquilo y reservado, cauto en sus palabras. Se casaron en cuanto ella obtuvo la licenciatura y él acabó el máster. Desde entonces trabajaba como experto en inversiones en una empresa. Después de terminar la carrera, ella trabajó durante un año en *Vogue*, como redactora en prácticas, y le encantó. Lo dejó para ir a la facultad de derecho, donde cursó el primer año. Aunque lo dejó también al nacer su primer niño, su hija Eloise, que acababa de cumplir los veinticuatro años y se había ido a vivir a Londres a principios de septiembre. Trabajaba en Christie's y estaba aprendiendo mucho sobre antigüedades. La otra hija de Faith, Zoe, de dieciocho años, estaba en su primer año de universidad, en Brown. Después de veinticuatro años dedicada plenamente a hacer de madre, Faith llevaba en paro dos meses. Las chicas se habían ido y, de repente, ella y Alex estaban solos.

—¡Hola! ¿Qué tal ha ido? —preguntó Alex al entrar en la cocina, con aspecto cansado.

La miró apenas y se sentó. Había estado trabajando de firme en dos OPI^[1]. Ni siquiera se le ocurrió darle un beso o abrazarla. La mayor parte del tiempo le hablaba desde el otro lado de la habitación. No era con mala intención, pero hacía años que no le daba un abrazo al volver del despacho. No tenía ni idea de cuándo dejó de hacerlo. Estaba tan ocupada con sus hijas que no se dio cuenta, hasta que un día se apercibió

de que ya no tenía con ella ningún gesto de cariño al volver a casa. Cuando llegaba por la noche, ella siempre estaba ayudando a las niñas con los deberes o bañándolas. Pero hacía mucho mucho tiempo que no se mostraba afectuoso con ella; más del que ninguno de los dos quería saber o recordar. En el presente había un abismo entre ellos que ambos habían aceptado hacía tiempo y, mientras le servía una copa de vino, Faith sentía como si lo estuviera mirando desde una enorme distancia.

—Bien. Triste —dijo, mientras él hojeaba el periódico y ella sacaba el pollo del horno. Alex prefería el pescado, pero no había tenido tiempo de ir a la compra al volver a casa—. Parecía muy pequeño.

Hablaba de su padrastro, Charles Armstrong, muerto dos días antes, a la edad de ochenta y cuatro años. El responso había sido aquella tarde y el féretro había permanecido abierto para que Charles pudiera ser velado por la familia y los amigos.

—Era viejo, Faith, y llevaba enfermo mucho tiempo.

Lo dijo como si eso no solo lo explicara todo, sino que lo diera por concluido. Alex hacía eso. Apartaba de sí las cosas. Igual que, hacía años, la había apartado a ella. Últimamente, Faith sentía como si ya hubiera cumplido su propósito, hecho su tarea y prescindieran de ella, no solo sus hijas, sino también su marido. Las chicas tenían su propia vida desde que ya no estaban en casa.

Y Alex vivía en un mundo que no la incluía a ella, salvo en raras ocasiones, cuando contaba con su mujer para agasajar a sus clientes o para que lo acompañara a alguna cena. El resto del tiempo daba por sentado que se entretendría sola. A veces, durante el día, se veía con algunas amigas, pero la mayoría tenían, todavía, a sus hijos en casa y siempre andaban muy escasas de tiempo. Durante los últimos meses, desde que Zoe se fue a la universidad, Faith había pasado la mayor parte del tiempo sola, intentando averiguar qué hacer con el resto de su vida.

Alex tenía una vida plena, solo suya. Parecía que habían pasado siglos desde que los dos se quedaban levantados durante horas, después de la cena, charlando de las cosas que les importaban; años desde que iban a dar largos paseos durante el fin de semana o al cine, cogidos de la mano. Apenas conseguía recordar cómo eran entonces las cosas con Alex. En la actualidad casi nunca tenía un gesto de afecto hacia ella y pocas veces le hablaba. Sin embargo, sabía que la quería o, por lo menos, eso pensaba, pero apenas parecía tener ninguna necesidad de comunicarse con ella. Todo era telegráfico y con las palabras imprescindibles. El silencio le resultaba más cómodo, como en aquel momento, mientras ella le ponía la cena delante y se apartaba un mechón de pelo de la cara. Parecía que ni la veía, enfrascado en algo que leía en el periódico. Cuando ella le habló de nuevo, tardó mucho rato en contestarle.

—¿Vas a venir mañana? —preguntó Faith en voz queda.

El entierro de su padrastro era al día siguiente.

Alex levantó la mirada hacia ella y negó con un movimiento de cabeza.

—No puedo. Me voy a Chicago. Reuniones con Unipam.

Había problemas con un cliente importante. Su trabajo tenía preferencia sobre

todo lo demás y así era desde hacía mucho tiempo. Se había convertido en un hombre de mucho éxito. Aquel éxito había pagado la casa en que vivían y la educación de sus hijas y les proporcionó un inesperado nivel de desahogo y lujos que Faith nunca imaginó poder disfrutar. Pero había otras cosas que habrían significado más para ella. Bienestar, risas, calidez. Sentía como si ya no riera nunca y llevara mucho tiempo sin hacerlo, excepto cuando estaba con sus hijas. No era que Alex la tratara mal. Más bien era que no la trataba en absoluto. Tenía otras cosas en la cabeza y no vacilaba en dejárselo claro. Hasta sus prolongados silencios le decían que prefería pensar a hablar con ella.

—Sería agradable que estuvieras presente —comentó Faith, con prudencia, sentada a la mesa frente a él.

Alex era un hombre apuesto, siempre lo había sido. A sus cincuenta y dos años, era también distinguido, con una abundante mata de pelo gris. Tenía unos penetrantes ojos azules y una constitución atlética. Dos años atrás, uno de sus socios murió de repente de un ataque cardíaco y, desde entonces, Alex cuidaba mucho su dieta y practicaba ejercicio con regularidad. Esa era la razón de que prefiriera el pescado a todo lo demás y que dejara a un lado el pollo que ella le había servido. No había tenido tiempo de ser imaginativa. Había estado toda la tarde en la funeraria con su hermanastra, Allison, recibiendo a los que acudían a presentar sus respetos. Las dos mujeres no se veían desde el entierro de la madre de Faith, el año anterior, y antes de eso tampoco se habían visto durante diez años. Allison no había acudido al entierro de su hermano Jack, dos años antes de la muerte de la madre de Faith. Eran demasiados entierros en pocos años. Su madre, Jack y entonces Charles. Demasiadas personas desaparecidas. Aunque ella y su padrastro nunca habían estado muy unidos, lo respetaba y le entristecía pensar que se había ido. Era como si todos sus puntos de referencia familiares fueran desvaneciéndose, desapareciendo de su vida.

—Tengo que estar en la reunión de Chicago mañana —insistió Alex, con la mirada fija en el plato.

Solo picoteaba el pollo, pero no se había molestado en quejarse.

—Hay personas que van a los entierros —dijo Faith, con voz tranquila.

No había nada estridente en ella. No discutía con él; no se le enfrentaba. Pocas veces se mostraba en desacuerdo con él. Además, no valía la pena. Alex tenía una manera especial de retraerse. Hacía lo que quería, por lo general sin consultar con ella, y así había sido durante años. La mayor parte del tiempo funcionaba como una entidad independiente de ella y lo que lo motivaba era el trabajo y lo que este le exigía, no lo que Faith quería que hiciera. Sabía cómo trabajaba y qué pensaba. Era difícil atravesar los muros que levantaba a su alrededor. Nunca estaba segura de si eran una defensa o, simplemente, lo que le hacía sentirse cómodo. Cuando eran jóvenes, las cosas fueron distintas, pero así era su relación desde hacía años. Estar casada con él era vivir en un lugar solitario, pero estaba acostumbrada. Solo que en el presente lo acusaba más, porque sus hijas se habían ido. Durante años, ellas le habían

proporcionado todo el cariño que necesitaba. Era su ausencia lo que sentía, más que la de él. Además, parecía que se hubiera ido apartando de muchos de sus amigos. De algún modo, el tiempo, la vida, el matrimonio y los hijos habían sido los responsables.

Hacía dos meses que Zoe se había marchado a Brown. Parecía feliz allí y todavía no había vuelto para pasar un fin de semana en casa, aunque Providence no se hallaba a mucha distancia. Pero estaba ocupada con sus amigos, su vida, sus actividades en la universidad. Igual que Eloise era feliz en Londres con su trabajo. Faith sentía que todos ellos tenían una vida más llena que ella y llevaba tiempo esforzándose por decidir qué hacer con la suya. Había pensado en volver a trabajar, pero no tenía ni idea de qué podía hacer. Habían pasado veinticinco años desde que trabajó en *Vogue*, antes de nacer Eloise. También había pensado en volver a estudiar derecho y se lo había mencionado a Alex un par de veces. Él creía que era una idea ridícula, a su edad, y la desechó de un plumazo.

—¿A tu edad, Faith? No se empieza a estudiar derecho otra vez a los cuarenta y siete años. Tendrías casi cincuenta cuando te licenciaras y consiguieras el título.

Lo dijo con el más absoluto desprecio y, aunque ella seguía pensándolo de vez en cuando, no le había vuelto a hablar de ello. Alex opinaba que tenía que continuar ocupándose de trabajos de beneficencia, como desde hacía años, y saliendo a almorzar con sus amigas. A Faith todo aquello había empezado a parecerle carente de sentido, en particular desde que sus hijas ya no estaban. Quería algo con más sustancia para llenar su vida, pero todavía tenía que concebir un proyecto que le pareciera sensato y con el que pudiera convencer a su marido de que valía la pena.

—Nadie va a echarme en falta en el entierro de Charles —replicó Alex con tono tajante.

Faith retiró el plato y le ofreció un helado, que él declinó.

Vigilaba mucho su peso, así que tenía buen aspecto y estaba en buena forma. Jugaba a *squash* varias veces a la semana y al tenis los fines de semana, siempre que el tiempo de Nueva York lo permitía. Cuando las niñas eran pequeñas, alquilaban una casa para los fines de semana en Connecticut, pero ya hacía años que habían dejado de hacerlo. A Alex le gustaba poder ir al despacho los fines de semana, si era necesario.

Faith quería decirle que lo echaría de menos al día siguiente, en el entierro de su padrastro. Pero sabía que no serviría de nada. Cuando Alex tomaba una decisión, era imposible hacer que la cambiara. Ni se le había ocurrido que ella podía necesitarlo a su lado. Además, el tipo de relación que mantenían no se prestaba a que Faith explicitara sus deseos. Era una persona competente y muy capaz de cuidar de sí misma. Nunca se había apoyado excesivamente en él, ni siquiera cuando las niñas eran pequeñas. Tomaba las decisiones acertadas y estaba segura de sí misma. Había sido la esposa perfecta para él. Nunca se mostraba «quejica», como él decía. Y tampoco lo hacía en el presente. Pero se sentía decepcionada de que él no quisiera

hacer el esfuerzo de asistir al entierro, por ella. La decepción había llegado a ser un modo de vida para Faith. Alex casi nunca estaba disponible cuando ella lo necesitaba. Era responsable, respetable, inteligente y los mantenía en una situación económica holgada, pero su lado afectivo se había desvanecido, sin dejar rastro, hacía años. Habían acabado teniendo la misma relación que los padres de él. Cuando los conoció, se quedó estupefacta por lo fríos que eran y lo incapaces de expresar su mutuo afecto. El padre se mostraba particularmente distante, justamente como Alex había llegado a ser con el tiempo, aunque Faith nunca le había señalado lo mucho que se parecía a su padre. Alex no era efusivo y, de hecho, le hacía sentirse incómodo que otras personas lo fueran, en especial Zoe y Faith. Sus constantes demostraciones de afecto siempre hacían que se sintiera molesto y todavía más distante y crítico hacia ellas.

De sus dos hijas, Zoe era la que más se parecía a Faith: cálida, afectuosa, bondadosa y con una actitud juguetona que recordaba a su madre cuando era joven. Era una estudiante fantástica y una joven brillante. Eloise estaba más cerca de su padre; tenían una especie de vínculo silencioso que a él le resultaba más cómodo. Era más tranquila que su hermana y siempre lo había sido y, como Alex, con frecuencia era muy crítica con Faith y lo decía sin tapujos. Quizá porque él también lo hacía. Zoe siempre acudía de inmediato en defensa de su madre y se ponía de su parte. Quería haber ido al entierro de Charles, aunque no estaba muy unida a él.

El anciano nunca había sentido ningún interés por las chicas. Sin embargo, resultó que tenía exámenes trimestrales y no podía escaparse. No había ninguna razón para que Eloise hiciera el viaje desde Londres para el entierro de su abuelastro, cuando él nunca le había dado ni la hora. Faith no lo esperaba de ninguna de las dos, pero le habría gustado que Alex hiciera el esfuerzo de acompañarla.

Faith no volvió a mencionarlo. Igual que hacía con muchas otras cosas, lo dejó pasar. Sabía que no ganaría nada discutiendo.

Alex opinaba que ella era perfectamente capaz de ir sola. También sabía, al igual que sus hijas, que Faith y su padrastro nunca habían estado demasiado unidos. Su pérdida era más bien simbólica. Lo que Faith no le había dicho era que resultaba más dolorosa porque le recordaba intensamente a los otros que ya se habían ido. Su madre y su hermano Jack, cuya muerte, tres años atrás, al estrellarse su avión cuando iba camino de Martha's Vineyard, había destrozado a Faith. Jack tenía cuarenta y seis años en aquel momento, y era un excelente piloto, pero uno de los motores se incendió. El avión estalló en pleno vuelo. Para ella fue una conmoción de la que solo hacía poco empezaba a recuperarse. Jack y ella siempre habían sido almas gemelas y los mejores amigos. Él fue su único apoyo emocional y su fuente de consuelo durante su niñez y su vida adulta. Siempre lo disculpaba todo, nunca criticaba nada y era extremadamente leal. Se llevaban dos años de diferencia y, mientras crecían, su madre solía decir que parecían gemelos. En especial, al morir su padre de repente, de un ataque al corazón, cuando Faith tenía diez años y Jack doce.

La relación de Faith con su padre fue difícil; o mejor dicho, fue una pesadilla. Era

algo de lo que nunca hablaba y que le había costado buena parte de su vida adulta resolver. Había trabajado en ello con un psicólogo y hecho las paces con su pasado lo mejor que pudo. Sus primeros recuerdos eran de su padre acosándola. Actuaba de forma sexualmente inapropiada y abusaba de ella desde que tenía cuatro o cinco años. Nunca se atrevió a hablarle a su madre de ello, porque su padre la había amenazado con matar a su hermano y matarla a ella, si lo contaba. Su profundo cariño por su hermano le hizo guardar silencio hasta que Jack lo descubrió, cuando él tenía once años y ella nueve, y él y su padre tuvieron una terrible pelea. El padre le dijo a Jack lo mismo que le decía a ella, que mataría a Faith si cualquiera de los dos hablaba. Era un hombre muy enfermo. Fue algo tan traumático para los hermanos que no volvieron a hablar de ello hasta que fueron mayores y ella iba a terapia, pero forjó un vínculo indestructible entre los dos, un cariño nacido de la compasión y una profunda tristeza en ambos porque aquello hubiera sucedido. Jack se sintió atormentado por el hecho de no haber podido proteger a Faith de la pesadilla que su padre le había infligido, tanto física como emocionalmente. Lo desgarraba saber qué estaba pasando y sentirse impotente para cambiar las cosas. Pero solo era un niño. Y un año después de que descubriera la situación, el padre murió.

Años más tarde, Faith trató de contárselo a su madre, pero los mecanismos de negación de esta fueron insuperables. Se negó a escuchar, creer u oír, insistiendo repetidamente en que lo que Faith decía era una mentira malvada, inventada para difamar a su padre y hacerles daño a todos. Como Faith había temido toda su vida, su madre la culpó a ella y se atrincheró en sus propias fantasías y negación. Insistió en que el padre de Faith era un hombre amable y cariñoso, que adoraba a su familia y reverenciaba a su esposa. De alguna manera, se las arregló para canonizarlo en los años que siguieron a su muerte. Eso dejó a Faith sin ningún lugar donde acudir con sus recuerdos, salvo a Jack, como siempre. Él la acompañaba al terapeuta y sacaba a la luz recuerdos dolorosos para ambos. Faith sollozaba durante horas entre sus brazos.

Pero con el tiempo, el cariño y el apoyo de Jack la habían ayudado a enterrar los viejos fantasmas. Recordaba a su padre como a un monstruo que había profanado la inocencia y la santidad de su vida de niña. A Jack le costó años superar el hecho de que él no pudo impedir que aquello sucediera. Era un vínculo doloroso que compartían y una herida que los dos luchaban valientemente por cerrar. Si finalmente Faith consiguió reconciliarse con aquello fue, en gran parte, gracias a Jack.

Sin embargo, las heridas se habían cobrado un precio. Los dos habían buscado relaciones difíciles, con personas frías y críticas hacia ellos. Se las arreglaron para que la frialdad de su madre se proyectara en sus parejas y encontraron cónyuges que les culpaban de cualquier cosa que fuera mal. La esposa de Jack era neurótica y difícil y lo dejó varias veces, por razones que nadie podía comprender. Por su parte, Alex llevaba años manteniendo a Faith a distancia y echándole la culpa de cualquier problema que se presentara.

La pareja que cada uno había elegido era algo de lo que Jack y ella hablaban con frecuencia y, aunque los dos acabaron comprendiendo lo que habían hecho, ninguno consiguió nunca cambiar el orden de las cosas. Era como si hubieran optado por situaciones que reproducían muchos de sus sufrimientos de niños, para poder vencerlas, esta vez, y hacer que el resultado fuera diferente, pero habían elegido personas a quienes no podían poner de su parte y el resultado en ambos casos fue tan decepcionante como había sido su niñez, aunque menos traumático, por lo menos. Jack lo manejaba siendo conciliador y tolerando casi todo lo que se le ocurría a su mujer, incluyendo los frecuentes abandonos, para no hacerla enfadar y arriesgarse a perderla. Y Faith hacía casi lo mismo. Raramente, por no decir nunca, discutía con Alex; pocas veces expresaba una opinión contraria a la suya. Las lecciones que su padre le había enseñado estaban profundamente arraigadas en su interior. En lo más profundo de su corazón, ella sabía que tenía la culpa de todo. La pecadora era ella, no él y, de alguna manera, ella era la culpable. Su padre la había convencido de ello. Por terrible que fuera, su último castigo fue abandonarlos a los dos al morir. Faith sintió o temió que también era culpable de su muerte y eso la llevaba a ir con mucho cuidado en su matrimonio para no hacer nada que pudiera impulsar a Alex a dejarla. En alguna parte de ella, se había pasado toda la vida esforzándose por ser una niña perfecta, para expiar los pecados que nadie, salvo su hermano, conocía. Algunas veces, a lo largo de los años, pensó en contarle la verdad a Alex, pero nunca llegó a hacerlo. En algún nivel inconsciente y profundo, temía que, si él sabía lo que su padre le había hecho, dejaría de quererla.

En los últimos años, se preguntaba si la habría querido alguna vez. Puede que la quisiera a su manera, pero era un amor basado en que ella hiciera lo que él decía y no lo molestara. Faith tuvo la sensación, desde el principio, de que él no podría soportar oír la verdad sobre lo que su padre le hizo. Su oscuro secreto continuó en manos de Jack y él fue el único cariño incondicional que conoció. Era un cariño mutuo. Ella lo quería total e incondicionalmente, igual que él a ella, lo cual solo hizo que, cuando él murió, todo fuera aún más difícil. Su muerte fue una pérdida casi insoportable para ella, en particular a la luz de todo lo que no tenía en casa.

Fue muy duro para los hermanos que su madre se casara con Charles, cuando Faith tenía doce años y Jack, catorce. Faith desconfiaba de él y estaba segura de que haría lo mismo que había hecho su padre. En cambio, él no le prestó la más mínima atención, lo cual fue una bendición. No era un hombre que se sintiera cómodo con las mujeres o las chicas. Incluso su propia hija era una extraña para él. Era militar y muy severo con Jack, pero capaz, por lo menos, de demostrarle cierto afecto. Lo único que hizo por Faith fue firmar sus boletines escolares y quejarse de sus notas, que era lo que, según creía, se esperaba de él. Era su único cometido. Fuera de eso, Faith no existía para él, pero esa situación le resultaba cómoda. Se asombró cuando no inició prácticas sexuales con ella; lo había dado por sentado y se quedó estupefacta cuando no le mostró ningún interés. El alivio que sentía compensó con creces la frialdad que

Charles exhibía siempre hacia ella y hacia todo el mundo. Por lo menos, ese era un estilo que le resultaba familiar.

Charles acabó por ganarse a Jack haciendo cosas de hombres con él, pero nunca prestó atención a Faith, simplemente porque era una chica. Apenas existía para él. Jack fue el único modelo masculino de Faith, su único vínculo sano con el mundo masculino. A diferencia de su madre y de Charles, Jack era afectuoso, alegre y cálido, igual que ella, en aquel entonces. La mujer con la que se casó se parecía mucho a como su madre había sido siempre; era distante, carente de emoción y fría. Parecía incapaz de ofrecerle calor y cariño. Llevaban vidas separadas y en sus quince años de matrimonio no tuvieron hijos, porque Debbie no soportaba esa idea. Faith no podía entender la atracción que ejercía sobre Jack, pero él tenía devoción por ella y, pese a sus dificultades, siempre encontraba excusas para su carácter y veía cosas en ella que nadie más veía. En el entierro de Jack, Debbie permaneció con la cara completamente inexpresiva y sin derramar ni una sola lágrima. Seis meses después de su muerte, se volvió a casar y se trasladó a Palm Beach. Faith no había vuelto a tener noticias suyas. Ni siquiera una postal por Navidad. En cierto sentido, era otra pérdida más, por poco afecto que Faith le tuviera. De alguna manera, era como un vínculo vivo con Jack, pero también había desaparecido.

La verdad es que, en la actualidad, Faith no tenía a nadie más que Alex y sus dos hijas. Sentía como si su mundo fuera haciéndose cada vez más pequeño. Las personas que había conocido y querido, incluso aquellas por las que había sentido interés, se marchaban una tras otra. Aunque solo fuera eso, formaban parte de su familia, igual que Charles. En última instancia, las cualidades de persona sensata y sana de este, a pesar de su carácter frío y distante, demostraron ser un lugar seguro para ella. En esos momentos todos se habían ido ya. Sus padres, Jack y finalmente Charles. Hacía que Alex y sus hijas fueran todavía más preciosos e importantes para ella.

Temía el entierro de Charles, al día siguiente. Sabía que, aunque solo fuera eso, le recordaría el de Jack, algo que, en sí mismo, sería muy duro. Pensaba en ello cuando pasó frente al estudio donde a Alex le gustaba leer por la noche. Estaba examinando atentamente unos papeles y no levantó la vista cuando ella se detuvo en el umbral. Tenía la capacidad de aislarse, de hacer saber a los demás que no quería que lo tocaran o lo molestaran. Se convertía en inalcanzable para ella, incluso sentado al otro lado de una habitación. Era imposible salvar la enorme distancia que había crecido entre ellos a lo largo de los años. Al igual que los glaciares, se habían movido de forma imperceptible, cada uno de ellos apartándose lentamente del otro, y a esas alturas lo único que podían hacer era mirarse desde lejos y saludarse con la mano. Ya no había medio alguno de acercarse a él. Alex había logrado aislarse completamente, aunque siguiera viviendo bajo el mismo techo que ella. Por su parte, Faith hacía tiempo que había abandonado todo intento. Se limitaba a aceptarlo y seguir con su vida. Pero el vacío que sentía desde que sus hijas se habían marchado era abrumador. Todavía no había encontrado una manera de llenarlo y se preguntaba si lo conseguiría

alguna vez. Observó cómo Alex guardaba los papeles, sin decirle una palabra. Luego se dirigió en silencio al piso de arriba.

Él la siguió al dormitorio media hora más tarde. Faith ya estaba en la cama, leyendo un libro que Zoe le había recomendado. Era una novela divertida y estaba sonriendo para sus adentros cuando él entró. Parecía cansado, pero había leído la mayor parte de los documentos que necesitaba para la reunión de Chicago al día siguiente. La miró un momento y fue a cambiarse y, unos minutos después, se deslizó en la cama a su lado. Era como si hubiera una barricada invisible en medio de la cama. Era una Línea Maginot que ninguno de los dos cruzaba, excepto en caso de extrema necesidad, una vez cada varias semanas o incluso una vez al mes. Cuando hacían el amor era una de las pocas ocasiones en que ella se sentía cerca de él, pero incluso eso era efímero. Era más como un recuerdo de lo que en un tiempo compartieron, antes de seguir cada uno su camino, que algo que los uniera en el presente. Su relación sexual era breve y mecánica, aunque agradable, a veces. No los sueños que compartieron en un tiempo hechos realidad, sino más bien su reflejo. Sencillamente, las cosas estaban así entre ellos. Curiosamente, gracias a una buena terapia, Faith no tenía problemas sexuales, pese a los abusos de su padre. Pero debido a la carencia de comunicación y calidez entre ella y Alex, su falta de relaciones sexuales era, en ocasiones, un alivio para ella.

En esa ocasión, al meterse en la cama, Alex se dio medio vuelta y le dio la espalda. Era la señal de que no quería nada más de ella esa noche. Habían cenado juntos y le había dicho a donde iba al día siguiente. Él sabía dónde estaría ella y Faith sabía, por los planes de su marido, que lo acompañaría a una cena de negocios al siguiente día, por la noche, después del entierro. Era lo único que necesitaban saber uno del otro y lo único que podían compartir. Si ella necesitaba algo más, algún gesto de intimidad o afecto en su vida, tendría que conseguirlo de sus hijas y lo sabía. Era lo que hacía que aún echara más de menos a Jack. Por el tipo de cónyuges que cada uno tenía, se habían necesitado mutuamente, para recibir intimidad, consuelo y calidez.

Faith quería a su hermano con toda su alma y pensaba que cuando él muriera, eso la mataría. No había sido así, pero una parte de ella andaba errante desde aquel día, como si hubiera perdido su hogar. No podía contarle a sus hijas ni a nadie más la clase de cosas que había compartido con Jack, desde siempre. Nunca había habido nadie como él en su vida. Nunca la decepcionó ni le falló en ningún momento. Nunca se olvidaba de hacerla reír ni de decirle lo mucho que la quería y ella hacía lo mismo por él. Él fue el sol de su vida, el corazón, el salvavidas al que se aferró muchas veces. Entonces, con Alex roncando ligeramente a su lado y sus hijas lejos de allí, Faith apagó la luz, sin hacer ruido, y sintió que se deslizaba, calladamente, a la deriva en un mar solitario.

Alex ya se había marchado a Chicago cuando Faith se despertó al sonar el despertador a las ocho de la mañana. El entierro era a las once y había prometido pasar a recoger a su hermanastra con la limusina. Allison tenía catorce años más que Faith y, a los sesenta y uno, era como si tuviera mil años. Sus hijos tenían casi la edad de Faith. El mayor ya había cumplido cuarenta años. Faith apenas los conocía. Todos vivían en Canadá, en la parte norte de Quebec. Allison nunca había mantenido ningún vínculo especial con su madrastra ni con Faith. Ya estaba casada y tenía hijos cuando su padre y la madre de Faith se casaron. Sus hermanastros, Jack y Faith, no despertaron un gran interés en ella.

Allison y su padre no estaban muy unidos, por la misma razón por la que él tampoco estaba muy unido a Faith. Se había graduado en West Point y era militar de carrera. Tenía cuarenta y nueve años cuando se casó con la madre de Faith. Acababa de retirarse y trataba a sus hijastros como si fueran cadetes de West Point. Inspeccionaba sus dormitorios, les daba órdenes y les imponía castigos. Una vez dejó a Jack fuera, bajo la lluvia, toda la noche por haber suspendido un examen en la escuela. Faith lo dejó entrar por la ventana y lo ocultó debajo de la cama. Por la mañana, le echó agua por encima para que tuviera la ropa mojada y luego él se deslizó al exterior en cuanto salió el sol. Charles no se había dado cuenta de nada, pero de haberlo sabido se habría armado una buena.

Su madre nunca intervenía para defenderlos, como tampoco lo había hecho en su anterior matrimonio. Evitaba el enfrentamiento a toda costa. Lo único que quería era una vida tranquila. Su primer matrimonio había sido difícil y yermo emocionalmente. Cuando murió su marido, dejándola ahogada en deudas, pasó dos años de serios apuros económicos. Le estaba agradecida a Charles por haberla rescatado y por estar dispuesto a hacerse cargo de ella y de Jack y Faith. No le importaba que Charles apenas le hablara, excepto para darle órdenes. Lo único que él parecía querer de ella era que estuviera allí y tuviera la casa limpia. De Faith y Jack solo pretendía que obedecieran sus órdenes, sacaran buenas notas y se mantuvieran fuera de su vista. Todo esto ayudó a preparar el terreno para que los hermanos se casaran con personas tan distantes y poco emotivas como Charles y su madre y como el padre de Faith anteriormente.

Faith y Jack hablaron mucho de todo esto el año antes de que él muriera, cuando él y su esposa volvían a estar separados de nuevo. Tanto él como ella eran conscientes del paralelismo que había con sus propias relaciones. Se habían casado con personas frías y distantes, que no eran afectuosas ni cálidas. Aunque, al principio, Alex sí que parecía afectuoso, se enfrió rápidamente cuando nació Eloise y, a partir de entonces, el distanciamiento aumentó más y más. Era su manera de ser. A Faith ya no le molestaba; lo aceptaba tal como era.

Por otro lado, Alex era más refinado que Charles. Este era un hombre tosco, que

se sentía bien entre hombres, un militar de West Point hasta el final. Sin embargo, con los años, Alex había empezado a recordarle a Charles. La madre de Faith había soportado mucho; era su defensa para mantener el mundo a raya. Sin decirlo con palabras, se las arreglaba para transmitir el mensaje de que la vida la había decepcionado, pese a que hacía todo lo que se esperaba de ella. Cuando murió, llevaba casada con Charles treinta y cuatro años. A Jack y Faith nunca les pareció que fuera feliz. No era el matrimonio que Faith hubiera querido para sí; sin embargo, extrañamente, era el que tenía en la actualidad. Se preguntó por qué no fue capaz de darse cuenta cuando ella y Alex se casaron. Por su parte, Debbie, la esposa de Jack, era igual de fría con él.

Su historia personal hizo que Faith tomara la decisión de ser abiertamente afectuosa con Zoe y Eloise. Había hecho enormes esfuerzos por pasarse al otro extremo y lo mismo con Alex, al principio. Pero a lo largo de los años, él le había dejado claro que las muestras de afecto eran algo que no solo hacían que se sintiera incómodo, sino que además no las necesitaba de ella. Quería una vida ordenada, una carrera profesional brillante, una casa elegante y una esposa a su disposición, que hiciera todo lo que él esperaba, mientras él triunfaba en el mundo de los negocios. Le sobraban las pequeñas cosas de la vida, los mimos y la calidez que Faith habría querido ofrecerle. Así que todo el amor que salía a borbotones de ella, se lo prodigaba a sus hijas y a su hermano.

La limusina estaba esperándola frente a la casa cuando salió, a las diez y cuarto. Llevaba un vestido y chaqueta negros, medias negras y zapatos de salón de tacón alto, también negros. Se había recogido el pelo rubio con el mismo moño del día anterior y sus únicas joyas era un par de pendientes de perlas que su madre y Charles le habían regalado. Faith tenía un aspecto sosegado y contenido. Estaba guapa y, pese a la ropa que vestía, parecía más joven de lo que era. Había algo abierto y amable en su cara y tenía una sonrisa fácil y unas maneras delicadas. Cuando llevaba vaqueros y el pelo suelto, parecía casi tan joven como sus hijas. Cualesquiera que fueran los pesares que hubiera sufrido en los últimos años, su rostro no los reflejaba. Cuando se sentó en el asiento trasero de la limusina, pensaba en Jack y en que, de algún modo, se las habría arreglado para ser irreverente, incluso en aquel día sombrío. Habría hecho que todo le resultara más fácil y habría encontrado alguna trivialidad o absurdo sutiles, que le habría musitado al oído. Solo pensarlo, mientras iban hacia el hotel de Allison, la hizo sonreír, a su pesar. Su hermano estuvo dotado toda su vida de un espíritu travieso hasta su muerte, prematura e inesperada.

Jack trabajaba de abogado en un bufete de Wall Street y era muy querido por sus compañeros y amigos. Solo Alex pensaba que era poco serio y discutía con él. Los dos hombres estaban en polos opuestos en todos los temas y Jack encontraba tedioso a su cuñado, aunque raramente lo decía abiertamente, por deferencia a Faith. Sabía que no tenía sentido discutir; a Faith tampoco le gustaba su esposa y hablar de ello solo hacía que todo le resultara más difícil. Sus cónyuges eran un tema tabú la mayor

parte del tiempo, salvo cuando ellos mismos decidían sacarlo a colación. Jack era lo bastante sensato como para hacer el mínimo de críticas posible, debido al profundo cariño que sentía por su hermana.

Allison y su esposo estaban esperando frente al hotel cuando el coche con Faith se detuvo para recogerlos. Tenían un aspecto respetable, decente, de personas de edad. Durante cuarenta años, habían llevado una gran explotación agrícola en Canadá. Tenían tres hijos, casi de la edad de Faith, que les ayudaban, pero que no se habían desplazado para el entierro, y una hija que se quedó en casa porque estaba enferma. Allison y su esposo Bertrand parecían incómodos con Faith. Esta era elegante, una mujer de ciudad, y aunque Allison la conocía desde que era niña, apenas se habían visto, una vez adultas. Sus vidas se centraban en mundos diferentes.

Le preguntaron por Alex y ella explicó que había tenido que salir en avión para Chicago. Allison asintió; solo lo había visto unas cuantas veces y, para ella, era como si fuera de otro planeta. Para él no presentaban el más mínimo interés y no había hecho ningún esfuerzo para hablar con ellos cuando se conocieron ni tampoco cuando los vio en el entierro de la madre de Faith. Sabía que Allison no significaba mucho para Faith. Eran prácticamente extrañas la una para la otra, después de haber formado parte de una misma familia durante más de tres décadas. Mientras el coche se dirigía hacia la iglesia, Faith no podía menos de preguntarse si volverían a verse alguna vez. No sentía ningún apego por Allison y saberlo aumentaba su sensación de pérdida. Allison era otra persona más que estaba a punto de escapársele de entre las manos. Toda su vida se parecía a un proceso de separación. Ya nadie entraba en su vida; todos salían de ella. Jack, su madre, Charles, sus hijas, a su propia manera, y a partir de entonces también Allison. En los últimos meses, había empezado a sentir como si lo único que hubiera en su vida fueran pérdidas. La muerte de Charles, aunque esperada y normal a los ochenta y cuatro años, parecía otro golpe más. Otra partida. Otra persona que se alejaba de ella, abandonándola.

Ella, Allison y Bertrand hablaron poco de camino a la iglesia. Allison parecía serena y tranquila. Ella y su padre se veían poco y nunca habían estado muy unidos. Le dijo a Faith que quería invitar a algunas personas al hotel, después del entierro, por si había alguien que ella quisiera incluir. Había reservado una sala grande y encargado un bufet, lo cual a Faith le pareció un detalle simpático y considerado por parte de Allison. Sería agradable para los amigos de sus padres.

—No estoy segura de cuántas personas conozco —repuso Faith, con franqueza.

La esquila que habían publicado en el periódico decía dónde se celebraba el entierro y ella había llamado a algunos amigos de sus padres, pero muchos de ellos habían muerto o estaban en residencias de ancianos. Charles y su madre habían vivido en Connecticut durante muchos años y tenían allí varios amigos, pero después de la muerte de su madre, Faith hizo que Charles se trasladara a la ciudad, a una residencia. Además, había estado enfermo durante casi todo el último año. Su muerte no fue una sorpresa para nadie. Pero era difícil saber cuántas personas acudirían al

entierro. Faith sospechaba que la asistencia sería más bien escasa. Inmediatamente después del oficio religioso, irían al cementerio, para enterrarlo. Tanto ella como Allison pensaban que lo más probable era que hacia la una y media ya estuvieran de vuelta en el hotel. Contaban con recibir gente durante el resto de la tarde y Allison y Bertrand cogerían un avión de vuelta a Canadá a las ocho de la noche. Faith y Alex tenían una cena de negocios, que sería una diversión bienvenida después de una tarde deprimente.

Al entrar en la iglesia por una puerta lateral, los tres se sorprendieron al ver la cantidad de gente que había acudido y que ya estaba sentada en los bancos. Charles era un miembro respetado de la comunidad de la pequeña ciudad de Connecticut donde vivían. A Faith siempre le había sorprendido que la gente sintiera afecto por él y pensara que era buena persona e íntegro, incluso interesante. En su juventud había estado destinado a lugares exóticos y solía tener historias que contar, aunque no compartiera mucho de todo aquello con su esposa o sus hijastros. Pero las personas fuera del círculo íntimo de Charles siempre habían tenido buena opinión de él. No era tan frío con ellos y se esforzaba por ser agradable, algo que, a Faith, siempre le pareció extraño. En particular porque él y su madre apenas conversaban entre ellos y no podía comprender qué había visto su madre en él, salvo que era un ciudadano serio y responsable y, en un tiempo, atractivo. Pero en lo que concernía a Faith, su padrastro era alguien carente de todo carisma o encanto.

El oficio religioso empezó puntualmente a las once. Faith y Allison habían elegido la música el día antes y el féretro descansaba a unos pasos de ellas, bajo un gran ramo de flores blancas. Faith contrató a su florista habitual para las flores de la iglesia y se ofreció a pagarlas. Allison se sintió aliviada. El oficio era sencillo. Charles era presbiteriano, aunque la madre de Faith era católica y se habían casado por la Iglesia católica. Pero ninguno de los dos era muy devoto, aunque Faith sí lo era, igual que lo había sido Jack. Con frecuencia, habían ido a misa juntos, hasta que él murió.

El sermón fue breve e impersonal, como parecía apropiado. Charles no era la clase de hombre que anima a ponerse poético ni a desgranar anécdotas. El pastor habló de sus logros, de su formación en West Point, de su carrera militar y mencionó a Faith y Allison. Se confundió pensando que las dos eran hijas de Charles, pero a Allison no pareció importarle. Todos cantaron un himno al final y, al hacerlo, Faith notó cómo le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Por alguna razón, acababa de venirle a la memoria una imagen de Charles, cuando era aún joven, una vez que, siendo ellos niños, los llevó a un lago y estaba tratando de enseñar a Jack a pescar; su hermano tenía los ojos brillantes, grandes como platos, y miraba con afecto a Charles, en una de las escasas ocasiones en que lo hacía, cuando este no los estaba reprendiendo. Lo único que veía en esos momentos, en su mente, era a Charles inclinándose hacia Jack, enseñándole cómo sostener la caña y a Jack con una sonrisa de oreja a oreja. Hizo que sintiera la ausencia de Jack más que la de Charles y, al

cerrar los ojos, casi podía notar en la cara el calor del sol de aquel día de agosto. Sintió una enorme tristeza al pensar en aquel tiempo. Ya todo se había acabado y formaba parte de los recuerdos.

No podía contener las lágrimas que seguían bañándole las mejillas y se le hizo un nudo en la garganta cuando los portadores del féretro, empleados de la funeraria, se lo llevaron, igual que se habían llevado el de Jack, tres años antes. Entonces los portadores fueron sus amigos... ¡Tenía tantos! A su entierro asistieron cientos de personas y, para Faith, el recuerdo era solo algo vago y borroso. Aquel día estaba tan destrozada por el dolor que apenas podía recordarlo, lo cual era una bendición. Pero mientras miraba cómo se llevaban el féretro de Charles por el pasillo, unos recuerdos angustiosos volvieron a su mente, especialmente mientras seguía a Allison y Bertrand hacia el exterior. Se detuvieron en el vestíbulo mientras los portadores llevaban el féretro hasta el coche fúnebre y los tres parientes supervivientes de Charles esperaban para estrechar la mano de los amigos.

Iban por la mitad del centenar aproximado de asistentes al sepelio, cuando Faith oyó una voz detrás de ella, tan familiar que lo único que pudo hacer fue quedarse con la mirada fija. Estaba estrechando la mano de una mujer que había sido amiga de su madre y, antes de poder volverse, él se limitó a decir:

—Fred.

Eso la hizo sonreír, a pesar de las circunstancias. La sonrisa seguía iluminándole el rostro al volverse. Solo había una persona en el mundo que la llamara así, además de Jack. En realidad, era él quien ideó ese nombre y Jack lo adoptó. Fue su alias durante los años de la adolescencia. Él dijo siempre que Faith era un nombre estúpido para una chica, así que decidió llamarla Fred.

Faith se volvió con una amplia sonrisa y lo miró, incapaz de creer que estuviera allí. No había cambiado nada en todos aquellos años, aunque tenía la misma edad que Jack, es decir, dos años más que ella. A sus cuarenta y nueve años, Brad Patterson seguía pareciendo un niño cuando sonreía. Tenía los ojos verdes, del mismo color que ella, un cuerpo largo y desgarbado que siempre había sido demasiado delgado, pero que en la actualidad ya no era tan exagerado. De pequeños, Faith siempre le decía que tenía piernas de araña. Tenía una sonrisa que le llenaba la cara, de forma irresistible, una barbilla con hoyuelo y una mata de pelo oscuro que todavía no había empezado a encanecer. Brad fue el mejor amigo de su hermano desde los diez años. Faith tenía ocho años cuando lo conoció y él le pintó el pelo de verde para celebrar el día de San Patricio. Ella, Jack y Brad pensaron que era una idea fantástica, aunque su madre la encontró mucho menos divertida.

A Brad se le habían ocurrido millones de planes y diabluras a lo largo de los años, él y Jack andaban siempre metidos en mil cosas. Fueron inseparables durante más de una década. Asistieron a la escuela secundaria pública de Penn juntos y solo se separaron cuando los dos se marcharon a estudiar derecho. Brad fue a Boak en Berkeley y Jack, a Duke. Allí, Brad se enamoró de una chica y acabó quedándose en

la costa Oeste y luego la vida real se impuso. Se casó y tuvo hijos, mellizos, más o menos de la misma edad que Eloise. A lo largo del tiempo, Jack volaba a verlo una vez cada dos años. Pero Brad dejó de ir al Este. Hacía años que Faith no lo veía cuando acudió al entierro de su hermano. Los dos estaban destrozados y pasaron horas hablando de él, como si al contar todo lo que recordaban de Jack pudieran devolverle la vida. Brad la acompañó a su casa y conoció a Zoe y Eloise, que tenían quince y veintiún años por entonces. A Alex no le causó una gran impresión, lo encontró demasiado de la costa Oeste, como él decía, y lo había tratado con desdén, sobre todo por ser amigo de Jack. Pero a Faith no le importó, lo único que quería era retenerlo. Se escribieron durante un año, pero finalmente, perdieron el contacto. Su propia vida pareció devorarlo. No lo veía desde el entierro de Jack y no había sabido nada de él durante casi dos años. Se quedó estupefacta al verlo allí, en el entierro de Charles y no conseguía imaginar el motivo de su presencia.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La sonrisa que intercambiaron podría haber iluminado la iglesia entera.

—Estaba en la ciudad, en un congreso, y vi la esquila en el periódico de ayer. Pensé que tenía que venir.

Sonreía igual que lo hacía casi cuarenta años atrás. Seguía pareciéndole un niño y, en su corazón, lo sería siempre, por viejo que llegara a ser. No conseguía verlo como un adulto. Era uno de los tres mosqueteros que ella y Jack habían formado con él. Le sonrió, agradecida porque hubiera acudido. De súbito, su presencia hizo que todo fuera más fácil para ella y la hizo sentir como si Jack estuviera también allí.

—Y sabía que te vería aquí —añadió él—. Tienes un aspecto magnífico, Fred.

De niños, él le tomaba el pelo constantemente y, a los trece años, ella estuvo chiflada por él. Pero para cuando Brad se fue a la universidad tres años más tarde, ella ya lo había superado y salía con chicos de su edad. Pero él siguió siendo uno de sus mejores amigos. La entristeció perder el contacto con él, pero resultaba difícil mantener su amistad a través de la distancia y el tiempo. Lo único que tenían era un pasado común y el enorme afecto que ella seguía sintiendo por él. Ambos atesoraban interminables recuerdos de los años que habían compartido mientras crecían.

Lo invitó a que fuera al hotel más tarde y él asintió, mientras la miraba con arrobamiento. Parecía tan emocionado de verla como ella de verlo a él.

—Allí estaré —aseguró con tono tranquilizador.

La había visto llorar mientras cantaba el himno y él también había llorado. Ya no podía oír aquel himno sin pensar en el entierro de Jack, tres años atrás. Fue uno de los días más tristes de su vida.

—Has sido muy amable viniendo —dijo ella, sonriéndole, mientras la gente que presentaba sus condolencias se movía alrededor de ellos para estrechar la mano a Allison y Bertrand.

—Charlie era un buen tipo —comentó Brad, con benevolencia.

Tenía recuerdos amables de él, más amables que los de Faith. Pero él y Jack

hacían cosas con Charles que Faith nunca tuvo la oportunidad de hacer, como ir a cazar ciervos y a pescar en el lago. Era bueno en esas cosas, pero nunca se le habría ocurrido incluir a Faith.

—Además —añadió Brad—, quería verte. ¿Cómo están tus hijas? —preguntó, sonriendo de nuevo.

—Muy bien. Pero, por desgracia, se han ido. Eloise está en Londres y Zoe, en su primer año en Brown. ¿Cómo están los gemelos?

—De impresión. Están pasando un año en África, persiguiendo leones. Se graduaron en UCLA en junio y se marcharon inmediatamente después. Quería ir a verlos, un día de estos, pero hasta ahora no he tenido tiempo.

Faith sabía que trabajaba por su cuenta desde hacía unos años. Ofrecía sus servicios como abogado de oficio para la comunidad y se ocupaba de menores condenados por delitos graves. Jack se lo había contado justo antes de morir y ella y Brad hablaron de ello en su entierro. Pero en esos momentos no había tiempo para hablar de trabajo. Allison le estaba haciendo señas de que tenían que ir al cementerio. Faith asintió y miró de nuevo a Brad.

—Tengo que irme. ¿Vendrás luego al hotel? El Waldorf.

Mientras se lo recordaba, parecía una niña de nuevo y él sonrió. Quería estrecharla entre sus brazos. Algo en su mirada le decía que había pasado por momentos difíciles. No estaba seguro de si era por Jack o por alguna otra cosa, pero había algo muy poderoso y triste en sus ojos que hizo que se le encogiera el corazón, como cuando ella era pequeña y parecía triste. Siempre había tenido una actitud protectora con ella y seguía teniéndola.

—Allí estaré.

Faith asintió. Dos personas los separaron, para ofrecerle sus condolencias y estrecharle la mano.

Brad le dijo adiós con la mano y se alejó. Tenía varias cosas a las que atender antes de ir al hotel. No viajaba a Nueva York con frecuencia y quería ir a algunos de sus lugares favoritos y pasar por un par de tiendas que le gustaban. Habría preferido acompañarla al cementerio, para ofrecerle su apoyo, pero no quería entrometerse. Sabía que sería difícil para ella, a causa de Jack. Los funerales y los cementerios habían acabado siendo demasiado familiares para ella. Se dio cuenta, mientras la miraba cómo entraba en la limusina y se alejaba siguiendo el coche fúnebre, de que su marido no estaba con ella. Se preguntó si habría pasado algo entre ellos —si se habrían separado— y si esa era la razón de la tristeza que había en su mirada. Jack y él habían hablado de ello después de que Faith se casara y ninguno de los dos estaba muy entusiasmado con Alex. Siempre les pareció distante y frío, pero Faith le aseguró a Jack, con insistencia, que era un tipo estupendo y más cálido de lo que daba a entender. Y Brad ya no era tan íntimo de ella como para preguntarle cómo iban las cosas. Sin embargo, le pareció extraño que Alex no estuviera allí.

El breve interludio en el cementerio fue sobrio y lúgubre. El pastor leyó varios

salmos y Allison dijo unas palabras, mientras su esposo permanecía, en silencio, a su lado. Luego, cada uno dejó una rosa encima del ataúd de Charles y se alejó. Habían acordado no quedarse mientras bajaban el féretro a la tumba. Habría sido demasiado triste. Solo había acudido un pequeño grupo de personas y, media hora más tarde, iban camino de vuelta a la ciudad. Era un brillante y soleado día de octubre y Faith se alegraba de que no lloviera. El día que enterraron a Jack diluviaba, lo cual empeoró todavía más las cosas. No es que el sol hubiera ayudado. Nada podía hacerlo. Fue, sin ninguna duda, el día más angustioso de su vida.

Enterrar a Charles era diferente para ella. Era silencioso y triste.

Le hacía pensar en su madre, en el matrimonio que tuvieron y en la infancia que ella y Jack pasaron con ellos. Debido a la experiencia con su padre, al principio, cuando su madre se casó con él, Faith tenía miedo de Charles. No estaba segura de qué podía esperar. Pero se sintió aliviada cuando pronto descubrió que no tenía ningún interés sexual en ella, aunque sí que se mostraba rígido y severo. Con frecuencia, les gritaba. La primera vez que lo hizo, Faith se echó a llorar y Jack la cogió de la mano. Su madre no le dijo nada a Charles en defensa de sus hijos. Nunca había querido causar problemas y no había dado la cara por ellos, lo cual, a Faith, le había parecido una traición. Lo único que su madre quería era que todo funcionara y no importaba lo que hubiera que hacer para lograrlo ni si tenía que sacrificarse ella o sacrificar a Jack y Faith. Lo sometía todo a Charles, incluso a sus propios hijos. Era Jack quien siempre protegía a Faith. Fue su héroe toda la vida, hasta el día en que murió. Pensó de nuevo en Brad y en lo contenta que estaba de que hubiera acudido. Tenía muchas ganas de verlo en el hotel y procuró apartar sus pensamientos de recuerdos dolorosos. Eran demasiados.

El coche se detuvo delante del hotel y Faith y Allison decidieron despedirlo entonces. Faith podía volver a casa a pie o coger un taxi y Allison y Bertrand pedirían un taxi para ir al aeropuerto, a las seis. Lo único que les quedaba por hacer a partir de entonces era pasar unas horas con los amigos de Charles, como mandaba el ritual. Mientras se dirigían al interior del hotel, Allison seguía sosteniendo la bandera doblada que habían retirado del ataúd en el cementerio. Mientras cruzaban el vestíbulo y cogían el ascensor para subir, Faith pensó que la hacía parecer una viuda de guerra.

La sala que Allison había reservado para la tarde era sencilla y elegante. Había un enorme piano en un rincón y un bufet lleno de emparedados, galletas y pasteles. Había café y un camarero ofrecía bebidas y vino. Lo que había dispuesto para comer, era básico pero adecuado. Las primeras personas empezaron a llegar casi cuando Faith acababa de colgar el abrigo. Se sintió aliviada al ver que Brad era el tercero.

Se limitó a esperarlo y sonreír durante unos instantes, mientras él cruzaba la sala hasta ella. Le hizo pensar en lo larguirucho que era de adolescente. Siempre había sido mucho más alto que Faith y, cuando ella era pequeña, solía lanzarla al aire o empujarla en el columpio. Siempre había sido parte del decorado de su niñez y su

adolescencia.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Brad, mientras tomaba un sorbo de la copa de vino blanco que un camarero le había ofrecido.

—Normal. Ya no voy a los entierros, si puedo evitarlo. Pero a este no podía dejar de asistir. Odio los cementerios —comentó Faith, frunciendo levemente el entrecejo; ambos sabían por qué.

—Sí, a mí tampoco me gustan mucho. Por cierto, ¿dónde está Alex?

Sus miradas se encontraron y no se apartaron. Su pregunta dejaba entrever más de lo que parecía y ella suspiró y luego sonrió.

—Ha tenido que ir a Chicago para ver a unos clientes. Volverá esta noche.

No había ningún reproche en su tono, pero Brad pensó que él debía haber estado allí, junto a su esposa. Por ella, le irritó que no estuviera, pero también se alegró. Le proporcionaba tiempo para estar solo con ella, para hablar y ponerse al día. Hacía demasiado tiempo que no charlaban.

—¡Qué lástima! Que esté en Chicago, quiero decir. Y todo lo demás, ¿cómo va?

Mientras hablaban, se sentó en el brazo de un sillón y quedaba casi a la misma altura que Faith, que permanecía de pie.

—Bien, supongo. Me resulta extraño que mis dos hijas se hayan ido. No sé qué hacer conmigo misma. No dejo de decirme que volveré a trabajar, pero no tengo nada que pueda abrirme puertas en el mercado laboral. Pensaba en volver a estudiar derecho, pero Alex cree que estoy loca. Dice que soy demasiado mayor para volver a estudiar y aprobar el examen final.

—¿A tu edad? Mucha gente lo hace. ¿Por qué tú no?

—Dice que para cuando consiguiera el título, ya nadie querría contratarme.

Solo de oírla, Brad se sentía molesto. Además, nunca le había gustado Alex.

—Eso es una tontería. Serías una abogada estupenda, Fred. Creo que tendrías que hacerlo.

Faith sonrió, pero no trató de explicarle lo imposible que sería convencer a Alex. Era un hombre muy terco.

—Alex cree que tengo que quedarme en casa y relajarme, tomar clases de *bridge* o algo parecido.

A ella le sonaba aburridísimo y Brad estuvo de acuerdo. Al mirarla, recordaba su largo cabello rubio de cuando era niña y deseaba poder sacarle las horquillas del moño, por los viejos tiempos. Siempre le había encantado su pelo.

—Te aburrirías mortalmente. Opino que la facultad de derecho es una gran idea. Tienes que mirarlo.

Era exactamente lo mismo que Jack hubiera dicho y volvió a encender su entusiasmo. Llegó un nuevo grupo de gente y fue a saludarlos. Reconoció varias caras y les agradeció su asistencia. Un rato después, regresó con Brad.

—¿Y qué hace Pam ahora? ¿Seguís trabajando juntos?

Los dos eran abogados. Se conocieron en la facultad de derecho, aunque Pam iba

un curso por delante. Jack fue el padrino en su boda, pero Faith solo la había visto una vez. Le había parecido dura y bastante apabullante, pero lista, sin ninguna duda. Definitivamente, Brad había encontrado a su pareja en Pam.

—Diablos, no —respondió Brad, sonriendo—. Ella sigue trabajando en la firma de su padre, que no deja de amenazar con jubilarse, pero que, a sus setenta y nueve años, aún no lo ha hecho, así que no sé si se retirará alguna vez. Se ha especializado en pleitos y cree que yo estoy loco por hacer lo que hago.

—¿Por qué?

A Faith lo que él hacía le parecía interesante y noble. Según lo que le explicó la última vez que se vieron, defendía a una amplia serie de chicos acusados de delitos bastante graves.

—Para empezar, nada de dinero. La mayoría de veces, soy abogado de oficio y el resto, no me pagan, o no me pagan lo suficiente, según ella. Trabajo de día, de noche y los fines de semana. Pam opina que abandoné un chollo de empleo en el bufete de su padre para andar de una cárcel del condado a otra con un puñado de chicos que, supuestamente, no tienen salvación. Lo bonito es que algunos de ellos enderezan su vida, si tienen la oportunidad. Es un trabajo interesante. Y para mí es mejor. Puedes venir y hacerme de pasante un verano, si vuelves a estudiar derecho —comentó, bromeando—. Claro que tendrías que trabajar gratis o quizá podrías pagarme tú; eso estaría bien.

Los dos se echaron a reír mientras se dirigían al bufet, donde Allison les presentó a una pareja que Faith no conocía. Empezaba a haber menos gente, pero Allison pensaba que tenían que quedarse, por cortesía, hasta las cinco, por si alguien llegaba tarde. Así que Faith pudo pasar más tiempo charlando con Brad.

—Bueno, Fred, ¿y qué más? —bromeó Brad cuando volvieron a sentarse, después de comer emparedados de ensalada y huevo con berros, algunas fresas y *petits-fours*—. ¿Algún delito menor? ¿Mayor? ¿Infracciones de aparcamiento? ¿Aventuras? Puedes confesármelo, estoy obligado a la confidencialidad —le aseguró y ella se rio.

Brad comprendió lo mucho que había echado en falta verla en los últimos años. Era tan fácil alejarse debido a la distancia, el paso del tiempo y una vida muy ocupada, la de él, por lo menos. Sin embargo, en cuanto estaban juntos, era como si nada hubiera cambiado. En todo caso, la ausencia de Jack los unía más todavía y les proporcionaba un vínculo más estrecho.

—Bueno, cuéntame qué pasa —insistió Brad.

—No pasa nada —replicó ella, cruzando las piernas, sentada frente a él.

Al mirarlo, pensó que seguía siendo un hombre increíblemente apuesto. Todas las chicas se volvían locas por él, aunque siempre era Jack quien se llevaba las mejores, porque tenía un encanto irresistible y, en cierto modo, Brad era tímido. A Faith siempre le había gustado eso de él.

—Te vas a llevar una enorme decepción. Ningún delito menor ni mayor. Llevo

una vida muy aburrida. Por eso quiero volver a estudiar. Cuando Zoe se fue a Brown me quedé sin nada que hacer. Alex está ocupado todo el tiempo. Ellie también se ha ido. Trabajo, de vez en cuando, para una entidad de beneficencia, organizando actividades para recaudar fondos. Es algo que puedo hacer dormida.

—¿Y qué me dices de aventuras amorosas, Fred? Llevas casada una eternidad. ¡No me digas que te has portado bien siempre, todo este tiempo!

Le hacía lo mismo cuando eran niños. Siempre se las arreglaba para sacarle todos sus secretos, con aquel aire de hermano mayor, y luego los usaba para gastarle bromas. Pero esta vez, la verdad es que no tenía nada que revelarle.

—Ya te lo he dicho. Llevo una vida muy aburrida. Y no, nunca he tenido una aventura. Me parece que no tengo agallas; es demasiado complicado. Además, nunca he conocido a nadie que me gustara. He estado ocupada con mis hijas. Suena terriblemente aburrido, ¿verdad?

Se echó a reír y él sonrió con los verdes ojos fijos en ella.

—Entonces es que todavía debes de estar locamente enamorada de Alex —comentó Brad.

Faith apartó la mirada, pensativa, y luego volvió a mirarlo.

Era extraño, seguía habiendo la misma intimidad entre ellos, incluso después de tantos años. Confiaba en él, en quién era en el presente y en todo lo que había sido siempre para ella. En cierto modo, era un sustituto de Jack. En algunas cosas, en determinados momentos, incluso había estado más cerca de Brad que de su hermano. Brad y ella eran muy parecidos. Jack siempre fue más abierto que ellos dos y más efusivo. Brad y ella siempre habían tenido mucho en común y, en el pasado, le había contado a él cosas que ni siquiera Jack sabía.

—No —contestó Faith con sinceridad—. No estoy enamorada de él; no «locamente», como tú dices. Lo quiero, es una buena persona, buen padre y un buen hombre. Somos buenos amigos. En realidad, no estoy segura de saber qué somos. Creo que su trabajo es su gran amor y que no necesita a nadie cerca, nunca lo ha necesitado. Vivimos en la misma casa, tenemos hijas comunes, acudimos juntos a comidas de negocios, salimos con amigos de vez en cuando. La mayor parte del tiempo, cada uno se ocupa de sus cosas. Ya no tenemos mucho que decirnos el uno al otro.

Brad comprendió entonces que esa era la tristeza que había visto en sus ojos.

—Eso suena a soledad, Fred —comentó, en voz queda, aunque su propia vida no era mejor que la de ella.

Pam y él apenas eran algo más que conocidos, desde hacía mucho tiempo. Las cosas no habían ido bien entre ellos desde que él se puso a trabajar por su cuenta y ella todavía no le había perdonado que dejara el bufete de su padre. Lo interpretaba como un abandono, una especie de traición. Se lo había tomado como algo personal y no era capaz de ver que lo que hacía era lo mejor para él. Se trataba de algo diametralmente opuesto a todo lo que ella quería o creía para los dos. Para ella, lo

más importante, mucho más importante, era ganar dinero, muchísimo dinero.

—A veces sí que me siento un poco sola. —No quería confesarle que se sentía así todo el tiempo. Decirlo no le parecía justo para Alex y, además, admitirlo ante Brad sonaba lastimero—. Alex es una persona muy solitaria y los dos tenemos necesidades diferentes. A mí me gusta la gente y estar con mis hijas. Antes, me gustaba salir con mis amigos y también ir al cine o algún sitio los fines de semana. De algún modo, hemos ido perdiendo todo eso. Alex cree que no tiene sentido hacer nada que no guarde relación con el trabajo.

Incluso sus partidos de golf eran con clientes o personas que quería conocer y con quienes le interesaba hacer negocios.

—Dios —suspiró Brad, pasándose la mano por el pelo y recostándose en el sillón. Odiaba pensar que ella vivía de aquella manera. Se merecía muchísimo más. Eso era lo que Jack siempre decía y Brad estaba de acuerdo—. Suena igual que Pam. Lo único que le importa es cuánto dinero ganamos. Y, francamente —dijo sonriendo con aire tímido—. Escarlata, me importa un pimiento. Quiero decir, claro que no me gustaría que nos muriéramos de hambre, pero eso no va a suceder. Ella gana una fortuna en el bufete de su padre; tiene algunos clientes muy muy importantes. Además, él le dejará todo el negocio cuando se jubile o se muera, lo que pase antes. Tenemos ahorrado más que suficiente. Tenemos una casa estupenda. Unos hijos maravillosos. ¿Qué más queremos? ¿Cuánto más necesitamos ganar? Lo bueno de todo esto es que yo puedo hacer lo que me gusta; no tengo que extorsionar a los clientes ni encargarme por ellos de sus aburridos impuestos. Me gusta lo que hago y significa mucho para mí. Creo que a Pam le resulta embarazoso, porque no gana la cantidad de dinero que cree que debería ganar. Pero, en definitiva, ¿a quién le importa un pimiento, salvo al Tío Sam, el quince de abril? Tenemos más que suficiente para dejarles a los chicos y vivimos muy holgadamente. Pensé que era hora de que yo devolviera algo. Alguien tiene que hacerlo.

—A mí me parece muy coherente —comentó Faith, pensativa.

Sonaba como si hubiera tomado la decisión acertada; para él, por lo menos. Pero también sonaba como si, al hacerlo, hubiera abierto una enorme brecha entre su mujer y él.

—Para Pam, todo se reduce a la posición y el prestigio, a quién conoces, qué piensan los demás, a qué clubes perteneces, a qué fiestas te invitan. No sé, puede que me esté volviendo viejo o raro, pero prefiero estar sentado en una celda de la cárcel, hablando con un chico, que ir a una de esas aburridas cenas de esmoquin y sentarme al lado de una bruja que no trabaja y no tiene absolutamente nada que decir.

Se acaloró mientras hablaba de ello y Faith le sonrió.

—Parece que estás hablando de mí. Creo que es el mejor argumento que he oído para volver a la facultad.

—Puede que lo sea —repuso él, con franqueza—. No lo sé. Solo sabía que tenía que hacer algo mejor con mi vida que planificar patrimonios o escuchar a la gente

quejarse de sus impuestos y tratar de ayudarla a conservar su fortuna para sus hijos, que tendrían que salir y ganarse la vida y, probablemente, nunca lo harán. Creo que habría matado a alguien si me hubiera quedado en el bufete.

La verdad es que odió todos los años que trabajó en la firma del padre de su mujer y que lo único que deseaba era marcharse.

—¿Sabes?, me aburro mucho, sin nada que hacer en todo el día —confesó Faith—. Me siento como si estuviera desperdiciando mi vida. Las chicas tienen su propia vida. Alex tiene su trabajo. No sé qué hacer conmigo mismo ahora que no tengo que cuidarlas. Lo único que tengo que hacer es preparar la cena. Solo puedo ir a un número determinado de museos y almorzar con un número determinado de amigas.

—Tienes que volver a estudiar, seguro —dijo él con voz convencida—. A menos que quieras volver a trabajar.

—¿Y hacer qué? No he trabajado desde que nació Ellie y la verdad es que entonces solo era una mandada con pretensiones. A los veintidós, puedes hacerlo, pero no a mi edad. No tiene sentido. El problema es que ya no sé qué lo tiene. Además, a Alex le va a dar una apoplejía si vuelvo a estudiar.

—Puede que se sienta amenazado —comentó Brad—. Tal vez le guste saber que no tienes nada que hacer y dependes de él. Pienso que, en parte, eso es lo que pasaba con Pam. Creo que le gustaba saber que trabajaba para ellos. Me hacía sentir una claustrofobia de todos los demonios. Prefiero fastidiarla y que se vaya todo al traste yo solo, sin ayuda de nadie más.

—Estoy segura de que eso no va a pasar —replicó Faith, con confianza—. En mi opinión, lo estás haciendo bien o, por lo menos, estás haciendo lo acertado. No parece que el dinero sea realmente un problema para ninguno de vosotros dos.

Resultaba una situación muy agradable.

—El dinero es una cuestión importante para ella. Es la forma en que se mide a alguien, por su éxito y por el dinero que trae a casa. No creo que, en última instancia, eso sea lo que cuente. Cuando me muera, quiero saber que he representado algo para alguien, que he cambiado una vida o dos, que he salvado a algún chaval y que he impedido que destrozara su vida. No puedo decirme eso si me dedico a ahorrarle dólares en impuestos a gente que, en cualquier caso, tiene demasiado dinero.

—Me parece que Alex y Pam podrían ser gemelos —dijo Faith sonriéndole.

Siempre le habían gustado sus valores y opiniones, incluso cuando eran niños. Y lo sintió cuando Allison le recordó que tenían que dejar la sala a las cinco y que ellos salían para el aeropuerto a las seis.

—Creo que todo ha salido bastante bien —le comentó la mujer a Faith.

Todos tenían un aspecto cansado, pero habían acudido muchos de los viejos amigos de Charles y había sido una tarde llena de afecto y respeto.

—Has hecho un trabajo magnífico —repuso Faith, preguntándose si volverían a verse alguna vez y, aunque nunca habían sido íntimas, ese pensamiento la entristeció—. A Charles le habría gustado.

—Creo que sí —dijo Allison, mientras las dos recogían los abrigos y Bertrand firmaba el cheque.

Había insistido en que querían pagar el refrigerio. Faith había pagado las flores de la iglesia, que habían costado casi lo mismo.

Brad fue hasta el ascensor con ellos. Allison y Bertrand iban arriba, a su habitación, a recoger sus cosas y Faith, abajo, al vestíbulo a coger un taxi.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó Faith a Brad mientras esperaban el ascensor con Allison y Bertrand.

—Mañana por la mañana —respondió él en el momento en que llegaba el ascensor.

Faith y Allison se abrazaron, mientras Bertrand aguantaba la puerta.

—Cuídate, Faith —dijo Allison.

Agradecía todo lo que Faith había hecho aquellos dos últimos días.

Ambas tenían la misma sensación de que quizá sus caminos no volverían a cruzarse.

—Lo haré. Cuídate tú también. Llámame alguna vez.

Eran las palabras de dos personas que no tienen nada que decirse, pero que comparten un retazo de vida en común.

Entraron en el ascensor y Faith les dijo adiós con la mano mientras se cerraban las puertas. Luego se volvió hacia Brad, con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy tan cansada de perder a la gente... de decir adiós... de tantas personas que salen de mi vida y no vuelven más...

Brad asintió y la cogió de la mano cuando llegaba el ascensor y mientras bajaban en silencio.

—¿Tienes prisa por volver a casa? —preguntó, cuando cruzaban el vestíbulo hacia las puertas que daban a la Quinta Avenida.

—No mucha. Vamos a salir esta noche, a las ocho. Hasta entonces tengo tiempo.

—¿Quieres que vayamos a algún lado, a tomar algo? —propuso Brad, aunque acababan de pasar toda la tarde comiendo y bebiendo, arriba, en la sala.

—¿Qué te parece si me acompañas a casa, dando un paseo?

Eran veinticuatro manzanas, un buen paseo, y ella necesitaba un poco de aire fresco. A Brad le gustó la idea y tras salir por la puerta giratoria, se dirigieron hacia el norte por Park Avenue, cogidos del brazo.

Durante un rato, guardaron silencio y luego rompieron a hablar los dos al mismo tiempo.

—¿Qué vas a hacer ahora, Fred?

—¿En qué vas a trabajar, cuando vuelvas a casa?

Se echaron a reír y él respondió primero.

—Estoy tratando de que declaren inocente a un chico que mató de un disparo, por accidente, a su mejor amigo. Quizá no fue exactamente un accidente, tal como se desarrolló todo. Los dos estaban enamorados de la misma chica. Tiene dieciséis años

y está acusado de intento de asesinato en primer grado. Se trata de un caso difícil y él es un buen chico.

Era uno de los casos habituales de los que se ocupaba Brad.

—No puedo competir con eso —comentó ella, mientras seguían andando, juntos, al mismo paso, pese a las largas piernas de él.

Brad se iba acordando de cómo adaptar su paso al de ella. En los viejos tiempos, habían dado largos paseos juntos.

—En realidad, no tengo nada que hacer.

—Eso no es verdad —dijo él tranquilamente y ella se sorprendió—. Vas a llamar a las universidades de Columbia y Nueva York y a cualquier otra que te apetezca para pedirles los folletos y los formularios de matrícula para la facultad de derecho. Tendrás que enterarte de a qué exámenes tienes que presentarte. Tienes mucho que hacer.

—Qué bien me lo has organizado todo, ¿no? —La expresión de Faith era divertida, pero tenía que admitir que le gustaba la idea, igual que a él.

—Te llamaré la semana que viene para ver cuánto has progresado. Y si has tirado la toalla, te pegaré una buena regañina. Tienes que sacudirte la apatía, Fred. Ya es hora.

Había vuelto a entrar en su vida como si fuera el sustituto de un hermano mayor. Como en los viejos tiempos. No discutía lo que él le decía, pero todavía no sabía cómo iba a convencer a Alex ni si podría lograrlo. Tampoco sabía si sería lo bastante valiente para desafiarlo abiertamente. No le parecía una buena idea y siempre le había dado miedo enfrentarse a él. El recuerdo persistente de las críticas y abusos de su padre hacía que siempre vacilara cuando tenía que plantar cara a un hombre. En un nivel profundo y oculto sospechaba que tenía miedo. Los únicos hombres que nunca la habían asustado eran Jack y Brad, claro.

—Por cierto, ¿tienes *e-mail*? —preguntó, práctico, mientras llegaban a la Sesenta.

Estaba oscureciendo y Park Avenue estaba espléndidamente iluminada y llena de gente que volvía a casa después del trabajo.

—Sí. Acabo de comprarme un portátil para poder enviarle *e-mails* a Zoe. Lo manejo bastante bien.

—¿Qué dirección tienes?

—FaithMom@aol.com.

—Tendrías que cambiarlo por Fred —le dijo, sonriéndole—. Te escribiré cuando vuelva a San Francisco.

—Me gustaría mucho, Brad. —Sería agradable seguir en contacto con él esta vez. Esperaba que los dos hicieran el esfuerzo. Si él disponía de tiempo. Tenía una vida mucho más ocupada que la de ella—. Gracias por estar aquí hoy. Has hecho que fuera mucho más fácil para mí.

—Pasé buenos ratos con Charles hace mucho tiempo. Pensé que se lo debía. —A Faith seguía costándole imaginar a Charles en ese contexto, pero estaba claro que se

había interesado mucho más en Jack y Brad que en ella o en Allison—. Y quería verte. —La voz de Brad se hizo más tierna, mientras seguían caminando y ya estaban a mitad de camino de su casa—. ¿Cómo lo llevas sin él?

Los dos sabían a quién se refería; hablaba de su hermano.

—A veces no demasiado bien —respondió ella, mirando a la acera mientras andaban y pensando en Jack. Era una persona tan extraordinaria. En su vida, nunca había habido nadie como él y nunca lo habría—. Y otras veces, mejor. Es extraño; a veces estoy bien durante meses y luego, de repente, me hundo. Quizá sea siempre así.

Había pasado mucho tiempo sola, luchando con su dolor, desde que él murió. Eso había sido otra de las cosas que la habían apartado de sus amigos. El dolor es algo solitario. Con frecuencia, iba a la iglesia sola, a rezar por él. Era reconfortante. Había intentado hablar con Alex de lo mucho que echaba de menos a su hermano, pero era algo que lo hacía sentir incómodo y resultaba violento comentarlo con él. No le gustaba saber nada de aquello. En una ocasión fue a un parapsicólogo, que había «canalizado» a Jack, y Alex se puso hecho una furia cuando se lo contó y le prohibió que volviera a hacer una cosa así o a hablar de aquello con él. Le dijo que era algo enfermizo y que el parapsicólogo se había aprovechado de ella. Pero, en realidad, a Faith le había gustado. Volvió un par de veces, pero no se lo dijo a Alex. Mientras andaban, se lo contó a Brad, quien tampoco estaba convencido de su autenticidad, pero no veía ningún daño en ello si hacía que ella se sintiera mejor. No le parecía que hubiera ningún mal en hacerlo.

—Yo también lo echo de menos, Fred —dijo con ternura. Brad era una persona tierna—. Es tan extraño pensar que se ha ido... Todavía no puedo creerlo. A veces estoy a punto de llamarlo. Cojo el teléfono cuando pasa algo raro o estoy disgustado o preocupado por algo o necesito consejo... y luego me acuerdo. No me parece posible. ¿Cómo puede desaparecer alguien como Jack? Es la clase de persona que tendría que vivir para siempre. ¿Tienes alguna noticia de Debbie?

Por sus propias razones, ella también había desaparecido. No había mantenido ningún contacto con nadie de la familia de Jack. Faith ni siquiera sabía dónde estaba en la actualidad, salvo que vivía en las inmediaciones de Palm Beach. Por lo menos, allí se instaló cuando se marchó y desapareció.

—No sé nada de ella —respondió Faith—. No creo que vuelva a tener noticias tuyas. Me parece que sabe que nunca me gustó, aunque lo intenté, por Jack. Y a Jack lo trató mal.

Amenazaba con dejarlo de forma regular, se separó de él repetidas veces y nunca apreció lo maravilloso que era como persona. Esto era una constante fuente de irritación para Faith, aunque Jack defendió a Debbie de manera incondicional durante todos los años que duró su matrimonio.

—Siempre pensé que era una relación enfermiza. No sé por qué la soportaba. Ella apenas me dijo dos palabras en el entierro y se marchó de la ciudad dos semanas después, sin molestarse en despedirse. El abogado de Jack me dijo que se había

vuelto a casar. Utilizó el dinero del seguro para comprarse una casa y luego se casó con alguien. Creo que trató a Jack muy mal.

—Yo también lo creo. Opino que fue mala suerte que no tuvieran hijos.

—Es probable que ella no me dejara verlos, de todos modos —comentó Faith, tristemente y luego volvió a mirar a Brad. Era muy agradable hablarle de Jack, de la vida y de los viejos tiempos—. ¿De verdad vas a enviarme un *e-mail*? —preguntó, recuperando un aspecto juvenil.

A Brad le hubiera gustado pedirle que se soltara el pelo, para parecerse más a la Fred que siempre había querido. Toda su vida fue la hermana pequeña que nunca había tenido. En ciertas cosas, seguía pareciéndole una niña, hacia la que sentía un impulso protector.

—Te he dicho que lo haría.

La rodeó con el brazo y la estrechó contra él mientras seguían andando. Ya casi estaban en su casa.

—¿No te alejarás de nuevo? Te echo de menos cuando no sé nada de ti. Ya no queda nadie de mi infancia, excepto tú.

—Te prometo que tendrás noticias mías. Pero quiero que busques información de las universidades. El mundo necesita más abogados como tú.

Aquello hizo que los dos se echaran a reír. Unos minutos después, estaban frente a la casa de Faith. Tenía un aspecto elegante y respetable, con las molduras recién pintadas de negro, resaltando contra el ladrillo, y un seto bien recortado delante.

—Gracias por venir hoy, Brad. Es extraño, pero ha acabado siendo un buen día. Resulta raro decir esto de un funeral.

Había significado mucho poder pasar tiempo con él. Era más feliz de lo que lo había sido desde hacía mucho. Se sentía cómoda y en paz, segura y querida, casi como se sentía de niña, cuando siempre iba a todas partes con Brad y con Jack. Eran las únicas personas por las que había sentido afecto en su niñez.

—Creo que a Charles le habría gustado, de haber estado aquí. Me alegro de haber ido. Hacía mucho tiempo que tú y yo no hablábamos. Cuídate mucho. Me preocupas —dijo mirándola con inquietud.

Ella levantó la cara hacia él con una sonrisa valiente.

—Estaré bien. Que tengas un buen viaje a California y no trabajes demasiado.

—El trabajo es lo que más me gusta —admitió él.

Aparte de sus hijos, era lo único que tenía auténtico significado para él. No le quedaba mucho en común con Pam y ya no estaba seguro de que alguna vez lo hubiera tenido. Le dio un fuerte abrazo y llamó a un taxi.

Ella miró cómo subía y el coche arrancaba. Él bajó el cristal de la ventanilla justo antes de doblar la esquina y le dijo adiós con la mano. Faith no estaba del todo segura de volver a saber de él. Se había alejado de su vida varias veces. Después de la universidad y, otra vez, tras el entierro de Jack. Pero, por lo menos, habían compartido aquel día maravilloso. Extrañamente, había sido como compartir unas

horas no solo con él, sino con Jack. Todavía sonreía para sus adentros mientras giraba la llave en la cerradura y entraba en la casa.

Oyó moverse a Alex en el piso de arriba. Colgó el abrigo y subió lentamente la escalera, pensando en Brad.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Alex, cuando ella entró en la habitación.

Ella lo miró con una sonrisa.

—Bien. Todo fue bien. Allison reservó una sala en el Waldorf y acudió mucha gente. Muchos amigos de Charles y de mi madre. Y Brad Patterson. No lo veía desde... desde hacía mucho tiempo.

—¿Quién es? —Alex parecía distraído.

El televisor estaba encendido porque había estado viendo las noticias. Llevaba puestos los calzoncillos y los calcetines y estaba abrochándose la camisa, blanca y recién almidonada. Mientras hablaba con ella, se anudó la corbata.

—Es un amigo de Jack. En realidad, su mejor amigo. Crecimos juntos. Lo conociste en el funeral de Jack. Vive en San Francisco. Es probable que no lo recuerdes.

Había asistido muchísima gente y Alex nunca prestaba demasiada atención a detalles como aquel o a las personas que no le eran útiles. Para él, Brad debía de encajar en esa categoría.

—No, no me acuerdo. ¿Estarás lista a tiempo? —preguntó, con aire preocupado.

Era una noche importante para él; una cena que daba uno de los socios principales de la firma para un cliente que acababan de conseguir. No quería llegar tarde. Pero Faith raramente se retrasaba.

—Estaré lista en media hora. Me daré un baño rápido y me arreglaré el pelo. ¿Qué tal Chicago?

—Aburrido, pero necesario. Todo fue muy bien.

No le preguntó nada sobre el funeral, pero eso no la sorprendió. Una vez que decidió que no iba a asistir, Alex lo había borrado de su mente.

Faith fue al cuarto de baño y, tal como había prometido, volvió a salir media hora más tarde, vestida con un traje de cóctel de seda negra y el cabello cayéndole recto por la espalda. Más parecía una de sus hijas que su esposa. Las dos tenían el pelo rubio, como Faith. Alex la miró, valorándola, y asintió, pero sin decir nada. Habría sido agradable oírle decir que estaba muy guapa, pero eso era algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

Salieron de casa cinco minutos más tarde y pararon un taxi. La cena era en Park Avenue, a diez manzanas de allí, y Alex no le dijo nada a Faith en todo el camino. Ella no se dio cuenta. Tenía la cabeza a millones de kilómetros de allí. Estaba pensando en Brad. Había sido tan agradable hablar con él toda la tarde... No se había confiado a nadie de aquella manera en mucho tiempo; no desde la última vez que habló con él, cuando murió Jack. De repente, le hacía sentir que alguien se interesaba por su vida, sus preocupaciones, sus temores, las cosas que eran importantes para

ella. En él había encontrado la familia que anhelaba y que sentía que había perdido en los últimos años. Le recordaba algo que, en esos días, a veces olvidaba; le importaba a alguien y alguien la quería.

Alex volvió a Chicago a la semana siguiente y, sorprendentemente, al regresar se esforzó para pasar algo de tiempo con Faith durante el fin de semana. Fueron a dar un paseo por Central Park el sábado y el domingo cenaron temprano en un restaurante cercano. El domingo, Alex pasó el día en el despacho, pero su propuesta de salir juntos cuando Faith volviera de la iglesia fue toda una sorpresa. No era habitual que pasara tiempo con ella durante el fin de semana y a Faith le conmovió que lo hiciera. Alex pensaba viajar de nuevo a Chicago y estar allí toda la semana.

Faith llamó a Zoe el lunes por la noche y le preguntó si tenía algo de tiempo libre. La había echado mucho de menos y le propuso ir a visitarla. A Zoe le entusiasmó la idea. Ella y su madre siempre habían estado muy unidas. Le propuso a Faith que fuera a Providence el martes por la noche. Quería pasar la noche en el hotel con ella, aunque se llevaba bien con sus dos compañeras de habitación. Faith sonreía cuando colgó y llamó al hotel para reservar habitación.

El martes por la noche, Faith bajó del avión, cogió un taxi hasta el centro de Providence y se registró en el hotel. Zoe llegó media hora más tarde, con una bolsa de fin de semana. Más que madre e hija, las dos parecían hermanas mientras charlaban, reían y se abrazaban, instaladas cómodamente en la acogedora habitación. Por la noche, salieron a cenar y Faith le contó a Zoe el entierro de Charles y que había visto a Brad. Les había contado, a sus dos hijas, historias interminables sobre su infancia con él y Jack, y Zoe se dio cuenta enseguida de lo feliz que la había hecho ver de nuevo a su antiguo amigo.

—Le hablé de volver a estudiar —le explicó Faith, mientras tomaban el postre.

Ella y Zoe habían hablado sobre ello antes de que la muchacha se fuera a Brown y esta creía que era una idea estupenda. Pero no había vuelto a saber nada más desde entonces y se alegró de que su madre no hubiera descartado la posibilidad. Sabía que necesitaba llenar su vida con algo.

—Creo que es una idea estupenda, mamá —dijo Zoe animándola. Era consciente de lo sola que estaba su madre desde que Ellie y ella dejaron la casa—. ¿Ya has hecho algo al respecto?

—Pensaba ir a recoger los folletos y comprobar qué pruebas tendría que hacer. Tendría que prepararme para el examen de admisión a la facultad de derecho. Ni siquiera estoy segura de poder aprobar y, mucho menos, entrar en la facultad.

Se la veía nerviosa, pero también animada, y Zoe se sintió entusiasmada. Faith parecía más feliz y más alegre de lo que Zoe la había visto en meses.

—Podría hacer algunos cursos generales de derecho en la Escuela de Educación para Adultos, de la Universidad de Nueva York, y un curso preparatorio para el examen de admisión a la facultad de derecho, que me sería necesario. Todavía no lo he decidido, pero sería divertido y mucho más interesante que las clases de *bridge* que papá piensa que debería tomar —le confesó a Zoe, con una sonrisa pícaro.

—Bien hecho, mamá.

Luego, la bonita rubia que era la viva imagen de su madre frunció el entrecejo. Conocía todos los obstáculos que Faith tendría que superar. Faith también.

—¿Se lo has dicho a papá?

—Todavía no. Hablamos de ello hace un tiempo. No le gustó demasiado.

Como bien sabía Zoe, eso era una forma suave de decirlo.

—Vaya sorpresa. No, claro, al Hombre de Hielo no le gusta la idea de que seas independiente, mamá. Solo quiere que te quedes en casa, esperando que él llegue para cuidarlo.

—No está bien que hables así de tu padre —replicó Faith, lealmente, pero las dos sabían que era verdad—. En realidad, me propuso que le dedicara más tiempo a las obras benéficas. Le gusta que esté ocupada.

—Siempre que no sea en algo que represente una amenaza para él. —Zoe era asombrosamente sagaz—. Además, ya has hecho suficientes labores de caridad. Nos has cuidado a todos, ahora tienes que hacer algo para ti.

Zoe siempre estaba dispuesta a blandir una lanza a favor de su madre y la batalla con su padre duraba desde hacía años. La joven decía abiertamente que lo único que le importaba a su padre era su trabajo. A su modo de ver, su padre no se había implicado en los asuntos familiares la mayor parte de su vida. Era muy consciente de que su madre siempre había estado allí, a su disposición. Tenía acaloradas discusiones con su hermana mayor sobre esto. Eloise siempre defendía a su padre con pasión, aunque también quería a su madre. Pero Zoe hablaba abiertamente de lo inaccesible que era su padre emocionalmente y pensaba que la vida había sido injusta con su madre.

—De verdad que quiero que lo hagas, mamá. No voy a dejarte en paz hasta que lo hagas.

—Tú y Brad —dijo Faith sonriendo—. ¿Y si no hago bien el examen? Puede que ni siquiera consiga que me admitan. Tienes más fe en mí que yo misma. Ya veremos.

Además todavía tenía que decírselo a Alex. Era un aspecto clave.

—Eso son solo excusas, mamá. Te admitirán. Creo que serás una abogada estupenda. No dejes que papá te convenza para que no lo intentes. Si tú estás decidida, no hay nada que él pueda hacer para detenerte. Sencillamente, tendrá que aceptarlo.

—A lo mejor, tendría que dejar que fueras tú quien lo hablara con él —comentó Faith, en broma, pero agradecía el voto de confianza y el apoyo. Zoe siempre había sido su aliada más incondicional en la familia.

Faith le preguntó por la universidad, las clases y los amigos. Fueron las últimas en marcharse del restaurante. Volvieron al hotel y siguieron hablando durante horas. Aquella noche, durmieron juntas en la enorme cama y Faith miraba a su hija sonriendo, mientras se iba quedando dormida, pensando en lo afortunada que era.

Sus hijas eran el mayor regalo que Alex le había hecho. Esperaba poder ir pronto

a Londres para ver a Eloise, quien había prometido volver a casa para el día de Acción de Gracias. Faith pensaba en ir a pasar unos días con ella, más tarde. Disponía de todo el tiempo libre del mundo. Pero eso cambiaría si volvía a estudiar.

Zoe se fue al día siguiente a las nueve de la mañana. Tuvieron el tiempo justo para tomar huevos revueltos y bollos ingleses con una taza de té, antes de que Zoe le diera un abrazo y un beso a su madre y saliera corriendo. A las diez, Faith iba de camino al aeropuerto, perdida en sus propios pensamientos. En el camino a casa, desde el aeropuerto, le pidió al taxista que la llevara a la universidad. Se dirigió a la facultad de derecho y se hizo con un montón de folletos y con información sobre las pruebas de acceso que tendría que realizar. Luego pasó por la Escuela de Educación para Adultos y recogió también sus folletos. Al llegar a casa, telefoneó a la Universidad de Columbia.

Depositó la información que había conseguido en el escritorio y se sentó mirándola con expresión de espanto. Una cosa era reunir los folletos con los requisitos y otra muy diferente ingresar en la facultad. Además, todavía no tenía ni idea de cómo convencer a Alex. Zoe opinaba que tenía que ponerle ante los hechos consumados, pero Faith creía que eso era poco considerado y de mala educación. Él también tenía voz en el asunto. Era un enorme compromiso para ella, especialmente si iba a la facultad de derecho el siguiente otoño. Tendría que hacer trabajos y exámenes y estudiar muchas horas. No estaría tan disponible como antes y era consciente de que eso supondría para su marido un gran esfuerzo de adaptación. Seguía pensando en ello cuando miró el ordenador y vio que tenía correo. Pensó que sería de Zoe, abrió el buzón y se quedó sorprendida y feliz al ver que era de Brad.

Hola, Fred. ¿Cómo estás? ¿Qué hay de nuevo? ¿Tienes ya los folletos con los requisitos? Si no, mueve el trasero ahora mismo y sal a la calle. No quiero saber nada de ti hasta que te hayas informado de todo lo necesario. No hay tiempo que perder. A lo mejor, puedes empezar las clases en enero. ¡Date prisa!

Por otro lado, ¿cómo te va? Fue estupendo verte la semana pasada. Tienes mejor aspecto que nunca. ¿Todavía llevas el pelo tan largo como solías? Me encantará teñirlo de verde en cualquier momento que sientas la necesidad, tanto si es el día de San Patricio como si no. ¿Rosa para San Valentín? ¿Rojo y verde para Navidad?

Si la memoria no me falla, creo que el verde te quedaba muy bien.

Estoy agobiado desde que volví, trabajando en el caso del que te hablé. El pobre chico está muerto de miedo. Tengo que conseguir salvarlo. Y no es hazaña pequeña. Por cierto, ¿qué rama de derecho te interesa? Creo que serías estupenda como defensora de niños, a menos que quieras conseguir grandes honorarios. En ese caso, deberías hablar con Pam. La Ley de Sociedades Anónimas es interesante, aunque no es santo de mi devoción, pero quizá a ti te guste.

Tengo que volver al trabajo. Ponte en marcha hacia la universidad. Cuídate.

Mantenme informado. Con cariño, Brad.

Faith sonreía mientras miraba la pantalla. Pulsó la tecla de respuesta de inmediato. Se sentía muy orgullosa de sí misma por haber recogido ya los folletos de la Universidad de Nueva York y poder decírselo. Se sentía como una niña mientras escribía su mensaje para él.

Hola, Brad, acabo de volver de Providence. Lo pasé de maravilla con Zoe anoche. Cena, charla y muchas risas y abrazos. Ella secunda tu idea. Me detuve en la universidad de camino a casa —¡más te vale sentirte muy orgulloso de mí!— y recogí los folletos, miles de folletos, y toda la información que necesito. Llamé a Columbia para pedir que me enviaran los suyos. No estoy segura de si debería solicitar la admisión en más facultades. En cualquier caso, he seguido adelante con mi idea. Leeré los folletos con cuidado esta semana. Alex está en Chicago. Todavía no se lo he dicho. No estoy segura de cómo reaccionará; bueno, en realidad, sí que lo estoy. Se subirá por las paredes. Puede que se niegue en redondo y, entonces, ¿qué? No vale la pena empezar la Tercera Guerra Mundial por defender mi carrera de derecho. Puede que eso sea el final. Veremos.

Me gusta tu idea de la defensa de niños. Suena bien, por lo menos. No estoy segura de lo que entraña, pero siempre he tenido debilidad por los niños, aunque en este momento eso es poner el tejado antes que los cimientos. Primero, Alex. Después, exámenes, solicitudes... ¿conseguiré que me admitan? ¿Y si no es así? Es como volver a estar en la escuela secundaria de nuevo.

Faith había sufrido la agonía de los condenados con Zoe el año antes, mientras esperaba recibir la respuesta de las universidades que había elegido en primer lugar. Brown era su favorita entre todas y se sintió por las nubes cuando la aceptaron. Alex quería que fuera a Princeton, Harvard o Yale y se quedó terriblemente decepcionado cuando ella las rechazó, a las tres, para ir a Brown. Él había ido a Princeton y quería que ella también fuera, pero Zoe se mantuvo inflexible, aunque su padre dijera que Brown era una universidad hippie Zoe se rio de él. Según ella, era la «primera elección» de todo el mundo.

Faith siguió con su e-mail para Brad:

Por lo demás, nada nuevo por aquí. No he tenido noticias de Eloise. Doy por sentado que está bien. Le encanta Londres. Quiero ir a verla, mientras aún tengo tiempo libre. Si empiezo a estudiar, voy a estar muy atareada. — Solo de hablar con él y con Zoe, sus planes se iban haciendo reales—. Si vienes otra vez a Nueva York, llámame. Entretanto, esto es estupendo. Envíame otro e-mail, cuando tengas tiempo. Sé lo ocupado que estás, así que

no te preocupes. Cualquier momento vale. Con mucho cariño, Fred.

Al escribir su nombre, volvió a sonreír.

Estaba hojeando uno de los folletos cuando el ordenador le informó de que, de nuevo, tenía un mensaje. Sonrió y pulsó el icono. Brad debía de estar sentado a su escritorio cuando su *e-mail* llegó, porque ya lo había contestado.

¡Buena chica! Ahora lee los folletos y apúntate a esas clases de Educación para Adultos el próximo trimestre. No te hará ningún daño y te pondrá en camino. Y a Alex, que le den. Fred, no puede tomar decisiones por ti. No tiene ningún derecho a detenerte, si esto es lo que, de verdad, quieres y creo que lo es. Se acostumbrará. Si tuvieras un empleo, también estarías ocupada y menos disponible. No puedes quedarte ahí, sin hacer nada, dando vueltas por la casa, esperando a que él vuelva para atender sus necesidades. ¡Tú también necesitas una vida propia! Él tiene la suya. ¡Ahora te toca a ti! Tengo que salir corriendo. Seguiré pronto. Apúntate. Que te vaya bien. Con cariño, Brad.

Era estupendo tener noticias de él y escribirle. Borró sus mensajes, en especial el que decía «Y a Alex, que le den», una expresión que se le podría haber ocurrido a Jack. Pasó el resto de la tarde leyendo los folletos. Pero no le comentó nada a Alex cuando la llamó desde Chicago, por la noche. Algo tan delicado como mencionar que iba a volver a estudiar tenía que hacerlo cara a cara. Cuando volvió a casa el viernes por la noche, parecía agotado.

Faith tenía que registrarse en la secretaría de la facultad de derecho antes del 1 de diciembre. Las solicitudes para la facultad había que presentarlas el 1 de febrero y la respuesta le llegaría en abril. Había rellenado los formularios para matricularse en dos cursos de introducción al derecho en enero y para un curso intensivo preparatorio para el examen de admisión, que empezaba muy pronto y que duraba ocho semanas, a tiempo para presentarse al examen después de Navidad, pero todavía no los había enviado. Primero quería hablar con Alex y, cuando él llegó a casa, no estaba de humor para hacer nada salvo cenar e irse a la cama. El sábado se marchó al despacho y se quedó hasta tarde, por la noche. Hasta el domingo Faith no vio el momento oportuno de abordar el tema con él. Cuando le llevó un tazón de sopa y un sándwich, estaba leyendo el *Sunday Times* del domingo y se oía el zumbido de la retransmisión del partido de fútbol por la tele. No levantó la vista del periódico ni le dijo nada cuando ella se sentó delante de él, mientras hojeaba con nerviosismo la sección literaria y el suplemento dominical del *Times*.

—He visto a Zoe —empezó, cuando él subía el volumen de la tele—. Tiene un aspecto estupendo y le encanta estar allí —siguió Faith, tratando de que le prestara atención.

Alex contestó sin mirarla.

—Lo sé, me lo dijiste. ¿Qué tal sus notas?

—Bien, supongo. Pronto tendrá los exámenes de mitad de trimestre.

—Espero que esté estudiando de firme y no solo pasándoselo bien.

Zoe siempre había sido una estudiante muy aplicada y Faith no estaba nada preocupada por ella. Buscaba una forma de empezar a hablar de sus propios estudios con él, pero no era fácil entre la televisión y el periódico. Parecía hipnotizado por las dos cosas y había bastante material para leer, al lado.

Iba a tener que lanzarse de cabeza en algún momento; él no iba a prestarle atención a menos que lo obligara. Esperó otros cinco minutos y se decidió.

—Quiero hablarte de algo —dijo Faith con cautela.

Notaba cómo le sudaban las manos y confiaba que él fuera razonable. A veces, no era fácil hablar con él y empezaba a preguntarse si sería mejor esperar, cuando finalmente Alex la miró y tomó un largo sorbo de sopa.

—Una sopa muy buena.

—Gracias. Estuve hablando con Zoe sobre la Universidad de Nueva York —dijo Faith lanzándose y sintiéndose como aplastada por una losa.

Entendió por qué Zoe le llamaba como le llamaba. A veces, incluso a ella le parecía un hombre de hielo. Faith se dijo que no era que no las quisiera, a sus hijas y a ella, sino que tenía cosas más importantes en la cabeza. Eso era lo que siempre se decía a sí misma y les decía a sus hijas. Alex no era fácil de abordar, para ninguna de ellas; excepto, quizá, para Eloise, que parecía tener cierta habilidad con él. Pero era a Faith a quien le tocaba convencerlo en esos momentos. Nadie más iba a hacerlo.

—¿Está pensando en trasladarse? —Su expresión era de asombro—. Pensaba que habías dicho que le gustaba. Ya le dije yo que tendría que haber ido a Princeton o Yale.

—No —replicó Faith, en voz queda—. No se trata de ella. Se trata de mí.

—¿De ti?

Parecía no saber de qué le hablaba. De repente, Faith vio a Brad y Zoe, de pie, detrás de ella, diciéndole lo que tenía que hacer.

—Me gustaría asistir a algunas clases en la Universidad de Nueva York.

Faith sabía que era como dejarle caer una bomba encima.

—¿Qué tipo de clases? —preguntó Alex con aire de desconfianza.

—Clases generales de derecho en la Escuela de Educación para Adultos. Parecen muy interesantes —añadió Faith con nerviosismo.

Él la miraba fijamente y era evidente que nada contento.

—Eso es ridículo, Faith. No tienes ninguna necesidad de estudiar derecho. ¿Qué ibas a hacer luego? ¿Por qué no haces un curso en el museo? Eso sería mucho más interesante para ti.

Estaba tratando de desviarla del tema antes de que acabara de hablar. Pero ella sabía que tenía que seguir adelante. Lo único que podía hacer en esos momentos era rezar para que él aceptara. La relación entre ellos era tal que, durante veintiséis años, él había tenido derecho de veto sobre todo lo que ella hacía. A esas alturas era demasiado tarde para cambiar esa dinámica. Al principio, ambos se ponían de

acuerdo sobre muchas cosas pero, a lo largo de los años, había quedado claro para todos que Alex gobernaba como un dictador. En última instancia, era él quien tenía la última palabra Y quien establecía las reglas. Debido a su propia historia psicológica, ella lo había aceptado así.

—Ya he hecho muchos cursos en el Metropolitan, Alex. Quiero hacer algo más interesante.

Acababa de arrancar la anilla de la granada; lo único que le quedaba por hacer era lanzársela.

—¿Y luego? ¿Para qué te va a servir, Faith?

Alex sabía la respuesta, antes de que ella le contestara, pero quería oírlo de sus labios.

—Quiero presentar la solicitud de matrícula en la facultad de derecho en otoño —dijo ella con una firmeza tranquila y sin disculparse, pero aguantando la respiración.

—Es absurdo. Ya hemos hablado de esto antes. Una mujer de tu edad no puede ir a la facultad de derecho. Nadie te contratará cuando obtengas la licenciatura. Serás demasiado vieja.

—De todos modos, me gustaría hacerlo. Creo que sería fascinante y puede que alguien me contratara. Después de todo, tampoco soy tan vieja —replicó Faith, sin desviarse ni un milímetro de la meta que se había fijado y sin importarle lo que le pensara.

—Eso no viene al caso. ¿Tienes idea de la cantidad de trabado que representa? Vas a estar encerrada en esta casa estudiando durante tres años. Y luego, ¿qué? ¿Conseguirás un empleo y trabajarás catorce horas diarias? No podrás viajar, nunca podrás salir por la noche. Empezarás a decirme que no podemos recibir a nadie si ir a ningún sitio, porque tienes exámenes. Si eso es lo que querías hacer, tendrías que haberlo pensado antes de que nacieran las niñas. Podrías hacer acabado derecho cuando empezaste, pero no lo hiciste. Ahora es demasiado tarde. Tienes que reconocerlo.

—No es demasiado tarde. Nuestras hijas se han ido, Alex. No tengo nada que hacer. Puedo planificar las tareas y estudiar de forma que podamos salir por la noche. Ya nunca vamos de viaje, salvo unas semanas en verano, y en esas fechas no hay clases. Te prometo que haré lo imposible para que todo funcione de manera que no te moleste. —Lo miró con ojos suplicantes, sin ningún resultado.

—¡Es imposible! —explotó él finalmente—. No tiene sentido estar casados, si vas a estar encerrada los próximos tres años. ¡Igual podrías estar en la cárcel o en la facultad de medicina! No puedo creer lo poco razonable que eres. ¿Cómo puedes siquiera proponer una cosa así? ¿Qué tienes en la cabeza?

—Estoy mortalmente aburrída —confesó Faith, en voz baja—. Tú tienes tu trabajo y tu vida, Alex —dijo, repitiendo el argumento de Brad—. A mí también me gustaría tener la mía. Todas mis amigas trabajan o tienen a sus hijos todavía en casa. Todas están ocupadas y yo no quiero tomar clases de *bridge* ni hacer labores

benéficas ni asistir a más cursos en el Metropolitan. Quiero hacer algo real. Y ya he cursado un año de derecho. Si me lo convalidan, podría saltarme el primer curso.

—Es demasiado tarde para todo eso —le respondió Alex gruñendo y dejando, con rabia, el cuenco de sopa vacío a su lado.

Parecía sentirse claramente amenazado por lo que ella le proponía. Quizá se daba cuenta de que su mujer tendría una vida propia y él, menos control sobre ella.

—No es demasiado tarde. Tengo cuarenta y siete años. Tendré cincuenta cuando me examine para obtener el título.

—Si es que lo haces. No es fácil aprobar, ¿sabes?

Le estaba dando a entender que no era capaz de lograrlo, lo cual era otra forma de control. A Faith no se le escapaba lo que su marido le insinuaba, pero se obligó a conservar la calma. Sabía que era la única manera de ganar.

—Alex, esto es importante para mí.

La manera en que lo dijo, lo hizo callar, pero solo momentáneamente.

—Lo pensaré, Faith, pero creo que es un plan descabellado.

Parecía inmensamente irritado y subió tanto el volumen del televisor que no había manera de hablar con él, pero por lo menos Faith le había dicho lo que quería hacer y sabía que tenía que dejarle que lo pensara. Lo que decidiera finalmente era otra cuestión, pero podía hablar de ello con él cuando llegara el momento. Zoe también pensaba hablar con él. Quería echarle una mano a su madre para convencerlo, ya que era tan importante para ella que Alex estuviera de acuerdo con sus planes. Faith sentía que necesitaba su aprobación antes de permitirse hacer lo que quería.

La mujer se retiró, sin hacer ruido, a su estudio y abrió el correo electrónico.

Boletín de Hiroshima —empezó en su e-mail a Brad—. He soltado la bomba. Se lo he dicho a Alex. Está furioso. No cree que consiga que me admitan en la facultad ni aprobar los exámenes ni llegar a ser abogada. Dice que es una completa pérdida de tiempo y una enorme molestia para él. En este momento, a sus ojos, he caído en desgracia. Además, no creo que acepte. Sigo queriendo hacerlo, pero la verdad es que no puedo si él se opone; no sería justo. Después de todo, estamos casados y tiene derecho a esperar algo de mí. Alex dice que tendría demasiado que estudiar y no podría salir por la noche o ir de viaje con él, lo cual es bastante razonable, especialmente cuando empiece las clases en la facultad. Tendría que estudiar a todas horas. De todos modos, ya veremos. Quizá me apunte a clases de bridge, después de todo. Te mantendré al tanto. Espero que estés bien. Un abrazo, Fred.

Miró el ordenador por la tarde, pero no llegó ningún mensaje de Brad hasta la noche. Alex no le había dirigido la palabra en toda la tarde y habían cenado en medio de un silencio glacial. Poco después, él se fue a la cama sin darle ni las buenas noches. Tenía que salir de casa a las cuatro de la mañana para coger un avión a

Miami, donde tenía programadas reuniones durante dos días. A su modo de ver, Faith se había pasado de la raya y le dejó muy claro lo enfadado que estaba. Era su forma de castigarla.

Era casi medianoche en Nueva York cuando llegó el *e-mail* de Brad.

Querida Fred, deja de preocuparte por lo que es justo para él. ¿Qué hay de lo que es justo para ti? No estamos en la Edad Media, ¿o sí? Alex me recuerda a Pam y a todos sus argumentos cuando decidí empezar a trabajar por mi cuenta. Tienes derecho a intentar conseguir tus sueños. No es justo que él te bloquee el camino. Comprendo lo que le preocupa, pero estoy convencido de que lo podrás llevar bien. Aunque él no quiera admitirlo, estoy seguro de que él también lo está. Es probable que se sienta amenazado. Así que no cedas. No abandones. En tanto que hermano tuyo, por nombramiento propio, te prohíbo que te apuntes a clases de bridge. Ve a la universidad, como una buena chica. Aguanta firme.

Estoy en el despacho, trabajando hasta tarde. Tenemos una vista mañana; un nuevo caso. Un chico de quince años acusado de violar a una niña de ocho. Odio los casos como este. Actúo por designación del tribunal. Parece un buen chico, pero está claro que tiene problemas graves. Abusos sexuales muy serios en casa. Los chicos reproducen lo que aprenden y lo que les han hecho a ellos. Te llamaré en algún momento de la semana y podemos hablar de cómo te van las cosas.

Hablaremos pronto. Con cariño, Brad.

Faith pensó que, por supuesto, tenía razón. Pero para él era fácil decirlo y para ella más difícil vivir con ello. Después de todo, Alex era su marido y él seguía visiblemente furioso con ella cuando se despertó al día siguiente, a las tres de la madrugada, para irse de viaje. Faith se levantó, como siempre hacía cuando él se marchaba de la ciudad, y le preparó café y tostadas, pero, debido a la hora y a su conversación del día antes, él no le dijo ni una palabra y le dirigió una mirada fulminante antes de marcharse, a las cuatro. No tuvieron tiempo de volver a hablar de sus planes de retomar los estudios, pero él había dejado claro que lo consideraba una declaración de fuerza. Faith estuvo disgustada por ello toda la mañana y, por la tarde, llamó a Brad al despacho. Era agradable oír su voz. Acababa de volver de los juzgados.

—Me alegro de que me hayas llamado —la saludó él, procurando no parecer preocupado. Tenía mil cosas en marcha, pero estaba inquieto por ella y quería darle su apoyo—. He estado pensando en ti todo el día.

—Dado lo que tienes entre manos, me siento culpable hasta por llamarte.

Pero, de repente, se sintió muy agradecida por que hubiera vuelto a aparecer en su vida. Era la clase de llamada que habría hecho a Jack. Quería comentar sus ideas y sus sentimientos con él y oír qué tenía que decir.

—Está siendo absolutamente irrazonable, Fred. Y tú lo sabes tan bien como yo.

¿Cómo le has dejado que se saliera con la suya todos estos años? Por todos los santos, no eres su esclava; no le perteneces. Solo estás casada con él. Tiene que tener en cuenta tus deseos.

—Nadie le ha dicho eso todavía —repuso Faith, sonriendo, arrepentida, mientras escuchaba a Brad.

—Pues deberías hacerlo. No conozco a ninguna otra mujer que le aguantara lo que tú. Pam me mataría si le diera órdenes sobre lo que tiene que hacer. Tuvimos algunas disputas horribles y nos peleamos durante meses, cuando dejé el bufete de su padre, pero igualmente respetó mi derecho a hacer lo que quería. No le gustó, pero sabía que, al final, tendría que tragar y vivir con ello. No puedes dejar que te diga lo que tienes que hacer.

—Siempre lo ha hecho. Lo da por sentado —dijo Faith, incómoda por admitirlo.

—Entonces, haz que entienda en qué siglo vive, Fred. Esa es tu tarea. Puede que piense que son malas noticias, pero la esclavitud se ha acabado.

—No para él —respondió Faith y, de inmediato, se sintió culpable por lo que acababa de decir—. No debería hablar así. Es solo que está acostumbrado a dirigirlo todo en el despacho y espera que hagamos lo mismo en casa.

—Mira, a mí me gustaría ser el rey de California o incluso, quizá, el presidente de Estados Unidos, si no fuera un trabajo tan deprimente, pero no es probable que suceda ninguna de las dos cosas. A todos nos gustaría gobernar el mundo si nos dieran la oportunidad, pero no podemos controlar a los demás. ¿Qué clase de vida vas a llevar si no haces lo que te apetece? ¿Qué vas a hacer durante los próximos cuarenta años? ¿Quedarte en casa, mirando la tele?

—Me parece que eso es lo que él tiene en mente —repuso Faith desanimada. Sabía que Brad tenía razón, pero él no conocía a Alex. Le amargaría la vida si no hacía lo que él quería. Era su forma de actuar con ella.

—No puede hacerte eso. No puedes dejarle que lo haga. Creo que fui al entierro de Charles por una razón. Creo que me envió Jack para que te diera una patada en el trasero.

—Vaya, pues sí que es una perspectiva apasionante —replicó Faith, riendo—. Puede que tengas razón.

—¿Qué diría Jack si le contaras todo esto? —preguntó Brad.

Era una pregunta interesante y él sabía la respuesta antes de que ella contestara.

—Se pondría hecho una furia. Detestaba a Alex, y mi marido tampoco tenía muy buena opinión de él. Siempre estaban como el perro y el gato.

—Tenía muy buenas razones, si Alex se comportaba así contigo cuando Jack vivía. No has contestado a mi pregunta. ¿Qué diría Jack?

Brad quería que ella pensara en ello. Sabía que su hermano tendría más peso que él.

—Me diría lo mismo que tú. Ve a la universidad.

—Señoría, no tengo nada más que añadir.

—Tú no tienes que vivir con Alex.

—Quizá tú tampoco tendrías que hacerlo. Si no se puede portar como un ser humano digno y civilizado, no te merece. Y creo que Jack te habría dicho exactamente lo mismo.

—Seguramente. Pero mira con quién vivía él. En comparación con Debbie, vivir con Alex es sencillo. Era mucho menos razonable que él.

—Mira, yo lo único que quiero es que seas feliz. No me pareció que lo fueras cuando te vi. Tenías aspecto de sentirte aburrída, triste y sola. Si esto es lo que quieres, a por ello. Más que nada, necesitas un sueño. Todos lo necesitamos. Yo tengo el mío aquí. Nunca he sido tan feliz como desde que abrí este despacho.

El único problema era que seguía teniendo que volver a casa por la noche, pero eso no se lo dijo a Faith. Si pudiera dormir en el despacho, para no ver a Pam, lo haría. Las cosas habían llegado a un punto intolerable últimamente. Pam y él eran lo que los ingleses llamaban «yeso y queso^[2]». No era una buena combinación, pero sus padres habían pasado por un divorcio horrible cuando él era adolescente y no quería hacer lo mismo. Así que había aceptado sus diferencias con Pam. Era ella la que en los últimos tiempos se metía con él constantemente, quejándose de todo lo que hacía y reprochándole que nunca estaba en casa. Y tenía razón. No quería estar. Pero no tenía ninguna intención de separarse de ella; sabía que nunca lo haría. Era más sencillo así.

—¿Tan mal aspecto tenía? —Faith sonaba consternada—. No soy tan desgraciada, Brad. Solo tenemos diferencias sobre algunas cosas.

—Y él nunca está. Tú misma lo dijiste. Ni siquiera fue contigo al entierro de Charles. ¿Qué está pasando?

Brad sabía más que nadie sobre los problemas conyugales.

—Ya te lo he dicho, tenía que viajar a Chicago. Tenía reuniones en Unipam.

—¿Y qué? Podían haber esperado un día. A Charlie solo lo iban a enterrar una vez. Te habría venido bien su apoyo.

—Estaba bien... y tú estabas allí.

—Me alegro de eso. Escucha, no puedo criticar tu matrimonio. El mío no es tampoco como para alardear. Lo único que digo es que, si él no te dedica parte de su tiempo, te debe algo. No puede tenerlo todo. No puede hacer lo que le venga en gana y pretender que tú te quedes sentada en casa a esperarlo. Si él tiene su propia vida, entonces tú también tendrías que tener la tuya.

—Él no lo ve de esa manera —comentó Faith, con voz desanimada.

—Lo hará, si te niegas a ceder. Te lo prometo. Tienes que hacer valer tus derechos.

—No es tan fácil —dijo ella con tristeza.

Alex tenía una voluntad de hierro e iba a atormentarla hasta que cediera, igual que había hecho siempre.

—Ya sé que es difícil, Fred. Pero vale la pena. No tienes otra opción. Si no luchas

por conseguir lo que quieres, te amargarás y te sentirás vieja y deprimida. Creo que tu salud mental y tu bienestar están en juego.

—Haces que parezca algo de vida o muerte —repuso Faith sonriendo, allí sentada en el estudio, pensando en él. Era un amigo estupendo.

—De algún modo lo es. Quiero que lo pienses muy en serio.

—Lo haré. —Lo que le decía tenía sentido, solo que no sabía cómo iba a convencer a Alex. Pero quizá Brad tenía razón, quizá con la suficiente energía y convicción, podría hacerlo. Por lo menos, valía la pena intentarlo—. Y a ti, ¿cómo te va todo?

—Muy ocupado. Es una locura. Tengo media docena de casos nuevos, importantes. Estamos hasta arriba de trabajo.

—¡Qué suerte la tuya! Suena interesante —dijo Faith, envidiándolo.

—Lo es.

Charlaron unos minutos más y luego él tuvo que colgar, pero le prometió que le enviaría un *e-mail* o la llamaría pronto y ella sabía que lo haría. La había ayudado de una manera maravillosa las dos últimas semanas. Había conseguido que se centrara y que viera las cosas con perspectiva y fortaleza, además de darle cariño y apoyo. Era una combinación insuperable y le estaba agradecida. Más que eso, había reforzado su resolución de plantarle cara a Alex y ganar.

Cuando Alex volvió de Miami, estaba de un humor de perros. Faith era lo bastante sabia como para no preguntarle nada. Era evidente que las reuniones no habían ido bien. Le preparó la cena en silencio. En cuanto acabó el último bocado, Alex se levantó, se fue arriba, se duchó y se acostó. No había dicho ni una palabra mientras cenaban. Hasta la mañana siguiente no le preguntó cómo se encontraba.

—Bien —respondió Faith, sirviéndole un café. Le había preparado cereales y bollos y él parecía estar de mejor humor—. ¿Un viaje difícil?

Alex asintió, pero no entró en detalles. Él era así. Cuando las cosas no salían como él quería, no daba muchas explicaciones. Si iban bien de verdad, Faith lo veía en su manera de actuar, pero se guardaba la información para él solo.

—He llamado a Eloise a Londres —comentó Faith, mientras él leía *The Wall Street Journal*.

No pareció haber oído lo que ella había dicho y hasta cinco minutos más tarde no habló, sin apartar la vista del periódico.

—¿Cómo está?

—Bien. —Faith estaba acostumbrada a su estilo y sabía a qué se refería—. Vendrá para Acción de Gracias, para el fin de semana largo.

—Bien. —Alex dejó el periódico sobre la mesa y se levantó; miró primero la hora y luego a su esposa—. No tengo tiempo de discutirlo ahora contigo, Faith, pero quería decirte que he pensado mucho sobre lo que hablamos.

—¿Sobre qué?

—Sobre ese sueño tuyo absurdo de estudiar derecho. Quiero que sepas desde ahora, con total claridad, que no lo aceptaré. Tendrás que encontrar alguna otra cosa en que ocuparte.

No esperó a que ella hiciera algún comentario; dio media vuelta y salió de la habitación. La forma en que lo hizo la enfureció al instante. En el pasado, se habría quedado abrumada, pero esta vez, por alguna razón, se sentía indignada y lo siguió al recibidor, donde él se estaba poniendo la gabardina, porque fuera llovía a mares.

—No puedes subestimarme así, Alex. Además, no es un sueño absurdo. Es algo razonable que quiero hacer. Estoy dispuesta a esforzarme todo lo que sea necesario y hacer que no interfiera en nuestra vida.

Él le dedicó aquella mirada glacial que la había reducido al silencio durante tantos años.

—Pues yo no estoy de acuerdo. No voy a vivir con una estudiante a tiempo completo, con toda la tensión y las tonterías que eso lleva consigo. Eres mi esposa, Faith. Tienes la obligación de cumplir con tu parte del trato.

—Igual que tú —le replicó ella con rabia—. No es justo. ¿Por qué no puedes respetarme como persona y comprender que necesito llenar con algo mi vida, tener una ocupación estimulante, ahora que las chicas se han ido?

—Ve a ver a un psicólogo si tienes problemas para adaptarte a su marcha. No te frustres tratando de recuperar tu juventud. La verdad es que no puedes.

—Hablas como si yo tuviera cien años y no es así.

—Sé muy bien qué edad tienes, Faith. No eres una niña; no te comportes como si lo fueras. Todo este proyecto es infantil, e inmaduro. Compórtate como una persona adulta. Tus hijas se han ido. Tú estás casada. Tienes responsabilidades para conmigo. No puedes cumplir con ellas si te dedicas a estudiar una carrera.

Todo giraba en torno a él. Siempre había sido así.

—¿Qué es lo que te preocupa, que no pueda arreglármelas para ir a una de tus cenas porque esté matriculada en la universidad? No me voy a la luna, por el amor de Dios. Estaré aquí. Ya te he dicho que puedo compaginarlo.

Parecía desesperada y estaba casi a punto de echarse a llorar. Él nunca se había mostrado tan poco razonable. Pero tampoco ella lo había desafiado tan abiertamente.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, Faith. La facultad de derecho es muy absorbente. No tendrás tiempo para nada más. Y en eso yo tengo algo que decir.

—¿Y yo no? —replicó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—No en este asunto. En lo que a mí respecta, no hay más que hablar. Encuentra otra cosa que hacer.

Acto seguido, y antes de que ella pudiera decir una palabra más, Alex abrió la puerta y salió afuera, bajo la lluvia, mientras Faith lo seguía con la mirada. El Hombre de Hielo. Zoe tenía razón.

Alex cerró la puerta con firmeza detrás de él y Faith volvió a la acogedora cocina con sus paneles de madera y se sentó. Los platos del desayuno seguían encima de la mesa, pero lo único que ella podía hacer era llorar, con unos sollozos intensos, largos e incontrolables. Se sentía como si la hubieran encerrado en una cárcel. Él actuaba como si fuera su dueño, como si lo que ella quería y sentía no tuviera absolutamente ninguna importancia para él. Nunca se había sentido tan impotente en toda su vida. Seguía llorando cuando, finalmente, se levantó, metió los platos en el lavavajillas y subió a su habitación.

Se quedó allí, de pie, mucho rato, mirando cómo llovía. Estaba terriblemente deprimida. Cuando, por la tarde, Brad le envió un *e-mail*, no le contestó. Se sentía como si también le hubiera fallado a él. Esperaba tanto de ella... pero él no conocía a Alex. Nadie lo conocía. No bajo aquel aspecto. Los demás pensaban que era razonable, inteligente y atento. Nadie, salvo Faith y sus hijas, sabía que era frío como el hielo o que podía serlo. Todo tenía que ser como él quería. Zoe había tenido un sinfín de peleas con su padre y había acabado por no discutir nada con él. Lo había apartado de su vida. Solo Eloise parecía capaz de razonar con él. Alex consideraba que su mundo era su feudo y Faith se sentía como si fuera su esclava. Brad tenía razón.

Faith estuvo deprimida durante los dos días siguientes. Ella y su marido apenas se hablaron durante el desayuno y la cena. Finalmente, dos días después de que Alex le

hubiera dado su ultimátum, Brad le envió otro e-mail.

Hola, ¿estás bien? Te has quedado muy callada. ¿Pasa algo? Estoy preocupado por ti. Hazme saber que sigues viva. Con cariño, Brad.

Con un largo suspiro, Faith empezó a teclear, pero no había mucho que decir.

He perdido la batalla. Alex me ha dicho que es totalmente impensable que me matricule en la facultad de derecho. Según él, entra en conflicto con mis responsabilidades de esposa. No me ha hablado en toda la semana. Dictó sus órdenes y se acabó. Y ahora estoy deprimida. Además, lleva toda la semana lloviendo. Estoy con el ánimo por los suelos, me siento fatal. ¿Qué voy a hacer el resto de mi vida? Con cariño, Fred.

Su respuesta llegó de forma casi inmediata. Brad estaba sentado a su mesa cuando llegó el mensaje de Faith. En cuanto lo leyó, tuvo un enorme disgusto. Pensó en llamarla por teléfono, pero decidió que era mejor enviarle un e-mail.

Esto no me gusta nada. Sigue adelante, Fred. Estás deprimida porque sientes que has perdido el control de tu vida. Y tienes razón; lo has perdido. No te diré lo que tienes que hacer; solo tú puedes decidirlo, pero si le dejas que te haga esto, que te dé órdenes y te presente ultimátums, vas a acabar deprimida, muy deprimida. ¿Crees que puedes hacer algo para recuperar parte del poder? Lo que sea que te haga sentir cómoda. Tú decides qué y cuánto. Pero tienes que hacer algo. No pueden tratarte como si fueras una niña pequeña. O peor aún, como una marioneta. Tiene que respetar tus necesidades. Y si él no puede, tú tienes que hacerlo. Si no lo haces, el precio será muy alto. Lo sé, he pasado por esa experiencia. Parece un riesgo muy grande desafiar una actitud así, especialmente con personas como Alex y Pam. Pero si no lo haces, será tu perdición. Mala cosa.

Averigua qué has de hacer para sentir que tienes un poco más de control o, si lo prefieres, mucho más, y luego tápate la nariz y tírate a la piscina. Vale la pena. Te respaldaré todo lo que pueda. Ahora coge el paraguas y vete a dar un paseo. Me parece que necesitas aire fresco. Estoy aquí, si me necesitas. Y si lo matas, seré tu abogado defensor. Homicidio justificado, sin ninguna duda. Un caso clarísimo. Un abrazo, Brad.

Faith sonrió al leerlo y lo borró para que nadie pudiera ver lo que había escrito. Lo de matar a Alex podría disgustar a sus hijas, por decirlo suavemente. Luego decidió seguir su consejo. Se puso las botas y un impermeable y salió. Brad tenía razón, necesitaba estar al aire libre. Le daría tiempo para pensar. Bajó por la avenida

Lexington y volvió a subir por la Quinta, a lo largo del parque. Mientras andaba no se dio cuenta, pero estuvo fuera dos horas y le sentaron muy bien. Brad tenía toda la razón. Tenía que recuperar algo de poder. Alex la trataba como si fuera de su propiedad, un objeto que hubiera comprado. Ya no estaba dispuesta a dejar que lo siguiera haciendo. Era un cambio enorme para ella. Había esperado que fuera razonable y aceptara, pero, dado que no lo había hecho, en esos momentos ya sabía lo que quería hacer. Iba a enviar las solicitudes para las clases de Educación para Adultos y para el curso preparatorio para el LSAT, el examen de admisión a derecho. Era un principio, por lo menos. Más adelante, podría decidir si quería matricularse o no en la facultad de derecho. Pero de esta manera, tendría una oportunidad. El curso preparatorio empezaba a la semana siguiente y Alex no tenía por qué saberlo. Disponía de tres meses más para razonar con él, presentarse al LSAT, rellenar las solicitudes y tomar una decisión. Solicitar el ingreso en la facultad de derecho le daría una oportunidad y el mismo hecho de tomar la decisión de asistir a las clases de educación para adultos le proporcionaba cierto control.

Echó los formularios al correo por la tarde. Mientras caían dentro del buzón, se quedó de pie, bajo la lluvia, y sonrió. Tenía un nudo de angustia en el estómago, pero al mismo tiempo, se le había quitado un peso de encima y tenía la cabeza más clara. Sabía que había hecho lo que debía. Volvió corriendo a casa y llamó a Brad, que le contestó por su línea directa.

—¡Lo he hecho! —exclamó Faith, eufórica, y él supo al instante quién era.

Se sentía como una niña que acaba de ganar el concurso de redacción en la escuela. El primer premio.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó él sonriendo, mientras echaba hacia atrás la silla, apoyándola solo en las dos patas traseras.

—Tenías razón. Primero me fui a dar un paseo bajo la lluvia. Un largo paseo. Luego volví a casa, cogí los formularios y los rellené. Acabo de echarlos al buzón de la esquina y me siento de fábula. El curso preparatorio empieza la semana que viene. No pienso decirle nada a Alex, simplemente iré a clase. —Se sentía deshonesto, pero poderosa y con mucho más control—. Por lo menos, he hecho algo para tomar las riendas de mi vida. Vuelvo a sentirme un ser humano.

Estaba sorprendida de la rapidez con que una acción tan pequeña la había aliviado de la honda depresión de los últimos días.

—Me alegro, Fred. Estaba muy preocupado por ti. Parecías estar mal. —En realidad, más que mal—. ¡Estoy muy orgulloso de ti!

—Me sentía fatal, y llevaba así varios días. Oye, y tú, ¿cómo estás? Perdona, lo único que he hecho es hablar de mí. He estado profundamente deprimida toda la semana.

—No me extraña. Ese discursito de tu marido no estaba pensado precisamente para hacer que te sintieras de maravilla. Lo sé, pasé por algo parecido con Pam cuando dejé el bufete de su padre. Amenazas, ultimátums, culpa, acusaciones...

Llegué a pensar que, si me iba, me dejaría. Pero al final, supe que tenía que correr el riesgo. Si no lo hacía, perdería el respeto por mí mismo y mi vida se iría al traste.

—Eres más valiente que yo —dijo ella, impresionada por lo que él había hecho.

Pam daba la impresión de ser de armas tomar.

—Lo estás haciendo muy bien. Ponte un excelente por lo que has hecho hoy. Estoy muy orgulloso de ti, de verdad, Fred.

—Gracias, yo también estoy orgullosa de mí misma. Si no me hubieras dicho lo que me dijiste, todavía estaría aquí sentada, hecha un mar de lágrimas. —Brad detestaba pensar en ella así y se alegraba de haberla ayudado—. Gracias, Brad.

Aunque Faith todavía no había hecho nada decisivo para desafiar a Alex, estaba desplegando las alas un poco; justo lo suficiente para recuperar algo de respeto por sí misma.

—No tienes por qué darlas —respondió el hombre en voz queda.

Fred hacía que se sintiera útil e importante. Era una sensación agradable y le hacía sentir más cerca de ella.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó ella.

Sonaba animada e interesada de nuevo y se sentía viva.

—Una locura, como siempre. La semana que viene se celebra el juicio por el chico acusado de asesinato en primer grado. Tengo mucho que preparar.

—¿Crees que ganarás?

—Eso espero. Él cuenta con ello y yo también. Va a ser difícil. Es un buen chico y se merece una oportunidad. No fue premeditado, pero, en cuanto pones un arma en manos de los chicos, en manos de cualquiera, en realidad, algo se tuerce y alguien sale herido. Eso es lo que pasa. Pero mira, no me hagas hablar de eso. Dime, ¿qué vas a hacer ahora, Fred? Espero que no pienses contarle a Alex que has enviado las solicitudes.

—Todavía no —dijo Faith francamente. Detestaba mentirle sobre el curso de preparación para el LSAT. Solo iba a estar fuera durante tres horas, cada mañana, y él nunca se enteraría. Era raro que la llamara durante el día, excepto para avisarla de un cambio de planes y ella siempre estaría en casa a la hora del almuerzo—. No tiene sentido pelearme con él ahora. Solo nos sacaríamos de quicio el uno al otro. Puede que el examen de admisión sea demasiado difícil para mí. Veremos qué tal me siento después de la primera clase.

—Te irá muy bien —le aseguró él y lo pensaba sinceramente.

Ella era una de las mujeres más inteligentes que conocía y siempre le había ido muy bien en la escuela; además, ya había conseguido la admisión en la facultad de derecho antes.

Sin embargo, los dos sabían que, en algún momento, tendría que enfrentarse con Alex. Brad no albergaba ninguna duda de que la admitirían en la facultad y entonces se vería obligada a tomar una decisión. Faith no podía creer lo bien que se sentía desde que había enviado los formularios para matricularse en las clases. Le había

puesto fin a la depresión. Ya no se sentía impotente e indefensa.

—Has hecho lo acertado, Fred. Oye, será mejor que vuelva al trabajo —repuso Brad con pesar—. Preferiría seguir hablando contigo, pero el deber me llama.

—Gracias, Brad. Te llamaré pronto —prometió Faith.

Se entretuvo haciendo cosas en casa el resto de la tarde y, sorprendentemente, se sentía de muy buen humor cuando Alex volvió del despacho. Estaba en la cocina, cantando, mientras preparaba la cena.

Alex lo comentó en cuanto entró.

—Estás de buen humor. ¿Qué has hecho hoy? —preguntó cauto, cuando ella le sonrió.

Había esperado que siguiera la tensión que había entre ellos por la mañana pero, en cambio, ella parecía relajada y risueña.

—Poca cosa. Fui a dar un largo paseo e hice unos recados —dijo con vaguedad.

Faith detestaba mentir a su marido, pero sabía que no podía hacer otra cosa.

—Ha llovido todo el día —replicó él, con aire desconfiado, como si no la creyera.

—Lo sé, he dado un maravilloso paseo bajo la lluvia —respondió ella, al tiempo que ponía la cena en la mesa.

No le habló de su conversación con Brad. No había ninguna razón para hacerlo. Él se había convertido en su amigo secreto, en el defensor de sus causas, igual que cuando eran niños. No había nada malo en ello. Además, de todos modos, a Alex no le habría interesado. Nunca mostraba ningún interés por sus amigas, a menos que sus maridos fueran personas importantes. No le interesaban lo más mínimo. Tampoco le interesaría Brad, ya que solo era un amigo de infancia de Jack.

Alex no intentó indagar más en la causa de su buen humor. Se puso a comer, sin decir nada, y ella le preguntó qué tal iba con Unipam. Pareció contento de que se lo preguntara y le hizo un breve resumen de sus progresos. Era una de esas raras noches en que mantenían una conversación. Hacia el final, Faith se sentía más unida a él y le había perdonado su actitud respecto a sus deseos de ir a la universidad. Todavía albergaba esperanzas de convencerlo en los próximos meses. Se fueron a la cama temprano y, como era de esperar, cuando él se le acercó, ella se acurrucó contra él. Hicieron el amor y fue, como siempre, un tanto mecánico y no especialmente imaginativo, pero cómodo, satisfactorio y conocido. Si hubiera pensado en ello, aquello le habría demostrado a Alex lo diferentes que eran las cosas entre ellos cuando él se mostraba más cariñoso con ella. Con un poco más de esfuerzo, podrían haber disfrutado el uno del otro, pero su relación no era algo en lo que él pensara mucho; nunca lo había hecho. Su matrimonio era una cuestión a la que no prestaba atención, como tampoco se la prestaba a Faith.

Faith empezó las clases preparatorias el lunes y fue algo apasionante y desconcertante al mismo tiempo. Había una increíble cantidad de materia que

aprender. No podía ni imaginar cómo iba a conseguirlo en ocho semanas. Todos los días, a la una, ya estaba de vuelta en casa.

Las semanas siguientes, antes de Acción de Gracias, pasaron sin incidentes entre Alex y ella. Tenía un cuidado especial en no irritarlo y él estaba satisfecho, pensando que ella había abierto los ojos. Así era, pero no para ver lo que él quería. Además, él estaba muy ocupado; voló a Boston y Atlanta y luego hizo otro viaje rápido a Chicago. Faith estaba atareada con sus clases. Los otros dos cursos a los que se había apuntado no empezaban hasta enero. También estaba organizando el día de Acción de Gracias y tenía muchas ganas de ver a Eloise y Zoe. Habló con Brad un par de veces y él le envió algún que otro *e-mail*. Estaba hasta el cuello de trabajo por el juicio y apenas supo nada de él hasta que acabó, dos días antes de Acción de Gracias. Para gran alegría suya y gran alivio de Brad, su cliente fue declarado inocente de asesinato en primer grado. Fue una importante victoria para Brad.

—Lo hemos conseguido por los pelos —reconoció cuando la llamó después del veredicto—. El jurado permaneció reunido seis días. La madre del pobre chico estaba casi histérica y él, muerto de miedo. A decir verdad, yo también. Era difícil saber de qué lado se decantarían. Había un montón de buenos argumentos para ambas posibilidades. Pero bien está lo que bien acaba. Van a tener un buen día de Acción de Gracias —concluyó, y parecía aliviado—. Y tú, ¿qué tal?

—Las chicas llegan mañana. Me muero de ganas de verlas. Vamos a cenar aquí, los cuatro.

No tenían más familia. Los padres de Alex habían muerto hacía años y en la actualidad también su parte de la familia había desaparecido.

—Y tú, ¿qué vas a hacer, Brad? —le preguntó, contenta de hablar con él.

Faith no había sabido nada de él durante varios días y, en aquel último mes, charlar con él se había convertido en una costumbre muy agradable. Era difícil creer que hubiera estado fuera de su vida durante tantos años. Era como haber encontrado un hermano largo tiempo perdido y le encantaba conversar con él. Le daba consejos sensatos y le proporcionaba una gran sensación de bienestar. Ocupaba, junto con sus hijas, uno de los primeros lugares de su lista de las cosas que tenía que agradecer el día de Acción de Gracias.

—Pam va a dar una cena para una cantidad enorme de gente —le explicó Brad, con voz cansada, en respuesta a su pregunta. Habían sido dos semanas extenuantes, durante el juicio y, luego, esperando el veredicto, por no hablar de las horas de preparación que había dedicado antes—. Creo que vendrán treinta o cuarenta personas. He perdido la cuenta. Ha invitado a una serie de compañeros de trabajo. Por supuesto, también estarán aquí su padre y su madrastra, con sus hijos y algunos amigos. Y un par de personas que no conozco, probablemente de sus juntas y comités. A Pam le encanta tener un montón de gente alrededor.

—¿Y a ti? —preguntó Faith con voz suave.

Tenía una clase de voz que siempre lo calmaba. Era una de esas personas que

aportan paz y ofrecen consuelo. Había un aspecto maternal en ella que siempre lo emocionaba y, al mismo tiempo, un lado femenino e ingenuo que la hacía parecer más joven de lo que era.

—¿La verdad? Preferiría pasarlo tranquilamente con las pocas personas que quiero de verdad. Pero Pam se sentiría muy decepcionada si no pudiera convertir ese día en un gran acontecimiento. Ella es así. De todos modos, tengo trabajo que hacer en el despacho por la mañana. Hay mucho que poner al día, después de tanto tiempo enfrascado en el juicio.

—¿En Acción de Gracias? ¿No puedes tomarte el fin de semana libre? Pareces agotado.

Brad sonrió.

—Lo estoy, Fred. Cansado hasta la médula. Pero hay otros chicos que cuentan conmigo. No puedo dejar sus casos de lado porque sea fiesta. Puedo aprovechar el tiempo para ponerme al día.

—¿Y tus hijos? ¿Irán?

—No, viven demasiado lejos. Jason y Dylan están en Zambia. No puedo culparlos. Intentaré ir a verlos a primeros de año, si puedo. Debe de ser fantástico. A ellos los entusiasma. ¿Has estado allí alguna vez?

—No. Alex sí. Fue a un safari con un grupo de amigos, hace unos años, pero no iba ninguna de las esposas, así que me fui a Las Bermudas con las chicas.

—Es un sitio un poco más civilizado —comentó Brad, sonriendo—. ¿A qué hora vais a celebrar Acción de Gracias? —preguntó, bostezando.

No es que le aburriera hablar con ella, sino que estaba muerto de cansancio, después del juicio. El bajón siempre era tremendo. Lo único que quería era irse a casa, ducharse y arrastrarse hasta la cama. Pero primero había querido llamarla y celebrar su victoria con ella. Era extraño, pero los últimos días se sentía preocupado por ella, si no hablaban o se cruzaban *e-mails* cada dos días.

—Por lo general, comemos tarde, hacia las tres. Es una hora un poco rara, pero a las chicas les gusta. A las cinco o las seis, a lo mejor vamos al cine todos juntos o ellas se van por ahí con sus amigos. ¿Y vosotros?

—Empezamos alrededor de las siete. La cena es hacia las ocho. Te llamaré antes de salir del despacho. Es probable que tú ya hayas acabado para entonces, antes de que yo me vaya para casa, ponga en marcha los motores y me reúna con los amigos de Pam. —Tal como lo decía parecía que fuera un extraño en su propia casa y la verdad es que en los últimos tiempos, a veces, se sentía así—. Pero dime, ¿qué tal van los estudios?

Por los varios *e-mails* que le había enviado, parecía que fuera estimulante y que se lo estuviera pasando bien.

—Fantásticos, pero también aterradores. No me había concentrado tanto desde hacía años.

Siempre que Alex no estaba en casa, se pasaba el tiempo estudiando.

—Me siento orgulloso de ti, Fred —repitió Brad, como hacía con frecuencia, y así era.

Colgaron al cabo de unos minutos. Por la tarde, Faith arregló las habitaciones de sus hijas y puso jarrones con flores frescas. Quería que todo fuera perfecto cuando llegaran y, cuando volvió a su propia habitación, se sentía feliz y relajada. Empezó a decirle algo a Alex, pero se dio cuenta de que se había quedado dormido con un libro entre las manos. Se lo cogió y lo dejó, sin hacer ruido, en la mesilla de noche y a continuación apagó la luz. Tenía un aspecto apacible y apuesto, allí echado, y no pudo menos de preguntarse por qué, a veces, era tan rígido y tan duro con ella y con sus hijas. Luego, de repente, pensó en Charles Armstrong. En ciertas cosas, las opiniones de Alex no diferían tanto de las de Charles. Esperaba muchísimo de sus hijas; quería que trabajarán mucho, que consiguieran buenas notas y que tuvieran éxito. Era lo que Charles exigía de Jack cuando era pequeño, aunque esperaba mucho menos de ella, porque «solo» era una chica. Alex tenía las mismas ideas anticuadas, aunque las había modificado un poco al tener hijas en lugar de hijos, pero esperaba tanto de ellas como habría esperado de unos hijos varones. Sin embargo, a Faith la trataba de una manera muy parecida a como Charles trataba a su madre, como si, parte del tiempo, no existiera y no fuera capaz de comprender lo que él hacía con su tiempo, como si fuera menos competente que él. Era una forma sutil de menosprecio que la irritaba cuando era niña. Le molestaba que su madre dejara que Charles la tratara de aquella manera. En la actualidad se daba cuenta de que ella había caído en la misma trampa. Dejaba que Alex la dominara, la criticara, la menospreciara y no le hiciera el más mínimo caso. Permitir que le prohibiera estudiar era algo que su madre habría hecho. Cuando se metió en la cama a su lado, mientras él roncaba ligeramente, se prometió no dejar que le hiciera lo mismo a ella. La marea había empezado a cambiar, lentamente, de sentido.

No podía menos de preguntarse si se había casado con Alex porque se parecía a Charles. Su reserva y su distanciamiento le resultaban familiares, aunque al principio no eran tan evidentes. Pero algo en él debió de tocarle una fibra sensible. Lo que en esos momentos la asustaba era que se había convertido en una persona idéntica a su madre, a quien precisamente no quería parecerse. La principal diferencia era que su madre se quejaba y protestaba todo el tiempo y había acabado amargada y, al final, resignada. Era lo último que Faith quería que le pasara a ella. Su madre parecía impotente frente a la actitud dominante de Charles, un ejemplo que ella no quería dar a sus hijas. Quería ser un modelo de dignidad, integridad y fuerza para ellas. Pero era toda una batalla, una batalla que Alex no quería que ganara. Era una lucha callada entre ellos desde hacía muchos años. El Hombre de Hielo, como lo llamaba Zoe. Lo triste es que no lo era del todo, que había un fondo cálido allí dentro, en algún sitio, un fondo que Faith conoció y amó al principio de su matrimonio, pero que a lo largo de los años se había ido cubriendo de capas y más capas de hielo. En la actualidad ya

era difícil llegar hasta él y solo conseguía vislumbrarlo fugazmente, muy de tarde en tarde.

Mientras se iba quedando dormida, deseó que pudieran celebrar un bonito día de Acción de Gracias. No había ninguna razón para que no fuera así, especialmente con sus hijas allí. De repente, volvió a sentirse útil, por estar con ellas de nuevo. La necesitaban o, por lo menos, así era antes y también lo sería entonces, aunque solo fuera por unos días. Solo saber que iban a estar en casa hacía que se sintiera feliz, segura y querida. Le entristecía comprender que Alex ya no la hacía sentir así. La única alegría que le quedaba eran sus hijas.

Faith se sorprendió al ver que tanto Eloise como Zoe se habían convertido en mujeres independientes en los pocos meses que habían estado fuera. Eloise se fue a Londres en septiembre y Zoe, a Brown, en agosto y las dos habían cambiado de forma espectacular en tan poco tiempo. De repente, Eloise había adquirido un aspecto elegante y muy moderno. Había perdido peso y se había comprado mucha ropa nueva en las pequeñas tiendas de Londres. Además, estaba entusiasmada con su trabajo. Había conocido a gran cantidad de gente y mantenía una relación con un joven inglés que también trabajaba en Christie's. Faith, aunque era feliz al ver lo bien que le iba, sintió que se le hacía un nudo en el estómago al darse cuenta de lo vacío que estaba, de verdad, su nido. Iba a seguir estándolo. Eloise hablaba de quedarse en Londres dos o tres años, o quizá más, y luego buscar empleo en París o Florencia. Le encantaba lo que estaba aprendiendo y las personas con quienes trabajaba. Todo iba bien en su mundo.

A Zoe le encantaba Brown, sin paliativos. Era todo lo que había esperado que fuera. Su plan de estudios se ceñía a bellas artes, con una asignatura optativa en economía. Quería llegar a dirigir una galería de arte o poner en marcha un servicio de compra de arte para coleccionistas importantes. Con solo dieciocho años ya tenía la mira puesta en sus metas.

Faith estaba entusiasmada por tenerlas a las dos en casa. Todo parecía de nuevo lleno de ruido y risas, con puertas que se cerraban de golpe y sus hijas corriendo arriba y abajo por la escalera. Además la noche anterior, las había oído en la cocina hasta tarde. Alex ya estaba dormido. Eloise y él habían tenido una larga y tranquila charla en su cuarto de trabajo, mientras Faith y Zoe charlaban en la habitación. Faith bajó la escalera de puntillas para unirse a sus hijas.

—Hola, mamá.

Zoe la miró, sonriendo. Estaba sentada en la encimera, comiendo helado con una cuchara, directamente del envase, mientras que Eloise estaba muy relajada en una silla, tomando una taza de té.

—De verdad que es estupendo veros por aquí —dijo Faith, sonriéndoles—. Esta casa está muy vacía sin vosotras.

Zoe le ofreció una cucharada de helado, que ella aceptó. Luego besó el largo pelo rubio de Zoe, que le llegaba hasta la cintura. Eloise acababa de cortárselo y le sentaba bien.

—¿Qué planes tenéis para el fin de semana? —preguntó Faith, sentándose a la mesa con Eloise y sonriéndole.

Era guapa, más alta que su hermana pequeña, aunque no mucho. Las dos tenían la estatura de Alex y su aspecto espigado y esbelto, junto con la perfecta silueta de su madre, y rostros de porcelana. A las dos les habían propuesto trabajar de modelo varias veces, pero a ninguna le había interesado, con gran alivio por parte de Faith.

Pensaba que era un mundo aterrador, lleno de gente que las habría explotado y de peligros en forma de hombres y drogas. Era muy consciente de que tenía mucha suerte con sus hijas.

—Voy a ver a todos mis amigos —repuso Zoe, encantada—. Todo el mundo está aquí, de vacaciones.

—Yo también —afirmó su hermana mayor—. Hay un montón de gente que quiero ver.

Aunque algunos de sus amigos habían conseguido trabajo en otras ciudades o continuaban estudiando, muchos de ellos seguían en Nueva York. Ella había trabajado dos años en Christie's, en Nueva York, antes de que la trasladaran. Parecía el trabajo perfecto para ella.

—Ojalá os pudierais quedar más tiempo —comentó Faith, nostálgica—. Es tan agradable teneros en casa... No sé qué hacer conmigo misma sin vosotras.

—Tendrías que conseguir un empleo, mamá —dijo Ellie, con sentido práctico.

Faith no le contó que había vuelto a estudiar y se estaba preparando para presentarse al LSAT al cabo de unas semanas. En aquel momento, Zoe estaba hablando por teléfono con una de sus amigas y no oía lo que decían.

—Puede que lo haga, un día de estos —respondió Faith, sin darle importancia—. Papá piensa que debería hacer labores benéficas y jugar al *bridge*.

—Eso estaría bien —dijo Eloise, tomando un sorbo de té, sin querer contradecir a su padre.

En general, por principio, siempre estaba de acuerdo con él. Había sido así desde siempre. Pensaba que el sol salía y se ponía allí donde él estuviera. En cambio, Zoe criticaba casi todo lo que él decía y hacía. A su modo de ver, nunca había estado allí cuando ella lo necesitaba, mientras que Ellie opinaba que era el padre perfecto. Ellie era mucho más crítica hacia su madre y había discutido con ella, sin tregua, durante sus años de adolescencia, a diferencia de Zoe, que había sido fácil de trato para Faith y que todavía lo era. Aunque, físicamente, se parecían mucho, tenían una personalidad y unos puntos de vista muy diferentes sobre todas las cosas.

Las tres se quedaron en la cocina, hablando de todo y de nada y, luego, finalmente, Faith puso los cacharros en el fregadero, apagó las luces y se fueron arriba, a sus respectivas habitaciones. Faith se acostó, al lado de Alex, y durmió como una niña toda la noche, sabiendo que sus hijas estaban en casa. Se levantó al amanecer para preparar el relleno, meter el pavo en el horno y tenerlo todo listo antes de que los demás bajaran.

Desayunaron tarde y se quedaron en pijama, leyendo la prensa, mientras Faith vigilaba el pavo y ponía la mesa en el comedor. Zoe se ofreció a ayudarla y Ellie se quedó hablando con su padre. Había un ambiente cómodo y cordial del que todos disfrutaban. Incluso Alex parecía encantado de pasar tiempo con ellas. Eran las doce cuando todos se fueron arriba a vestirse. El día de Acción de Gracias solían reunirse en el salón a las dos y empezaban a comer a las tres.

Cuando las chicas bajaron, vestidas y maquilladas y muy bonitas, se sentaron junto a su padre para ver el partido de fútbol con él. Ellie era muy aficionada al fútbol y le contó que había ido a ver algunos partidos de *rugby* con sus amigos, pero que no era lo mismo.

Zoe fue a ayudar a Faith en la cocina y, a las tres, encendieron las velas, alrededor de una mesa preparada con esmero, y se sentaron a comer. Ese día no merendaban ni preparaban cena. A última hora de la noche, picoteaban restos, lo cual era casi una tradición para ellos después de la abundante comida que Faith les preparaba. Era un festín tradicional de Acción de Gracias. Casi parecía salido de una revista. El pavo tenía un color dorado, como de miel. Había nabos y malvaviscos, espinacas, guisantes, puré de patatas, relleno, salsa de arándanos, puré de castañas y calabaza y tarta de manzana para postre. Era la comida favorita del año para los cuatro.

Faith bendijo la mesa, como solía hacer. Alex trinchó el pavo y todos charlaron animadamente. Faith se puso un poco triste al pensar en el pasado, cuando Jack y Debbie estaban con ellos y también Charles y su madre. Era extraño pensar que todos se habían ido y que solo le quedaba su familia más cercana, pero procuró no pensar en ello mientras Alex y ella conversaban con sus hijas. Hablaron de todo, desde los negocios a la universidad, pasando por la política. Ya estaban tomando el postre cuando Alex miró a Faith y les dijo a sus hijas, como si fuera un chiste, que su madre había decidido volver al colegio. Lo dijo como si se tratara de una idea estúpida de Faith y, por encima de todo, parecía divertido.

—Por suerte, ha recuperado la cordura. Se le había metido en la cabeza no sé qué loca idea de ir a la facultad de derecho, hasta que le hice notar que es un poco mayor para eso. El año que viene, habríamos tenido que comer sándwiches de mantequilla de cacahuete para Acción de Gracias, mientras ella se preparaba para los exámenes —concluyó Alex.

Ellie se echó a reír, mientras Faith parecía dolida y Zoe miraba, furibunda, a su padre. Era muy típico de él decir aquello y ella lo detestaba. Odiaba que rebajara a su madre, algo que hacía con frecuencia.

—Pues yo no creo que sea una idea tan demencial, papá —replicó Zoe, cortante, mirándolo a través de la mesa con aire de resolución. Le habría gustado abrazar a su madre y protegerla de él. La ponía furiosa ver cómo la menospreciaba. También se lo había hecho a ella, muchas veces—. Creo que es una gran idea. —Se volvió hacia su madre, que parecía disgustada—. Espero que sigas adelante con tus planes, mamá. —Habían hablado de ello varias veces y quería que su padre supiera que ella aprobaba sus proyectos. Él puso cara de enfado en cuanto ella empezó a hablar, pero no le importaba lo más mínimo. No le tenía miedo. Zoe tenía sus propias ideas.

—Ya veremos, cariño. Papá cree que no podría cumplir con mis responsabilidades de esposa, aunque yo creo que sí que podría. Ya hablaremos de ello en algún momento —dijo, tratando de cambiar de conversación, mientras Alex la miraba, autoritario.

—No hay nada de qué hablar, Faith. Resolvimos ese asunto hace días. Pensaba que estábamos de acuerdo.

Faith no sabía qué decir. No quería mentirle ni pelearse con él el día de Acción de Gracias, con sus hijas en casa. Además, no estaba preparada para decirle que ya estaba haciendo un curso en la Escuela de Educación para Adultos y preparándose para presentarse al LSAT, en diciembre. Era el momento y el lugar equivocados para discutirlo con él, pero daba la impresión de que él quería seguir con el tema, delante de sus hijas, dejando bien claro que él tenía la última palabra. Zoe mordió el anzuelo, incluso antes de que Faith pudiera responder.

—Pues yo creo que mamá debería ir a la universidad. Lo único que hace es estar aquí, sentada, esperando que tú vuelvas a casa. Eso no es vida para ella. Además, tú viajas mucho. ¿Por qué no va a poder dedicarse a la abogacía, si eso es lo que quiere?

A Faith le enterneció que su hija rompiera una lanza en su favor, pero quería que dejaran el tema lo antes posible, antes de que se convirtiera en una pelea, lo cual iba a ser inevitable.

—Es demasiado vieja para ser abogada —replicó Alex, tercamente—. Y ya tiene un trabajo. Un trabajo de dedicación plena. Es mi esposa. Eso debería ser suficiente para ella. Y creo que ella lo sabe.

Alex miró con aire adusto a Zoe y a Faith, mientras Ellie mantenía la mirada fija en el plato del postre, sin querer inmiscuirse en la discusión, si era posible. Pensaba que su madre debería buscar un empleo de unas horas al día o hacer alguna labor de voluntariado. A ella también le parecía que los estudios de derecho le exigirían demasiado.

—Alex, ¿por qué no lo hablamos cuando las chicas no estén aquí? —le pidió Faith, con aire afligido.

No quería que una pelea les estropeará el poco tiempo que tenían para pasar todos juntos, en especial el día de Acción de Gracias, pero él la miró con reprobación y elevó el tono de voz.

—Es un tema zanjado, Faith. Solo les he contado lo que habías estado pensando, pero es ridículo y tú lo sabes. No es una opción; simplemente me pareció que les divertiría saber la idea que se te había ocurrido.

La forma en que lo dijo la humilló; a su pesar, no pudo contenerse y le habló con brusquedad.

—No es ridículo, Alex. Lo pienso en serio. Y es una buena idea —dijo.

Alex se quedó estupefacto y Ellie empezó a dar muestras de lo incómoda que se sentía. Odiaba que sus padres no estuvieran de acuerdo en todo. Zoe estaba furiosa, por su madre. Parecía un volcán a punto de entrar en erupción, cuando su hermana mayor intervino.

—Creo que sería mucho esfuerzo para ti, mamá. Tengo amigos en la facultad de derecho y todos lo odian; están ahogados de trabajo, apenas pueden seguir el ritmo. Papá tiene razón. Te resultaría muy difícil poder atender sus necesidades.

Le parecía un argumento lógico en contra, pero hizo que Zoe saltara, con los ojos relampagueantes.

—Entonces, puede que papá tenga que hacer un sacrificio por ella, por una vez. Mira, será algo nuevo —dijo Zoe, mirando alternativamente a su hermana y a su padre.

Faith sintió pánico al ver los derroteros que tomaba la discusión. Miró a Zoe, agradecida, pero intentó que las aguas volvieran a su cauce antes de que fuera demasiado tarde.

—Me parece que es un asunto que papá y yo tenemos que resolver entre nosotros, pero gracias, cariño. No es algo que tengamos que decidir en este momento —intervino la eterna pacificadora, aunque le dolía en el alma lo que él le había dicho.

—Ya está resuelto, Faith. Es un tema zanjado.

—Entonces, no tendrías que haberlo sacado a relucir —replicó Faith, sensatamente—. Yo no lo habría hecho. Y no, la verdad es que no está zanjado. He enviado los formularios para matricularme en dos cursos en la Escuela de Educación para Adultos. Empiezo en enero.

No le dijo que se iba a presentar al LSAT, a fin de poder matricularse en la facultad de derecho, si así lo decidía, y para ver qué tal le iba. Pero se hubiera dado de bofetadas por haber hablado más de la cuenta. No quería empezar una guerra con él y estropearles el día de Acción de Gracias a sus hijas, pero se había mostrado tan condescendiente con ella, la había humillado tanto que no pudo resistirse a hacerle saber que él no tenía el control absoluto. Lo lamentó al instante, cuando él dio tal puñetazo en la mesa que hizo que saltara toda la vajilla y el cristal y que sus hijas se sobresaltaran. Se quedaron atónitas ante su violencia, igual que Faith. Tanto si ella quería como si no, la guerra había estallado de nuevo. Para él era una cuestión de poder y no tenía ninguna intención de perderlo.

—Retira las solicitudes, Faith. Llama a la escuela. No tiene ningún sentido que sigas adelante. Definitivamente, no vas a ir a la facultad. ¡No te lo voy a tolerar!

Ella solo quería asistir a las clases para recuperar el ritmo de estudio y prepararse para el ingreso en la facultad de derecho en otoño. Además, era una ocupación más estimulante que almorzar con sus amigas o ir de compras con ellas.

—¿Quién diablos te crees que eres? —gritó Zoe a su padre, cuando este se levantaba, con aspecto iracundo.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —respondió él, también gritando.

Los ojos de Faith se llenaron de lágrimas. Ella no quería que sucediera aquello. Quería que todo fuera perfecto mientras sus hijas estuvieran allí. Se sentía como si todo fuera culpa suya, porque discutían por su causa.

—¡Zoe, por favor! —le suplicó a su hija, en voz queda, tratando de calmarla, pero Alex estaba furioso por lo que le había dicho.

Era la culminación de una larga serie de discusiones entre ellos. Zoe siempre se mostraba crítica con él, había sido así desde que era niña. Pero nunca antes le había

dicho tan claramente lo que pensaba. No podía soportar la manera en que él le hablaba a su madre y lo que decía de ella. Además, a Faith le costaba mucho defenderse. Años de recibir críticas y de ser dominada cuando era niña se habían cobrado su precio.

—No, mamá —dijo Zoe, volviéndose hacia su madre, con los ojos llenos de lágrimas—. No entiendo cómo puedes permitirle que te hable de esta manera. Me pone enferma. Y si tú no le dices que se calle, lo haré yo. —Luego se volvió hacia su padre, temblando de rabia—. La tratas con una falta de respeto repugnante, siempre te comportas igual con ella. ¿Cómo eres capaz? ¿No puedes tratarla como a un ser humano, después de todo lo que hace por ti, por todos nosotros? ¿Cuándo le tocará a ella que la traten con respeto? Además, si quiere estudiar derecho, ¿por qué diablos no puede hacerlo? Francamente, yo preferiría comer perritos calientes el año que viene y saber que ella es feliz.

Ellie intervino entonces, con aire irritado y de superioridad y Faith deseó tener una varita mágica para hacer que todos se calmaran.

—Siempre lo estropeas todo —le reprochó a su hermana pequeña—. Siempre te estás metiendo con papá.

—¡Por todos los santos, pero mira cómo la trata! ¿Crees que se lo merece? Papá no es un santo, ¿sabes, El? Es solo un hombre y trata a mamá como si ella fuera basura.

—¡Basta ya! —dijo Faith gritando.

Todos se estaban comportando de una manera atroz y, lo que es peor, lo hacían por su causa. Ya habían terminado de comer, pero la comida había acabado tan desagradablemente que ninguno de ellos lo olvidaría nunca y todo porque Alex había comentado que Faith quería ir a la facultad de derecho. Se sentía furiosa consigo misma por haber perdido la paciencia con él e iniciado una discusión a la que las chicas se habían sumado. Pensaba que tenía que haber evitado aquel error. Estaba deshecha por haber provocado una situación que los había disgustado a todos. Entonces, Alex, sin decir ni una palabra más, salió como una furia de la habitación, se fue a su estudio y cerró dando un portazo.

—¡Mira lo que habéis hecho! —exclamó Ellie, dirigiéndose a su madre y a su hermana—. Le habéis estropeado el día a papá.

—¡No digas más sandeces! —le respondió Zoe a voz en grito—. Siempre lo estás defendiendo, pero ha sido él quien ha empezado. Se burló de mamá delante de nosotras. ¿Crees que resulta divertido para ella?

—No tenías que decirle que habías enviado los formularios a la escuela —le reprochó Ellie a su madre—. Sabías que se disgustaría. ¿Por qué has tenido que decírselo? —También ella estaba llorando.

—Porque estaba disgustada —dijo Faith, disculpándose, queriendo que sus hijas se calmaran. Odiaba que se pelearan, especialmente por ella; siempre se sentía culpable cuando lo hacían—. Iba a contárselo en algún momento, si es que decidía

matricularme en derecho. Todavía no he tomado una decisión.

Estaba dividida entre mostrarse firme y evitarles un disgusto. Todavía podía decidir no ir a clase ni presentarse al examen de admisión al cabo de unas semanas.

—Será mejor que vayas, mamá —le advirtió Zoe—. No te perdonaré nunca, ni a papá, si no lo haces. Es lo que quieres hacer y tienes tanto derecho como nosotras, o como papá, de llevarlo a la práctica.

—No si a tu padre le disgusta tanto y crea malestar entre vosotras dos.

Faith se sentía desolada. ¿Por qué los demás tenían que pagar un precio tan alto por algo que a ella le parecía tan razonable?

—Ya se le pasará —repuso Zoe, fulminando con la mirada a su hermana. Odiaba que Ellie defendiera a su padre, cuando no tenía razón. Su hermana mayor siempre se ponía de su parte, hiciera lo que hiciera, algo que a ella le parecía absurdo—. Mamá también tiene derecho a tener su vida —añadió, mientras Ellie salía del comedor para ir a consolar a su padre.

Faith estaba recogiendo la mesa, con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Detesto que vosotras dos os peleéis —dijo, abatida.

Zoe le pasó el brazo por los hombros y la abrazó, mientras Faith toqueteaba los platos, sin saber lo que hacía.

—Yo detesto que él te trate como si fueras poco menos que basura, mamá. Y siempre se comporta así contigo. Lo hace solo para atormentarte delante de nosotras.

—No me atormenta —replicó Faith, dejando los platos y abrazando a su hija—. Pero gracias por defenderme, aunque no es una buena idea si hace que todos nos disgustemos. Él es así —concluyó Faith, más dispuesta a perdonarlo que Zoe.

Zoe tenía muchas cuentas pendientes con su padre y saldarlas le llevaría toda la vida. Faith también detestaba eso, pero nunca había conseguido convencer a Zoe. Alex la había tratado muy duramente, durante demasiado tiempo.

—Es arrogante, desconsiderado, desdeñoso, irrespetuoso y frío —dijo Zoe, desgranando los que creía que eran sus principales defectos, en el momento en que Ellie entraba en el salón.

Su padre le había dicho que quería estar solo.

—¡Y tú eres una maldita bruja! —exclamó desde el otro lado de la habitación.

—¡Basta ya, las dos! —intervino Faith, gritando.

A continuación recogió los platos y salió del comedor.

Era un final horrible para lo que tendría que haber sido una tarde maravillosa. Zoe la siguió a la cocina y Ellie se fue arriba, a llamar a sus amigos. Faith estaba desolada de que el día hubiera acabado tan mal.

—Mamá, odio tener que dejarte y marcharme —dijo Zoe, disculpándose—. He quedado con unos amigos a las seis.

Ya casi era la hora.

—No pasa nada, cariño. No creo que vayamos a aclarar todo esto hoy. Confío en que mañana todos nos habremos calmado.

—Él seguirá igual, mamá. Es su manera de ser.

—No deja de ser tu padre y por muy en desacuerdo que estés con él, tienes que mostrarle respeto.

—Primero tiene que ganárselo —replicó Zoe, reacia a ceder.

Tenía unos principios firmes e integridad y solo sentía respeto por Faith. Su padre lo había perdido hacía años.

Le dio un beso a su madre y se marchó. Unos minutos más tarde, bajaba Eloise con el abrigo y el bolso. Ella también había quedado con unos amigos y estaba deseando marcharse. El ambiente de la casa estaba muy cargado desde la discusión, al final de la comida.

—Siento que las cosas se hayan puesto tan difíciles —le dijo Faith, con tristeza.

Quería que todo fuera absolutamente perfecto para ellas. No había contado con una disputa por su causa.

—No te preocupes, mamá —dijo Ellie, de modo poco convincente.

Todavía parecía disgustada, igual que todos.

—No tendría que haberme dejado llevar por lo que dijo tu padre —repuso Faith, disculpándose. No dijo, como hubiera hecho Zoe, que él no tendría que haberse burlado de ella como lo hizo. Fue un gesto de falta de respeto, tanto si Eloise quería reconocerlo como si no—. Todo se arreglará.

—Sí, ya lo sé... Espero que no vayas a la universidad, mamá. Papá se disgustaría mucho.

Faith quería gritar: «¿Y yo qué? ¿Qué clase de vida tendré si no lo hago? Mi vida no tendrá ningún sentido».

—Ya encontraremos una solución. No te preocupes. Sal por ahí y diviértete. ¿A qué hora crees que volverás?

—No lo sé, mamá. —Sonrió. Tenía veinticuatro años y llevaba tiempo viviendo sola en su piso de Londres. Ya no estaba acostumbrada a que su madre la controlara—. Tarde. No me esperes levantada.

—Solo quería saber a qué hora tenía que empezar a preocuparme. —Faith también sonrió—. A veces me olvido de la edad que tienes.

—Vete a la cama. Yo estaré bien.

Zoe había dicho que volvería a las diez. Faith se preocupaba por las dos cuando salían. Eran muy bonitas y más vulnerables de lo que pensaban.

Eloise se fue unos minutos después y Faith dedicó la siguiente hora a recoger la mesa y limpiar la cocina. Guardó los restos de comida y limpió las encimeras. El comedor volvía a tener un aspecto impoluto y el lavavajillas funcionaba a toda potencia.

Eran más de las siete cuando apagó las luces y llamó a la puerta del estudio de Alex. No hubo respuesta durante un buen rato, pero sabía que él estaba allí. Al final, entreabrió la puerta y miró al interior. Estaba sentado en un sillón, leyendo un libro, y la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Puedo entrar? —preguntó Faith, en una muestra de respeto hacia él y su privacidad, hablándole desde el otro extremo de la habitación.

—¿Para qué? No hay nada que decir.

—Yo creo que sí. Siento que las cosas se nos fueran de las manos. Me disgustó lo que dijiste.

—Tú ya habías aceptado quitarte de la cabeza la idea de ir a la universidad, Faith. Has faltado a tu palabra. No tiene ningún sentido que asistas a clase esta primavera. Supongo que son clases de derecho, esas a las que te has apuntado.

Ella asintió y él la miró hosco, furioso y frío. Faith sintió la misma corriente de helada desaprobación que había recibido de los hombres que habían formado parte de su vida desde que era niña. Pero esta vez, estaba decidida a llevar las cosas de otra manera.

—No llegamos a un acuerdo. Tú me ordenaste que hiciera lo que me mandabas. —Se sentó en un sillón delante de él. Era una habitación pequeña y acogedora con las paredes forradas de madera, un sofá de piel, dos grandes sillones, también de piel, y una chimenea que Alex solía encender las noches de invierno, aunque no lo había hecho ese día. No estaba de humor—. Alex, esto es importante para mí. Necesito tener un objetivo en la vida, una razón de vivir, algo en que centrarme, ahora que Zoe y Ellie se han ido.

Quería hacerle comprender lo mucho que aquello significaba para ella y esperaba que, entonces, él estaría de acuerdo.

—Ya tienes un objetivo. Estás casada conmigo. Eres mi esposa.

Era el único papel en que podía verla y no tenía ninguna intención de cambiarlo. Le convenía, tanto si a ella le bastaba como si no.

—Necesito más que eso. Tú estás siempre muy ocupado. Tienes tu vida. Yo no.

—Qué visión más triste de nuestro matrimonio —dijo Alex, con aspecto apesadumbrado.

Los ruegos de Faith caían en oídos sordos.

—Quizá lo sea —repuso ella en voz baja—. Quizá sea todavía más triste para mí. Necesito un objetivo en la vida, uno mayor que el que tengo. Reconozcámoslo, me he dedicado por completo a ser madre durante veinticuatro años y ahora ya no tengo nada que hacer. Es duro.

—Así es la vida. Todas las mujeres se enfrentan a lo mismo cuando sus hijos se van a la universidad.

—Muchas tienen un empleo y una profesión. Quiero ser una de ellas. Lo único que puedo decirte es que haré todo lo posible para no causarte inconvenientes.

Le estaba suplicando, pero él no mostraba señales de que fuera a ceder.

—Mira, Faith, las cosas se van a poner mal entre nosotros, si no cambias de opinión.

—No me amenes, Alex. No es justo. Yo no te haría eso. Si fuera importante para ti, procuraría apoyarte lo mejor que supiera.

—Es importante para mí que no vayas a la universidad.

Estaban en un punto muerto y Faith no tenía ni idea de cómo solucionarlo con él ni cómo conseguir lo que quería. Detestaba tirar la toalla. De repente, le parecía que había muchísimo en juego, no solo el hecho de ir o no a la universidad. Se trataba de su propio respeto y autoestima y de una nueva vida que deseaba con desesperación, pero para él era más cómodo seguir con su vida como hasta entonces.

—¿Podemos dejarlo de momento?

No sabía qué más podía hacer. Lo único que le cabía esperar era que, con el tiempo, Alex se ablandara, cuando se acostumbrara a la idea.

—No voy a volver a hablar de esto contigo —replicó él y luego la sobresaltó por lo que dijo a continuación—. Haz lo que quieras, Faith. Supongo que lo harás de todos modos, pero no esperes mi ayuda. Me opongo tajantemente a que vuelvas a estudiar. Quiero que no te quede ninguna duda sobre ello. Si lo haces, es bajo tu propia responsabilidad.

—¿Qué significa eso?

Aquella velada amenaza la asustaba, que era, justamente, lo que él pretendía.

—Lo que he dicho.

Se preguntó si la castigaría de alguna manera, si volvía a estudiar. Pero en lo más profundo de su ser, estaba convencida de que valía la pena arriesgarse. Era algo que sabía que tenía que hacer, pasara lo que pasara. Por una vez en la vida, haría algo que solo la beneficiaría a ella misma.

—¿Subes? —le preguntó, amablemente, agradeciendo que él hubiera dado marcha atrás, aunque solo fuera un poquito y a pesar de aquella implícita amenaza.

Tal vez Alex no fuera capaz de ceder más y daba gracias de que no hubiera sido peor. Podía haberlo sido.

—No —respondió Alex, bajando los ojos de nuevo a su libro y alejándola de él, como siempre hacía.

Faith se levantó y salió sin hacer ruido. Le tocó el hombro al pasar, pero él no reaccionó ni dijo una palabra. Al tocarlo, tuvo la impresión de tocar una estatua. Subió arriba y tomó un baño. Luego entró en su pequeño estudio y se sentó a esperar que Zoe volviera a casa. Miró el correo, pero no había ningún *e-mail* de Brad.

El día de Acción de Gracias había sido ciertamente difícil, pero había conseguido una victoria, aunque a un alto precio. Sin embargo, se consoló, en el silencio de la casa, diciéndose que, por lo menos, había ganado un asalto, cuando él le dijo que hiciera lo que quisiera. Por una vez en la vida, eso es lo que pensaba hacer y sus palabras habían reforzado su resolución de seguir adelante. Iba a ser un mundo nuevo y maravilloso para Faith. La verdad es que ya lo era.

El día de Acción de Gracias Brad permaneció en el despacho hasta las cinco. Sus hijos estaban en África y Pam le había dicho que iba a jugar al golf con unos amigos. Sus invitados empezaban a llegar hacia las seis y no cenarían hasta las siete o las ocho. Pam había invitado a cuarenta personas, a la mitad de las cuales, por lo menos, no conocía. Ni siquiera se había molestado en protestar. No valía la pena. Pam hacía lo que quería. Lo único que conseguía con sus objeciones era que ella se armara de argumentos más sólidos para convencerlo. Al final, quizá debido a la falta de energía por su parte, la opinión de Pam siempre se imponía. Brad prefería ahorrar sus fuerzas para cosas más importantes, como su trabajo.

Liquidó un montón de papeleo y puso al día una serie de cosas. En un impulso emotivo, escribió una larga carta a sus hijos diciéndoles que estaba muy orgulloso de ellos y que daba gracias por tenerlos. Los dos eran unos chicos estupendos. Admiraba sus agallas al irse a África durante un año. Estaban trabajando en una reserva de animales, cuidando a los que se encontraban heridos y ayudando a los que tenían problemas en libertad. En su tiempo libre, ejercían como voluntarios en una iglesia del pueblo. Dyk enseñaba a leer a los niños y a sus padres y Jason abría zanjas para un nuevo sistema de alcantarillado. Sus cartas estaban llenas de entusiasmo y pasión por todo lo que hacían y veían. En una experiencia inolvidable para ellos. Iban a estar allí hasta julio y se había prometido y le había prometido a Pam que iba a tomarse unos días libres para ir a verlos y estar con ellos un par de semanas. Pero hasta ese momento, no había tenido tiempo. Pam tampoco. Ella estaba mucho menos entusiasmada con la idea de ir a África. Sentía pánico por las enfermedades y, en un viaje como aquel por los accidentes y los bichos. Su idea de un viaje de aventura era volar a Los Ángeles e instalarse con unos amigos en Bel-Air.

Brad y ella habían hecho varios viajes a lo largo de los años, pero nunca a lugares exóticos. Por lo general, iban a Europa o a alguna parte de Estados Unidos. Se alojaban en hoteles de lujo y comían en restaurantes de tres y cuatro estrellas. A Pam le encantaba ir a los balnearios, cuando tenía tiempo, y jugar al golf con sus socios del bufete o con clientes que estaba tratando de captar para la empresa. Casi todo lo que hacía estaba encaminado a promocionarse, de una u otra manera, social o profesionalmente. Muy pocas veces hacía nada solo por diversión. Siempre tenía un plan. Era totalmente diferente de Brad. Él no tenía ambiciones sociales, ni deseo alguno de dirigir el mundo, tampoco necesitaba enormes sumas de dinero y su única y verdadera pasión era su trabajo. El resto le resbalaba. A veces, Pam se burlaba de él y trataba de enseñarle a manejar los hilos de la codicia y el éxito. Eran lecciones que, con gran pesar por parte de ella, él se negaba a aprender. Cuando se puso a trabajar por su cuenta y dejó el bufete, ella tiró la toalla. La mayor parte del tiempo, de hecho casi siempre, cada uno se ocupaba de sus cosas, lo cual era un alivio para Brad. El trabajo que Pam dedicaba a su vida social y profesional lo agotaba. Le importaba un

pimiento alardear, aparecer en la prensa o impresionar a los miembros del círculo social de su esposa.

Brad acabó la carta para sus hijos, enviándoles su cariño. Solo habían llamado varias veces en cuatro meses. No había teléfonos en la reserva, solo radios conectadas con las granjas cercanas y la ciudad más próxima. Para llamar a casa, tenían que ir a la ciudad y esperar horas en la oficina de correos hasta que hubiera un teléfono y una línea exterior disponibles. Le parecía como si estuvieran en otro planeta. Pero por lo menos, escribían de vez en cuando y él también lo hacía. Pam les enviaba, continuamente, paquetes con vitaminas y repelente contra insectos, comprados por su secretaria. Hasta el momento, todos los paquetes, salvo dos, habían sido robados o se habían perdido. En algún lugar de Zambia había funcionarios de correos o de aduanas tomándose aquellas vitaminas y libres de las molestias de los bichos. De todos modos, suponía que sus hijos estaban bien.

Pensó en llamar a Faith antes de salir del despacho, pero cuando miró la hora, vio que probablemente estarían ya sentados a la mesa. Para él, era un regalo haberla vuelto a encontrar. Era una parte de su infancia, su historia, un recuerdo de una época en que era feliz. Las cosas se le habían complicado después de acabar la carrera. Sus padres se divorciaron y siempre pensó que la amargura del divorcio los había matado a los dos. Su madre murió de cáncer de pulmón a los cuarenta y tres años, después de vivir obsesionada con lo que el padre de Brad le había hecho, y su padre sufrió un ataque al corazón dos años después. Se habían vuelto unas personas resentidas, llenas de rabia, cuyo único interés era hacerse daño mutuamente. Su padre se había negado a asistir al entierro de su exmujer, como último desprecio hacia ella. Al final, el único al que hirió fue a Brad, quien se prometió que nunca se casaría. Cuando conoció a Pam y empezaron a salir juntos, a ella le costó mucho convencerlo para que se casaran y, cuando por fin lo logró, después de presentarle un ultimátum, él decidió con la misma fuerza que nunca se divorciaría. No quería que sus hijos sufrieran la misma angustia que él había padecido, presenciando la enconada batalla de sus padres para destruirse mutuamente. Al casarse con Pam, cuando dijo «para lo bueno y para lo malo» estaba convencido de cada palabra. Entonces ya sabía que, pasara lo que pasara más adelante, se había casado con ella para toda la vida.

Se resignó cuando, lentamente, sus caminos empezaron a separarse y ella lo decepcionó una y otra vez. Sabía que también él era una decepción para ella. A sus ojos, no era lo bastante ambicioso ni le interesaban las mismas cosas. Para cuando sus hijos acabaron la universidad, o incluso cuando la empezaron, Pam y Brad ya no tenían intereses comunes y pocos amigos que les gustaran a ambos. Los valores de Brad eran totalmente diferentes de los de ella y la única alegría que aún compartían eran sus hijos.

Brad apagó las luces del despacho y subió en el *jeep* que usaba para ir a trabajar. Tenía un Mercedes aparcado en el garaje, en casa, pero casi nunca lo sacaba. Era un símbolo equivocado para un abogado de oficio o para alguien que trabajaba sin

costrar, defendiendo a chicos indigentes acusados de delitos violentos. El Mercedes le hacía sentir incómodo y llevaba un tiempo pensando en venderlo, aunque Pam acababa de comprarse un Rolls. La diferencia entre sus coches parecía simbólica, al menos para él, de sus diferencias en todo lo demás.

No se engañaba diciéndose que era feliz con ella. Hacía tiempo que había perdido la ilusión por su matrimonio, pero tenía absolutamente claro que no iba a hacer nada al respecto y que nunca lo haría. Además, también estaba cómodo con Pam. Sospechaba que tenía breves aventuras, de vez en cuando, y él mantuvo una relación que duró dos años con una secretaria casada, pero ella acabó divorciándose y queriendo un compromiso mayor con él. Nunca la había engañado respecto a sus planes y cada uno había seguido su camino como buenos amigos. Después, ella se casó con otro. Brad no había mantenido ninguna relación con nadie más desde entonces y de eso hacía tres años. Se habría sentido solo, si hubiera pensado en ello, pero no se lo permitía. Sencillamente, aceptaba las cosas tal como eran y vivía inmerso en el trabajo.

Sin embargo, en los dos últimos meses, hablar con Faith había dado otra dimensión a su vida. No se hacía ilusiones con ella en el aspecto sentimental; todo lo contrario, era sagrada para él y apreciaba mucho la amistad que tenían. Ella parecía entenderlo perfectamente, compartía muchos de sus puntos de vista y su propia soledad le permitía acercarse a él de una manera que otros no se habrían atrevido a hacer. Además, en su interior, seguía siendo como una hermana pequeña para él y eso le hacía relacionarse con ella de una forma totalmente casta. Le encantaba lo que sentía por ella y lo que se decían el uno al otro. Le encantaba ayudarla y estar allí cuando lo necesitaba. Estaba decidido a hacer todo lo posible para animarla a volver a estudiar y confiaba en que lo haría. Intuía que le era útil y eso le hacía sentirse bien consigo mismo. En el más amplio sentido de la palabra, era su amiga.

Brad llegó a su casa a las seis de la tarde. Tenía intención de llegar hacia las cinco y cambiarse, pero había tardado más de lo previsto en acabar. Sabía que no le llevaría más de cinco minutos ducharse y vestirse. Al entrar en la casa, se asombró al encontrarse con que ya habían llegado algunos invitados. Estaban en el vestíbulo, vestidos con traje de etiqueta, y pusieron cara de sorprendidos cuando él entró, con vaqueros y sudadera.

Después de que Pam lo presentara a una docena de personas que no conocía, se fue a la habitación. Seguían compartiendo el dormitorio y la cama, aunque no habían hecho el amor desde hacía cinco años. Era algo que ya no le preocupaba, había sublimado sus impulsos sexuales en otras cosas. Lo único que le había desconcertado en las personas que acababa de conocer era que todas iban vestidas de etiqueta. Había olvidado por completo que Pam, ese año, había convertido el día de Acción de Gracias en un acontecimiento social, algo que a él le parecía ridículo. Para él, el día de Acción de Gracias tenía que ver con la familia y las personas que te importaban,

todos sentados alrededor de la mesa o cerca de un cálido fuego. Era un día que solo significaba algo si lo compartías con las personas que querías o con tus amigos, no con unos extraños vestidos de esmoquin o traje de noche, dando vueltas por un salón y bebiendo champán. Pero le había prometido a Pam que jugaría según sus reglas y pensaba que se lo debía. Evitaba la mayoría de sus reuniones sociales, unas veces a propósito y otras porque no podía escaparse del trabajo. No obstante, había algunos acontecimientos en los que aparecía religiosamente: Acción de Gracias, la fiesta de Navidad, la sesión inaugural de la temporada de ópera y *ballet*, cada año, y los conciertos si Pam no encontraba a nadie más que la acompañara. Siempre la animaba a intentarlo.

Media hora más tarde, volvía a estar en el salón, de esmoquin, apuesto y bien arreglado y, para cualquiera que lo conociera bien, muerto de aburrimiento. Habló con el padre de Pam y con dos nuevos clientes del bufete. Pertenecían a dos entidades corporativas importantes y eran un golpe maestro de Pam, como decía su padre. Estaba tremendamente orgulloso de ella, que lo había aprendido todo de él: su sagacidad para los negocios, su habilidad como abogada, sus valores, sus ambiciones y su capacidad para conseguir lo que quería en casi cualquier circunstancia, tanto si estaba bien como si estaba mal. Pam no era alguien a quien fuera fácil decir que no y tampoco aceptaba que la rechazaran. Era, con mucho, la mujer más resuelta que Brad había conocido en su vida. Había aprendido a no chocar con ella, siempre que fuera posible, y, cuando era inevitable, para no ser arrollado por ella, se limitaba a apartarse de su camino. Así no tenía problemas con ella y había conseguido que su matrimonio sobreviviera. El amor que sentía por ella se había resentido por la manera en que lo trataba su mujer, pero incluso después de que sus sentimientos se apagaran, siguió haciendo todos los esfuerzos posibles para mantener intacto el caparazón externo de su matrimonio. El interior, el alma, llevaba mucho tiempo muerto.

—¿Quieres que te presente a la gente que no conoces? —preguntó Pam, generosamente, poniéndose al lado de Brad y apoyando la mano en el brazo de su padre.

Brad se volvió hacia ella y le sonrió.

—Estoy bien. Tu padre y yo estábamos cantando tus alabanzas. Por lo que me ha dicho, has conseguido unos éxitos espectaculares últimamente. Estás haciendo un trabajo fantástico.

Pam pareció contenta con sus alabanzas. Brad procuraba reconocer sus méritos siempre que pensaba que lo merecía, aunque no sentía mucho respeto por los ambientes en que ella competía. No era frecuente que ella le devolviera el favor, y la mayoría de veces despreciaba lo que él hacía, por importante que le pareciera a él o al resto del mundo. También le molestaba la influencia de Brad sobre sus hijos. Pensaba que sus inclinaciones altruistas no conducían a ninguna parte y llevaba años tratando de convencerlos de que estudiaran derecho y, con el tiempo, se incorporaran al bufete de su abuelo. Habría sido una gran victoria para ella, pero, hasta aquel momento,

ninguno de los dos se había dejado influir, con gran alivio por parte de Brad.

Pam era bonita, aunque no de una forma muy femenina. Era alta, atlética, con un cuerpo fuerte y vigoroso. Jugaba mucho al tenis y al golf y estaba en buena forma física. Tenía los ojos castaños y el cabello tan oscuro como el de Brad. Parecía más su hermana que su esposa; con frecuencia, les decían que se parecían físicamente.

Pam se alejó de donde estaban su padre y Brad, y este hizo un pequeño esfuerzo más antes de sentarse a cenar. Se presentó a varias personas y tomó dos copas de vino para que la noche fuera más soportable. Habló con una mujer que jugaba al tenis con Pam. Dirigía una agencia de la que Brad había oído hablar, pero, mientras la escuchaba, su imaginación empezó a vagar y, al cabo de un rato, la dejó para unirse a un pequeño círculo de abogados que estaban cerca del bar. Brad los conocía a casi todos y había trabajado con un par de ellos en el bufete. Eran agradables y la conversación, fácil y familiar, a diferencia de las dos mujeres entre quienes estuvo, cuando finalmente se sentaron a la mesa. Las dos eran extremadamente sociables y estaban casadas con hombres de los que Brad había oído hablar, pero que no conocía. Era agotador tratar de mantener una conversación y, después de la cena, se sintió aliviado de poder escaparse. La sala estaba llena de personas, saciadas y felices, que tomaban *brandy*. La mayoría parecía como si fuera a quedarse toda la noche. En aquel momento, Pam estaba en medio de un acalorado debate sobre alguna ley tributaria reciente que a él no le interesaba lo más mínimo. Además, a ellos, la clase de abogacía que él ejercía tampoco les atraía en absoluto.

Sintió que lo inundaba una oleada de agotamiento y se fue, discretamente, a su estudio. Encendió la luz y cerró la puerta. Se quitó la pajarita de satén negro y la dejó caer encima de la mesa; luego se sentó en la silla y suspiró. Había sido una noche interminable y lo único que podía pensar era en lo mucho que echaba de menos a sus hijos. Añoraba las fiestas familiares que celebraban cuando eran pequeños y Acción de Gracias significaba algo para él y no era solo un pretexto para invitar a cuarenta personas. Pam aprovechaba cualquier oportunidad para llenar la casa de gente que le resultara útil, en lugar de personas que significaran algo en su vida. Aunque de estos quedaban muy pocos y él y Pam ya no tenían amigos comunes. Sus amigos eran abogados y defensores de oficio; los de ella figuras relevantes de la sociedad, trepadores sociales y altos directivos de corporaciones que quería conquistar para el bufete. Brad sabía que, para Pam, ninguna noche estaba completa a menos que, como ella decía, se hubiera «apuntado un tanto».

Miró el ordenador y deseó poder enviar un *e-mail* a Jason y Dylan para desearles un feliz día de Acción de Gracias. En cambio, tecléo la dirección electrónica de Faith en Nueva York. Para ella, eran casi las dos de la madrugada.

Hola... ¿estás levantada? ¿Qué tal tu día de Acción de Gracias? Probablemente, no recibirás esto hasta por la mañana. Por fin me he escapado. Un circo absoluto. Cuarenta personas a cenar, en traje de etiqueta.

No puedo menos de pensar en lo absurdo y vacío que es pasar Acción de Gracias vestido de etiqueta. Echo en falta a los chicos. Eso es lo único que me importa en las fiestas. Y tú, ¿qué tal? ¿Todo tranquilo y agradable? Debes de estar contenta teniendo a tus hijas en casa. Te envidio. Mañana tengo que trabajar. Otros dos chicos en la cárcel y un tercero que creo que me envía el condado. ¿Qué pasa, al principio, con el camino de estos chicos? Sería bonito que no me necesitaran, que tuvieran una vida feliz, normal y corriente, sea eso lo que fuere. Me sentía tan estúpido esta noche, compartiendo Acción de Gracias con un montón de extraños, todos vestidos como camareros... Pam estaba encantada. Me gustaría poder decir lo mismo. Perdona que me queje. Supongo que estoy cansado. Hablaremos pronto. Y feliz día de Acción de Gracias. Un abrazo, Brad.

Hojeó unos papeles que había encima de la mesa; no quería volver con sus invitados. Estaba pensando en escaparse por la escalera de atrás e irse a la cama. El día siguiente iba a ser largo. Pam ya estaba acostumbrada a que abandonara sus fiestas temprano. Siempre lo hacía discretamente, para no incomodar a los invitados ni darles la impresión de que tenían que marcharse. Estaba seguro de que Pam y muchos de sus amigos alargarían la fiesta hasta bien pasada la medianoche, pero le encantaba no ser uno de ellos.

Estaba apagando las luces del estudio cuando el ordenador le avisó de que tenía correo. Apretó el botón y vio que era de Faith. Sonrió y se sentó.

Hola, sorpresa, todavía estoy levantada. Tu fiesta de Acción de Gracias suena muy chic. Aquí solo estuvimos los cuatro, pero no fue fácil. Empezó bien, el pavo estaba bueno y a todos les gustó la comida, pero, al final, tuvimos una discusión horrible a causa de mis estudios. Zoe le chilló a su padre, Alex se puso furioso y las chicas se pelearon. Cada uno se fue a su rincón y luego Ellie y Zoe salieron con sus amigos y Alex se fue a la cama. Zoe ya ha vuelto, pero Ellie todavía no. Las dos están furiosas la una con la otra, o lo estaban, y, desde que acabamos de comer, Alex no me habla. En realidad, ha sido culpa mía. Mostró tanto desprecio por mis deseos de ir a la universidad que perdí el control y le grité. Eso hizo que él estallara y dijera algunas cosas bastante desagradables. Zoe saltó en mi defensa. Para empezar, si no hubiera reaccionado no habría pasado nada. Tendría que tener más juicio. Soy una persona adulta, por todos los santos. Supongo que me tocó una fibra sensible. Al final, dijo que hiciera lo que quisiera, pero indirectamente eso significa que, si meto la pata, estaré en un buen lío. Es una especie de victoria, pero no la quiero si es a expensas de que las chicas dejen de llevarse bien. Tienen tan poco tiempo para estar juntas... y la comida acabó en una trifulca. Espero que arreglen las cosas antes de

marcharse. ¿Por qué todo se complica siempre tanto? ¿Qué ha pasado con esos días de Acción de Gracias familiares, agradables y tranquilos, entre personas que se quieren, que no se ponen furiosos unos con otros y que dicen cosas agradables? Por lo menos, las chicas estaban aquí. Doy las gracias por eso. Siento quejarme. Tenía intención de quedarme levantada hasta que volviera Ellie, para pedirle perdón, pero ya son las dos de la mañana y me voy a la cama. Feliz día de Acción de Gracias también para ti, hermano mayor. Con cariño, Fred.

Le hizo feliz leerlo, pero sintió lástima por ella. Parecía que había sido una tarde tensa. Por lo menos, por una vez, Pam y él no habían discutido. Sabía que era mejor no discutir y hacía todo lo posible para evitar escenas desagradables.

Se apresuró a escribir una respuesta para Faith, por si todavía no se había ido a la cama, pero esta, sabiendo lo rápidamente que él solía contestar, había decidido esperar unos minutos más para ver si volvía a tener un mensaje suyo. Y claro está, así fue. Sus *e-mails* eran como dulces que se pasaban mutuamente y, cuando recibían un mensaje del otro, siempre que fuera posible, ninguno de los dos podía resistirse a contestar de inmediato.

Querida Fred: tengo la impresión de que ha sido un día duro. Lo siento. Pero también es una victoria si Alex te dio, tácitamente, su «permiso» (detesto reconocer o compartir la idea de que él tenga poder sobre ti) para volver a estudiar. Eso son, realmente, buenas noticias. Es el lado bueno. Siento lo de tus hijas. También es difícil para ellas, si Alex las pone en una situación así. Si no has cambiado de cómo te recuerdo, cuando nos calmabas, a Jack y a mí, durante nuestras disputas ocasionales, y sospecho que sigues siendo la de siempre, eres la gran conciliadora. No puedes arreglar siempre las cosas entre todo el mundo, Fred. No pasa nada si están en desacuerdo de vez en cuando, ni aunque sea por defenderte de Alex. Lo importante es que estabais todos juntos y que hiciste valer tus derechos. Es bueno que ellas lo hayan visto, aunque haya causado cierta discordia entre la tropa. Lo superarán. Y lo más importante estoy entusiasmado de que te haya dado luz verde para estudiar aunque solo sea porque ahora te sentirás menos culpable y podrás hacerlo. Creo que tendrías que ir a la facultad de derecho de la Universidad de Nueva York el año que viene.

Por cierto, me olvidaba de decírtelo. Tengo que ir a Nueva York dentro de unas semanas, justo antes de Navidad. Es un congreso nacional para abogados criminalistas y he pensado que podría recoger algún material interesante. Solo estaré ahí dos días y muy ocupado. Confío que puedas dedicarme algo de tiempo para almorzar o cenar.

Lo que Brad más agradecía en aquel momento era que se hubieran mantenido en contacto. De hecho, habían formado un vínculo más estrecho que durante años. Estaba decidido a no perderla de vista otra vez, por los viejos tiempos, por Jack y también por él mismo. También ella estaba agradecida por ello.

Te enviaré las fechas y el programa desde el despacho. Será estupendo verte. Espero que no haga un tiempo horrible para entonces. No puedo permitirme quedar bloqueado por la nieve. Ya es bastante difícil arreglarlo todo para pasar dos días fuera. Buenas noches, Fred. ¡Vas a volver a la escuela!

Faith sonrió al leerlo y tecleó unas líneas de respuesta para él.

Gracias por animarme. Has hecho que el día no parezca tan espantoso. He estado toda la velada disgustada por lo que ha pasado. Tengo muchísimas ganas de que nos veamos, cuando vengas. Procuraré hacerte un hueco en mi apretada agenda —escribió bromeando—. Le diré a mi secretaria que te comunique qué día me va bien. Bueno, en serio, estoy por entero a tu disposición. Solo tienes que decirme cuándo. Buenas noches, que tengas un buen día mañana. Con cariño, Fred.

Brad leyó el mensaje, sonrió y apagó el ordenador. Había sido un día muy largo, una noche aburrida para él y triste para ella, pero por lo menos, se tenían el uno al otro y eso ya era algo. El preciado don de la amistad y del cariño fraterno entre dos viejos amigos. Tal como lo veía Brad, eso es lo que significaba el día de Acción de Gracias, y se sentía agradecido por la amistad de Faith.

El ambiente seguía tenso entre Zoe y Ellie cuando la primera cogió el avión para volver a Brown el domingo por la mañana. Almorzaron todos juntos y parecía que las dos chicas se hablaban, pero Faith no pudo menos de observar que no era un diálogo cálido. Lo que más lamentaba era que no tuvieran tiempo de arreglar las cosas antes de marcharse. Eloise volaba a Londres por la noche. Alex se marchó antes del almuerzo para pasar la tarde con un amigo y se despidió de Eloise antes de salir.

—Siento que las cosas se nos fueran de las manos el día de Acción de Gracias —le dijo Faith a su hija.

Estaba especialmente disgustada por el distanciamiento entre sus hijas.

—Sigo pensando que papá tiene razón y que no deberías volver a estudiar. Supondrá una tensión excesiva para ti y no tendrás tiempo libre para pasarlo con él.

Ellie siempre pensaba primero en su padre.

—Necesito tener algo mejor que hacer con mi tiempo que jugar al *bridge* o almorzar con mis amigas —replicó Faith, defendiendo sus ideas, pero Ellie no parecía convencida.

Allí, de pie, se la veía alta, guapa y fría. Se parecía mucho a Alex cuando era joven. Tenía el mismo aire distante, el mismo porte un tanto reservado. Se había rodeado de murallas para evitar que la gente se le acercara, a menos que los invitara.

En cambio, Zoe, al igual que Faith, no ponía trabas a la hora de comunicarse con la gente o, acaso, muy pocas. Mientras miraba a su hija, Faith pensó que lo ideal sería un punto intermedio entre las dos personalidades.

—Será un trastorno para él, si lo haces —le advirtió Ellie y Faith asintió.

—Haré todo lo que pueda para que eso no suceda. Y si no lo consigo, siempre puedo dejarlo correr.

No era una postura firme, pero quería dejarse un margen de maniobra.

—Supongo que sí —repuso Eloise, poco convencida—. Pero quizá no tendrías ni que empezar.

—Solo asisto a un par de clases —dijo Faith, sonriendo—. Lo de estudiar derecho todavía no es seguro.

Aún tenía que conseguir buena nota en el examen de admisión o no serviría de nada.

—No tomes ninguna decisión apresurada, mamá —le advirtió Eloise, como si Faith fuera la hija, en lugar de la madre—. Procura pensar también en papá.

Faith tenía ganas de preguntarle cuándo no había pensado en él. Todo lo que hacía, todo lo que había hecho en su vida era en conveniencia de su marido. Pero se daba cuenta de que no siempre había dejado que sus hijas lo vieran. Era algo que hacía de forma discreta, planificando su vida en torno a él. Pero parecía que nadie le reconocía ningún mérito por ello, ni su marido ni sus hijas, por lo menos Ellie. Zoe estaba más al corriente de los sacrificios que hacía su madre.

Eloise se fue a acabar de hacer las maletas y Faith le preparó un sándwich y un tazón de sopa antes de que se marchara. Por difíciles que hubieran sido las conversaciones y por tensa que fuera la comida de Acción de Gracias, estaba encantada de que Ellie hubiera venido a casa y le dio las gracias antes de que se fuera.

—Hasta dentro de unas semanas —se despidió Faith, abrazándola antes de que se marchara.

Ellie pensaba volver para Navidad y había insistido en que no era necesario que su madre la llevara al aeropuerto. Era perfectamente capaz de coger un taxi sola; en realidad, lo prefería. Alex también lo habría preferido de esa manera. A Faith y Zoe les gustaba tener compañía en todo momento. Eloise era muy diferente de ellas.

La casa quedó asombrosamente silenciosa después de marcharse las dos chicas. Mientras se ocupaba de los dormitorios, deshacía las camas y lavaba las sábanas, Faith se sentía deprimida. Tenían una asistenta que iba una vez a la semana, pero en un gesto maternal, que seguía permitiéndole cuidar de ellas, prefería encargarse ella misma de sus dormitorios y de la colada. Era lo único que podía hacer por ellas. Mientras iba y venía por la silenciosa casa, todo le recordaba lo vacía que estaba su vida sin ellas.

Incluso sintió alivio cuando Alex llegó por la noche. Había pasado la tarde en un museo marítimo del centro de la ciudad con un amigo de Princeton que le había pedido que entrara a formar parte de la junta. Alex dijo que lo había pasado bien y pareció algo más contento de lo habitual al ver a Faith, lo cual la sorprendió. Se preguntó si también se sentiría solo por la marcha de sus hijas. La ausencia los afectaba a todos, incluso a Zoe, que en la actualidad, cuando iba a casa, se sentía como si fuera hija única y no le gustaba. Pero a la que más difícil le resultaba era a Faith.

Faith y Alex pasaron una tarde tranquila juntos. Él le habló del museo que había visitado y de los planes que tenía para la semana. Fue la conversación más larga que mantenían desde hacía meses y, después de la discusión al final de la comida de Acción de Gracias y de su vehemente negativa a que fuera a la universidad, estaba estupefacta. También le daba la oportunidad de hablarle de lo sola que se sentía sin sus hijas.

—Sabías que esto acabaría sucediendo —repuso Alex, con sensatez, al parecer sorprendido de que aquello le preocupara tanto. Le costaba entender que había sido no solo su razón de vivir, sino su ocupación a tiempo completo durante veinticuatro años. Si él hubiera perdido su trabajo, lo habría entendido—. Tienes que encontrar otras cosas que hacer. La verdad es que volver a estudiar me parece muy extremista y sin sentido, Faith. A tu edad, la mayoría de abogados quieren retirarse, no empezar su carrera.

—Me abriría muchas puertas. Todo lo demás parece tan a corto plazo... como una tirita en una herida. Sería una vida nueva por completo. Quién sabe lo que

acabaría haciendo. Ni yo misma estoy segura.

Parecía que él seguía sin entenderla, pero no se lo tomaba de una manera tan personal, lo cual era un alivio. Por otra parte, que hablara con ella hizo que la velada resultara más agradable y suavizó la ausencia de sus hijas, a las que Faith echaba mucho en falta. Fue una de esas raras noches que solo suceden muy de tarde en tarde. Además, parecía que le había perdonado que quisiera ir a la universidad; quizá había dejado en suspenso su oposición hacia el proyecto. Al menos, de momento. Al hacerlo, creaba una calidez inesperada y muy necesaria entre ellos.

Durante las dos semanas siguientes, Faith estuvo muy ocupada preparándolo todo para Navidad. Compró regalos para Alex y sus hijas. Este hizo varios viajes y se veían tan poco que el tema de los estudios de Faith no volvió a surgir entre ellos. En el escaso tiempo en que lo veía entre viajes de negocios y por la noche, después del trabajo, lo único que hacía era cenar, comentarle un par de cosas e irse a la cama. Ella estaba muy atareada disponiéndolo todo para las fiestas navideñas y había aceptado colaborar en la organización de una gala benéfica para Sloan-Kettering, que tendría lugar en primavera. Ya les había dicho que, quizá, solo podría ayudarlos en las primeras semanas. Cuando empezara las clases, en enero, no tendría tiempo de continuar trabajando en la preparación de la gala, pero le dijeron que les iba bien. De cualquier modo, le agradecían las horas que pudiera dedicarles.

Brad y ella seguían enviándose *e-mails* regularmente, pero después de Acción de Gracias sus mensajes eran breves. Él tenía que preparar dos juicios y había un montón de casos que tenía que estudiar. Para él, era una época demencial. Sucedió dos semanas después de Acción de Gracias, cuando Faith estaba comiéndose un yogur en la cocina, antes de acudir a una reunión en Sloan-Kettering, y se entretenía abriendo el correo al azar. Allí estaba la confirmación de sus dos cursos en la Escuela de Educación para Adultos. Uno era de derecho constitucional y el otro un curso general sobre leyes en sentido más amplio. A Faith le parecía muy abstracto, pero era estupendo que la hubieran aceptado; hacía que sus planes parecieran más reales. Se lo comentó a Brad cuando la llamó y él le prometió llevarla a comer fuera y brindar con champán para celebrarlo, cuando fuera a la ciudad, lo cual le encantó.

—¿Cuándo vienes?

Casi había olvidado lo de su viaje. Entre su participación en el comité benéfico, las compras de Navidad y sus clases preparatorias para el LSAT, el tiempo había pasado volando.

—Justo dentro de una semana. Llego el día catorce y estaré hasta el dieciséis. Espero que estés libre.

Ya le había dado las fechas antes, aunque no había especificado cuándo estaría libre para que se vieran y todavía no lo sabía con certeza, pero de una cosa sí estaba seguro, quería pasar con ella todo el tiempo que pudiera.

—No tenemos nada planeado. Lo miraré con Alex. Ha tenido mucho trabajo en el

despacho. A lo mejor, podemos salir a cenar o, por lo menos, a almorzar.

—Mira, Fred, más te vale tener tiempo para mí —le advirtió Brad.

—Lo tendré.

Charlaron unos minutos más sobre la universidad antes de despedirse.

Faith se pasó los dos días siguientes preocupada por el examen de admisión que iba a hacer. Rezaba porque le saliera bien. Siempre se subestimaba; lo había hecho durante años. Alex no la ayudaba en ese terreno. La menospreciaba, a veces sin querer y otras, intencionadamente.

—¿Cuándo le vas a decir a papá que vas a empezar las clases, ya seguro, en enero? —preguntó Zoe, preocupada por ella, cuando hablaron del tema.

Sabía lo importante que era para su madre que su marido aprobara lo que iba a hacer. Temía que si él no cedía, ella acabara por tirar la toalla, después de todo, algo que, en opinión de Zoe, sería desastroso y la sumiría en una depresión. Tenía tantas ganas como Brad de ver que su madre recuperaba las ganas de vivir y volvía a estudiar.

—Lo haré esta semana. Espero que esté de un humor aceptable.

—Yo también —dijo Zoe, nerviosa—. Cruzaré los dedos, mamá. Respira hondo y hazlo lo mejor que sepas. Y diga él lo que diga, haz lo que tienes que hacer. Eso es lo que tú me dirías a mí.

—Sí, supongo que sí —respondió Faith, aunque no sonaba muy convencida.

La conversación, cuando al fin se produjo, fue casi tan difícil como Faith había temido. El sábado apenas se vieron. Alex trabajó en la oficina todo el día, tratando de ponerse al día en diversos proyectos que tenía que completar antes de final de año y, por la noche, fueron a una cena. La velada se alargó mucho y, cuando volvieron a casa, él estaba agotado, así que se fue directamente a la cama y se quedó dormido enseguida.

Finalmente, Faith se obligó a abordar el tema el domingo por la tarde. Él estaba en la sala, junto a la chimenea, leyendo algunos documentos que había traído del despacho. Faith le llevó una taza de té y se sentó a sus pies.

—Alex —empezó con cautela, pero sabía que tenía que dejar de darle vueltas. Él tenía que estar al tanto de sus planes; no quería mentirle. Tener aquel problema pendiente, sin resolver, hacía que se sintiera mal. Sabía qué quería hacer—. ¿Podemos hablar un momento?

Él pareció irritado por la interrupción cuando la miró.

—¿Qué pasa? —Igual podía haber dicho: «¡Venga, date prisa!». No estaba de humor para hablar.

Faith decidió decírselo sin rodeos.

—Me he matriculado en dos cursos en la universidad. Empiezo en enero. Sabes lo mucho que eso significa para mí.

Aunque él ya supiera que había enviado los formularios, en aquel momento estaba segura de que iba a ir y se sentía obligada a comunicárselo. Se produjo un silencio interminable por parte de Alex, mientras la miraba, sentada allí, a sus pies. Tomó un sorbo de té y no dijo nada durante unos minutos. La pausa se le hizo eterna.

—Ya sé que no te gusta mi idea de volver a estudiar, pero todavía no se trata de la facultad de derecho. Podemos ver cómo me va con esos cursos introductorios y lo manejable que nos resulta a los dos. Solo iré a dos clases y, si realmente no puedo con todo, los dos tendremos una idea antes de que acabe el trimestre. Pero, mira, Alex, de verdad, quiero intentarlo. Haré lo imposible para que no te afecte en lo más mínimo.

Quería que él tomara parte en la decisión y que consintiera, si quería; sentía que se lo debía.

Él la miró con dureza. La conocía bien. No quería que volviera a la universidad, pero también sabía que si decía que no, llegados a ese punto, su negativa tendría repercusiones en su relación. No había forma de evitarlo.

—No voy a darte mi bendición —repuso Alex, finalmente—, pero tampoco quiero la responsabilidad de decirte que no lo hagas. Me parece que voy a tener que dejarlo en tus manos, Faith. En mi opinión, es una estupidez y una idea realmente mala. No veo cómo vas a conseguir que no nos «afecte». Creo que te estás engañando. Si lo haces bien, es inevitable que repercuta en la vida diaria y en tu capacidad para pasar tiempo conmigo o incluso con las chicas, cuando vengan a casa.

Pero ella ya había pensado en todo y creía que las molestias que les acarrearía a todos ellos, durante los próximos años, valían la pena. Se dijo que lo único que tenía que hacer era organizar bien su tiempo de estudio.

—Me gustaría intentarlo —dijo, en voz queda, mirándolo con ojos suplicantes que hubieran conmovido el corazón de cualquier hombre, pero no el de su marido. Estaba mejor pertrechado que la mayoría y era inmune a las artimañas femeninas.

—Pues entonces, haz lo que quieras. Pero piensa que, incluso si consigues arreglártelas con esas dos clases, algo que me parece sin sentido, la facultad será otra historia. Es algo muy importante, que te exigirá todo tu tiempo, no te engañes, y yo no voy a aceptarlo —dijo, amenazador, y volvió a la lectura de sus papeles.

Para él, aquel asunto estaba zanjado. No comentó nada más ni la felicitó por sus planes. Ni aprobaba ni se oponía. Le había cedido la responsabilidad a ella y Faith aceptó lo que había conseguido y no insistió. Estaba más que dispuesta a asumir toda la responsabilidad de lo que quería hacer y haría todos los esfuerzos posibles para que funcionara. Salió silenciosamente de la habitación, fue al estudio y cogió el teléfono. Llamó a Zoe, al teléfono de la residencia, y le dijo que iba a volver a estudiar. Su voz sonaba a victoria.

—¿Papá ha dicho que sí? —Zoe parecía estupefacta.

—Más o menos. No exactamente. —Sonaba satisfecha—. Solo ha dicho que no me lo impediría y que cree que es una mala idea, pero que dejará que lo decida yo.

Zoe soltó un grito de guerra de alegría. Estaba entusiasmada, igual que Faith. Era

una auténtica victoria para ella.

Más tarde, le envió un *e-mail* a Brad, diciéndole que Alex no iba a interponerse en su camino. Era lo máximo que podía esperar conseguir de él. No estaba en su naturaleza prestar más apoyo ni retractarse de algo que hubiera dicho. Era suficiente para ella. No tenía que dar saltos de alegría por ella, bastaba con que no le exigiera que lo dejara o le prohibiera que lo hiciera.

Después preparó la cena para Alex, quien no volvió a mencionar sus planes ni a preguntarle nada sobre ellos. Estuvo muy callado, leyendo la prensa mientras cenaba. Antes de levantarse, mencionó que se iba a Los Ángeles la semana siguiente. Se marchaba el martes y estaría fuera cuatro días. No le contó mucho del viaje, pero le aseguró que estaría de vuelta el sábado, a tiempo para asistir a la cena de Navidad a la que iban cada año. Faith no le preguntó nada, solo aceptó lo que le decía. No quería agitar las aguas y estropear el progreso que había hecho. Por la noche, estaba en su estudio cuando llegó un *e-mail* de Brad.

Lo siento, Fred, pero estaba jugando al tenis cuando llegó tu mensaje. ¡Bravo! ¿Cómo lo has hecho? ¿En qué has tenido que ceder para conseguir lo que querías o es mejor que no lo sepa? En cualquier caso, me alegro mucho por ti. Son unas noticias estupendas. Tengo muchas ganas de verte esta semana. Llego el miércoles por la noche y me voy el viernes por la tarde. ¿Te va bien si quedamos para cenar el miércoles? Es posible que también pueda arreglármelas el jueves por la noche. No lo sabré seguro hasta que vea el programa definitivo del congreso. Te lo diré en cuanto me entere y te llamaré tan pronto me instale en el hotel. Mi vuelo llega a las cinco, o sea que debería estar en el hotel hacia las seis. Hasta pronto. ¡Enhorabuena otra vez! Estoy orgulloso de ti, Fred. Un abrazo, Brad.

Siempre era cálido y la apoyaba. Tenía muchas ganas de verlo. Era una suerte que Alex estuviera fuera. No es que tuviera intención de ocultarle que iba a ver a Brad, pero habría sido más difícil disponer de tiempo para su amigo, si Alex hubiera estado en la ciudad. Su viaje a Los Ángeles se producía en el momento más oportuno.

Tuvo un trabajo enloquecedor los días siguientes. Informó al comité benéfico de que solo estaría disponible hasta mediados de enero y que, después, tendría que dejarlo. Se mostraron comprensivos con su decisión. Pasó un día entero en sus oficinas y otro lo dedicó a hacer las compras de Navidad. Zoe llegaba el fin de semana, justo después de que Brad se marchara. Sería una semana caótica. Pensaba ir a comprar el árbol de Navidad con su hija. Todavía no estaba segura de cuándo llegaba Ellie, que se había mostrado muy vaga respecto a las fechas. Por fin llamó el martes por la noche. Era casi medianoche para Faith y primera hora de la mañana para ella, antes de irse a trabajar.

—Hola, cariño, ¡qué sorpresa tan agradable!

Faith todavía no le había dicho nada de su vuelta a los estudios. Se lo guardaba para cuando estuviera en casa.

—Espero no haberte despertado —dijo Eloise, preocupada.

—No, estaba acabando de escribir las postales de Navidad. —Tenía una fotografía estupenda de los cuatro, tomada el verano anterior, en un velero frente a Cape Cod, y la utilizaba como postal de Navidad. Cada año enviaba fotos de los cuatro, pero cada vez era más difícil tener una donde estuvieran juntos. Se alegraba de tenerla ese año—. ¿Cuándo vienes?

Se produjo una breve pausa.

—Esto... pues... —A Faith se le encogió el corazón al oírla—. Quería hablarte de algo. No sé cómo te sentirás. Me han invitado a ir a esquiar a Saint Moritz. —Su voz rezumaba culpa y ansiedad. Faith conocía muy bien a su hija.

—Parece divertido. Es un sitio muy elegante. ¿Con alguien que yo conozco?

—Los padres de Geoff alquilan un chalet allí todos los años y me ha invitado a ir.

Geoffrey era el chico con el que salía desde hacía tres meses. Faith no pensaba que fuera nada serio; por lo menos Ellie había dicho que no lo era, pero parecía simpático y lo pasaban bien juntos.

—Suenan como si tuviera que prepararme para ir a conocerlo un día de estos. ¿Es algo serio, El? —preguntó Faith, con tono burlón.

Eloise se echó a reír.

—Venga, mamá... ir a esquiar con él no quiere decir que vayamos a casarnos.

—Eso son buenas noticias; por lo menos, de momento. —Aún era joven y llevaban muy poco tiempo de relación. Pero Eloise era sensata, sus dos hijas lo eran, y no era probable que perdiera la cabeza por alguien después de solo tres meses, aunque nunca se sabía, se recordó Faith. Sin duda era la relación más seria que había tenido desde hacía tiempo—. ¿Cuándo pensáis ir?

Hubo otra pausa.

—Esto... pues... bueno, en realidad me ha invitado desde el veintitrés de diciembre hasta el día de Año Nuevo.

Ya estaba dicho.

—¿En Navidad? —Faith se había quedado atónita—. ¿No vas a venir a casa?

—La verdad es que no tengo suficientes días libres. Solo podemos tomarnos esa semana de vacaciones y los fines de semana antes y después. Cerramos toda la semana. Así que, si voy a casa, me perdería ir a esquiar con él. No podré ir. Pensaba que, quizá... Esperaba que, a lo mejor, no te importaba... Me siento un poco mal por hacerte esto, pero es que tengo muchas ganas de ir.

Iba a ser la primera vez que no tendría a sus dos hijas en casa para las fiestas navideñas.

—Mira, cariño, estaba esperando con mucha ilusión que vinieras. No parecerá Navidad si solo estamos los tres. ¿No podrías venir un poco antes y luego marcharte a Saint Moritz, el veintiséis, por ejemplo?

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar que Ellie no iba a volver a casa. Parecía que le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—No puedo tomarme más tiempo libre —dijo Eloise, con la voz muy tensa—. No pasa nada si no me dejas ir, mamá... lo entiendo —afirmó, pero sonaba disgustada.

Era evidente que prefería ir a Saint Moritz con Geoff que pasar las navidades en casa. Faith sabía que se sentiría como un monstruo si no aceptaba.

—¿Puedo pensarlo un par de días? Papá acaba de marcharse a Los Ángeles esta mañana, pero me gustaría hablarlo con él.

—Ya lo he hecho yo —dijo Eloise de sopetón.

Faith se quedó estupefacta de nuevo. Alex no le había dicho ni una palabra. Siempre habían sido cómplices aquellos dos. Se aliaban contra todos los demás.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Dijo que a él le parecía bien.

Entonces Faith se molestó de verdad. Le había dado permiso, sin siquiera hablarlo con ella. Le parecía mezquino, especialmente sabiendo lo mucho que a ella le importaba que Ellie estuviera en casa por Navidad. Además, la convertía en la mala de la película, si se oponía.

—Supongo que no me queda mucho por decir —respondió Faith, sintiéndose más triste de lo que quería dar a entender—. Me gustaría que vinieras a casa y lo esperaba con mucha ilusión, pero no quiero impedirte que te diviertas. La decisión está en tus manos, cariño.

—Me gustaría ir —confesó Ellie, con franqueza.

Faith sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—De acuerdo, lo entiendo. Pero no quiero que lo hagas cada año. Quiero que la Navidad sea algo sagrado para todos nosotros. Quiero que las dos penséis en venir a casa. Este año pase, pero cuenta con estar aquí para Navidad el año que viene, pase lo que pase. Si es necesario, puedes traerte a Geoff, si sigues con él.

—No te preocupes por eso, mamá —dijo Eloise, con voz de alivio—. Y gracias... Tengo que salir volando.

Unos segundos más tarde había colgado.

Faith se quedó sentada en el estudio. Se sentía muy abatida y las lágrimas le bañaban las mejillas.

Las estaba perdiendo, no había manera de negarlo. Habían crecido. Y aquello solo podía ir a peor. Novios, maridos, trabajos, amigos, viajes... Mil cosas iban a entrar en sus vidas, cosas que las apartarían de ella. Pensar que Ellie no estaría en casa por Navidad le partía el corazón. Lo que más la disgustaba era que Alex hubiera dado su aprobación al plan sin decirle nada a Faith. Minaba su autoridad y la dejaba en una situación difícil. Apagó la luz del estudio y subió a acostarse, preguntándose cómo iba a enviarle los regalos de Navidad a Ellie, porque apenas quedaba tiempo. Solo confiaba que a Zoe no le dieran ideas cuando se enterara. No podía menos de

preguntarse si la pelea entre las dos por Acción de Gracias no había alentado la decisión de Eloise de no volver a casa. Era difícil saberlo. Quizá la vida era así. Era lo que tenía que esperar a partir de entonces, pero el cambio le resultaba doloroso. Quizá más doloroso que a los demás.

Hasta que no apagó la luz no recordó que Brad llegaba al día siguiente. Lo esperaba con mucha ilusión, pero la llamada de Eloise lo había estropeado todo. Sería bueno verlo, claro. Siempre le recordaba a su hermano Jack, pero su visita no podía compensar la ausencia de Eloise por Navidad. Nada podía sustituirla y nada podía calmar su sensación de pérdida. Cuando se metió en la cama, estaba con el corazón en un puño.

Faith pensaba llamar a Zoe a la mañana siguiente para contarle los planes de Ellie, pero luego decidió no hacerlo. Zoe estaba estudiando para los exámenes y, egoístamente, Faith no quería darle ideas. No tenía ni la más mínima duda de que quería a Zoe en casa. No era su intención que decidiera irse a esquiar a Vermont o a la costa Oeste con sus amigos. Solo tenía dieciocho años y Faith todavía podía controlar lo que hacía. Navidad era Navidad y quería a su hija en casa. Decidió que le contaría que Ellie se iba a Saint Moritz al cabo de unos días, a menos que, por alguna razón, las dos chicas hablaran entre ellas antes, pero era raro que se llamaran. La diferencia horaria complicaba las cosas y vivían en mundos muy separados. Sin embargo, Faith seguía disgustada porque Ellie hubiera llamado primero a su padre y porque él le hubiera dado el visto bueno sin consultarlo con ella. Sentía que la dejaban fuera, como si estuvieran en connivencia, y así era, hasta cierto punto. Esa era la naturaleza de su relación y la clase de personas que eran. Ambos eran callados y reservados, poco comunicativos. Mientras pensaba en ello, Faith cayó en la cuenta de que se había olvidado de decirle a Ellie que había recibido la confirmación de sus dos cursos. Pero se había quedado tan trastornada por sus planes de no pasar las navidades en casa que se le había ido de la cabeza por completo. Puede que Alex se lo hubiera dicho, aunque lo dudaba. No lo habría considerado una buena noticia. Además, si se lo hubiera dicho, Faith estaba segura de que Ellie lo habría mencionado, aunque solo fuera para desaprobarlo. Era, decididamente, la niña de papá y lo había demostrado una vez más.

Durante el resto del día, Faith estuvo ocupada con varios recados y cosas que tenía que hacer. Compró papel para envolver los regalos, comida y una lista de cosas que Zoe le había pedido para cuando volviera a casa. Faith llegó a casa a las cuatro y estaba tomando un baño cuando llamó Brad. Sonrió en cuanto oyó su voz. Era como solía sentirse cuando la llamaba Jack.

—Hola, Fred. Estoy en el hotel. Acabo de llegar. ¿Qué tenemos planeado?

—Nada que yo sepa. Soy toda tuya. Alex está en Los Ángeles. Un viaje muy oportuno. ¿Quieres que te prepare una cena?

Había comprado algunas cosas, por si le apetecía, pero él se echó a reír.

—¿Qué clase de hermano mayor sería si no llevara a mi hermana pequeña a cenar por ahí, a un buen restaurante? ¿Qué tal si cenamos en SoHo o algo así? ¿O preferirías quedarte en la zona residencial?

—Lo que tú prefieras. —Sonrió encantada. Era estupendo oír su voz—. Lo único que quiero es verte.

—Ya pensaré en algo. Te recogeré a las siete y media. Hay un restaurante italiano que me encantaba en el East Village. Le preguntaré al recepcionista qué opina.

—Me muero de ganas de verte.

Sonreía cuando colgó el teléfono y comprendió que la perspectiva de verlo había

paliado parte de la amargura que sentía por la deserción de Ellie. La verdad es que saber que no iban a estar los cuatro juntos había supuesto para ella un gran disgusto. Se dio cuenta de que Brad estaría pasando por algo muy parecido, o peor, con sus dos hijos en Zambia. Era deprimente. Los días de poner galletas y leche para Santa Claus y colgar calcetines en la chimenea se habían ido para siempre. La idea de celebrar la Navidad sin una de sus hijas o sin ninguna de las dos era una perspectiva desalentadora.

Pero cuando Brad llamó a la puerta, a las siete y media, ya había dejado de pensar en Ellie. Llevaba pantalones negros, un jersey negro de cachemira y un abrigo rojo, también de cachemira, con unas botas de ante, negras, de tacones altos. El pelo, rubio y brillante, lo llevaba recogido en una cola de caballo. Se había puesto unos grandes pendientes de oro.

—¡Vaya, Fred, pareces uno de los ayudantes de Santa Claus! —La rodeó con sus brazos y le dio un gran abrazo, levantándola del suelo al hacerlo. Era lo mismo que hacía cuando eran niños. Cuando la dejó en el suelo, retrocedió un paso y la miró, sonriéndole complacido—. Tienes un aspecto fabuloso. Todos los chicos de la facultad se van a enamorar de ti.

—No creo. Podría ser su madre.

Él también tenía un aspecto estupendo. Lucía un ligero bronceado, de jugar al tenis en California, lo cual hacía que sus ojos parecieran más verdes y el pelo se veía espeso y bien cuidado. Tenía suerte, la edad había respetado su cabello y no tenía ni asomo de entradas. Su cuerpo tenía un aspecto vigoroso y muscular, incluso con el traje y el abrigo que llevaba.

—No pareces la madre de nadie, Fred. ¿Lista para la cena? He reservado mesa en un sitio que me han recomendado en el hotel. El recepcionista pensó que te gustaría.

—No me importa si nos tomamos unos perritos calientes, en el metro. Estoy muy contenta de verte —dijo Faith, mientras cerraba la puerta.

Había un taxi esperándolos y él la cogió de la mano mientras cruzaban la acera. Estaba muy animado y feliz de verla.

Faith se acomodó en el taxi, junto a él. Iban a cenar a SoHo. Le contó la llamada de Ellie, el día antes y la desilusión que había sufrido.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo Brad, sinceramente—. Odié el día de Acción de Gracias, sin Dylan ni Jason. Era nuestro primer día de fiesta sin ellos. Navidad no será mucho mejor. Pam ha planeado una nueva forma de tortura. Una comida para cien personas, el día de Navidad. Espero tener suerte y estar en la cárcel, visitando a un cliente. No importa dónde estén los chicos el año que viene; iré a verlos. Tendría que haberlo hecho este año. A lo mejor, tendríais que ir todos a Saint Moritz y darle una sorpresa a Eloise.

Faith se echó a reír ante la idea.

—Apuesto a que estaría encantada, y su amigo también. Por lo menos tendremos a Zoe. Todavía no le he dicho lo de las clases. No quería que se le ocurriera alguna

idea brillante, como a su hermana. —Pero Zoe era más joven. Con dieciocho años, Faith podía insistir en que volviera a casa. A la edad de Eloise, era más difícil en especial si contaba con la aprobación de su padre—. Llamó a Alex antes de llamarme a mí y, por lo visto, él le dijo que le parecía bien. Como yo no quería ser la aguafiestas, le dije que de acuerdo. Pero él ni siquiera me lo comentó.

Sus quejas respecto a Alex no eran nuevas para Brad. Las había compartido con él durante los dos últimos meses. Pensaba que su marido era injusto con ella, lo había pensado siempre, pero por lo general se mostraba cauto al hablar de ello. No quería ofenderla, pero su punto de vista era muy parecido al que tenía Jack, y este siempre había manifestado claramente, sin morderse la lengua, lo poco que le gustaba Alex.

—Es sorprendente cómo nuestros hijos juegan con nosotros y nuestra pareja también. Un año, cuando estaban en la universidad, Pam les dijo que no valía la pena que vinieran a casa para Navidad, porque quería hacer un crucero sin ellos. Ni siquiera me lo dijo hasta que hubo comprado los billetes y, para entonces, ellos ya habían hecho otros planes. Me pasé las dos semanas de aquel crucero infernal mareado y le dije que la próxima vez que hiciera algo así, me divorciaría de ella. — Pero, por lo que Faith podía ver, ella seguía haciendo lo que quería—. Los dos chicos estaban eufóricos. Se fueron a Las Vegas, a casa de un amigo, y pasaron las vacaciones con un par de coristas. Todavía hablan de aquello como de sus navidades favoritas —dijo Brad sonriendo y Faith se rio también.

Solo verlo y estar con él le recordaba, agradablemente, a su hermano. Poder verlo y no solo enviarse *e-mails* era el mejor regalo de Navidad posible. Le había demostrado un cariño extraordinario durante los dos últimos meses y, esta vez ninguno de los dos tenía intención de perder el contacto con el otro. Habían acabado contando con su constante comunicación, por teléfono y *e-mail*.

Charlaron relajadamente de camino al restaurante. Él le habló de los últimos casos que le habían llegado y, mientras pasaban frente a la Universidad de Nueva York, le recordó, lleno de optimismo, que en poco tiempo ella estaría allí, en la facultad de derecho. Faith sonrió. Era tan fácil estar con él y hablar de todo... Reconoció que se había sentido muy dolida cuando Ellie dijo que no iba a volver a casa.

—Es difícil, Fred —dijo, mirándola, comprensivo—, tenemos que ser fuertes. No es fácil ver cómo crecen y se marchan. No puedo creerme lo mucho que he echado en falta a mis hijos este año. Pero su tarea es aprender a volar y la nuestra dejarlos ir. Es muy duro, ya lo sé —repuso, cogiéndole la mano.

Siguieron cogidos de la mano hasta llegar al restaurante. Faith se sorprendió de lo acogedor que era. Era un establecimiento italiano encantador. El camarero los acompañó a una mesa en un rincón tranquilo y ella y Brad se sentaron. Faith dejó el abrigo en el respaldo de la silla, por si tenía frío. Brad no pudo menos de darse cuenta de lo bonita que era.

—A veces olvido el aspecto que tienes —dijo, bromeando—. Cuando recibo tus

e-mails, en mi cabeza, vuelves a tener diez años, o como mucho catorce. Luego, de repente, cuando te veo, te has convertido en toda una mujer adulta.

—Es divertido. A mí también me pasa. En mi mente, siempre tienes catorce años y yo doce. ¿Te acuerdas de la vez que le metimos a Jack un sapo en la cama?

Se echó a reír solo con pensarlo y lo mismo hizo Brad.

—Claro que sí. A punto estuvo de matarme por aquello. La siguiente vez que fui a vuestra casa, metió una serpiente en mi cama, como venganza. Odiaba aquellas culebras cornudas suyas.

—Yo también.

Pidieron la cena y media botella de vino blanco. Era un lugar perfecto, tranquilo y bonito y para Faith era agradable estar allí, sentada con él. Además, con Alex de viaje, tenían todo el tiempo del mundo.

—Bueno, ¿y qué crees que pasará ahora, cuando empieces las clases en enero?

En realidad, los dos pensaban, en el fondo, que las clases preparatorias para la prueba de admisión no contaban, aunque representaran mucho trabajo. Brad lo había preguntado con curiosidad, después de acabar la ensalada y mientras esperaban el plato principal.

—¿Crees que Alex lo aceptará o se pondrá hecho un auténtico basilisco?

Como no sabía nada de las clases preparatorias que ella estaba haciendo, no podía poner objeciones.

—Creo que protestará. Aunque la verdad es que casi no nos vemos y apenas hablamos. Llega, cena y se va a la cama. Un par de días a la semana está fuera de viaje. Necesita mucha menos atención por mi parte de lo que cree —expuso Faith con sentido práctico. Lo había pensado bien y sabía que era así.

—¿Y tú, qué? —Preguntó Brad, incisivo—. ¿Qué necesitas tú de él, Fred?

Era la clase de pregunta que solía hacerle Jack y que ella misma se hacía muy pocas veces. Faith era una persona que exigía poco y se reconocía pocas necesidades. Llevaba mucho tiempo cuidándose ella sola emocionalmente, tal como había hecho de niña, con excepción del respaldo de Jack.

—No necesito mucho —dijo, en voz queda, bajando los ojos y mirándose las manos—. Tengo todo lo que quiero —añadió, mirándolo de nuevo.

—No hablaba de las cosas materiales; hablaba de lo que necesitas de él para que vuestra vida en común funcione bien.

Era una pregunta que él mismo se había hecho recientemente.

—Mi vida está bien tal como es. Además, Alex no es alguien dispuesto a satisfacer las necesidades de los demás.

Era cerrado y siempre lo había sido y eso era algo que ella había aceptado hacía mucho tiempo.

—¡Qué cómodo para él, si puede salirse con la suya! Y tú, ¿a quién tienes, Fred?

La pregunta era directa y concreta y Faith se encogió de hombros. Por diversas razones, en los últimos años, se había ido aislando. Necesitaba tiempo para llorar la

muerte de Jack. Había concentrado todas sus energías emocionales en sus hijas, en los últimos años que pasaron en casa. A Alex no le apetecía salir con ella mucho, en esos últimos años. Su trabajo lo absorbía. En especial después de la muerte de Jack, ella se había apartado de sus amigos. Se había vuelto muy solitaria, lo cual hacía que, en el presente, agradeciera todavía más la amistad de Brad. Había sido más fácil dejar que él entrara en su vida porque era parte de su infancia y porque había sido amigo íntimo de Jack. En cierto sentido, todavía no se había recuperado de la muerte de su hermano.

—Lo único que necesito de verdad son mis hijas. Siempre las tengo a ellas.

Había reducido sus necesidades a eso y, en la actualidad, era lo único que le importaba.

—¿De verdad? No parece que Ellie forme parte del equipo, si se va a Saint Moritz de vacaciones. Satisface sus propias necesidades, aunque eso es algo habitual en los hijos.

Decía lo que pensaba, sin tapujos, y le irritaba que Eloise fuera tan amable con su padre y tan dura con su madre.

—Es joven —dijo Faith rápidamente, dispuesta a disculparla, como siempre hacía con todo el mundo.

Siempre lo había hecho. Cuando otros se mostraban críticos, ella siempre hacía un esfuerzo por disculpar y perdonar. Era generosa en extremo.

—La verdad es que la mayoría de veces, nuestros hijos no están a nuestra disposición. No forma parte de sus obligaciones. Están demasiado ocupados haciendo su propia vida —dijo Brad, con filosofía—, pero a veces me pregunto con quién contamos, si es que contamos con alguien. Es estupendo si tienes mucha familia, hermanos y hermanas, una pareja que te respalda, pero si no es así, ¿quién te queda? Por cierto, no es una pregunta con trampa. Yo tampoco sé cuál es la respuesta. Iba pensándolo en el avión, cuando venía hacia aquí. Pam está tan ocupada con su propia vida y sus propios intereses que no estoy seguro de si podría contar con ella, en caso de que la necesitara. Es una conclusión desalentadora. Tuve que ir al hospital, recientemente, para un reconocimiento, nada importante, pero me pidieron el nombre de alguien a quien llamar en caso de emergencia. Después de pensarlo, les di el nombre de mi secretaria, porque imaginé que si llamaban a Pam, no cogería la llamada. Fue un toque de atención para mí.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Faith, mientras le servían un enorme y jugoso filete a Brad y lenguado a la plancha a ella.

—Absolutamente nada —respondió él, sinceramente—. Pero, de vez en cuando, me conviene enfrentarme a la realidad. Solía hacerme muchas ilusiones sobre cómo debía ser el matrimonio y la verdad es que nunca ha sido así. En todo caso, el mío no y el de mis padres tampoco. Se odiaron durante años hasta que finalmente se divorciaron. Y al divorciarse, se hicieron cosas muy desagradables el uno al otro y, después, apenas se hablaron en años. No quería que mi matrimonio fuera así y sigo

sin quererlo. Gracias a Dios, Pam y yo no nos detestamos, pero ya no estoy seguro de qué sentimos el uno por el otro, si es que sentimos algo. Somos amigos supongo, o algo parecido. Quizá solo extraños que comparten la misma casa.

Era una confesión dolorosa, pero hacía años que estaba resignado a la situación, igual que Faith había aceptado la forma en que Alex la trataba y lo poco que participaba en su vida cotidiana. Sin embargo, esperaba poder contar con él, si caía enferma. Fuera de eso, le daba muy poco en cuanto a compañía y apoyo diarios. Estaba más interesado en su propia vida y así era desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera recordaba desde cuándo, ni lo diferentes que eran las cosas entre ellos antes. Es probable que no mucho. Ella había tenido mucho que hacer con sus hijas y no había tenido tiempo de observar sus ausencias. Incluso cuando su cuerpo estaba allí, su corazón y su mente no lo estaban.

—¿Sabes? —dijo Faith, pensativa—, tiene más que ver con nosotros que con ellos. Tienen sus necesidades cubiertas o viven sus fantasías sobre el matrimonio o sus historias. Ninguno de los dos parece necesitar mucho de nosotros ni querer implicarse en particular. Nosotros lo vemos de forma diferente y queremos más, supongo, pero estamos dispuestos a conformarnos con lo poco que nos dan. ¿Qué crees que dice eso de nosotros?

—Antes pensaba que me convertía en un buen tipo. Últimamente, no estoy tan seguro. Creo que tiene más que ver con la cobardía y mantener las cosas tal como están que con nada más. No quiero agitar las aguas. No quiero pelearme con ella. No quiero el divorcio, ni ahora ni nunca. Quiero acabar mi vida tal como la empecé, siguiendo el mismo camino, con la misma casa, la misma esposa, el mismo trabajo que tengo ahora. Creo que odio los cambios debido a la manera en que crecí. Mis padres se amenazaban constantemente, uno de los dos estaba siempre a punto de marcharse. Crecí preocupándome por lo que iba a pasar y acabó pasando. Ahora, no quiero vivir así. No quiero esa clase de sobresaltos.

—Yo tampoco —confesó Faith, suspirando.

Era agradable hablar con él de todo aquello. En otros tiempos, lo hacía con Jack, pero desde que él murió nadie desempeñaba ese papel.

—Pero pagamos un alto precio por ello —afirmó Brad, al acabar el filete y dejar el cuchillo y el tenedor en el plato. Faith solo había comido la mitad del pescado, pero siempre tenía poco apetito, lo cual se reflejaba en su figura delgada—. Sacrificas mucho cuando transiges, especialmente cuando aceptas que sea otro quien fije los términos. Supongo que debo de pensar que vale la pena, de lo contrario no lo haría. Es el precio de la paz.

Era muy honrado y ella le admiraba por ello. Sabía a qué había renunciado y parecía estar conforme. A su manera, su vida no era tan diferente de la de ella, excepto que Alex era un poco más dictatorial con ella que Pam con Brad, quienes parecían haberlo resuelto siguiendo caminos separados. Ella y Alex seguían compartiendo su vida, la mayor parte del tiempo, por lo menos, aunque no se

comunicaran mucho ni compartieran sus pensamientos. Ella no se había confiado a él desde hacía años.

—A veces, es una vida solitaria —dijo Faith, en voz baja, como si tuviera miedo de pronunciar las palabras.

Era algo que raramente admitía, incluso para sí misma, pero se sentía segura diciéndoselo a él. Se sentía segura con él; siempre había sido así.

—Sí, es verdad —repuso él y le cogió la mano de nuevo. Era maravilloso estar con ella—. ¿Echas tanto de menos a Jack como yo, Fred? —preguntó después de unos minutos.

Ella asintió y lo miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas.

—Sí, mucho, especialmente en esta época del año. No sé por qué. Lo echo de menos todo el tiempo. La Navidad no tendría que ser diferente de cualquier otro momento del año, pero lo es.

—A quien no echo de menos es a Debbie —afirmó Brad sinceramente.

Faith se echó a reír.

—Cielos, no. Era una bruja integral. Hablando de sacrificarlo todo por tener paz. Nunca entenderé por qué Jack la soportaba. Era horrible con él. No sé cuántas veces lo abandonó o amenazó con irse de casa. A mí me habría vuelto loca. Por lo menos, Alex sigue su camino y se ocupa de sus cosas y me parece que lo mismo hace Pam. Debbie siempre le hacía la vida imposible.

—Sin embargo, él estaba loco por ella —le recordó Brad—. Yo tampoco podía entenderlo. Creo que es una de las razones de que él y yo nos viéramos cada vez menos. Ella me odiaba y yo no le tenía demasiado afecto. De alguna manera, eso se interpuso entre Jack y yo.

—¿Sabes?, se marchó enseguida, sin siquiera mirar atrás —explicó Faith, recostándose en el asiento, apoyada en el abrigo rojo, que parecía una flor gigantesca a punto de tragársela—. Su abogado nos informó de que se volvía a casar y se trasladaba a otro sitio. Nunca ha llamado ni ha escrito. No he vuelto a saber nada más de ella.

—Que abominable por su parte —opinó Brad, y Faith asintió.

—Aunque no le tengo ningún afecto, me gustaría que Jack hubiera tenido hijos con ella o, por lo menos, con alguna otra. Sería maravilloso disfrutar de sus hijos ahora. Ya no me queda nada... solo los recuerdos y poco más —dijo Faith, luchando por contener las lágrimas, mientras Brad le apretaba la mano.

—Nos tenemos el uno al otro, Fred. Eso es lo que él nos dejó. Todos los buenos momentos que compartimos, todos los recuerdos, todos los años de nuestra niñez.

Ella asintió en silencio, incapaz de hablar durante un momento.

Después de la cena, pidieron un capuchino y decidieron no tomar postre. Faith se sorprendió cuando Brad la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Crees que hay matrimonios felices, Fred? A veces, me lo pregunto. Cuando miro a la gente que conozco, creo que ni uno solo tiene algo que yo querría. Suena

cínico, pero estoy empezando a pensar que los sueños no se hacen nunca realidad, para nadie. Al principio, todos nos engañamos respecto a lo que conseguimos y a cómo resultará y, al final, todos acabamos como tú y yo. Aceptando compromisos que nos cuestan un precio de todos los demonios y dando gracias porque tenemos unos hijos y unos amigos que nos ayudan a seguir adelante.

—Es una forma muy triste de verlo, Brad. Yo quiero pensar que, en algún sitio, hay gente feliz. Tengo amigos que lo son. Por lo menos, creo que lo son. Y no puedo decir que yo no lo sea. Es solo que no tengo lo que esperaba tener con Alex. Es diferente, eso es todo.

No se lo dijo, pero su fe religiosa la sostenía y añadía otra dimensión a su vida. Siempre había sido muy creyente, igual que Jack. Brad siempre los había admirado por ello y les envidiaba esa fe.

—Me parece que te estás engañando, Fred. No estaríamos intercambiando *e-mails*, en recuerdo de los viejos tiempos, si tuviéramos lo que necesitamos en nuestros matrimonios. Nuestros hijos no serían el centro de nuestra vida tanto como lo son. Puede que incluso nos sintiéramos felices cuando crecieran y se marcharan. ¿Qué crees que tienes con Alex, Fred? ¿Qué dirías, sinceramente? Yo creía que tenía una amiga y una compañera de profesión en Pam y ahora que no trabajamos juntos, solo somos amigos, si es que aún lo somos. Somos compañeros de habitación y poco más.

Escucharlo la entristecía, pero él parecía resignado. Era enormemente sincero, tanto con ella como consigo mismo. Le quedaban pocas ilusiones y ningún sueño.

—Creo que Alex y yo somos amigos —dijo Faith, pensativa, aunque Brad pensó que era generosa en exceso, a juzgar por lo que le había contado de él. Sin embargo, Faith no se engañaba pensando que seguían estando enamorados. Ya no lo estaban, pero lo habían estado. Por lo menos, ella sí. Ya no estaba segura de cuánta pasión era capaz de sentir Alex. Probablemente, menos de lo que ella había esperado en un tiempo—. Nos apoyamos mutuamente. No, eso es falso —replicó, corrigiéndose—. Yo lo apoyo y él mantiene a la familia. Es un buen padre para nuestras hijas; es responsable. Es una buena persona.

Se esforzaba por encontrar algo más y le costaba dar con las palabras para describir lo que Alex era para ella. Era sólido, podía contar con él. Pero, afectivamente, no le daba mucho y llevaba muchos años sin hacerlo.

—¿Ves a lo que me refiero? No es exactamente lo que pensabas que sería el matrimonio, ¿verdad, Fred? Cuando me paro a reflexionar, veo lo mismo que tú. Pero, también como tú, no pienso cambiarlo. No creo que tuviera mucho sentido hacerlo. Creo que he llegado a la conclusión de que hay que aceptar lo que uno tiene y sacarle el mejor partido posible. Pero la verdad es que deja un sinnúmero de vacíos en tu vida, que hay que llenar. Los llenas con los hijos, los amigos, el trabajo, con sueños, fantasías, arrepentimientos, con cualquier cosa que funcione. Pero no importa con qué los llenes ni cuánto te esfuerces por engañarte, los vacíos siguen ahí.

—Es una manera muy dura de verlo —repuso Faith, un poco afectada por lo que él decía, aunque no podía discrepar.

—Prefiero ser sincero conmigo mismo. Cuando no lo hacía, me sentía desesperadamente infeliz y trataba, constantemente, de convertir mi relación con Pam en algo que nunca podía ser y a ella, en alguien que nunca fue. Una vez que acepté la realidad de las cosas quién era ella en mi vida y quién no podría ser nunca, me parece que, finalmente, empecé a estar en paz conmigo mismo.

—¿Hay alguien más en tu vida? —preguntó Faith, abiertamente.

Era una pregunta que podría haberle hecho a Jack, pero en su caso, nunca hubo nadie más. Estaba demasiado obsesionado con Debbie para pensar siquiera en engañarla, aunque ella sí que lo hiciera y él quedara destrozado cuando se enteró. Sin embargo, y a pesar de lo que ella hiciera, él siempre la aceptaba de nuevo. Faith pensaba que su hermano siempre llevaba el perdón y la lealtad hasta extremos demenciales, por lo menos, en lo relativo a su mujer, pero, al mismo tiempo, eso era lo que más le gustaba de él.

—Hubo alguien una vez —respondió Brad, con tanta franqueza como hubiera hecho su hermano—. Creo que Pam lo sospechó, pero nunca me lo echó en cara. Me parece que no quería enterarse. Pero esas cosas no van a ningún sitio. Son frustrantes para todos, si quieres seguir adelante con tu matrimonio, lo cual era mi caso y lo sigue siendo. Alguien acaba herido siempre. Nunca me sentí bien mientras duró y nunca lo he vuelto a hacer. Así es más fácil. —Brad parecía estar en paz con su situación tal como era.

—¿Te divorciarías de Pam si te enamoraras de otra persona? —preguntó Faith, con curiosidad.

Lo que le había contado durante la cena la fascinaba y él estaba igualmente interesado por ella y por lo que la hacía vibrar en el presente, como mujer adulta, por saber qué compromisos había aceptado, comparados con los suyos.

—Nunca —respondió Brad, con aire de estar absolutamente seguro—. Cuando me casé con Pam, lo que dije lo dije en serio. Para lo bueno y para lo malo. Hasta que la muerte nos separe. No voy a cometer los mismos errores que cometieron mis padres. Se lo debo a mis hijos. Incluso ahora que ya son mayores, relativamente, no tienen necesidad de pasar por toda la amargura de unos padres que se odian, que no se hablan y que destruyen todo lo que habían construido. No pienso divorciarme de ella. Y no voy a enamorarme de nadie. No dejaré que eso suceda otra vez.

—Yo tampoco —dijo Faith, en voz baja, aunque no había tenido ninguna oportunidad. De haberla tenido, no la hubiera aprovechado, aunque solo fuera por sus creencias religiosas, pero sobre todo por respeto a su marido—. Siento lo mismo que tú —le confesó—. Lo único que consigues es cambiar unos problemas por otros. No hay vidas perfectas.

—Vaya par lamentable que somos, nosotros dos —dijo Brad riendo, mientras pagaba la cuenta; luego la miró, con una expresión seria—. Me alegro de que nos

hayamos vuelto a encontrar, Faith. Eres como un regalo en mi vida. De repente, haces que todo valga la pena... como una moneda de oro que pensabas haber perdido, muchos años atrás, y la encuentras en el fondo de un cajón y no solo sigue siendo igual de hermosa, sino que, además, descubres que es incluso más valiosa que en el pasado. Me encanta hablar contigo, enviarte mensajes y recibir los tuyos. De verdad, alegras mis días.

Faith le sonrió, agradecida por sus palabras. Sentía lo mismo hacia él.

—Es culpa tuya que yo vuelva a estudiar. Cuando esté haciendo mis deberes en casa, a las tres de la madrugada, te echaré la culpa —dijo ella bromeando.

—Cuando seas abogada, puedes dejar a Alex y venir a trabajar conmigo.

—¡Vaya, eso convertiría sus peores pesadillas en realidad! —exclamó Faith riendo.

Salieron del restaurante cogidos del brazo. Eran más de las once y él tenía que levantarse temprano al día siguiente.

—¿Tienes tiempo para que nos veamos mañana? —preguntó él, mientras andaban por Prince Street y él paraba un taxi.

—Claro. Alex está en Los Ángeles hasta últimos de semana. Y Zoe no llega hasta el fin de semana. Soy una mujer libre y ya he hecho todas las compras de Navidad —dijo orgullosamente, y él hizo una mueca.

—Yo ni siquiera he empezado con las mías. Tengo que hacerlas en cuanto vuelva a casa. —En su caso, solo significaba una visita rápida a Tiffany para Pam. Adoraba las joyas y, por lo general, le decía exactamente qué quería, algo que había visto recientemente, para facilitarle las cosas. A los chicos era demasiado complicado enviarles nada. Les llevaría regalos cuando fuera a verlos en primavera. Aparte de eso, quería comprarle un reloj a su secretaria y eso también podía hacerlo en Tiffany. Sus compras eran típicamente masculinas, hechas en una o dos tiendas, en menos de una hora, la víspera de Navidad—. ¿Quieres que cenemos juntos mañana? Parece que hay una cena para los congresistas, pero puedo escaparme. ¿Qué tal si te recojo a las seis? Hablaré con el recepcionista otra vez, a ver qué me propone. Su recomendación de esta noche ha sido bastante buena.

—Yo la he encontrado estupenda. El pescado estaba en su punto y me ha encantado el vino.

Ni siquiera se había tomado una copa entera y Brad se echó a reír al oírla.

—Sigues comiendo como un pajarito, Fred. Es asombroso que no te mueras de hambre.

Siempre había sido así, incluso cuando eran adolescentes. La mitad del tiempo, solo mordisqueaba cantidades diminutas de comida y luego dejaba a todo el mundo boquiabierto cuando se comía dos perritos calientes y un *banana split*. Le encantaba el *banana split* cuando era joven.

En el taxi le pasó el brazo por los hombros y ella se acurrucó junto a él, cómodamente, durante el trayecto a casa. Era acogedor y se sentía segura solo por

estar con él. Llenaba una parte profunda de su interior que había estado vacía desde la muerte de Jack. Era una parte de ella de la que Alex nunca se ocupaba.

Al llegar a casa, Brad bajó del taxi, le dijo al conductor que esperara y la acompañó mientras ella desconectaba la alarma y entraba en la bonita casa de piedra rojiza.

—Hasta mañana por la noche. Te llamaré antes de venir para contarte qué vamos a hacer. ¿Quieres ir a algún sitio elegante?

La habría llevado a donde ella quisiera, pero ella negó rápidamente con la cabeza.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. No me importa si tomamos *pizza* o pasta o burritos. Solo quiero salir contigo —dijo Faith.

Él la abrazó de nuevo mientras ella sonreía. La noche había sido perfecta para Faith.

—¡Hasta mañana! —se despidió Brad por la ventanilla, mientras el taxi se alejaba y ella cerraba la puerta y echaba la llave.

Cuando subía la escalera hasta su dormitorio con su abrigo rojo, sentía una paz que no había experimentado desde hacía años.

Al día siguiente, Brad la recogió a las seis, tal como había prometido. Lo único que le había dicho por teléfono es que iban a cenar algo sencillo y que se pusiera ropa de abrigo, lo cual hizo. Llevaba un abrigo de plumón y un jersey verde de cuello vuelto, del mismo color que sus ojos, pantalones de terciopelo negros y botas forradas de piel. Había empezado a hacer frío.

—Bien, ¿adónde vamos? —preguntó, cuando él la recogió.

Brad le había dado la dirección al taxista antes de que ella subiera al vehículo.

—Ya lo verás —respondió Brad con aire de misterio.

Pararon frente a Saks en la Quinta Avenida y cruzaron la calle. Faith comprendió que iban al Rockefeller Center, a cenar y mirar a los patinadores que daban vueltas por la pista de hielo. Se sentaron junto al gran ventanal y era divertido ver cómo algunos hacían giros, piruetas y rizos y otros avanzaban tambaleándose y acababan por caerse. Todos tenían aspecto de estar pasándoselo bien y había muchos niños entre los adultos.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos los tres a patinar a Central Park? —preguntó Faith con los ojos llenos de recuerdos felices y una ancha sonrisa.

Brad había pensado en llevarla allí, pero al final se había decidido por el Rockefeller. Pensó que la pista Wollman en el parque le habría traído demasiados recuerdos de Jack, y a él también. Habían vivido muchas aventuras juntos y él había disfrutado de todas ellas. Pasar la infancia en Nueva York fue divertido. Vivían en el Upper East Side, en un barrio justo al norte de Yorktown, y Jack y él iban a la misma escuela.

—Pues claro que me acuerdo —dijo él, con aire de superioridad—. Esa es la razón de que estemos aquí. Pensaba que, a lo mejor, después de cenar, podíamos deslizarnos un rato por la pista. O caernos un poco, según nos vaya. Hace veinte años que no patino. En California no se patina mucho sobre hielo.

De niños, una o dos veces a la semana, por lo menos, iban los tres juntos a patinar. Jack incluso había formado parte del equipo de *hockey* sobre hielo de la escuela.

—¿Estás hablando de patinar? ¿Aquí? —Parecía sorprendida y divertida, pero le encantaba la idea—. ¡Será divertido!

—Me alegro de que te lo parezca. Me puedes echar una mano cuando me caiga de culo.

—No cuentes con ello. No he patinado desde que éramos niños.

Con frecuencia había llevado a sus hijas a patinar cuando eran pequeñas, pero se había quedado sentada, mirándolas.

—Qué bien. Así estamos a la par.

Pidieron la cena y Faith se dio cuenta de que comía muy deprisa, para poder ir a la pista cuanto antes. Él lo había programado perfectamente. Tenían mesa reservada

para las seis y media y acabaron, puntualmente, a las ocho, justo a tiempo para la siguiente sesión de patinaje. Fueron a los vestuarios a alquilar los patines, mientras unos empleados limpiaban el hielo con una máquina. Para cuando se pusieron los patines, la sesión ya había empezado.

Faith se aventuró, vacilando, en el hielo antes que Brad. Al principio, se sentía insegura y se preguntó si no habría pasado demasiado tiempo. Pero después de dar dos vueltas a la pista, se asombró de lo segura que empezaba a sentirse. Para entonces, Brad patinaba a su lado y, aunque al principio estaba inseguro, igual que ella, antes de lo que esperaba había encontrado el equilibrio. En su adolescencia, los dos habían sido buenos patinadores. Al cabo de una hora, se deslizaban alrededor de la pista, felices, cogidos de la mano y pasándose el tiempo en grande.

—No puedo creerme que todavía sea capaz de hacer esto —confesó Faith, mirando a Brad y sintiéndose sorprendentemente hábil, con las mejillas vivamente sonrojadas y el pelo flotando al aire.

Se alegraba de haber llevado guantes, siguiendo su consejo de que se pusiera ropa de abrigo. No había tenido ni idea de lo que él pensaba hacer y se había preguntado si quería ir a dar un largo paseo o algo igualmente tranquilo. No había previsto esto, pero le entusiasmaba que a él se le hubiera ocurrido. Era como dar un salto al pasado.

—Sigues haciéndolo muy bien, Fred.

Apenas acababa de decirlo cuando ella se cayó, pero él le tendió la mano, mientras los dos se echaban a reír, y siguieron patinando.

Dos horas después, ambos estaban agotados, pero encantados con lo que habían hecho. Devolvieron los patines con pesar, pero Brad reconoció que si hubiera seguido otra hora más, podría haber caído muerto.

—Debo estar haciéndome viejo —se quejó, de forma poco convincente, pero no engañó a Faith—. Mañana me va a doler todo el cuerpo.

—Y a mí, pero ha valido la pena cada minuto —dijo ella sonriendo. No se había divertido tanto desde que era niña. Había sido una idea estupenda—. Cielos, ¿te acuerdas de cuando ibais a esquiar con vuestros amigos y me dejabais que fuera con vosotros? Siempre andabais detrás de las chicas y yo os fastidiaba los planes. Lo hacía a propósito porque estaba loca por ti. Tenía doce o trece años.

—Vaya, ¿y cómo fue que no me casé contigo en lugar de con Pam? Atontado, supongo —repuso él bromeando.

No había ningún trasfondo de flirteo entre ellos ni lo había habido desde niños, al principio de la adolescencia.

—Me parece que se me pasó a los catorce años —confesó ella riendo.

En realidad, fue a los dieciséis, cuando él se marchó a la universidad y ella conoció a otros chicos. Pero hasta entonces, durante unos ocho años, ella pensaba que el sol giraba en torno a Brad. Desde que se habían vuelto a encontrar, seguía pensándolo.

Siguieron paseando tranquilamente por la Quinta Avenida, con las mejillas

brillantes por el frío y resentidos por el ejercicio, pero relajados y en paz. Mientras esperaban de pie en una esquina a que pasara un taxi, Faith levantó los ojos hacia la catedral de San Patricio y se le ocurrió una idea.

—¿Quieres que entremos a encender una vela por Jack? —preguntó, con aire solemne.

La expresión de sus ojos casi le partió el corazón a Brad. Faith encendía velas por él, cuando iba a misa, varias veces a la semana.

—Claro.

No había ido a la iglesia desde hacía años, aunque iba con ella, Jack y su madre cuando eran niños. Era episcopaliano, pero le gustaba la pompa y ceremonia de la Iglesia católica y había comulgado con ellos un par de veces para ver cómo era el ritual en una iglesia católica, sorprendiéndose al descubrir que no había diferencia. La Iglesia católica siempre le había parecido más misteriosa e impresionante. En una ocasión Jack lo había retado a ir a confesarse y se quedó sorprendido de lo amable que era el sacerdote.

Había muchas cosas que le atraían en el catolicismo, aunque también se había apartado de su propia Iglesia en los últimos años. Faith seguía yendo a la iglesia de forma regular, pero Alex no era religioso y se resistía con mucha energía, y ella nunca había conseguido convencer a sus hijas. Era algo que hacía sola, y con más frecuencia desde que su hermano murió. En lugar de una o dos veces, en la actualidad iba varias veces a la semana. Le daba una sensación de comunión con Jack y de paz. Era el único medio que tenía para encontrar consuelo por su muerte. Brad no dijo nada mientras cruzaban la calle hasta la catedral.

Eran poco más de las diez y las puertas seguían abiertas. Había preciosos adornos de Navidad y poinsetias por todas partes y la iglesia estaba espectacularmente iluminada. Al entrar, resultaba una visión impresionante y se quedaron allí, de pie, mirando alrededor.

Había altares de santos a todo lo largo de los laterales y repisas con velas delante de ellos; el altar mayor estaba al fondo de la nave central, justo delante. Faith se santiguó y, uno al lado del otro, se dirigieron hacia la parte frontal de la iglesia. A Faith le parecía casi como si Jack caminara a su lado.

Se deslizaron a un banco, sin hacer ruido, y se quedaron allí un rato. Faith se arrodilló y rezó por Jack y por su madre, así como por Charles y por sus hijas; luego, todavía de rodillas, se volvió hacia Brad y le sonrió. A él nunca le había parecido más bella. Era como si un aura de paz la rodeara y tenía una expresión de gran ternura en los ojos.

—Siento que está aquí, con nosotros —susurró Faith.

Ambos sabían de quién hablaba y Brad asintió, con lágrimas en los ojos, y se arrodilló junto a ella.

—Yo también —dijo, inclinando la cabeza y cerrando los ojos.

Era igual que en el pasado, cuando patinaban juntos y, también juntos, iban a la

iglesia. El único que faltaba era Jack, pero en cierto sentido era como si estuviera allí con ellos.

Pasó un rato antes de que los dos levantaran la mirada. Luego pasaron por delante del altar mayor y se dirigieron hacia las capillas laterales, en honor de los santos. Faith hizo la genuflexión al llegar al centro de la iglesia. Brad la siguió hasta el altar de san Judas. Siempre había sido el santo favorito de Faith.

Metió un billete de cinco dólares en la ranura, encendió una vela por Jack y luego inclinó el pabito encendido hacia Brad para que este encendiera la suya. A él siempre le había parecido mágico, como si algo de tanto poder como aquello solo pudiera producir cosas buenas. Permanecieron juntos, uno al lado del otro, un momento, pensando en Jack y rezando en silencio. Luego él la cogió de la mano y se marcharon lentamente. Se detuvieron justo antes de salir de la catedral y Faith se humedeció los dedos en el agua bendita, hizo la señal de la cruz y le sonrió.

—Gracias por venir conmigo —susurró.

Había estado en la iglesia unos días antes, pero entonces significaba más para ella, porque él estaba allí, como si sus plegarias unidas tuvieran más fuerza, como si sus rezos por Jack adquirieran más significado.

Brad permaneció callado mientras la seguía afuera, profundamente conmovido. Hacía años que no iba a la iglesia y se sorprendió de lo mucho que había significado para él; aunque quizá fuera el hecho de haber ido con ella y los recuerdos de los tres juntos que eso despertaba.

—¿Todavía conservas tu rosario? —le preguntó Brad, mientras bajaban las escaleras de San Patricio, cogidos de la mano.

Se sentía más cerca de ella que en mucho tiempo, como si desde ese momento fuera también hermana suya, su propia sangre, no solo su amiga.

—Sí.

—¿Todavía lo rezas?

Siempre le había fascinado, cuando ella era niña. Le gustaban los rituales y el ceremonial. Jack solía tomarle el pelo diciéndole que tenía que convertirse y hacerse sacerdote.

—Algunas veces. Más en los últimos años, por Jack. A veces entro en una iglesia y rezo por él.

Brad asintió, sin querer preguntarle por qué o, exactamente qué efecto pensaba que tenía. Para él, era suficiente que ella quisiera hacerlo y que tuviera sentido para ella. Siempre lo había tenido. Incluso había comentado un par de veces, cuando era niña, que quería ser monja. Pero Jack detestaba esa idea y le dijo que la olvidara. Con el tiempo, al crecer, prefirió casarse y tener hijos, lo cual a él le parecía más sano.

—¿Pam y tú vais alguna vez a la iglesia? —preguntó, mientras esperaban en la Quinta Avenida.

Era hora de acompañarla a casa, pero detestaba tener que separarse de ella. Sonrió ante su pregunta.

—Pam es atea o agnóstica, nunca estoy seguro de cuál de las dos cosas. Cree firmemente que Dios no existe. —Lo dije con sencillez, sin juzgarla. Era la manera de ser de Pam y lo que ella creía. Sus propias convicciones siempre habían sido un poco vagas en cuanto a la forma, pero sí que creía en Dios.

—¡Qué pena! —exclamó Faith, y Brad le sonrió. A veces, había algo muy puro en Faith, algo que él adoraba en ella, desde que era una niña pequeña—. ¿Y tus hijos?

—Me parece que no están seguros ni les importa mucho, en un sentido o en otro. La verdad es que no me he ocupado mucho de su formación religiosa. Me pareció que, un día, harían lo que quisieran. Yo no he estado en la iglesia desde hace años. ¿Alex y tú vais a la iglesia?

—Él es episcopaliano, como tú, y no va nunca. No creo que sea ateo; es solo que detesta ir y piensa que es una pérdida de tiempo. Cree que es cosa de mujeres. Mis hijas tampoco quieren ir, excepto para encender una vela, de vez en cuando.

—Cuando éramos niños, siempre pensaba que era algo mágico, como pedir un deseo. Creía que las plegarias siempre eran escuchadas. Creo que fue tu madre quien me dijo que así era.

La madre de Faith fue toda su vida una mujer profundamente religiosa, lo cual la había ayudado a sobrellevar la infelicidad de su matrimonio con Charles y con su primer marido antes de él, aunque no admitiera nunca, en ninguno de los dos casos, que fuera desgraciada. Había muchos secretos en la familia de Faith en aquellos días, además de cosas que no se querían reconocer.

—Yo también solía pensar que todas las plegarias eran escuchadas —comentó Faith con tristeza. Las de otras personas, aunque no las tuyas.

—¿Y ahora? —preguntó Brad, mirándola intensamente.

—A veces no estoy muy segura.

—¿A causa de Jack? —adivinó él, hablando en voz baja y mirándola a los ojos en la fría noche de diciembre, mientras su aliento despedía nubes de aire. Ella asintió—. ¿Sabes?, es curioso, no soy religioso. Nunca lo he sido. En realidad, nunca he ido a la iglesia, excepto cuando os acompañaba a vosotros dos y a tu madre, cuando éramos niños, pero sigo creyendo todo lo que ella me dijo sobre las plegarias y que siempre recibían respuesta.

Faith tenía una expresión seria mientras reflexionaba sobre lo que él acababa de decir.

—Ojalá pudiéramos estar seguros.

La vida ya no era tan sencilla como parecía cuando era niña. Incluso en los peores momentos de su vida, siempre se había apoyado en su fe.

—Yo sigo creyendo que es verdad. —Brad tenía un nudo en la garganta al decirlo y ella no estaba segura de si las lágrimas que había en sus ojos se debían al frío o a otra cosa—. Y creo que Jack también pensaría lo mismo.

Faith no contestó; solo asintió con la cabeza. Enlazó su brazo en el de él y siguieron andando por la Quinta Avenida, en silencio.

Brad se marchó de Nueva York el viernes por la tarde, el día después de que fueran a patinar. La llamó por la mañana para decirle que tenía muchas agujetas y que casi no había podido levantarse de la cama, pero que nunca había disfrutado tanto. Quería pasar por su casa para despedirse de ella, pero, tal como habían ido las cosas, no le dio tiempo y había tenido que salir corriendo para el aeropuerto. La llamaba desde allí.

—Quería darte un abrazo y desearte feliz Navidad, Fred —dijo con tristeza. Estaba decepcionado por no poder verla de nuevo antes de irse—. Lo pasé muy bien ayer. Mejor que nunca. Tenemos que repetirlo la próxima vez que venga.

En realidad, no tenía planes y apenas viajaba nunca a Nueva York, excepto si había un congreso como al que acababa de asistir. Cuando trabajaba en el bufete de su suegro, los viajes a la ciudad eran muy frecuentes.

—Yo también lo pasé muy bien —comentó ella, sintiendo nostalgia. Había sido maravilloso verlo y, ahora que él volvía a California, era como despedirse de nuevo, una vez más, de una parte de Jack—. Me alegro de que fuéramos a San Patricio.

—Yo también. Quizá vaya a encender una vela por él., alguna vez, en San Francisco. Creo en eso. Sigue pareciéndome algo especial.

—Lo sé —asintió ella—. Encenderé una por ti en la misa del gallo, en Nochebuena. Por lo general, consigo que Zoe me acompañe.

Brad pensó que eso era lo que tendría que hacer él en lugar de asistir a la comida de Navidad de Pam, pero la Nochebuena no la celebraban mucho. Solían cenar en casa del padre de su mujer y luego volvían a casa y se iban a dormir. Con sus hijos lejos, habían decidido no poner árbol de Navidad ese año.

—¿Cuándo llega Zoe?

Brad lo había olvidado, pero sabía que faltaban pocos días.

Alex llegaba al día siguiente. Brad entró, unos minutos, en casa de Faith la noche antes, cuando la acompañó. Faith le enseñó el estudio donde tenía el ordenador y le escribía los *e-mails*. Era una habitación pequeña y acogedora, llena de fotografías y lo que ella llamaba despojos sentimentales. Le gustó ver desde dónde le escribía. Así podría imaginársela.

—Zoe llega esta noche —le contestó, cuando la llamó desde el aeropuerto—. A partir de ese momento, será un auténtico manicomio. Chicos y chicas entrando y saliendo a todas horas, ropa tirada por todas partes y repartidores de *pizzas* llegando en mitad de la noche.

—La verdad es que echo en falta esos días —confesó él, con voz triste. Le habría gustado verla antes de irse—. Te llamaré el fin de semana. Estaré en el despacho los dos días. Cuídate mucho, Fred.

—Tú también. Y gracias por dos veladas maravillosas. Lo he pasado muy bien.

—Yo también. —En aquel momento anunciaron su avión y tuvo que despedirse

—. Enciende una vela por mí la próxima vez que vayas a la iglesia. Un poco de ayuda extra siempre viene bien.

—Lo haré. Que tengas un buen viaje —dijo Faith, mientras Brad colgaba el teléfono.

Luego se quedó allí sentada, pensando en él. Era extraño que hubiera vuelto a su vida, y maravilloso. Era un auténtico regalo. Verlo era el mejor regalo de Navidad posible, excepto si Ellie hubiera venido a casa. Todavía tenía que decirle a Zoe que su hermana se iba a Suiza a pasar las fiestas. Pero lo único en lo que podía pensar en esos momentos era el tiempo pasado con Brad y lo que había significado para ella. Sus conversaciones durante las dos cenas habían estado llenas de sentido y le había encantado patinar con él. Era asombrosa la facilidad con que seguían abriéndose el uno al otro, igual que en los viejos tiempos, solo que mejor, porque en la actualidad eran más sabios. Se sentía muy cómoda charlando con él. Para ciertos temas, era incluso más fácil hablar con él que con Jack. Con su hermano siempre habían estado en desacuerdo en cuestiones como el matrimonio de su madre. En opinión de Faith, había estado sola y había sido desdichada toda su vida, mientras que Jack pensaba que Charlie era un buen tipo y que su hermana era demasiado crítica con él. Tampoco veían con los mismos ojos a sus respectivas parejas. A ella no le gustaba Debbie y él detestaba a Alex. Sin embargo, no había ninguna cuestión de lealtad con Brad; veían la mayoría de cosas de la misma manera, desde el mismo ángulo. La entristecía pensar en lo mucho que había transigido en su matrimonio y sentía lástima por él. Pam parecía la esposa equivocada para él, pero era evidente que estaba comprometido de por vida. Era noble por su parte, pero parecía un error, por lo menos se lo parecía a ella. Aunque quizá él habría dicho lo mismo sobre Alex. Ninguno de los dos tenía un matrimonio ni una pareja fáciles; sin embargo, era lo que habían elegido y decidido conservar. Lo respetaba por ello y, al mismo tiempo, lo compadecía.

Le envió un *e-mail* aquella noche, dándole las gracias por las cenas y la sesión de patinaje. Justo cuando lo enviaba, llegó Zoe, con cuatro maletas, su raqueta de tenis, una bolsa con las cámaras de fotos y su ordenador bajo el brazo. Lo dejó caer todo en el recibidor y fue a la cocina. Se estaba sirviendo un vaso de leche cuando entró su madre.

—Bienvenida a casa —dijo Faith abrazándola con fuerza.

Se ofreció para prepararle algo de cenar, pero Zoe dijo que había tomado un sándwich en el aeropuerto, antes de ir a casa. Se sirvió helado y se sentó a la mesa de la cocina sonriendo, correspondiendo a la sonrisa de Faith.

—Es una alegría verte. Es estupendo de verdad tenerte aquí.

Iba a quedarse tres semanas y Faith estaba entusiasmada.

—Yo también me alegro de estar aquí —repuso Zoe sonriendo, al tiempo que rebañaba el helado de vainilla—. ¿Cuándo llega Ellie? —preguntó.

El rostro de Faith se ensombreció visiblemente.

—No viene. Se va a Suiza, a Saint Moritz, a esquiar con Geoff y su familia.

—¿Lo dices en serio? —Zoe se quedó estupefacta—. ¿Se va a casar con él?

Era la única razón que se le ocurría para que Eloise no pasara las navidades en casa, que fuera a conocer a su familia política o que se quedara en Europa para la petición de mano.

—No, que yo sepa. Le apetecía hacer ese viaje.

—¿Y tú la has dejado, mamá?

Zoe no podía acabar de creérselo. Las fiestas eran importantes para Faith y Zoe no podía imaginar que su madre soltara a su hermana con tanta facilidad, pero Faith no lo habría hecho, si Alex no le hubiera dado permiso antes.

—Al parecer, llamó primero a papá y a él le pareció bien. Así que dejé que se saliera con la suya, por esta vez, pero le dije que el año que viene no hay excusa que valga. Así que mejor será que no se te ocurra planear nada —dijo Faith, amenazándola con el dedo, y Zoe sonrió.

—No te preocupes, mamá. No voy a ir a ningún sitio, pero será extraño no tenerla aquí.

De repente, Zoe se puso triste. Era difícil imaginar Navidad sin su hermana, aunque no siempre se llevaran bien. Iba a resultar muy raro y un poco triste.

—Lo sé —convino Faith—. Tendrás que ser hija única durante tres semanas.

A oír aquello a Zoe se le iluminó la cara.

—En realidad, eso no suena nada mal. Por cierto, ¿dónde está papá?

—Volando hacia aquí, desde California. Llegará dentro de unas horas.

Había telefoneado desde el aeropuerto para decir que volvía un día antes y que estaba hecho polvo.

—Solo me lo preguntaba —dijo Zoe, cogiendo el teléfono.

Media hora después, estaba en su habitación, deshaciendo las maletas y dejando ropa esparcida por todo el suelo, con el ordenador encendido. El timbre de la puerta sonó tres veces y llegaron sus mejores amigas de la escuela. Una hora después, las seguía una *pizza* y, cuando llegó Alex, sonaba la música a todo trapo, las chicas reían a carcajadas y Zoe comentaba que iban a salir. Reinaba un absoluto caos y Faith tenía expresión de felicidad, cuando entró Alex en el dormitorio, gimiendo.

—Nos han invadido los marcianos —se quejó—. El repartidor de *pizzas* salía al entrar yo. Había alguien más que traía comida china, Zoe acaba de pedirme prestados cien dólares y hay alrededor de doscientas chicas en su dormitorio. Casi había olvidado cómo era la vida cuando está en casa. ¿Cuánto duran sus vacaciones?

Parecía agotado y desesperado. Faith acababa de cerrar el grifo de la bañera de Zoe antes de que desbordara, pero le encantaba la alegría y el bullicio que Zoe traía a la casa. Solo tenerla allí ya la hacía sentir viva de nuevo.

—Estará en casa tres semanas. ¿Qué tal el viaje?

—Agotador, pero tranquilo, en comparación. ¿Crees que podríamos pedirle que

bajara la música o es mejor que me ponga tapones en los oídos y no me los quite hasta dentro de tres semanas? ¿Antes, siempre era así? —preguntó con aspecto abrumado.

—Sí. Por eso me aburro tanto cuando las chicas no están aquí.

Lo miró, mientras él dejaba la maleta y caía rendido en el sillón.

—No me dijiste que habías hablado con Eloise de que no pensaba venir a casa por Navidad.

Faith procuró suprimir todo reproche de su voz, pero era evidente que no estaba contenta. Además, no había hablado con él durante toda la semana que él había pasado en Los Ángeles. Él no la había llamado ni una vez y ella tampoco a él.

—Debí olvidarme de comentártelo —explicó él, con aire distraído.

—Podías haberme dicho algo antes de darle permiso. Me pusiste en un aprieto cuando ella llamó.

—¿Va a venir? —preguntó Alex y parecía más preocupado que culpable.

Otra persona más en la casa en aquel momento lo habría vuelto loco. Había olvidado cómo eran las cosas cuando sus dos hijas estaban en casa.

—No. Me dijo que le habías dado permiso para no venir. No me quedaba mucho margen para prohibirle ir a Saint Moritz, sin parecer una auténtica aguafiestas. Así que le dije que de acuerdo.

—Se lo pasará bien —comentó él, quitándose los zapatos.

—Le dije que no podía volver a hacerlo. Quiero a mis hijas en casa para Navidad, cada año, pase lo que pase, y si no sentamos los precedentes ahora, acabarán por no venir nunca. Siempre habrá algo más tentador que venir a casa a pasar las fiestas.

—Estará bien —dijo él, aplacándola.

—Ya lo sé, pero la echaré de menos, de todos modos —replicó Faith, mientras la música de la habitación de Zoe subía varios decibelios y oían cómo se cerraba una puerta de golpe.

—Yo no —dijo Alex, sinceramente—. Además, las chicas no se entendieron muy bien en Acción de Gracias. Pensé que quizá les fuera bien estar separadas un tiempo.

—Quizá les hubiera ido bien verse y arreglar las cosas —observó Faith, tercamente.

Creía en los vínculos familiares y en todo lo que eso entrañaba. Mientras escuchaba a Alex, recordaba todo lo que ella y Brad habían hablado los dos días anteriores. Había ocasiones en que Alex y ella estaban en polos opuestos. La verdad es que era así la mayoría de veces.

—¿Crees que podrías conseguir que Zoe bajara la música? Voy a volverme loco si sigue así tres semanas —le pidió él, con aire abatido, mientras iba a darse una ducha.

—¿Quieres algo de cena? —preguntó Faith por encima del estruendo, cuando él se detuvo en el umbral del cuarto de baño, con expresión angustiada.

—He cenado en el avión. Solo quiero irme a dormir. Puede que esas chicas estén levantadas toda la noche.

—Dijeron que iban a salir. Les pediré que no hagan tanto ruido.

—Gracias —dijo él, y cerró la puerta.

No le había dado un beso, ni un abrazo ni un saludo afectuoso. Sencillamente, había entrado en la habitación y había empezado a quejarse del ruido. No podía culparlo por reaccionar contra aquel trastorno, pero habría sido agradable que le hubiera dicho algo amable, después de tres días fuera.

Fue a ver a Zoe y sus amigas, unos minutos después, y les pidió que no hicieran tanto ruido. Había dos cajas de *pizza* abiertas encima de la cama. Dos de las chicas comían *pizza* y miraban la televisión y Zoe se secaba el pelo. Abajo, en la cocina, había un surtido de comida china. Zoe había vuelto a casa como un torbellino.

—Zoe, tu padre se va a acostar dentro de poco —dijo Faith, en voz baja—. ¿Podrías bajar el volumen un poco?

—Vamos a salir dentro de nada, mamá —gritó Zoe por encima del ruido del secador—. Tres de mis amigos van a llegar en unos minutos, cenaremos algo y luego nos iremos.

—No te olvides de apagar la tele y el estéreo cuando bajéis.

—Lo prometo.

Zoe hizo lo que su madre le había pedido, pero cuando, al rato, bajaron ruidosamente, Faith encontró el rizador de pelo de Zoe y los rulos ardiendo en el lavabo del cuarto de baño y, además, se había olvidado de vaciar la bañera. Era inútil decírselo. Siempre se olvidaba. También había dejado dos velas encendidas en su dormitorio, algo que preocupaba a Faith. Siempre tenía miedo de que incendiaran la casa. Las velas eran una pelea constante entre ellas, y Zoe siempre la acusaba de estar obsesionada.

—¿Se han ido? —preguntó Alex, esperanzado, cuando Faith volvió al dormitorio. Estaba ya en la cama, en pijama, con un libro y el pelo recién lavado.

—No, pero pronto se irán.

No le dijo nada de las velas ni del rizador del pelo. Sabía que se pondría hecho una furia. A la edad de Zoe, hay veces que tienes el cuerpo de una mujer y la mente de una niña.

Cuando Faith bajó para ver qué hacían, estaban comiendo directamente de las cajas y riendo, histéricamente. Para entonces ya eran siete y, durante un instante, casi se sintió aliviada de que Ellie no estuviera allí, uniendo su bullicio al de su hermana, aunque le hubiera gustado, de todos modos. Pero no a Alex.

—Pensaba que podíamos ir a comprar el árbol de Navidad mañana —le comentó Faith a su hija haciéndose oír.

—No puedo, mamá. Me voy a cortar el pelo y tengo que ver a mis amigos. — Comprar el árbol era una tradición que a Faith le gustaba compartir con ella, pero las cosas eran diferentes entonces. Sus tradiciones parecían estar desvaneciéndose en el aire—. Lo siento. ¿Podemos hacerlo la semana que viene?

Solo faltaban nueve días para Navidad.

—¿Qué tal si vamos a comprarlo el domingo? —preguntó Faith esperanzada.

—No puedo. Voy a una fiesta en Connecticut.

—Si lo compro yo, ¿lo adornarás conmigo?

—Lo prometo —dijo Zoe, mientras le daba un fuerte abrazo y el timbre de la puerta sonaba de nuevo.

Llegaron cuatro chicas más y pasó otra media hora antes de que todas se fueran. Zoe prometió volver a una hora razonable, pero no concretó. Faith se quedó en la cocina, recogiendo todo. No quería quejarse en la primera noche de Zoe en casa. Era más fácil que lo hiciera ella; no le llevó mucho tiempo. Cuando volvió arriba para ver a Alex, este ya estaba profundamente dormido. Apagó la luz y bajó de nuevo a su estudio. De repente, la casa parecía tranquila y silenciosa y sonrió para sí. Pese al ruido y el jaleo, le encantaba que Zoe estuviera en casa. Esta era la vida en que se había deleitado durante veinticuatro años y era agradable que volviera de nuevo, aunque solo fuera por unas semanas.

Envió un *e-mail* a Brad, aunque sabía que todavía estaría en el avión. Probablemente, para entonces, casi habría llegado ya a San Francisco. Era el segundo mensaje que le enviaba en un día.

Querido Brad: el caos reina aquí de nuevo. Música para mis oídos. Secadores de pelo, rizadores, pizzas que llegan, comida china, chicas que ríen, música rap, estéreos, la televisión encendida, helado resbalando por la encimera hasta el suelo. Zoe ha llegado y se ha marchado de nuevo con sus amigas. Alex llegó de California en mitad de todo el jaleo y se fue a la cama. Está durmiendo. Zoe ha salido. Estoy disfrutando de la invasión y, para cuando ella se marche, yo habré empezado las clases. ¿Cómo estás? Espero que hayas tenido un buen viaje. Fue maravilloso volver a verte. Me encantó ir a patinar y salir a cenar dos noches, así como ir a San Patricio contigo. Vuelve pronto. Ya te estoy echando de menos. Es interesante contrastar nuestras opiniones sobre el matrimonio y las relaciones amorosas, los compromisos y la forma en que acaban las cosas. Nunca hablábamos de cosas así cuando éramos niños. No me acuerdo de qué hablábamos. Me parece que solo nos reíamos sin parar. Solía hablar mucho de todo esto con Jack. Es curioso cómo nos ha ido en la vida, ¿no? Las cosas no son como las imaginamos; la realidad es muy otra. Mientras mis hijas estén aquí, no me importa. Es más difícil cuando no están. Entonces te das más cuenta de lo que tienes y de lo que te falta.

Quería comprar el árbol con Zoe mañana. No puede dedicarme una hora en tres semanas. A lo mejor, tendremos que poner el árbol para Semana Santa este año. Supongo que lo compraré yo sola. No pasa nada. Lo importante es que ella esté aquí. Esta casa es como una tumba cuando ella no está. No trabajes demasiado durante el fin de semana. Hasta pronto. Un abrazo, Fred.

Después de enviarlo, se quedó en el estudio un par de horas, contestando cartas. Y

a medianoche, hora de Nueva York, recibió un e-mail de Brad.

Hola... acabo de llegar a casa. He puesto en marcha el ordenador, para escribirte, y me he encontrado tu mensaje. Envíame un poco de ese jaleo. Yo tengo la otra versión de lo mismo. Manchas de bicicleta y monopatines en el vestíbulo, zapatillas de tenis desaparejadas desperdigadas por toda la casa. Un barullo increíble procedente de estéreos y teles en pugna y mi ropa interior que siempre desaparece. ¿Cómo pueden ponerse todos mis calzoncillos y llevarse todos mis calcetines? Coches aparcados frente a la casa. Un puñado de jóvenes que devoran todo lo que hay en el frigorífico. Lo echo todo en falta. Me gustaría que mis hijos estuvieran aquí. ¡Disfruta cada minuto! Fui muy feliz todo el tiempo que pasamos juntos, Fred. Fue un regalo volver a encontrarte, después de todos estos años. Siento que perdiéramos el contacto hace tres años. Te prometo que no volverá a pasar. Eres demasiado buena para ser verdad. ¿Por qué no te rapté y te guardé para mí cuando tenías catorce años? En aquellos tiempos, iba detrás de chicas con cerebros pequeños y tetas grandes. Cuanto más grandes, mejor. De todos modos, Jack me habría matado. Es mejor así. Mi afecto es el de un amigo, hermanita. Gracias por traer tanta alegría a mi vida. Si tu madre viviera, iría a agradecerle todo lo que eres. Aunque es probable que no sea gracias a ella. Eres única. Voy a caer redondo en la cama. Me gustaría estar ahí para adornar el árbol contigo. Dale un abrazo a Zoe, de parte del amigo más antiguo de su madre. No le des un beso a Alex de mi parte; no lo entendería. Y cuídate, Fred. Solo faltan nueve días para Navidad. Ocho hasta que haga las compras. Un abrazo, Brad.

Faith sonreía mientras leía el mensaje y luego se fue arriba a leer en la cama. Quería permanecer despierta hasta que volviera Zoe, que regresó a las dos de la mañana. Faith bajó para darle un beso de buenas noches. Parecía feliz y entusiasmada por haber visto a sus amigos. Su mejor amiga había vuelto a casa con ella, para pasar la noche allí, lo cual le pareció bien a Faith.

—Hasta mañana, chicas —dijo Faith, cerrando la puerta y luego volvió a abrir—. Por favor, nada de velas. Me gustaría tratar de no prender fuego a la casa antes de Navidad, si es posible. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mamá —convino Zoe con aire divertido—. Buenas noches.

Alex roncaba cuando se metió en la cama a su lado. Se volvió para mirarlo al apagar la luz. Nunca habría podido hablar con él de las cosas que había hablado con Brad, con Alex no, él no le habría encontrado ningún sentido. Nunca se hubiera puesto sentimental ante el maravilloso bullicio de sus hijas en la casa. No habría patinado con ella ni la hubiera acompañado a San Patricio para encender una vela por Jack. ¿Por qué se podía hacer cosas así con amigos, pero nunca con la pareja? Alex

era responsable, serio y de fiar y llevaban muchos años casados. Pero le habría dado de lado, inmediatamente, si ella hubiera intentado hablar con él de los sacrificios que uno hacía en el matrimonio o de los compromisos a los que tenía que llegar. Nunca lo habría comprendido y tampoco habría querido hacerlo. Alex y ella hablaban de otras cosas: sus hijas, el trabajo, su último viaje o algo que ella hubiera oído en las noticias, pero no podía compartir con él ni sus reflexiones ni los sueños que albergaba en su corazón. Él era así. No tenía sentido darle vueltas ni lamentar las carencias. Además, en la actualidad podía hablar con Brad. Tal como él decía de ella, él también era un regalo en su vida.

Apagó la luz y cinco minutos después ya estaba dormida. Por la mañana, cuando se despertó, Alex ya se había marchado. Había ido a buscar refugio en su despacho para poner al día el trabajo. Faith estaba saliendo de la bañera y cogiendo una toalla cuando Zoe entró.

—¡Vaya, mamá! ¿Cómo te has hecho ese moretón? —le preguntó Zoe, con aire asombrado.

Faith miró hacia abajo. Ni siquiera se había dado cuenta. Tenía un buen cardenal en la cadera.

—¿Qué? Ah, esto... Me lo debí de hacer patinando sobre hielo la otra noche —le explicó, empezando a secarse.

Aunque el morado tenía mal aspecto, no le dolía apenas.

—¿Fuiste a patinar? ¿Desde cuándo patinas? —Zoe parecía sorprendida.

—Desde que tenía cinco años. Pero hacía muchísimo tiempo que no practicaba. ¿No te acuerdas? Os llevaba a patinar al parque, cuando erais pequeñas.

Jack las había acompañado un par de veces, pero Zoe debía de ser demasiado pequeña para acordarse.

—Sí, creo que sí —dijo Zoe, vagamente. Después se había interesado más por el *ballet* y los caballos—. ¿Y con quién fuiste a patinar?

No podía imaginarla yendo a patinar sola. No era propio de ella.

—Con un viejo amigo del tío Jack. Crecimos juntos. Vino a Nueva York para un par de días y fuimos a patinar en recuerdo de los viejos tiempos. Fue divertido.

—¿Cómo es?

Zoe parecía interesada, mientras su madre se vestía y charlaban.

En parte, eran esos ratos que pasaban juntas por lo que a Faith le gustaba tenerla en casa. Le hacía compañía.

—Es agradable. Me recuerda mucho a Jack. Hace dos meses que nos enviamos *e-mails*. Nos vimos en el entierro de Charles. Vive en San Francisco y es abogado defensor de adolescentes. Casos difíciles. Delitos graves, esa clase de cosas. Lo conociste en el entierro del tío Jack, pero es probable que no te acuerdes.

Habían conocido a mucha gente aquel día y todos estaban muy alterados.

Zoe parecía divertida.

—¿Estás chiflada por él, mamá? Te pones muy guapa cuando hablas de él.

—No seas tonta. Lo conozco de toda la vida.

—Cosas más extrañas han sucedido. ¿Está enamorado de ti?

—No. Solo somos amigos, como hermanos. Hablamos de muchas cosas y tenemos una forma de pensar muy parecida. Es probable que sea porque crecimos juntos. Supongo que eso ayuda.

—¿Está casado?

Zoe estaba intrigada. Le sonaba a algo exótico. No recordaba que su madre hubiera tenido un amigo de verdad, aunque sabía que algunas mujeres casadas lo tenían. No creía, tampoco, que hubiera tenido ninguna aventura, aunque pensaba que su padre no se portaba bien con ella. Zoe opinaba que le habría estado bien empleado y que, quizá, habría sido bueno para Faith. Estaba abierta a todas las posibilidades, mucho más que su madre.

—Sí, está casado. Tiene dos hijos, gemelos. Están en África, trabajando durante un año. Tienen la edad de Ellie, más o menos.

—A lo mejor a ella le gustaría conocerlos. ¿Son guapos?

Brad le había enseñado una foto y se parecían mucho a él.

—Creo que sí.

—Entonces lo más probable es que no lo sean —dijo Zoe y volvió a su habitación.

A Faith le parecía curioso que Zoe se sintiera tan interesada por Brad. Poco después, Zoe se marchó a cortarse el pelo y Faith, a comprar el árbol. Compró uno grande que quedaría muy bien en el salón. Lo trajeron por la tarde. Lo estaba adornando cuando llegó Alex y se quedó mirándola un momento. Luego se sentó, como si aquello no tuviera nada que ver con él. Faith estaba en lo alto de la escalera, colgando bolas de colores brillantes en las ramas más altas. Antes, se había peleado con las luces durante una hora.

—¿Quieres ayudarme? —preguntó, esperanzada.

Zoe no estaba para echarle una mano; todavía no había vuelto a casa.

—Me parece que lo tienes todo bajo control —comentó él y se marchó.

Detestaba adornar el árbol. Faith lo hacía siempre con sus hijas, pero parecía que esos días se habían acabado. Ellas ya no tenían el tiempo ni el interés para hacerlo. Le costó otra hora más y luego se apartó unos pasos y contempló su trabajo con placer. El árbol tenía un aspecto precioso y festivo. Puso un CD de villancicos y fue a buscar algo a su escritorio. Y al hacerlo, vio que tenía mensajes. No había mirado el correo electrónico en todo el día.

Hola, Fred. He tenido un día deprimente. Tenía que contárselo a alguien. Me llamó una pareja, a la que había visto hace un tiempo. Su hija de quince años está acusada de matar a su hermano de seis años. Por lo que he podido averiguar, tiene una enfermedad mental; no ha sido diagnosticada aún, pero está claro que está mal de la cabeza. Puede que la lleven a juicio, aunque

creo que puedo conseguir una vista para que la declaren demente. Seguramente, la encerrarán en una institución para delincuentes psicóticos. Para los padres es una tragedia. Están destrozados. Todo un regalo de Navidad. Las fotos del pequeño me partieron el corazón. Voy a ver a la chica esta noche. En este momento, la están reconociendo. Hay días en que no me gusta mi trabajo. No puedo hacer mucho para resolver este caso ni para ayudarlos, salvo cosas bastante técnicas. Siento cargarte con esto. Espero que estés teniendo un buen día. Mejor que el mío, al menos. ¿Ya tienes el árbol? Apuesto a que es precioso. Como tú. Me gustó tu abrigo rojo. ¿Te lo dije? Te sienta maravillosamente el rojo. Y los patines. Hasta pronto. Un abrazo, Brad.

Sonaba tan decaído que le contestó inmediatamente.

Siento lo de ese caso. Parece horrible. Es la peor pesadilla; para ellos, será como perder dos hijos a la vez. Qué horrible para todos los implicados. Siento de verdad que te haya tocado. Aquí todo va bien. El árbol está listo. Tiene un aspecto muy bonito. Zoe se ha escapado todo el día. Un corte de pelo que ha durado seis horas la ha librado de sus deberes de adornar el árbol. Estoy segura de que llegará de un momento a otro. Tengo que empezar a preparar la cena. Solo quería decirte hola. Tenía un aspecto tan estupendo con mis patines que ahora tengo un cardenal desde la cadera hasta la rodilla. Zoe se ha quedado horrorizada. Le he contado dónde había estado y con quién. Está impresionada. Espero que puedas conocerla la próxima vez. Cuídate. Ánimo. Un abrazo, Fred.

Zoe entró justo cuando lo enviaba. Su cabello tenía un aspecto estupendo y la habían maquillado y hecho la manicura.

—Vaya, tienes un aspecto glamuroso —dijo Faith sonriendo, todavía sentada frente al ordenador.

—¿A quién escribes?

Zoe tenía aire de curiosidad y estaba muy guapa. Además, con el maquillaje se parecía mucho a Faith cuando era joven.

—A Brad, el amigo de quien te he hablado —respondió Faith con naturalidad y Zoe sonrió.

—Mamá, ¿estás enamorada de él?

Zoe parecía hablar en serio y Faith negó con un gesto de la cabeza.

—Claro que no. Solo somos amigos.

—¿Estás teniendo una aventura con él?

Zoe estaba decidida a ver más de lo que había, pero se sentía interesada.

—Por supuesto que no. Es un amigo. Eso es todo.

—Me parece que estás enamorada de él, mamá —insistió Zoe con obstinación—. Tendrías que verte los ojos cuando hablas de él. Te chispean; se iluminan y te hacen chiribitas.

—Zoe Madison, tú has vuelto a tomar *crack* —le contestó su madre en broma.

—No. Me parece que tengo razón. Tú estás enamorada.

—Y tú eres la persona más tonta que conozco —replicó Faith riendo.

—¿Papá está enterado? De tu amistad con Brad, quiero decir.

—Me parece que se lo mencioné. No se mostró especialmente interesado. Gracias a Dios, no tiene la imaginación desatada que tienes tú. Ni Brad tampoco, por suerte. Estaba loca por él cuando era niña, pero lo superé más o menos a los catorce años. Eso fue hace siglos. Así que no, no estoy enamorada.

—A lo mejor tendrías que enamorarte —dijo Zoe, muy seria—. Eres bastante infeliz con papá —concluyó su hija, con realismo.

Faith se sintió horrorizada.

—¡No es cierto! Es terrible que digas eso.

—Pero es verdad. Nunca habla contigo. Tampoco se muestra muy amable. Ni siquiera te besa o te abraza, nunca.

—Tu padre no es una persona afectuosa delante de otras personas —dijo Faith, defendiéndolo.

—Entonces, ¿qué haces? ¿Lo despiertas cuando lleva tres horas durmiendo, antes de que tú te vayas a la cama? Mamá, no soy estúpida. Mira en qué tono te habla. Te mereces algo mejor.

Zoe era sincera y Faith estaba horrorizada. Era terrible que su hija hubiera observado todo aquello y hubiera llegado a esas conclusiones, con solo dieciocho años. Pero nada de aquello hacía que estuviera enamorada de Brad. Sin embargo, la angustiaba que Zoe tuviera una visión tan sombría de su matrimonio y, peor aún, que estuviera tan cerca de la verdad. Le dolía oírlo resumido de aquella manera. Daba la impresión de que su matrimonio fuera un completo desastre. Era evidente que, a ojos de Zoe y, a veces, también incluso a los de Faith, su matrimonio no era una maravilla, pero Faith tenía una manera de verlo que hacía que pareciera tolerable y mejor de lo que era.

—Lo que dices no es verdad, Zoe. Papá y yo somos felices juntos. Nos comprendemos. Es cómodo para los dos.

—No. —Zoe negó lo que su madre acababa de decir. Sabía que no era así y también lo sabía Faith, aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo ante Zoe y tampoco a sí misma, salvo quizá a Brad—. Es cómodo para él, no para ti. ¿Cómo puedes estar bien con alguien que te menosprecia todo el tiempo y se niega a escucharte? Te mereces algo mejor, mamá. Gastas todas tus energías para que a él le vaya bien. Puede que un día de estos conozcas a alguien que sea amable contigo y te separes de papá. Me gustaría que lo hicieras. A Ellie le daría un ataque, pero se le

pasaría. Y yo me sentiría muy contenta por ti.

Lo tenía todo resuelto, no había dejado ningún cabo suelto, con gran consternación de su madre.

—Zoe —dijo Faith abrazándola y estrechándola contra ella—, ¿cómo puedes decir esas cosas de tu padre?

Estaba horrorizada por la lucidez de su hija.

—Porque te quiero y quiero que seas feliz, mamá. Y no lo eres. Me alegro de que vuelvas a estudiar. A lo mejor, conoces a alguien en la facultad.

Parecía empeñada en que Faith entablara relaciones con otro hombre.

—Zoe, no quiero conocer a nadie. Soy una mujer casada. Quiero a tu padre. No voy a tener una aventura.

—Pues deberías. A lo mejor, con ese tal Brad.

Estaba decidida a emparejar a su madre con alguien y a Faith le horrorizaba la idea.

—No, Brad no —la corrigió rápidamente—; es como un hermano para mí.

—¿Y de qué habláis en los *e-mails*? —preguntó Zoe, que seguía sintiendo curiosidad por él.

—De todo un poco. De ti y de Ellie, de sus hijos, de su trabajo, de mi vuelta a la universidad. De mi hermano Jack. De su mujer, de tu padre.

—Suenan bien. ¿Qué aspecto tiene? ¿Y su edad?

—Es alto, tiene los ojos verdes, el pelo negro y un hoyuelo en la barbilla. Tiene cuarenta y nueve años.

—¿Es guapo?

—Sí, supongo que sí. Pero yo no pienso en él de esa manera; es como de la familia.

Pero lo que acababa de decir no era del todo verdad. La última vez, y en el entierro de Charles, había observado lo apuesto que era, pero no quería admitirlo ante Zoe o esta se volvería loca y se haría una idea equivocada.

—¿Tienes una foto suya?

—No.

—¿Lo ves? Te ha vuelto a pasar.

De repente Zoe tenía un aspecto triunfal.

—¿A qué te refieres?

—Los ojos te brillaban cuando hablabas de él. Yo tengo razón. Estás enamorada.

—Zoe Madison, deja de decir tonterías.

—Ya lo verás. Tengo razón. Puede que todavía no lo sepas, pero estás enamorada.

—Lo conozco desde hace treinta y nueve años. Ya es un poco tarde para enamorarme de él.

—Nunca es demasiado tarde. A lo mejor, se separa de su mujer.

—A lo mejor, tendrías que sacarte de la cabeza esas ideas locas y relajarte.

Justo entonces, Alex bajó y se asomó por la puerta, con expresión contrariada.

—¿Todavía no has empezado a preparar la cena, Faith? Estoy muerto de hambre. Son casi las siete.

—Lo siento, Alex. Empiezo ahora mismo. Haré algo rápido.

Él asintió; se marchó a su estudio y cerró la puerta, mientras Zoe miraba furiosa a su madre. No soportaba la manera en que él le hablaba.

—¿Por qué no le dices que se compre una esclava?

—¡Zoe!

—¿Por qué no prepara él la cena o te lleva a cenar fuera? Podría llevarte a algún sitio.

—Trabaja mucho y está cansado. Ha estado de viaje toda la semana y hoy se ha pasado todo el día en el despacho.

—Y tú te has encargado del árbol sola. Y has limpiado mi habitación; por cierto, gracias. Me has preparado el desayuno y le vas a preparar a él la cena. No es que te pases el día sentada, sin hacer nada, comiendo bombones y viendo la tele.

Faith se echó a reír al pensarlo y Zoe la siguió dentro de la cocina con expresión irritada.

—¿Vas a cenar aquí? —le preguntó Faith, mientras comprobaba qué había en el frigorífico. Tenía bistecs para todos.

—No, voy a salir. Y creo que tú también deberías hacerlo.

No parecía que Alex estuviera de humor para salir a ningún sitio y a Faith no le importaba preparar la cena para él. Llevaba veintiséis años haciéndolo y, por muy injusto que le pareciera a Zoe, a ella no le causaba ningún problema.

—¿Por qué no te lleva al cine? —insistió Zoe.

Tenía razón. Hacía meses que no iban, la verdad es que casi nunca lo hacían, apenas varias veces al año. Pero a Alex no le gustaba ir al cine y la mayor parte de los días, cuando llegaba a casa, estaba cansado.

—Te preocupas demasiado. Primero crees que tengo una aventura con otro hombre, luego piensas que papá y yo apenas vamos a ningún sitio. ¿Por qué no piensas en otra cosa?

Mientras hablaba, iba preparando la cena.

—Opino que tendrías que tener una aventura con Brad —murmuró Zoe. Luego la abrazó y se fue arriba.

Faith negó con la cabeza, mientras ponía los bistecs en la parrilla y sonreía para sí, divertida. Zoe era estupenda y la idea era totalmente absurda.

El fin de semana pasó volando, con Zoe y sus amigas que entraban y salían a todas horas. Faith cocinó para ellas, pagó *pizzas* y taxis, cambió camas y lavó toallas, ayudó a recoger la ropa e hizo trenzas al estilo francés y esperó levantada a que Zoe volviera. Se sintió aliviada cuando Zoe fue en tren a la fiesta de Connecticut, en lugar de en coche. Esa noche, Zoe llegó a casa a las tres de la madrugada.

Faith tenía la impresión de hacer de apagafuegos, porque, con todo el desorden, el ruido y el jaleo, Alex estaba cada vez más nervioso y él y Zoe andaban siempre como el perro y el gato. Él detestaba su música y su manera de hablar, los chicos que se dejaban caer por allí, el desorden que todos hacían y el modo en que vestían sus amigas. Opinaba que parecían vagabundos sin hogar y que la música que escuchaban era indecente, lo cual, en algunos casos, era verdad. Pero Faith estaba acostumbrada y era tolerante con todas las modas y manías de los dieciocho años. Más de una vez, durante las vacaciones de Navidad, Zoe declaró que su madre era «superguay».

Ellie llamó desde Saint Moritz el lunes por la noche, cuando Zoe estaba fuera, pero Faith se sintió aliviada de saber que todo iba bien. Se lo estaba pasando en grande esquiando. Había conocido a mucha gente y dijo que la familia de Geoff era extremadamente amable con ella. Parecía contenta, pero, con gran alivio de Faith, no locamente enamorada. Al oírla hablar de todo lo que estaba haciendo, Faith llegó a la conclusión de que quizá Alex tenía razón y había valido la pena hacer el sacrificio de permitirle que fuera a Saint Moritz. Estaba pasando unos días estupendos, mucho mejores que si hubiera vuelto a Nueva York.

—Estabas en lo cierto —le reconoció Faith a Alex por la noche, mientras cenaban—. Se lo está pasando en grande.

—No suelo equivocarme —dijo él, sin vacilar—. Y también tengo razón respecto a que vuelvas a estudiar. Vas a cometer un tremendo error.

Faith no quería discutirlo con él. No tenía la intención de pelearse con él, pero Alex no dio marcha atrás, mientras la miraba.

—¿Todavía no has entrado en razón, Faith?

Faith no sabía por qué él sacaba el tema en ese momento, pero la preocupaba. Solo faltaba poco más de una semana para que se presentara al LSAT y seguía sintiéndose culpable por ocultárselo.

—No, Alex, no lo he hecho. Empiezo dentro de tres semanas.

Se había pagado los cursos con su propio dinero. Su madre le dejó un poco al morir, hacía un año. Todo el dinero de Jack lo había heredado su viuda y también había cobrado el dinero del seguro. La mujer se lo había llevado todo y había desaparecido. Dejó una caja con las cosas favoritas de Jack para Faith y se llevó el resto.

—Lo lamentarás —continuó Alex, mientras Faith trataba, valientemente, de cambiar de tema y no lo conseguía—. Puede que suspendas ya en el primer trimestre.

—Mira, no quiero discutir esto contigo, de verdad —acabó diciendo ella, tajante.

Él no volvió a hablarle durante el resto de la cena y luego se fue arriba a leer. Faith se sentía desanimada mientras fregaba los platos y, cuando acabó de recoger, le envió un *e-mail* a Brad.

Por todos los santos —respondió él, solo unos minutos después. Como de costumbre estaba sentado a su mesa, cuando le llegó el aviso de que tenía un mensaje nuevo—, *pero ¿de qué habla? Tenías mejores notas en la escuela que Jack y yo. Te graduaste en Bamard con magna cum laude. ¿Es que no sabes quién eres? Yo suspendí el examen para el título de abogado la primera vez que lo intenté. Te apuesto lo que quieras a que tú apruebas a la primera. ¿Por qué no te deja en paz? La próxima vez, dile que se vaya a hacer puñetas* —escribió Brad y sonaba irritado—. *Yo creo en ti, Faith.*

Y tú también tienes que creer en ti. Un abrazo, Brad.

Supongo que está furioso porque vuelva a estudiar —respondió Faith—. *Yo esperaba que, a estas alturas, ya se le habría pasado.*

Recordaba todo lo que Zoe le había dicho. No le había contado a Brad que Zoe tenía la convicción de que estaba enamorada de él y le había dicho que, si aún no era así, debería enamorarse. No estaba segura de que él lo encontrara divertido. Además, nada más lejos de la verdad. Lo quería como amigo, igual que él la quería a ella. Pero era difícil que una chica de la edad de Zoe entendiera la belleza de una amistad platónica. A su edad, todo giraba en torno al sexo.

Estoy harto de que Alex se meta contigo —escribió Brad en su siguiente mensaje—. *¿Cómo puedes soportar vivir así?*

Estoy acostumbrada. No lo dice en serio. Es su manera de ser.

Le respondió ella defendiendo a Alex en su siguiente *e-mail*. Pero tampoco a Brad le iban las cosas viento en popa aquellos días. Parecía que las vacaciones hacían aflorar lo peor de todo el mundo, en especial de Pam. Iba de una fiesta a otra y quería que Brad la acompañara, pero él tenía demasiado trabajo y, además, no tenía ningún interés en los actos sociales que a ella le encantaban. Hacía tiempo que le había dicho que prefería que fuera con algún amigo, pero, en ciertos momentos del año, ella insistía en que la acompañara. En especial en septiembre, al principio de la temporada social, y en Navidad. Pam asistía a cócteles, cenas, bailes, galas benéficas, inauguraciones y fiestas. Tantos compromisos sociales aturdían a Brad y no le apetecía entrar en el juego. Estaba ocupado en cosas que eran mucho más importantes

para él. Tenía una vista previa la semana antes de Navidad, lo cual, para él, descartaba cualquier otra actividad, pero creaba una enorme tensión entre Pam y él. A Pam no le sentaba bien.

—Por todos los santos, ¿es que no puedes delegar en tus pasantes el trabajo previo? ¿Tienes que hacerlo todo tú mismo?

Brad acababa de decirle que tampoco podía salir con ella aquella noche. La noche anterior estuvo en el despacho hasta las dos de la madrugada; era una escapatoria para él, una escapatoria que le gustaba.

—No puedo dejar este tipo de trabajo en manos de otra persona, Pam, y tú lo sabes.

—¿Por qué no? Yo lo hago. Yo también voy a los juzgados. Mis pasantes y mi ayudante hacen la mitad del trabajo.

—Tú no intentas defender a unos chicos acusados de homicidio. Es muy distinto. Aquí hay vidas en juego.

—Mira, pues tienes razón, Brad; la nuestra. Estoy más que harta de que nunca estés disponible.

Se la veía furiosa, mientras andaba arriba y abajo, frente a él, vestida con un traje de noche azul con lentejuelas. Estaba muy guapa, con un aspecto majestuoso. Su mirada habría asustado a la mayoría de hombres, pero no a Brad, quien estaba acostumbrado a ella y a sus rabietas. Ya no le impresionaban como antes, aunque, a veces, eran de temer.

—Pensaba que ya hacía tiempo que habíamos llegado a un acuerdo sobre esto —replicó él, con aire exasperado.

—Dijiste que vendrías, por lo menos, a algunos actos, si eran importantes para mí.

—Pero no si estoy preparando un juicio. No puedo. Es así de sencillo.

Se negaba a dejarse intimidar por ella. Pam llevaba mucho tiempo haciéndolo o intentándolo.

—¿Por qué diablos no? ¿Y qué hay de tu amiguita, la del corazón tierno? ¿No espera que vayas a verla, de vez en cuando?

Brad se quedó estupefacto por lo que ella acababa de decir y la miró, frunciendo el entrecejo.

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando? —preguntó, con aire perplejo.

—Leí uno de los *e-mails* que le enviaste el otro día, diciéndole lo dulce que es y algo sobre ir a la iglesia con ella. ¿Desde cuándo te has vuelto creyente? ¿Quién es? ¿Una monja?

—Lo más importante, Pam, es quién eres tú. ¿Qué te crees que estás haciendo metiendo las narices en mi ordenador? Es algo despreciable.

—Lo dejaste encendido mientras ibas al garaje. Bueno, ¿de qué va todo esto?

—Es una amiga de la infancia. Su hermano era mi mejor amigo, Jack. Es su hermana, Faith. Y somos amigos. Solo eso. No te debo ninguna disculpa ni

explicación. Cené con ella en Nueva York y sí, la acompañé a la iglesia.

—¡Qué patético! ¿Te acuestas con ella? —le espetó Pam.

No hacían el amor desde hacía años y, en opinión de Brad, la razón eran escenas como esta. Además, estaba seguro de que Pam le había sido infiel varias veces, a lo largo de los años. Era lo bastante listo como para no preguntar y ya no le importaba.

—No, no me acuesto con ella, y no es asunto tuyo. Yo no te pregunto por tu vida.

Habían dejado de acostarse juntos de tácito acuerdo. La verdad es que ya no estaba enamorado de ella. Era como hacer el amor con una máquina. Pam era solo ambición y dinamismo. Al cabo de un tiempo, Brad se sentía como si estuviera haciendo el amor a un ordenador o a una mesa. Sencillamente, no podía. Prefería ser célibe que hacerle el amor a ella, aunque Pam estaba convencida de que su marido tenía aventuras. Con lo activo que había sido sexualmente con ella al principio, le resultaba inconcebible que no mantuviera relaciones sexuales desde hacía años. Era uno de los sacrificios que él hacía, de los que había hablado con Faith, aunque no le había explicado ese aspecto de su vida y no tenía intención de hacerlo. No era una cuestión apropiada para hablar de ella.

Pam parecía estupefacta por lo que él acababa de decirle. Algo en sus ojos hizo que se detuviera y se lo quedara mirando fijamente.

—¿Estás enamorado de ella?

—Claro que no. Es una amiga. Nada más. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Si no te acuestas con ella y la acompañaste a la iglesia, me apuesto lo que sea a que estás enamorado de ella, Brad.

—¿Tiene que ser una cosa o la otra? ¿No podemos ser solo amigos? Además, eso no justifica qué estabas haciendo tú con mi ordenador. Yo no miro el tuyo.

—Lo siento. Lo vi por casualidad. Tu mensaje estaba en la pantalla. —Brad se preguntó si había dicho algo desagradable de ella, aunque sospechaba que no, ya que ella no lo había mencionado—. Debe de ser bastante patética si se pasa la vida en la iglesia.

—Lo que ella sea no es de tu maldita incumbencia. Mira, volvamos a lo que importa. Tengo que trabajar. No voy a salir. Y francamente, en cualquier caso, después de esta discusión, no iría contigo a ninguna parte. Así que búscate a algún otro pobre idiota que se deje mangonear. Conoces a muchos hombres. Encuentra uno que quiera acompañarte a fiestas cada noche. Yo no lo haré.

Tras esas palabras, Brad salió de la habitación, dando un portazo y volvió a su estudio. Había ido a casa a comer algo y de paso recoger una carpeta. Se sentó a su escritorio unos minutos y se dio cuenta de que estaba temblando. Sentía que Pam había vulnerado su intimidad al leer su correo y al hablar de Faith como lo había hecho. Faith no tenía nada que ver con ella y él no había hecho nada malo. Se sentía ultrajado porque Pam lo acusara de acostarse con Faith o incluso porque pensara que estaba enamorado de ella. No era así, para ninguno de los dos. Disfrutaban del

sagrado vínculo de la amistad desde hacía casi cuarenta años, algo que Pam no podía comprender. No había nada sagrado para ella.

Volvió, furioso, al despacho media hora más tarde, con una fuerte indigestión y dolor de cabeza. Nadie en todo el planeta podía enfurecerlo como Pam. Tenía la habilidad de sacarlo de sus casillas. Era terca, poco razonable y agresiva. Si la dejaba, era capaz de pelear con él durante horas. Todavía estaba disgustado cuando llegó al despacho y decidió llamar a Faith para ver si estaba en casa.

Dio la casualidad de que Alex había salido a una comida de negocios y ella estaba sola. Se alegró y se sorprendió al oírlo, y él se calmó, de forma instantánea, en cuanto oyó su voz.

—Siento molestarte —dijo, disculpándose, y ella se dio cuenta de lo tenso que estaba.

—¿Estás bien?

Sonaba preocupada por él y Brad sonrió. Faith era todo lo que Pam no era. Era amable, sensible, prudente, considerada, generosa de espíritu y daba mucho en todos los sentidos.

—Solo estoy cansado y de mal humor —explicó—. He tenido un mal día. Y tú, ¿qué tal?

Se sentía culpable por cargarla con sus problemas, especialmente en lo relativo a Pam, pero era agradable tener un hombro donde llorar. Hacía años que no contaba con esa clase de apoyo, si es que lo había tenido alguna vez. En los dos últimos meses, ella estuvo siempre ahí, en todo momento.

—Bien. Alex y Zoe han salido, cada uno por su lado. Y yo estaba disfrutando de una tarde tranquila en casa. Estos días esto parece un motel de carretera. No paro de lavar toallas, cambiar camas y apagar velas, rezando porque no se incendie la casa. Pero es agradable tenerla en casa. Háblame de tu mal día. ¿Qué ha pasado?

—Perdí una moción en una vista esta mañana y la necesitaba para conseguir un aplazamiento en el juicio. No estoy preparado y necesito reunir más testigos o van a arruinarle la vida a ese chaval. Mi secretaria está enferma y me estoy volviendo loco. Fui a casa un rato para comer algo y me peleé con Pam. Nada grave; que se ha juntado todo.

—¿Por qué os peleasteis?

Faith siempre lo escuchaba, era buena en eso.

—Quiere que vaya a diez mil malditas fiestas. Ella va a dos o tres cada noche y yo no tengo ni el tiempo ni las ganas de hacer de príncipe consorte. Sabe que lo odio y, además, en cuanto llegamos, desaparece. Para lo único que sirvo es para que ella haga su entrada en escena. No tengo tiempo para perderlo en las malditas fiestas, Faith. Siempre tengo un juicio o estoy preparando uno. Esos chicos necesitan que lo haga bien.

—¿Dio marcha atrás? —preguntó Faith, con calma.

Brad respiró hondo y se tranquilizó. Se había puesto muy tenso, al hablarle de la

discusión con Pam.

—Al final —dijo, y luego se volvió a irritar. Dudaba en contárselo a Faith, pero no veía ninguna razón para no hacerlo. No tenía nada que ocultar—. El otro día leyó uno de mis *e-mails* y eso es algo que me saca de quicio.

—No te culpo.

Faith también odiaba esa clase de intromisión. Era una persona muy reservada y no le gustaba que sus hijas leyeran su correo, en especial si era de Brad.

—Al parecer, era uno de los que te envié a ti. Creo que era en el que te daba las gracias por el tiempo que pasaste conmigo en Nueva York. No había nada inapropiado; es solo que me puso furioso de verdad. —Brad se echó a reír—. Piensa que estoy enamorado de ti. No sabe de qué habla.

Faith sonreía mientras lo escuchaba.

—Zoe me dijo lo mismo el otro día. Mejor dicho, me lo preguntó. Quería saber si teníamos una aventura.

—¿Qué le dijiste?

—Que no. Se quedó muy decepcionada y dijo que creía que deberíamos tenerla. Que me lo merecía y que Alex se lo había buscado, por cómo me trata. Pensé que era un punto de vista interesante, viniendo de ella.

—Tiene razón. Alex no hace nada en absoluto por ti, Faith. Nunca te lleva a cenar o al cine. Parece que lo único que haga sea trabajar, dormir y quejarse... igual que yo —dijo Brad, echándose a reír ante el panorama que pintaba—. Supongo que también Pam debería tener una aventura, salvo que, en su caso, es probable que la tenga.

—¿Hablas en serio? —Faith sonaba horrorizada.

Él no le había dicho que ya no dormían juntos. Había algunas cosas de las que no hablaba, ni siquiera con Faith.

—No pregunto. Imagino que ya no es asunto mío.

Brad no quería ahondar más en el tema, pero Faith comprendió y se quedó sorprendida. No parecía la clase de hombre para renunciar a eso, pero nunca se sabe qué pasa en la intimidad de las personas.

—En cualquier caso, lo que yo haga no es asunto suyo. Y no quiero que te ponga en entredicho. —Se sentía protector hacia Faith y no le habló del comentario de Pam sobre la visita a la iglesia. Estaba seguro de que se ofendería y con razón—. Siento llamarte para quejarme, Fred. Como te he dicho, es que estoy cansado. Ella me ha puesto furioso, de verdad.

Era agradable tener a alguien con quien desahogarse. Hablaron durante un rato, antes de que él volviera a sus preparativos para el juicio. A ella le alegró haber hablado con él, que pudiera dar rienda suelta a su indignación. Como siempre, los dos se sentían mejor cuando colgaron. Ella subió a tomar un baño y prepararse para la noche. Él se quedó sentado unos minutos, con la mirada perdida y pensando en ella.

Le parecía extraño que Pam lo acusara de acostarse con Faith y Zoe le preguntara lo mismo a su madre. Y todavía más extraño que los dos insinuaran que estaban

enamorados. Como le había dicho a Pam, ni siquiera se lo planteaban, ninguno de los dos. Lo único que habían sido siempre era amigos, desde el principio. El hecho de que él disfrutara de su compañía no cambiaba nada. En esos momentos, ella era en su vida lo mismo que había sido de niña, cuando la ayudaba a trepar a los árboles y le pintaba las trenzas de verde. ¿O no? De repente, pensó en lo mucho que Faith significaba para él y cuánto había llegado a depender de ella en los dos últimos meses. Al pensarlo, le vino a la mente la imagen de ella patinando, a su lado, en el Rockefeller Center y encendiendo una vela en el altar de san Judas en la catedral de San Patricio... nunca había visto un rostro más hermoso en su vida. Estaba llena de luz mientras permanecía allí, rezando. De repente se preguntó si Pam tenía razón... y si no la tenía, quizá debería tenerla. Luego, con una sonrisa cansada, hizo un gesto negativo con la cabeza. Estaba imaginando cosas. No estaba enamorado de ella. Por bella que fuera de niña, o en el presente; era su amiga, nada más.

En Nueva York, Faith estaba pensando lo mismo, sentada en la bañera, haciéndose las mismas preguntas. Llegó a la misma conclusión que Brad. Las dos eran tontas, Pam y Zoe. Ella y Brad no estaban enamorados, se dijo a sí misma. Eran amigos; más aún, como hermanos. Era lo único que querían, lo único que necesitaban el uno del otro. Solo amistad. Además, si hubiera sido algo más, lo habría estropeado todo. Y eso era algo que Faith quería evitar a toda costa.

A la mañana siguiente de la pelea con Pam, Brad se dirigía al trabajo, cuando pasó por delante de la catedral de Santa María en Gough y se le ocurrió una idea. Tenía una entrevista a las nueve y no podía detenerse, así que, al llegar al despacho, le dio una nota a su secretaria y ella prometió buscarle la información que quería. Una hora más tarde, cuando él estaba hablando por teléfono con el despacho del fiscal del distrito, le pasó un papel con una dirección escrita. Brad le hizo un gesto de agradecimiento, asintiendo con la cabeza. Salió a hacer el recado a las once. Tardó más de lo que pensaba, pero estaba de vuelta a la una.

Escribió una nota para Faith, la metió en la caja que tenía encima de la mesa y le pidió a su secretaria que la enviara a Nueva York, por *Federal Express*. Por lo menos, tenía un regalo hecho. Lo único que ya le quedaba pendiente era pasar por Tiffany y encargarse del resto y pensaba hacerlo al día siguiente por la tarde.

Los planes de Navidad de Faith y su familia eran muy tradicionales. En Nochebuena, tomaban una cena informal juntos. Faith iba a misa del gallo sola o con Zoe, si lograba convencerla, y cenaban con más solemnidad al día siguiente, la noche de Navidad. Abrían los regalos el día de Navidad, por la mañana, y pasaban la jornada en casa. Era más emocionante cuando sus hijas eran pequeñas, pero seguía siendo un día importante para todos ellos.

Hablaron con Ellie, que llamó desde Suiza, el día de Nochebuena por la mañana. Para ella, era hora de cenar y parecía emocionada cuando los oyó a todos por teléfono. Era la primera vez que pasaba las navidades lejos de casa y le resultaba más difícil de lo que había pensado, aunque todo el mundo era maravilloso con ella en Saint Moritz.

—Te echamos de menos, cariño —dijo Faith, cuando le tocó hablar con ella.

—¿Por qué no vienes a Londres después de Año Nuevo, mamá? —pidió Eloise, y sonaba muy joven y añorada de su familia.

—No puedo, tesoro. Empiezo las clases. Tendré que esperar a tener unos días libres. O quizá tú puedas venir para un fin de semana largo.

—No sabía que ya te habías decidido.

Sonaba desilusionada, lo cual confirmaba las objeciones de Alex a sus planes, cuando decía que afectarían a la relación de ella con él y con su familia. No había habido tiempo de decírselo desde que se matriculó. Su última conversación había tratado de su viaje a Suiza, con Geoff y su familia, para las vacaciones, y Faith había olvidado sus propias noticias.

—Empiezo las clases dentro de dos semanas —la informó Faith, esperando que la felicitara, pero Ellie parecía disgustada.

—No está bien que le hagas eso a papá.

Tenía un tono reprobador y a Faith le dolieron sus palabras. Además, era difícil hablar de ello, con Alex junto a ella oyendo la conversación. Sabía que Zoe se disgustaría por la reacción de su hermana. No era una postura muy generosa hacia Faith.

—Ya hemos hablado de ello y me parece que lo acepta —dijo Faith, con calma. No quería que la Navidad se estropeará por sus planes como sucedió con Acción de Gracias y quería dejar aquel asunto lo antes posible—. Pero lo más importante, dime, ¿cómo estás, cariño? ¿Lo estás pasando bien?

—Os echo mucho de menos a todos. Todo esto está bien, pero os añoro. Más de lo que creía. Esta noche, vamos a una gran fiesta y luego iremos a bajar en tobogán. Da un poco de miedo, pero parece divertido.

—Ten cuidado —le advirtió su madre—. ¡No hagas ninguna tontería!

Se preocupaba por ella, casi tanto como cuando era niña. Por mayores que fueran, seguía sintiéndose responsable de ellas. Le pasó el teléfono a Zoe y las dos hermanas hablaron mucho rato. Faith estaba aliviada de que parecieran haber hecho las paces. Zoe dijo varias veces que la echaba en falta. Alex fue el último en hablar con ella y tenía muy poco que decirle, pero era evidente por su tono de voz y por sus palabras que se sentía muy unido a ella. Cuando, finalmente, colgó el teléfono, fue un momento agri dulce para todos.

—Es tan extraño no tenerla aquí... —dijo Zoe, con cara triste. Y luego se volvió hacia su madre—. ¿Puedo ir a Londres a verla, cuando tenga unos días de fiesta?

—Sería maravilloso —respondió Faith, sonriendo a su hija menor—. Y si yo tengo días libres entonces, iré contigo. Si no, puedes ir sola y yo iré cuando pueda.

—Es ridículo que hables de «días libres», Faith. Tendrías que poder ir a ver a tu hija siempre que quisieras. A eso exactamente es a lo que yo me refería —dijo Alex y luego se fue.

Faith no le respondió. Solo esperaba poder hacer los malabarismos necesarios para compaginar su vida familiar y su programa de estudios. Iba a ser un reto para ella.

Los tres cenaron juntos, como habían planeado. Faith preparó pato, según una receta que le había dado una amiga. Fue una cena deliciosa y, luego, Zoe se marchó. Alex se entretuvo un poco en la mesa e hizo algún intento por hablar con Faith, pero ninguno de los dos tenía mucho que decir. La comunicación entre ellos estaba debilitada desde hacía tanto tiempo que era difícil restablecerla a voluntad.

—¿Vas a ir a la iglesia esta noche? —preguntó Alex, de improviso, mientras Faith apagaba las velas y empezaba a recogerlo todo.

—Pensaba ir a la misa del gallo. —Igual que hacía siempre—. ¿Te gustaría venir? Nunca la acompañaba, pero ella siempre se lo preguntaba.

Zoe había dicho que se reuniría con ella en la iglesia, si podía, y Faith no insistió. Iba a ir a San Ignacio, en Park Avenue.

—No, gracias —dijo Alex, declinando su ofrecimiento, y se fue arriba a leer.

Incluso en Nochebuena, no había apenas chispa entre ellos.

Faith estaba matando el tiempo en su estudio, a las once, preparándose para ir a la iglesia, cuando sonó el teléfono y se quedó sorprendida al oír a Brad. Para él eran las ocho.

—Feliz Navidad, Fred.

Su voz era amistosa y cálida, pero a ella le pareció que también un poco triste. Eran días difíciles para todos, días para recordar tiempos mejores, las esperanzas y todos los sueños perdidos.

—Gracias, Brad. Igualmente.

—¿Has recibido mi regalo?

Hacía días que no hablaban y sus *e-mails* eran cortos y rápidos. Eran días de mucho trabajo para los dos.

—Sí —dijo Faith sonriendo. Era una caja de pequeño tamaño envuelta en papel navideño. La tenía encima del escritorio. Había llegado en un paquete de *Federal Express* y la guardaba para abrirla el día de Navidad. Ella le había enviado una colección de libros de derecho, antiguos, bellamente encuadernados en piel—. Lo tengo aquí delante. Lo guardo para mañana.

—Por eso te llamo —dijo él con voz satisfecha—. Quería asegurarme de que lo abrieras esta noche.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿Por qué no lo abres ahora?

Parecía impaciente y ella se echó a reír.

—Me encantan los regalos. Es divertido. ¿Has recibido el mío? —preguntó Faith mientras quitaba el papel con cuidado y se quedaba mirando la pequeña caja blanca plana.

No podía imaginar qué había dentro. Nada en la caja delataba su contenido.

—Yo también lo reservo para mañana, pero quería que tuvieras el tuyo esta noche. Venga, adelante, ábrelo, Fred.

Ella levantó la tapa con cuidado y dio un grito ahogado de sorpresa. Era un hermoso rosario, con cuentas antiguas, que Brad había comprado en una tienda de objetos religiosos. Las avemarias eran bellos cuarzos citrinos y los padrenuestros y el crucifijo del extremo eran esmeraldas en cabujón y había unos rubíes diminutos en las puntas de la cruz. Parecía que lo hubieran usado y atesorado durante mucho tiempo. Nunca había visto nada tan bello. Él estaba contento con su adquisición y esperaba que significara mucho para ella.

—La dependienta me aseguró que era italiano y que tenía alrededor de cien años. Dijo que estaba bendecido. Quería que lo tuvieras esta noche, en la iglesia, Fred —dijo Brad en voz baja y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Le costaba mucho hablar—. ¿Fred...? ¿Fred...? ¿Estás ahí?

—No sé qué decir. Es la cosa más preciosa que he visto nunca. Gracias de todo corazón. Lo usaré esta noche. Rezaré un rosario por ti —repuso Faith sonriendo.

Había algo maravillosamente clásico en ella, pese a su aspecto. Tenía unos valores sólidos, pasión por su familia y un profundo respeto por su Iglesia. Al crecer, había llegado a ser incluso mejor de lo que él pensaba—. También encenderé una vela por ti. Y por Jack.

—Puede que yo encienda otra por ti.

—¿Vas a ir a la iglesia? —preguntó, sorprendida.

No lo hubiera pensado nunca.

—Tal vez vaya. No tengo nada más que hacer. Vamos a cenar con unos amigos, dentro de un rato, y el padre de Pam está aquí, pero hacia las once habremos acabado. Se me ocurrió que sería bonito ir. —Pensaba en ir a San Domingo, una hermosa iglesia gótica, con una capilla dedicada a san Judas, que sabía que era el santo favorito de Faith—. Hay una iglesia cerca, con una capilla de san Judas. Si voy, encenderé una vela por ti.

—No puedo creer que me hayas enviado esto —dijo Faith, mirando el rosario de nuevo.

Al sostenerlo en las manos, tenía un tacto suave, y todos los engarces eran de oro. Había una pequeña bolsa de satén, para guardarlo y protegerlo cuando lo llevara en el bolso. Nunca había visto un rosario tan bonito en su vida.

—Supongo que ahora podré reemplazar mi viejo rosario de madera —comentó Faith.

Aquel regalo significaba muchísimo para ella.

Hablaron unos minutos más. Brad solo había podido dejar un mensaje para sus hijos. No había línea directa en la reserva donde vivían. Estaba claro que ellos no habían conseguido establecer comunicación en la oficina de correos, porque no habían llamado a casa. Eso hacía que las fiestas fueran todavía más difíciles para él, por no hablar de la tensión existente entre Pam y él. Se sentía como un extraño en su casa. Como siempre, Pam había invitado a cenar a gente que él apenas conocía, y su padre tenía la costumbre de monopolizar la conversación y hacer que todo girara en torno a él.

—Me alegro de que no tengas que trabajar esta noche —dijo Faith, con el rosario en la mano. Hacía que se sintiera más cerca de él.

—He pensado que era mejor que me quedara en casa y me apuntara algunos tantos antes que empezar una guerra sin cuartel. —No tenía sentido hacerlo y Faith estuvo de acuerdo. Sabía que, al día siguiente, tenían una cena con muchos invitados, de nuevo de etiqueta—. Creo que, en su otra vida, Pam debió de estar casada con un concertista o quizá con un director de orquesta. Siempre quiere que todo el mundo vaya de esmoquin o de frac. No es exactamente mi ambiente favorito. —Era más feliz con pantalones de pana, un jersey de cuello vuelto y botas cómodas, aunque tenía un aspecto muy apuesto con traje, como ella había comprobado en Nueva York—. Pensaré en ti esta noche, cuando estés en la iglesia.

—Tendré tu precioso rosario en las manos todo el tiempo y pensaré en ti.

El cálido vínculo entre ellos apenas necesitaba palabras.

Unos minutos después, Faith miró la hora y le dijo que tenía que salir para la iglesia o, de lo contrario, no conseguiría un asiento. La misa del gallo era muy popular y la iglesia solía llenarse por completo. Además, sabía que, de todos modos, Brad tenía que reunirse con su familia para cenar.

—Gracias de nuevo por tu precioso regalo. No dudo que no tendré otro mejor.

—Feliz Navidad, Fred... Me alegro de que te guste. Gracias por todo lo que me has dado en estos dos últimos meses. Has sido el mejor de todos los regalos.

—Tú también —dijo ella, en voz queda.

Un momento después colgaron.

Subió a decirle adiós a Alex, pero estaba dormido, en un sillón, con un libro entre las manos. Unos minutos más tarde, salía a la calle, con su abrigo rojo, y paraba un taxi.

En San Francisco, Brad hizo un esfuerzo por hablar con todo el mundo. Vestía pantalones y un *blazer*, igual que su suegro. Nochebuena era siempre informal en su casa, aunque todos los hombres llevaban corbata. Pam llevaba un conjunto rojo de seda y sandalias doradas de tacón alto. Tenía un aspecto alegre y estaba guapa y escultural. Era una mujer atractiva, pero cada vez que Brad la miraba veía en quién se había convertido. Era más insensible, y fuerte de que lo él nunca había pensado. Le había comprado un fino collar de oro y diamantes con un brazalete y anillo a juego y sabía que era la clase de regalo que se pondría mucho. Sin embargo, estaba mucho más entusiasmado con el rosario que le había enviado a Faith. Significaba más para él. Y para ella.

Cuando empezó la misa en Nueva York, ellos estaban sentados a la mesa. Tomaban una cena inglesa tradicional, con rosbif y pudín de Yorkshire, budín de ciruelas y mantequilla de *brandy* para postre. Pero él estaba distraído cuando empezaron a cenar y su suegro brindó por todos con vino del valle de Napa. Solo podía pensar en Faith, arrodillada en la iglesia, como lo había estado en San Patricio cuando fueron juntos.

—Esta noche parece estar en otro sitio —dijo Pam, cuando finalmente se levantaron de la mesa—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estaba pensando en un caso —respondió Brad, con aire distraído.

Ella lo miró a los ojos.

—¿En un caso o en tu amiga de Nueva York? —Lo conocía mejor de lo que él pensaba—. ¿Le has enviado un *e-mail* esta noche? —inquirió.

Parecía una cazadora acosando a su presa. Él negó con la cabeza. No le había enviado un *e-mail*, la había llamado por teléfono.

—No le des más importancia de la que tiene, Pam. No se trata de lo que crees. Faith es una vieja amiga.

—Te conozco demasiado bien. Eres un romántico empedernido, Brad. Es justo el tipo de cosa por la que te volverías loco, en especial si se trata de un amor sin esperanza.

—No digas tonterías —replicó Brad, tratando de sacársela de encima, pero lo que decía parecía cierto.

Cuando la conoció a ella, muchos años atrás, era romántico hasta la médula, pero Pam se había encargado de acabar con aquello, ya hacía tiempo, o eso pensaba él. No creía lo que ella decía sobre sus sentimientos por Faith. Era demasiado sagaz para hacerlo. Pam solo se estaba mostrando posesiva, defendiendo su territorio. Quería dejar claro que todavía era suyo, aunque ya no estuvieran enamorados el uno del otro.

Sus invitados se fueron alrededor de las once y al padre de Pam lo recogió un coche con chófer. Ya no le gustaba conducir de noche. Mientras subían a las habitaciones, Brad miró la hora que era.

—¿Tienes una cita amorosa? —le preguntó ella, bromeando.

Estaba muy encima de él, aunque él la había visto coquetear con varios hombres aquella noche. No vacilaba en hacerlo, aunque él estuviera presente; incluso los besaba en la boca. Hacía lo que le apetecía, independientemente de lo que luego le dijera sobre Faith.

—En realidad —respondió él, sin darle importancia—, estaba pensando en ir a la iglesia.

—¡Dios santo! No es que tengas una amante, es que has perdido la cabeza. ¿Para qué diablos quieres hacer algo así?

—Me parece que no es nada malo —dijo él con calma, esforzándose para que sus palabras no le irritaran.

—Si te vuelves religioso, Brad, pediré el divorcio. Otra mujer puedo aceptarlo, pero que seas un bicho raro creyente, eso no. Sería demasiado, de verdad.

Brad tuvo que sonreír para sus adentros, preguntándose qué pensaría Pam si supiera que le había enviado un rosario a Faith. Eso era lo más religioso a lo que llegaba, pero sabía lo valioso que sería para ella y le entusiasmaba pensar que había acertado.

—Es una bonita tradición y echo de menos a los chicos —comentó Brad con franqueza.

Se sentía muy solo durante aquellas fiestas. Sus hijos eran sus únicos aliados dentro de su casa. La cena con el padre y los amigos de Pam le había resultado desagradable, pero se había portado como es debido; siempre lo hacía.

—Yo también los echo en falta, pero no me voy corriendo a la iglesia. Debe de haber otras maneras de hacerle frente —dijo ella, quitándose los zapatos de una patada y dejando caer los pendientes en la mesilla de noche.

—Sobre gustos no hay nada escrito, supongo —replicó Brad. Acto seguido, salió del dormitorio y bajó la escalera. No necesitaba su aprobación para ir a la iglesia—. Volveré dentro de una hora —gritó mientras se ponía el abrigo.

Pam salió de la habitación descalza y a medio desvestir, sonriendo.

—Avísame con tiempo, si piensas hacerte cura.

—No te preocupes, lo haré. —Le sonrió desde abajo—. Todavía no hay peligro. Solo es la misa de Nochebuena. Me parece que estoy a salvo. Por cierto, feliz Navidad.

Se quedó mirándola un rato, con tristeza, deseando sentir algo más por ella, pero hacía tiempo que no era así, como tampoco lo era para ella.

—Gracias, Brad. Igualmente —dijo, y volvió al dormitorio.

Brad sacó el *jeep* del garaje y condujo hasta San Domingo en la esquina de Steiner y Bush. Era una iglesia gótica, antigua, grande y hermosa y, mientras subía las escaleras, vio un grupo de pinos altos a ambos lados del altar e hileras de poinsetias. La iglesia estaba iluminada, principalmente, con velas. La capilla de san Judas estaba a la derecha y también allí había velas. Decidió ir primero a la capilla y encender velas por Faith y Jack. Luego se arrodilló un momento, pensando en ella y en su viejo amigo. No sabía qué oraciones rezar, ni siquiera cómo hacerlo. Se limitó a pensar en ellos y desearles lo mejor. Estaba agradecido a que alguna fuerza invisible hubiera devuelto a Faith a su vida.

Se sentó en un banco en la parte de atrás de la iglesia y quedó impresionado por la belleza, la pompa y ceremonia de la misa de medianoche. Cuando, hacia el final, cantaron *Noche silenciosa*, tenía las mejillas bañadas en lágrimas. No estaba seguro de por qué ni por quién lloraba; ni siquiera del motivo de esas lágrimas. Lo único que sabía era que estaba profundamente conmovido. Cuando volvió a casa, se sentía más ligero que en muchos años. Tenía una sensación de paz, gozo y sosiego. Mientras conducía de vuelta a casa, sonreía y, durante unos instantes, sintió como si Jack estuviera en el coche, a su lado.

El día de Navidad por la mañana, Faith, Zoe y Alex se dieron los regalos. Zoe le había comprado a su madre una soberbia mochila de piel y una larga bufanda de lana para ir a la universidad y que pareciera una estudiante más. Alex le había comprado un bonito brazalete de oro de Cartier. Ella le regaló un traje nuevo y algunas camisas y corbatas. Para Zoe tenía unos diminutos pendientes de diamantes. Todos sus regalos fueron un gran éxito. La comida de Navidad transcurrió tranquila y sin incidentes, aunque todos reconocieron que echaban en falta a Eloise. Faith había preparado pavo, con su famoso relleno, que a todos les encantaba, pero se resintieron por la ausencia de Eloise. Intentaron hablar con ella, pero no estaba cuando llamaron y, al final del día, Faith se sentía un poco triste. No le gustaba la idea de que su familia se iba reduciendo, ni siquiera por un año, aunque Eloise había prometido que estaría en casa para las fiestas navideñas del año siguiente.

Brad la llamó justo después de que acabaran de comer para agradecerle su magnífico regalo. Contestó el teléfono en la cocina, mientras recogía. Alex y Zoe estaban en el salón, tomando café, charlando y admirando el árbol. Era un raro momento de distensión entre ellos y Faith se sentía aliviada. Al sonar el teléfono pensó que quizá fuera Eloise y se sorprendió al oír a Brad.

—Gracias por tus maravillosos libros. Son increíbles. Van a ser lo más espléndido de mi despacho, Fred.

Al desenvolverlos, se sintió muy satisfecho de ellos y muy emocionado. Además, había tenido cuidado de abrir el paquete cuando estaba solo, para evitar los comentarios sarcásticos de Pam.

—No son tan hermosos como mi rosario —repuso ella, feliz.

Había sido difícil encontrar el regalo adecuado para él. No quería enviarle algo demasiado personal y todo lo demás que veía no parecía adecuado. Los libros daban el tono justo. Eran especiales y valiosos, pero no demasiado íntimos, casi como un símbolo de lo que existía entre ellos, aunque se conocían desde hacía tanto tiempo como para que Faith pudiera permitirse ser atrevida, si quería, pero pensó que era mejor no optar por eso.

—Fui a la iglesia anoche —le comentó él—. A San Domingo, y encendí velas por ti y por Jack en el altar de san Judas. Es tu santo, ¿no?

—Así es —confirmó Faith sonriendo—. Qué gesto tan bonito el tuyo. ¿Con quién fuiste?

Le había dicho que Pam era atea y no creía que ella lo hubiera acompañado.

—Fui solo. ¿Y tú? —preguntó Brad, pero la verdad es que tenía la impresión de que hubiera ido con ella y con Jack. Había sentido su presencia junto a él durante toda la misa.

—Zoe se reunió conmigo en la iglesia. Estuvo bien, las dos solas. Después volvimos a casa a pie y se puso a nevar; la Nochebuena perfecta.

—¿Qué tal la comida de Navidad?

—Bien. Un poco solos, los tres. Estaré más contenta cuando Ellie esté en casa el año que viene. ¿Y tú?

—Todo el estado de California viene a cenar, de etiqueta, dentro de dos horas. No puedo controlar la impaciencia. Es tan íntimo y lleno de sentido... De verdad, conmueve el corazón ver a cien casi extraños pateando la sala de estar, engullendo entremeses y tragando champán. Recuerda, ese es, realmente, el auténtico sentido de la Navidad. Es una lástima que no estés aquí. —Faith se echó a reír ante aquella descripción. Ni siquiera podía imaginarlo. Aunque su Navidad había sido muy tranquila, la de él parecía peor—. Pam tiene una habilidad especial para crear reuniones íntimas que hacen que la gente se sienta especial por estar en ellas —añadió él bromeando, con el deseo de poder estar con Faith, aunque hubiera sido ciertamente difícil de explicar, incluso a ella.

—Tal vez podrías ceder y pasarlo bien, sin esperar demasiado —aconsejó Faith, procurando ayudar.

—Eso es lo que hago, en cierto modo. Eso, acompañado de una gran cantidad de vino blanco. Estas reuniones son un poco difíciles de sobrellevar, si no bebes. — Cuando cenaron juntos, Faith observó que él bebía muy poco, así que apenas podía imaginarlo ebrio, aunque fuera para distraerse—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Irme a la cama.

—¡Qué suerte! Te llamaré mañana o te enviaré un *e-mail*.

Él volvía a trabajar al día siguiente y se alegraba de hacerlo. Ya había tenido bastante de fiestas que, sin sus hijos, no significaban nada para él.

—Feliz Navidad, Brad. Que lo pases bien esta noche. A lo mejor, tienes una agradable sorpresa.

—A lo mejor —dijo, vagamente, pensando en ella.

Colgaron y ella continuó limpiando la cocina. Cuando estaba acabando, llegó Zoe y le pidió algo de dinero para ir al cine con sus amigas.

—Coge lo que necesites del monedero —dijo Faith, mientras se secaba las manos y se quitaba el delantal que se había puesto sobre el vestido negro de seda, adornado con un collar de perlas.

Se había recogido el pelo en un moño a la francesa y, cuando se peinaba así, se parecía a Grace Kelly de joven. Señaló hacia el bolso que había dejado en una de las sillas de la cocina la noche antes, cuando volvió de la iglesia. Zoe hurgó en el interior durante un momento y luego la miró.

—¿Qué es esto?

Tenía en la mano el rosario de Brad. Se había salido de la bolsita de satén y estaba suelto en el bolso.

—Es un rosario —le aclaró Faith, sin darle importancia.

Lo había tenido entre las manos la noche antes, pero Zoe no se había dado cuenta.

—No te lo había visto nunca. ¿De dónde lo has sacado, mamá?

Zoe sentía curiosidad, como si tuviera un sexto sentido.

—Es el regalo de Navidad de un amigo.

—¿Un amigo? —Zoe hizo una mueca. Le sonaba raro y entonces lo entendió—. Ay, Dios mío, no me digas que ese amigo tuyo de la infancia te ha enviado un rosario, mamá.

—No es exactamente un regalo escandaloso. A mí me parece muy respetable.

—Claro, siempre que él esté enamorado de ti. A nadie más se le ocurriría enviarte algo que significara tanto para ti... además, parece caro.

—Es antiguo y tú tienes una mente retorcida. El pobre ha tratado de enviarme algo religioso y respetable y absolutamente apropiado para Navidad y tú vas y lo interpretas como una señal de que está enamorado de mí. Te quiero mucho, Zoe, pero estás mal de la cabeza —dijo Faith, sonriéndole con aire inocente.

—No es verdad. Tengo razón. Ya lo verás. En realidad es un regalo muy guay.

Zoe parecía impresionada.

—Sí que lo es, pero ¿crees que podrías cambiar tu manera de ver las cosas para aceptar la idea de que soy una mujer casada, que quiero a tu padre y que no hay nadie más enamorado de mí? Podría ser un cambio muy saludable.

—Tal vez, pero no sería verdad. Ese hombre está loco por ti, mamá. Mira esto, son esmeraldas y rubíes lo que hay en el rosario, aunque sean pequeños. Debe de ser un tío muy guay.

—Lo es, y un buen amigo. Espero que lo conozcas algún día.

—Yo también —dijo Zoe, y volvió a meter el rosario en el bolso de su madre. Luego cogió veinte dólares para ir al cine con sus amigos.

—Mañana cobraré un cheque y te daré algo más de dinero. Por cierto —dijo yendo hasta su hija y abrazándola—, me encanta mi mochila y mi bufanda. Voy a ser la chica más guay de la escuela.

—Es que lo eres, mamá. Todos los chicos se van a enamorar de ti.

Faith puso los ojos en blanco.

—Estás obsesionada.

La idea de que Brad se enamorara de ella le parecía tonta y, en cierto modo, ofensiva. Era como si rebajara el regalo de su amistad, quitándole parte del valor que tenía, y era muy importante para ella. No tenía la sensación de que él estuviera enamorado de ella ni ella de él. Eran solo amigos, muy muy buenos amigos, tanto si Zoe lo creía como si no.

Zoe se marchó unos minutos después y Faith fue a sentarse con Alex cerca del árbol. Él estaba tomando un oporto y relajándose, absorto en sus pensamientos.

—Gracias por una cena estupenda —le dijo a Faith, generosamente.

—Gracias por un precioso brazalete —le correspondió ella, besándolo en la mejilla, pero, como siempre, él no le devolvió el gesto. Para él, las muestras de afecto pertenecían a la cama, a la hora debida y a ningún otro sitio. En la vida cotidiana, hacían que se sintiera violento. Además, tampoco se producían ya en la cama con

demasiada frecuencia.

—Me alegro de que te gustara —comentó, con aspecto complacido—. Me gusta mi traje, las camisas y las corbatas. Tienes un buen gusto extraordinario. Siempre eliges cosas mejores de las que elegiría yo mismo.

Era un bonito cumplido y pasaron un tiempo agradable junto al fuego. Él le dijo que había tenido una charla distendida con Zoe antes de que se fuera, algo que los dos sabían que no era frecuente.

Alex y Faith pasaron una velada sorprendentemente placentera juntos y, al cabo de un rato, se fueron a la cama. No había sido una Navidad apasionante para ninguno de ellos, pero sí tranquila. Vieron la televisión un rato y Alex había estado pensando en hacerle el amor, pero se quedó dormido delante del aparato y ella sonrió al mirarlo. Tenían una vida tan extraña... No eran viejos, ninguno de los dos, pero llevaban una vida de ancianos. A veces, ella se sentía como si toda su vida hubiera quedado atrás y no le quedara nada por delante.

Era la misma sensación que tenía Brad cuando se fue a dormir aquella noche. Había sido una noche agotadora, haciendo de anfitrión para cien personas que no le importaban lo más mínimo y actuando como consorte de Pam, en su constante ambición y empeño sociales. No podía ni siquiera imaginarse cómo sería pasar el resto de su vida haciendo lo mismo y, sin embargo, sabía que lo haría. Era lo que había firmado veinticinco años antes y mantendría sus promesas, pero vivir de aquella manera era más difícil y deprimente de lo que nunca hubiera creído.

Faith hizo la temida prueba de admisión para la facultad de derecho en la semana entre Navidad y Año Nuevo. Fue tan difícil como sospechaba y no tenía ni idea de cómo le había ido. Notaba un fuerte nudo en el estómago y temía haberlo hecho pésimamente. Brad trató de tranquilizarla cuando lo llamó después. Era la única persona que sabía que se había presentado al LSAT. Ni siquiera a Zoe le dijo adónde iba. Pero, por lo menos, ya estaba hecho. Otro obstáculo salvado. A partir de entonces lo único que podía hacer era esperar haber alcanzado una buena nota.

Zoe se marchó a Brown el día de Año Nuevo. Las clases en la universidad empezaban al día siguiente y detestaba tener que marcharse. Lo había pasado muy bien con sus amigos durante las vacaciones y siempre odiaba separarse de su madre.

Faith tenía razones para estar nerviosa. Al día siguiente empezaba las clases. Alex se mantenía en un doloroso silencio desde que Zoe se fue y Faith sabía por qué. Seguía molesto con ella por volver a estudiar.

Zoe le había hecho muchas alharacas antes de irse y Faith tenía su mochila y el material para las clases preparado para el día siguiente. Estaba todo en su estudio, listo encima de una silla. Bajó de nuevo a comprobar que lo tenía todo antes de irse a dormir. No había estado tan nerviosa desde que era niña.

Recibió un *e-mail* de Brad, deseándole buena suerte y diciéndole lo fabulosamente que lo iba a hacer. Ella no se sentía tan segura de eso, pero sí que estaba entusiasmada por volver a estudiar. Sabía que sería difícil, pero por fin iba a hacer lo que quería.

Se levantó al amanecer y a las ocho ya estaba vestida. Preparó el desayuno para Alex, que se marchó a las ocho y media, como siempre, sin decirle ni una palabra. Quería asegurarse de que ella supiera que seguía desaprobando su decisión. No era ningún secreto para ella ni para nadie de la casa. Se limitó a dirigirle una mirada fulminante y cerrar la puerta.

Faith se preparó otra taza de café, sin dejar de mirar la hora. Saldría a las nueve e iría en taxi hasta el centro. La clase no empezaba hasta las nueve y media. Justo cuando estaba cogiendo la mochila, preparándose para salir, el ordenador le avisó de que tenía un mensaje nuevo. Pulsó el icono para leerlo y se sorprendió al ver que era Brad. Para él no eran ni siquiera las seis de la mañana.

¡Que juegues mucho en el recreo y pases un buen día! Pórtate bien y llámame cuando vuelvas a casa. Un abrazo, Brad.

Era todo un detalle por su parte. Pulsó «responder» y dejó la mochila otra vez en la silla.

Gracias. ¡Has madrugado mucho! Espero que no haya sido solo por mí. Te llamaré... Reza para que los otros niños no sean malos conmigo. Tengo miedo, pero también muchas ganas de empezar. Que pases un buen día. Un abrazo, Fred.

Era Zoe quien siempre tenía miedo de que los otros niños fueran desagradables con ella en la escuela, aunque nunca ocurrió. Faith tenía más miedo de no hacerlo bien en las clases que iba a seguir. Había pasado mucho tiempo desde que dejó la escuela.

Se apresuró a marcharse y cogió un taxi hasta la universidad. Al llegar, era todo bastante confuso, pero llevaba unos folletos informativos que le decían qué tenía que hacer y dónde tenía que ir. Eran muy claros y precisos y encontró su primera aula con una facilidad sorprendente. La asignatura era aún mejor de lo que pensaba. Se llamaba «El proceso judicial». El tema era fascinante y el profesor, una mujer, interesante y estimulante. Cuando pararon para desayunar se sentía llena de entusiasmo. Por la tarde, tuvo otra clase, de derecho constitucional. Tenía clases dos días a la semana. Sabía que la ayudaría para la facultad de derecho en otoño. Además, la primera asignatura le había parecido fabulosa.

Cuando por la tarde volvió a casa, estaba agotada, pero había sido el día más interesante que había pasado desde hacía años. La profesora de proceso judicial tenía, más o menos, la edad de Faith. Le habría encantado quedarse para hablar con ella, pero le daba vergüenza y sabía que tenía que volver a casa después de la clase de derecho constitucional. Serían las cuatro para cuando llegara y no podía entretenerse en la universidad.

Entró, dejó la mochila y empezó a pensar en las tareas que les habían dado. Las dos le exigirían mucho y le llevarían tiempo. El teléfono empezó a sonar tan pronto entró. Todavía no se había quitado la chaqueta. Era Zoe.

—¿Cómo ha ido? ¿Te ha gustado, mamá?

—¡Me encanta! Es aún mejor de lo que pensaba.

Se sentía feliz y entusiasmada y Zoe, enormemente orgullosa de ella. Hablaron durante media hora y, al final, Faith dijo que tenía que dejarla. Todavía tenía que preparar la cena para Alex y no estaba segura de lo que había en el frigorífico. Pero en cuanto colgó, el teléfono volvió a sonar de nuevo. Esta vez era Brad.

—Estoy en ascuas, no puedo aguantarme más. ¿Te ha gustado? —le soltó Brad sin más preámbulo.

Faith sonrió.

—Me ha encantado. Tengo unos profesores estupendos y parece que los alumnos de mi clase son inteligentes. El tiempo pasó volando y tengo un tremendo montón de trabajo para casa, pero creo que podré con ello. —Soltó una exclamación de entusiasmo y él sonrió—. ¡De verdad, me encanta! Acabo de volver a casa.

—¡Vas a hacerlo estupendamente! —dijo él, feliz por Faith. Era exactamente lo

que deseaba para ella.

—Gracias por tu mensaje de esta mañana. —Brad no le contó que había puesto el despertador a las cinco y media para poder animarla como es debido—. Estaba muerta de miedo.

—Supuse que lo estarías. Por eso no te llamé por teléfono. No quería darte ocasión para que te desmoronaras, así que te envié el *e-mail*.

—Muy listo.

—Me alegro mucho por ti. ¿Te han puesto muchos deberes?

—Sí, pero creo que conseguiré hacerlos, siempre que no me salgan demasiados compromisos, como cenas a las que tendré que asistir con Alex. Entonces sí que será duro.

—Es una suerte que no estés casada con Pam.

Habían tenido otra fiesta por todo lo alto en Nochevieja. Faith y Alex se habían quedado en casa, viendo la televisión, y Brad dijo que los envidiaba.

—¿Y luego, qué?

—Estudiar al máximo y empezar las clases en la facultad de derecho en otoño, espero. —Alex seguía furioso, pero ella iba avanzando lenta y tenazmente y se sentía mucho más segura después de su primer día de clase—. Voy a presentar la solicitud pronto.

—¿Para qué universidad?

—Para las de Columbia, Fordham, la de Nueva York y la de Brooklyn. No tengo muchas opciones, desde el punto de vista geográfico; tiene que ser en Nueva York.

—Es una lástima que no puedas venir aquí —dijo Brad, sonriendo.

—Alex estaría entusiasmado. De verdad que le encantaría. Una esposa que vuelve a casa para las vacaciones. Aunque, a veces, me pregunto si se daría cuenta de que no estoy. A lo mejor, podría contratar a una sustitua para hacer mi trabajo.

En aquellos momentos, ese trabajo consistía principalmente en hacer la cena, el desayuno, la ocasional cena de compromiso y el mínimo de conversación posible y, de uvas a peras, hacer el amor. Apenas se podía decir que fuera un trabajo a jornada completa.

—A mí me encantaría contratar a alguien para que hiciera el mío —comentó Brad, riendo—. Un tío que fuera a todas las cenas de etiqueta y a la sesión inaugural de la temporada de ópera y de los conciertos. ¡Dios, cómo me gustaría!

Los dos se echaron a reír y Faith miró el reloj.

—Será mejor que me organice o a Alex le dará un ataque cuando llegue. A partir de este momento, todo lo que vaya mal, será por culpa de mis clases, o sea que tengo que esmerarme. Cenas perfectas, todo a su hora, comidas con invitados dignas de Julia Child y Martha Stewart. Ahora no puedo fastidiarlo.

Había pensado prepararle una cena especial, para demostrarle que podía hacerlo todo, pero ya no tenía ni el tiempo ni las ganas.

—Vas a tener mucha presión encima —observó Brad, comprensivo—. Quizá no

sea necesario que te esfuerces tanto. Al fin y al cabo, no has hecho nada terrible — dijo, con intención.

—A sus ojos, sí que lo he hecho. Te enviaré un *e-mail* más tarde. Tengo que pensar qué preparo para cenar. Y luego tengo que hacer los deberes.

—Eres una buena persona —dijo Brad, sonriendo.

—Tú también. Gracias, Brad.

Colgó a toda prisa, miró en el frigorífico y decidió ir en un momento a comprar algo que le gustara a Alex.

Cuando él llegó a casa, ya tenía en el horno lenguado relleno, estaba preparando espárragos con salsa holandesa y un estupendo arroz pilaf, según una receta de Julia Child. Además, lo sirvió todo impecablemente, sintiéndose orgullosa de sí misma por haberlo preparado en un tiempo récord. Alex no hizo ningún comentario, cenó en silencio y ni le preguntó qué tal le habían ido las clases. Faith estaba más que atónita.

—¿Te gusta el pescado? —preguntó, buscando un cumplido por su parte. Pensaba que le había salido muy bien—. Es una receta nueva.

Se sentía como la perfecta ama de casa, preparándole una cena maravillosa y consiguiendo, además, ir a clase, aunque fuera solo su primer día.

—Está bien —respondió él, inexpresivo.

—¿Qué tal la holandesa?

Faith sabía que estaba justo como a él le gustaba y los espárragos, en su punto.

—Un poco espesa —comentó Alex. Entonces ella comprendió que no había nada que hacer.

Tanto si le gustaba la cena como si no, no tenía ninguna intención de decírselo y sintió que la inundaba la rabia, como una oleada de vapor a presión. Sin embargo, no dijo nada y, después de cenar, lo recogió todo, sin volver a dirigirle la palabra. El comportamiento de Alex era muy grosero. No pensaba hacer la más mínima concesión, lo cual a ella le parecía una conducta ridícula e infantil. Puesto que ella había vuelto a estudiar, él podría aceptarlo y sacar el mejor partido. Pero, al parecer, no tenía ninguna intención de facilitarle las cosas. Cuando Alex se marchó mientras ella metía los platos en el lavavajillas, se puso furiosa. En cuanto acabó, entró como un vendaval en el estudio y cogió sus cuadernos y libros. Se quedó hasta la una de la madrugada haciendo los dos trabajos que le habían puesto. No se fue a dormir hasta acabarlos y, al final, había conseguido que se le pasara el enfado con Alex. Además, ya no le quedaba trabajo pendiente por hacer. Lo tenía todo bajo control.

Él tampoco le habló al día siguiente, durante el desayuno, y ella se irritó.

—Está bien, Alex. Hoy no tengo clase. Puedes hablarme. No es necesario que me castigues hasta mañana.

Seguía furiosa con él, más de lo que pensaba, por la forma en que la había tratado la noche antes.

—No sé de qué estás hablando, Faith. Eso que dices es ridículo.

—Lo ridículo es tu forma de actuar. Somos adultos. No te gusta que haya vuelto a

estudiar, vale. Pero trato de esforzarme para hacerte las cosas agradables. No tienes por qué adoptar esa actitud de intransigencia. Te castigas a ti tanto como a mí.

—Tú eres la responsable de esto, Faith. Ya sabes lo que opino. Si no te gusta mi reacción, puedes dejar las clases.

Era así de sencillo, según su punto de vista.

—¿Se trata de eso? ¿Chantaje? ¿No me hablarás y me amargarás la vida hasta que deje las clases? —Él no respondió y ella había levantado la voz. No era así como a él le gustaba empezar el día. Ni a ella tampoco—. Supongo que es una manera de imponer tu punto de vista. No muy madura, por decirlo suavemente. ¿No crees que podrías darme una oportunidad y ver, por lo menos, cómo van las cosas antes de empezar a castigarme? Solo he ido a clase un día. No es tan terrible, me parece a mí.

—Sí que lo es. Para empezar, no tendrías que haberte matriculado. La idea en sí es absurda de principio a fin.

—También lo es tu actitud —le espetó Faith con rabia, lo cual era raro en ella.

Estaban llevando muy mal la vuelta a sus estudios. Y cuando empezara a ir a la facultad sería peor todavía. Pero de eso se trataba. Él quería que lo dejara antes de empezar las clases en la universidad, pero ella no iba a ceder tan fácilmente. Todo lo contrario, su actitud reforzaba su resolución.

—Creo que tu conducta es deplorable —dijo Alex, con un tono glacial.

Acto seguido, cogió *The Wall Street Journal* y salió de la cocina.

No había probado el desayuno y ella tampoco. Aquello era un claro presagio de lo que serían los meses venideros.

Por la tarde, Faith envió un *e-mail* a Brad, quien le respondió por la noche. Había estado en los juzgados hasta las cinco.

Querida Fred, perdona que haya tardado tanto en contestarte. Un día largo y una pequeña victoria para uno de mis chicos. Oírte hablar de Alex me saca de mis casillas. Vive en la Edad Media. ¿Cómo es posible que se comporte así? Tendríamos que enviarlo a un campamento de entrenamiento militar con Pam. Lo haría entrar en vereda en una semana. Tendrá que tragárselo y acostumbrarse. No puedes renunciar a tu vida por él. Sería un error que lo hicieras.

¿Puedes concentrarte en estudiar con él haciendo todo lo posible para impedirlo? Tendrás que intentarlo. Haz lo que puedas. No puedes ser perfecta todo el tiempo, nadie lo es. No te exijas más de lo razonable. Pero recuerda que habrá imprevistos, exámenes y noches que no podrás poner la cena en la mesa y cumplir con todas las labores de casa. Tanto si le gusta como si no, tendrá que acostumbrarse. Si abandonas ahora, si tiras la toalla, lo lamentarás siempre. Sé que Jack te habría dicho lo mismo. Estaría entusiasmado de que volvieras a estudiar derecho. Siempre pensó que deberías hacerlo. Decía que tenías más talento natural para el derecho que él. ¿Te lo comentó alguna vez? A mí me lo dijo en muchas ocasiones, especialmente cuando los dos estábamos en la facultad y él pensaba

*constantemente que suspendería. Mantente firme, Freddy, cariño... ¡Lo conseguirás!
Un abrazo, Brad.*

Brad siempre la hacía sentir mucho mejor y le agradecía sus palabras de ánimo. Lo necesitaba con desesperación. Alex continuó amargándole la vida durante todo el mes.

Faith se las arreglaba para compaginar los deberes de clase, los exámenes parciales, el cuidado de la casa y cocinar para Alex. Zoe y Brad la ayudaban a perseverar. Era perfectamente llevadero y ella lo sabía. Podía llevar la casa y los estudios. Incluso se las había arreglado para completar sus solicitudes a la facultad de derecho. Con gran sorpresa por su parte, sus notas en el LSAT estaban entre las más altas. Confiaba que esas notas compensarían el hecho de que no había trabajado ni estudiado durante los últimos veinticinco años. Además, estaba sacando sobresaliente en los exámenes de los cursos a los que asistía.

Lo más duro era el trato glacial de Alex y el sombrío ambiente que él creaba en casa. No podía contener el resentimiento porque ella hubiera vuelto a estudiar. Todo empeoraba según pasaban las semanas. A principios de febrero, Faith tropezó con un auténtico problema. En la clase de proceso judicial anunciaron que iban a hacer un viaje de trabajo de cuatro días, a Washington. No era obligatorio, pero sí muy aconsejable y la profesora le recomendó que fuera. Después había que presentar un trabajo, para conseguir puntos extra para la nota final. Habló con Brad y Zoe de ello y los dos opinaron que tenía que ir. El problema, claro, era Alex. Faith ni siquiera se sentía con valor para decírselo. Primero quería estar completamente decidida, antes de que él la presionara para que no hiciera el viaje, lo cual sospechaba que haría.

Una semana antes del viaje finalmente lo puso al corriente de sus planes. Él se quedó en absoluto silencio mientras ella se lo explicaba, al acabar de cenar. Le había dolido el estómago durante toda la cena, esperando el momento de hablar con él. Como siempre, habían cenado sin cruzar palabra. Desde que Faith había empezado las clases, él ya no fingía mantener buenas relaciones con ella. Cada vez era más tajante en cuanto a dejarla fuera de su vida.

—Pues eso es todo —resumió Faith—. Estaré en Washington cuatro días. Puedo dejarte comidas hechas, congeladas. No sé qué planes de viaje tienes para esos días. ¿Vas a ir a algún sitio la semana que viene?

Esperaba que así fuera, de forma que su ausencia no creara una crisis. Eso lo simplificaría todo.

—No, no voy a ningún sitio —espetó Alex con rudeza, mirándola furioso, como si acabara de decirle que la habían detenido por un atraco a mano armada y que iban a meterla en la cárcel—. No puedo creerme lo que estás haciendo. Pretendes comportarte como si fueras una estudiante libre cuando tienes responsabilidades que cumplir aquí.

—Alex, sé razonable. Nuestras hijas son mayores y se han ido. Somos adultos. ¿Qué hago yo aquí? Nada. Te preparo la cena por la noche. No tengo nada más que hacer durante todo el día. Me moría de aburrimiento antes de empezar a estudiar.

Aquella farsa de Alex resultaba más ridícula cada día que pasaba. Se trataba solo de su ego y de su control sobre ella. Quería saber que podía obligarla a hacer lo que él quisiera, pero lo había llevado demasiado lejos, incluso para ella.

—Siento que estar casada conmigo te aburriera tanto, Faith.

—Yo no he dicho eso. Es solo que ya no tengo mucho que hacer. No es un secreto. Tú querías que tomara lecciones de *bridge* y clases en el museo. Lo que hago ahora tiene más sentido.

—No para mí.

—¿Qué me dices de Washington? —preguntó Faith, yendo al grano.

Él ya había dicho todo aquello antes y estaba cansada de oírlo y de estar arrodillada a sus pies, humillándose, pidiéndole perdón. Era algo pasado, si no para él, al menos para ella.

—Haz lo que quieras.

—¿Y eso qué significa?

Quería que él le dijera el precio que tendría que pagar. ¿Cómo de furioso se pondría, con cuánta severidad la castigaría? De cualquier modo, probablemente iría, estaba decidida, pero quería hacerse una idea clara de las consecuencias.

—De todos modos, harás tu voluntad, opine yo lo que opine. Así que adelante, hazlo, por tu cuenta y riesgo.

Era una amenaza apenas velada y, como de costumbre, hizo que Faith se encendiera.

—Estoy más que harta de todo esto, Alex. No he cometido ningún delito, por el amor de Dios. No te he sido infiel. No te he abandonado ni tampoco a nuestras hijas. ¿Por qué diablos tienes que actuar como si lo hubiera hecho?

—Estás loca —dijo él, con una mirada de repulsión mientras se levantaba y se preparaba para salir de la habitación.

—Si es así, eres tú el responsable.

—No me culpes a mí si no te gustan las consecuencias de tus actos.

—De acuerdo, no lo haré —dijo ella, con firmeza—. Me voy a Washington. Estaré fuera cuatro días. Puedes llamarme, si me necesitas, y te dejaré preparada comida de sobra.

—No te molestes, cenaré fuera —masculló él, entre dientes.

—No tienes por qué. Te dejaré cenas para cuatro días. Así podrás elegir si quieres cenar aquí o fuera.

Él no dijo ni una palabra más, solo dio media vuelta y se fue.

Faith ni siquiera escribió a Brad o Zoe sobre lo que había pasado. La escena había sido tan humillante y frustrante que no quería contárselo a nadie. Lo resolvería ella sola. La mañana que se fue a Washington, le dijo adiós a Alex y él no le contestó. Se

limitó a seguir leyendo el periódico y a actuar como si ella no existiera. Si su plan era hacer que ella se sintiera culpable, tuvo el efecto contrario. Solo la puso furiosa y aliviada de irse de casa. Cuando salió con su mochila a la espalda, una bolsa de viaje y el ordenador portátil dentro de su maletín, colgado del hombro, se sintió como si acabara de salir de la cárcel. Se llevaba el portátil para trabajar y para poder comunicarse fácilmente con Brad y Zoe. Salir de allí era una sensación estupenda.

Más de la mitad de los alumnos de la clase participaban en el viaje. Se reunieron en el aeropuerto de La Guardia y cogieron un vuelo del puente aéreo al Reagan National Airport, en Washington D. C. Se alojaban en un pequeño hotel en la avenida Massachusetts, que estaba lleno de estudiantes extranjeros y hombres de negocios de segundo nivel, procedentes de otros países. A Faith, solo estar allí ya le parecía apasionante y, al final de la tarde, después de pasar tiempo en el Instituto Smithsonian y en la Biblioteca del Congreso, estaba entusiasmada por haber ido. Además, ya tenía una idea para el trabajo que iba a escribir cuando volviera a casa. Empezó a tomar notas aquella misma noche, en la habitación del hotel, y encendió el ordenador para trabajar un rato, después de cenar en un restaurante indio. Había pasado media hora hablando con la profesora, la misma a la que admiraba tanto; luego participó en una discusión fascinante con algunos de sus compañeros sobre la Constitución y la validez de las leyes que defendía. Esto llevó a un acalorado debate sobre la Primera Enmienda y, cuando volvió a su habitación, Faith estaba animadísima e inspirada. Estaba tecleando rápidamente en el ordenador, cuando salió el aviso de que tenía correo. Era un mensaje de Brad.

Hola, Fred, ¿qué tal te va con la asignatura de proceso judicial? ¿Ya has hecho el trabajo? ¿Lo estás pasando bien? A mí me encanta la ciudad de Washington. Tenía una novia allí cuando iba a la universidad; era la hija del embajador francés. Solía ir a verla y nunca me lo he pasado tan bien. Intenté que Jack ligara con su hermana, pero él era tan bullicioso que la espantó. Dime, ¿qué estás haciendo? ¿Qué tal tus compañeros? ¿Y la profe?

Por aquí todo va bien. Mucho trabajo. Un juicio la semana próxima. Mi secretaria me informa de que la semana que viene es el día de San Valentín. Ese día en que recuerdas a alguien a quien quieres y caes en la cuenta de que te ha olvidado o algo por el estilo. Flores y bombones. Fiebre del heno y caries. Me parece que estoy perdiendo mi espíritu romántico. Invitaría a Pam a cenar fuera, pero lo más probable es que trajera doscientos amigos e insistiera en que me pusiera esmoquin. Supongo que me quedaré a trabajar y le diré que me he olvidado. Seguramente, ella también se olvidará. Estoy divagando. Vuelvo al trabajo. Mantente en contacto. Si te presentas como candidata a la presidencia, avísame. Cuenta con mi voto, seguro. Hasta pronto. Un abrazo, Brad.

A Faith le encantaba tener noticias suyas. Siempre la hacía reír o, por lo menos,

sonreír. Sus palabras sobre San Valentín le recordaron que quería enviar unas golosinas a sus hijas. Estaba segura de que Alex no le felicitaría el día; nunca lo hacía. Además, no podía decirse que estuvieran de humor para celebrar San Valentín, en especial últimamente. Ese día ya no significaba nada para ella.

El resto de la estancia en Washington fue fascinante y continuó a un ritmo muy vivo. Fueron a museos, bibliotecas y universidades para recoger datos e información que ilustrara el curso. Todo iba bien hasta que, en su última mañana en la ciudad, tropezaron con un problema importante. Todavía tenían todo el día por delante y una última noche, pero la profesora recibió una llamada urgente para comunicarle que habían ingresado a su madre en el hospital. Había sufrido un ataque y no esperaban que sobreviviera. Recibió la llamada en el móvil y, comprensiblemente, tuvo un enorme disgusto y dijo que tenía que marcharse. Animó a los demás a quedarse y completar el día y la noche que les quedaba. No tenían que volver a casa hasta el día siguiente por la tarde. En cualquier caso, ya era viernes por la mañana. No tenían que estar en Nueva York hasta el sábado a última hora. Pero cuando recibieron la noticia, Faith vio que ya había hecho todo lo que tenía que hacer. Tenía material más que suficiente para el trabajo y más de la mitad del grupo decidió volver a casa. Sin su líder para dirigirlos, pronto perdieron impulso. Algunos decidieron quedarse en Washington, pero Faith formaba parte del grupo que optó por marcharse a mediodía. Además, así podría pasar todo el fin de semana con Alex, lo cual confiaba que la redimiría después de su ausencia de tres días. Él no la había llamado ni una sola vez ni le había devuelto las llamadas diarias que ella le había hecho desde que se fue.

Recogió sus objetos personales en el hotel y tomó un taxi hasta el aeropuerto con cinco de sus compañeros. A las dos, cogieron un vuelo del puente aéreo para Nueva York. Era perfecto. Podía llegar a casa, poner en orden sus papeles y prepararle a Alex una buena cena, como ofrenda de paz. De camino a casa, pasó por el mercado y, poco después de las tres, abrió la puerta de entrada. Llevaba dos bolsas de comida y las dejó en la cocina, junto con sus otras bolsas y pertenencias. Le parecía haber estado fuera semanas. Miró alrededor y se quedó sorprendida por lo limpia y ordenada que estaba. Se preguntó si Alex había cenado fuera cada noche, después de todo. Al dejar las bolsas en el suelo, vio un par de zapatos debajo de una silla. Eran sandalias de satén negro, de tacón alto, y ella no tenía ningunas así. Más sorprendente todavía, al coger una y mirarla de cerca vio que era varios números mayor que el que ella calzaba. El corazón empezó a latirle con fuerza y, con un nudo en el estómago, se dirigió al piso de arriba.

En su dormitorio, la cama estaba hecha apresuradamente; se habían limitado a estirar la colcha por encima. Cuando la retiró, vio casi al instante unos sostenes negros, de encaje, y, al mirar hacia abajo, encontró un tanga a juego, tirado, al parecer con prisas, al suelo. De repente, la dominó una sensación de mareo y se sentó en la cama, sintiéndose desfallecer. Eso no podía estar pasando. Solo había una explicación evidente. No se trataba de una invitada ni de una amiga de sus hijas... no había

justificación posible. Alex había llevado a una mujer a casa mientras ella no estaba. Cuando entró en el cuarto de baño, había cosméticos por todo el tocador, de una marca que ella no usaba, y un pelo, largo y negro, en el lavabo. No había modo de eludir la realidad; entonces vio otro par de zapatos y un jersey colgado del toallero. Lo único que podía hacer, al ver dos vestidos y tres conjuntos que no eran suyos dentro de su armario, era echarse a llorar. Ni siquiera era un asunto de una noche. Quienquiera que fuera aquella mujer, estaba claro que se había instalado allí para los cuatro días completos.

Luego, con un estremecimiento de horror, comprendió que volverían aquella noche, quizá incluso por la tarde.

Sin pararse a pensarlo, corrió escaleras abajo, después de volver a estirar la colcha tal como se la había encontrado y sin tocar nada más. Tuvo mucho cuidado de apagar las luces. Corrió a la cocina, cogió todas sus bolsas, incluyendo las dos con la comida que había comprado, y salió de la casa. Tiró las bolsas de comida en un cubo de basura de la calle y paró un taxi, sin tener ni idea de adónde ir. No había ninguna amiga a quien quisiera contarle aquella pesadilla, ningún sitio donde buscar refugio y, sin saber qué otra cosa hacer, le pidió al taxista que la llevara al hotel Carlyle, a dos manzanas de allí se dejó caer en el asiento de atrás y rompió a llorar.

—¿Eso es todo? —preguntó el taxista, mirándola desconcertado. Estaba tan cerca que podía haber ido andando.

—Sí, sí —respondió Faith, muy confusa—, vamos.

Le aterrorizaba encontrarse con Alex y la mujer, cuando volvieran a casa. Pero lo peor de todo era que aquella era también su casa. Él había profanado su casa y su cama. En lo único en que podía pensar, mientras subían por Madison, era en los sostenes y el tanga. Quería morir. Era la venganza definitiva por su viaje a Washington, si esa era su intención. También cayó en la cuenta, mientras se detenían frente al hotel y el portero le abría la puerta, de que no podía tratarse de una mujer a la que Alex acabara de conocer. No habría instalado a una extraña en su casa durante cuatro días. Debía de hacer un tiempo que tenía una aventura con ella. Faith se sentía enferma, mientras el portero le preguntaba si iba a registrarse y ella le contestaba que sí.

No quería enfrentarse a Alex y hacer una escena. Iba a quedarse en el hotel y volver a casa el sábado por la tarde, como estaba previsto, lo cual significaba que Alex y la mujer, quienquiera que fuera, estarían hasta entonces cómodamente instalados en su casa. Solo deseaba registrarse en el Carlyle y vomitar.

Pidió una habitación y tuvo suerte de que hubiera una libre, dado que no tenía reserva. Les dijo que estaría allí una noche o, como máximo, el fin de semana. La hicieron firmar, le dieron una llave y un botones le llevó su equipaje del viaje a Washington arriba. Faith se aferraba a su ordenador como si fuera el tesoro de Sierra Madre y su último vínculo con el mundo real. Sin embargo, no lo puso en marcha al llegar. Se limitó a sentarse en la cama, sollozando, y era ya de noche cuando dejó de

llorar. Ni siquiera sabía qué hora era. Cuando miró el reloj, vio que eran las seis de la tarde. Ni siquiera podía llamar a Zoe para contárselo. No le parecía justo volverla contra él. Aunque le costara creerlo, estaba claro que Alex tenía una amante. Después de toda su frialdad hacia ella, de su furia y sus recriminaciones porque volviera a estudiar, de su trato poco amable y seco de los últimos tiempos, del desapego, el silencio, la indiferencia hacia ella como mujer, se estaba acostando con otra. Lo peor era que se sentía más destrozada que furiosa. Estaba empezando a preguntarse si no debería haberse quedado y enfrentarse a los dos, pero no se sentía con ánimos y necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden.

Eran las ocho en Nueva York cuando llamó a Brad. Iba a hablarlo con él, con tranquilidad. Quería que la aconsejara como un hermano, igual que hubiera llamado a Jack, si viviera. Brad le había dicho que Pam había tenido varias aventuras y que él se había apartado del camino recto una vez. Esperaba que él guardara mejor la calma y fuera más experimentado que ella. Quizá le diría que no se disgustara. Pero en cuanto oyó su voz, se echó a llorar de nuevo y ni siquiera conseguía hablar. Sollozaba de forma incontrolada, con el teléfono en la mano, y, durante unos instantes, él no supo quién era. No era raro que recibiera llamadas histéricas de posibles clientes o de sus padres y, por un momento, pensó que se trataba de eso. Luego comprendió, horrorizado, que era Faith.

—¿Fred...? Maldita sea... Dios mío, ¿qué ha pasado? Por favor, cariño, háblame, dime qué tienes. —Temía que le hubiera pasado algo a una de sus hijas—. Fred, cariño, por favor, procura calmarte, respira, dime qué ha sucedido. ¿Estás herida? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Cada segundo que pasaba se sentía más desesperado y ella no se explicaba.

—Estoy en Nueva York —dijo Faith con voz entrecortada y luego volvió a deshacerse en lágrimas.

—Vamos, venga, procura explicarme qué ha pasado. ¿Has sufrido un accidente?

—No... pero querría estar muerta.

Sonaba como una niña pequeña y a Brad le vino a la mente la imagen de la cría de ocho años que conoció y quiso con sus trenzas rubias y mellada, cuando se vieron por primera vez.

—¿Tus hijas están bien?

Era lo que más temía por ella. El miedo que todos los padres sentían. Rogó que no fuera eso.

—Sí... creo que sí. No se trata de ellas... Es Alex —dijo Faith, todavía sin dejar de llorar, pero al menos pudo hablar.

Brad se sentía aliviado por lo que había oído hasta aquel momento, salvo por el hecho de que ella estuviera tan terriblemente alterada. Se preguntó si Alex habría tenido un accidente o un ataque al corazón y habría muerto.

—¿Está mal?

—No, yo estoy mal. Él es un cerdo.

Brad comprendió que debían de haberse peleado y que no era algo tan malo como había temido. Pero debía de haber sido fuerte para que ella estuviera en aquel estado. Nunca la había visto así. Se preguntó si le habría pegado. Si era sí, Brad se dijo furioso que él mismo se encargaría de que tuviera su merecido.

—Pensaba que estabas en Washington. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

Brad sabía que no tenía previsto volver hasta el día siguiente.

—La madre de la profesora se puso enferma y ella tuvo que marcharse. Así que he vuelto antes.

Seguía llorando, pero en esos momentos, por lo menos, estaba lo bastante recuperada como para hablar con él. Sentía mucha preocupación por ella.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —Estaba ansioso por saberlo.

—Fui a casa.

—¿Te has peleado con él?

Brad le hizo un gesto a su secretaria para que lo dejara solo. Ella le estaba diciendo que tenía tres llamadas en espera, pero no le importaba. Quería hablar con Faith sin interrupciones. Todos los demás podían esperar o irse al infierno. Lo más urgente era atender a Faith.

—No, la casa estaba vacía.

De repente, a Brad le invadió un auténtico pánico. Quizá se había tropezado con un intruso y la había violado.

—¿Qué ha pasado, por el amor de Dios? Fred, tienes que decírmelo.

Se estaba volviendo loco. No podía ayudarla si no sabía qué era lo que la había puesto en aquel estado.

—Ha metido a una mujer en casa —le aclaró Faith y se sonó con varios pañuelos de papel de la caja que había junto a la cama.

—¿Estaba en la casa cuando tú llegaste?

Brad estaba estupefacto. Alex no parecía de esa clase de hombres, por lo que ella le había contado.

—No, ella no, pero su ropa sí. Había zapatos en la cocina, sus vestidos en mi armario, sus cosas por todo el cuarto de baño y su ropa interior en la cama. ¡Se ha estado acostando con ella! —Ciertamente, eso es lo que le parecía a Brad. No había muchas otras maneras de explicar lo que Faith había visto—. Fue asqueroso... había un tanga...

Se deshizo en lágrimas de nuevo y lo único que él podía hacer era sonreír, comprensivo. Pobre chiquilla.

—Pobrecita. Me gustaría estar ahí. Por cierto, ¿dónde estás? —Estaba claro que se había ido a algún otro sitio. No podía imaginar que siguiera allí, en la casa, esperando a que ellos volvieran.

—Estoy en el Carlyle. He cogido una habitación para el fin de semana. No sé qué hacer. ¿Crees que tengo que volver a casa y echarla a la calle?

—No me parece buena idea. Primero tienes que calmarte. Y luego, decidir qué

quieres hacer. ¿Quieres divorciarte? ¿Romper con él? ¿Quieres decirle que lo sabes? Si no, puede que todo esto acabe por quedar atrás.

Es lo que él había hecho siempre con Pam, con tal de salvar su matrimonio, pero ella había sido lo bastante lista como para no llevar a sus amantes a casa. Dejando de lado todo lo demás, pensaba que Alex había actuado de una forma estúpida.

—¿Y si lo suyo va en serio? —dijo Faith, con voz angustiada.

—Entonces tienes un problema importante.

Pero los dos sabían que, de cualquier manera, ya lo tenía. Su matrimonio era infeliz desde hacía años y Alex acababa de destrozar el último vínculo de unión, junto a todo vestigio de respeto que Faith pudiera haber sentido por él. Le había roto el corazón con aquel tanga. Se sentía como si le hubiera pasado por encima un camión. Brad tuvo una idea.

—¿Quieres que vaya? Podemos hablar de ello antes de que vuelvas a casa. Puedo coger el último vuelo esta noche y volver mañana por la noche.

—No, está bien... Tengo que decidirlo yo sola... ¿Qué voy a hacer?

Se preguntó qué le habría dicho Jack, pero tenía la sensación de que, fuera lo que fuera, Brad le diría lo mismo. Se parecían mucho en su forma de pensar.

—Creo que tienes que decidir qué quieres hacer, antes de enfrentarte a él. Eres tú quien tiene la sartén por el mango en esta situación y el as en la manga.

Ella no lo había pensado de esa manera, aunque no estaba muy convencida.

—Puede que no; no, si está enamorado de ella.

—¿Y si no lo está? ¿Quieres seguir casada con él? ¿Puedes perdonarle lo que ha hecho? Muchas personas lo hacen, así que no te sientas avergonzada si lo que quieres es olvidarlo. Estas cosas, con el tiempo, se olvidan. Por lo menos, la mayoría de veces. Suele tratarse de cosas pasajeras.

Odiaba lo que Alex le había hecho, pero trataba de ser justo con ella y no disgustarla más de lo que ya estaba. Otras personas habían perdonado a sus parejas por tener una aventura. Él tenía a Pam y ella a él. Todo dependía del punto de vista de Faith.

—¿Cómo ha podido hacerme esto?

Estaba teniendo la reacción típica de cualquier persona en su situación.

—Por estupidez, probablemente, o aburrimiento. Su ego necesitaba un estímulo, se sentía viejo. Las mismas tontas razones que tiene todo el mundo para hacer esa clase de cosas. La mayoría de veces no es verdadero amor, solo sexo.

—Estupendo. A mí ya ni siquiera me mira y se acuesta con una mujer en tanga. Tiene el cabello negro y largo —dijo Faith, recordando el pelo que había encontrado en el lavabo. Brad sonrió, deseando poder abrazarla. Ella lo necesitaba desesperadamente—. Puede que sea muy joven.

—Te puedo garantizar una cosa, cariño. Eres más hermosa que ella. Pero tampoco importa si tiene barba y lleva un tupé. Lo más probable es que Alex se haya buscado un poco de diversión mientras tú estabas fuera.

—Entretanto, actúa como si yo hubiera cometido un crimen porque he vuelto a estudiar. Le he estado aguantando todos sus desprecios durante un mes para compensarlo y doblegándome. Puede que esta sea su idea de venganza.

—Estoy casi seguro de que no tiene nada que ver contigo. Es él. Mira, ¿sabes qué? Que le den. Vamos a preocuparnos de ti. ¿Qué te parece si te lavas la cara, pides un té al servicio de habitaciones o quizá una copa? Te llamaré dentro de media hora e intentaremos hablarlo con calma. Me gustaría que reflexionaras sobre lo que quieres hacer. Lo que yo opine no tiene ninguna importancia en este caso.

—Pero ¿qué opinas? —preguntó ella.

—¿Que qué opino? —dijo él, tratando de conservar la calma—. Creo que es un cerdo, sin paliativos, y un capullo despreciable, pero no solo por esto. Te ha anulado todo el tiempo, de una u otra manera; te excluye, estás sola siempre y ahora hace una estupidez así. Personalmente, creo que habría que fusilarlo, pero si no quieres separarte de él, te apoyo al cien por cien, porque eres tú la que está enamorada, no yo; es tu marido.

Brad respetaba su matrimonio y el deseo de Faith de no divorciarse, tanto como respetaba el suyo propio. Aunque hubiera preferido que Alex se divorciara años atrás, por el bien de Faith.

—Ya no estoy segura de lo que siento por él. En este momento, lo odio; me siento humillada, estúpida y no querida. No sé si lo quiero o no. Pensaba que nuestro matrimonio era para toda la vida y ahora ya no estoy tan segura.

Se estaba abriendo una puerta que la asustaba mucho y se sentía desesperadamente insegura.

—Mira, no tomes ninguna decisión apresurada hasta que averigües lo que sientes de verdad. Te llamaré dentro de media hora.

Para entonces, Brad tenía pendientes de respuesta once mensajes urgentes. Contestó a siete y le pidió a su secretaria que se encargara de los demás. Para él, eran las seis y sabía que, por suerte, Pam salía aquella noche con unos amigos.

Cuando la llamó de nuevo, media hora más tarde, Faith ya había pedido un té y se había lavado la cara con agua fría, pero no tenía ni idea de qué iba a hacer con Alex y solo de pensar en él, esa noche, en su casa, con la mujer del tanga, se ponía enferma.

—¿Cómo estás? —le preguntó Brad, comprensivo.

—No lo sé. Me siento extraña.

No parecía la de siempre, como si estuviera aturdida y cansada.

—¿Cómo, extraña?

De repente, Brad pensó, preocupado, si habría tomado pastillas o intentado hacerse daño, pero ella era demasiado sensata.

—Solo extraña. Desilusionada, traicionada, traumatizada. Insensible. Triste.

Eran las palabras que le venían a la boca, pero él se sintió aliviado.

—Ah, si es esa clase de sensación, no pasa nada. Es normal que te sientas así. He estado pensando en todo esto, Fred. Creo que, probablemente, tendrías que decirle

que lo sabes. Si no lo haces, no podrás vivir con ello. Deja que él piense cómo puede arreglarlo, pero no hagas nada que no quieras hacer. Solo te estoy dando mi opinión.

—Me parece que quizá tengas razón. Ni siquiera sé cómo decirle lo que he visto.

—Esa es la parte fácil. Él lo sabe. No es una novedad para él, solo para ti.

—Supongo que es verdad.

—Lo que importa es que tú lo sabes. Por supuesto, puedes llamarlo esta noche y provocarle un ataque al corazón, diciéndole que estás delante de la casa. Eso le daría un buen susto —comentó Brad con mala intención.

—No coge el teléfono.

Faith llevaba toda la semana intentando hablar con él.

—Bueno, por lo menos eso es inteligente por su parte. Es probable que se muestre muy hostil cuando le digas que lo sabes, sea cuando sea. A los hombres no les gusta que los pillen con los pantalones bajados y, de una u otra manera, tratará de hacerte quedar como la culpable.

—¿Cómo?

—Dirá que lo has descuidado, que ya no lo quieres. Que pensaba que tú tenías una aventura, aunque no es probable que te acuse de eso. —Ella estaba libre de cualquier sospecha y suponía que Alex también lo sabía—. Puede que diga que es porque has vuelto a estudiar. Sea lo que sea, tratará de culparte a ti para absolverse él.

—¿Crees que va en serio con esa chica?

Faith parecía presa del pánico al pensarlo, como si tuviera miedo de que la echara de casa. No podía ni imaginar qué haría si ocurriera, pero Brad sabía que eso no podía pasarle. Si alguien tenía que abandonar la casa, ese sería Alex.

—Eso resulta difícil de saber. Es probable que no. Yo supongo que ella es solo alguien con quien echar un buen polvo. Perdona que sea tan franco. Hasta podría ser una prostituta.

—No me puedo imaginar a Brad recurriendo a eso. —No obstante, la ropa interior tenía ese aspecto, aunque mucha gente llevaba prendas así en la actualidad; incluso sus hijas—. No creo que sea su estilo, una prostituta, quiero decir.

—Nunca se sabe. Odio pensar en ti, ahí en esa habitación, dándole vueltas a lo mismo toda la noche. No creo que consigas dormir mucho.

—A lo mejor, me levanto temprano y voy a la iglesia. Tengo tu rosario conmigo.

Iba a necesitar algo más que un rosario. Iba a necesitar mantener la cabeza fría y, quizá, un buen abogado. A Brad le hubiera gustado poder estar allí, con ella.

—Necesitas pensar en todo esto con tranquilidad, Fred. Averigua lo que quieres antes de dar cualquier paso.

—Creo que quiero saber qué está pasando, quién es ella, qué significa para él. Quiero saber la verdad.

—Dudo que vaya a ser del todo franco contigo. No me parece esa clase de personas. Creo que hará todo lo que pueda para hacerte responsable y luego te apartará para protegerse.

Brad conocía a esa clase de hombres muy bien. Había visto muchos así a lo largo de los años, entre sus clientes y sus socios y él mismo había cometido algunos errores, aunque ninguno tan estúpido como este.

—Creo que tienes razón —admitió Faith—. Gracias por escucharme. Siento estar tan deprimida.

Sin embargo, sonaba mucho mejor que cuando lo había llamado la primera vez. En aquel momento, él pensó que se había muerto alguien.

—Me has dado un susto de muerte. Pensaba que te había pasado algo a ti o a una de tus hijas. Este es un asunto bastante asqueroso, pero, por lo menos, estáis vivas las tres.

—Yo no estoy segura de estarlo —repuso ella, con voz deprimida.

—Lo estarás cuando lo hayas resuelto. —Eran ya más de las siete en San Francisco y de las diez en Nueva York—. Creo que tendrías que tomar un baño y acostarte. Yo voy directamente a casa. Si me necesitas, llámame. Puedes telefonarme a cualquier hora. Estoy aquí, si me necesitas, Fred. Solo querría poder hacer más.

—Has hecho todo lo que está en tu mano. Lo que Jack habría hecho. Hablar conmigo. No podías hacer nada más. Esto es algo que tengo que decidir yo sola —dijo Faith y se la notaba profundamente triste.

—Lo harás, Fred. Sé que harás lo acertado.

—¿Qué les voy a decir a mis hijas si nos separamos por esto? Creo que no tendrían que saberlo.

—¿Por qué no? No eres tú quien lo ha hecho, sino él. Es él quien tiene que enfrentarse a las consecuencias de haber dado ese paso tan estúpido. No es cosa tuya mantenerlo en secreto por él. No se lo debes, Faith.

—Zoe lo odiará por lo que ha hecho —dijo Faith, y pensó que Ellie encontraría alguna excusa para justificarlo.

—De cualquier modo, ya lo odia —observó Brad, con sentido práctico—, y no estoy seguro de que esté equivocada. No ha sido un buen padre para ella ni tampoco un buen esposo para ti, por lo que puedo ver.

—No ha sido maravilloso —reconoció Faith—, pero así son las cosas.

Esto le hizo recordar a Brad la conversación que habían tenido la noche que cenaron juntos sobre los compromisos a los que se llegaba para no divorciarse cuando las cosas no salían como uno esperaba. Se preguntó si, a la larga, a Faith le valdría la pena no separarse de Alex. Seguir juntos a cualquier precio, para tener paz. Esperaba que no, pero no quería influir en ella. No tenía ningún derecho, dado que él había hecho algo muy parecido. Llevaba años fingiendo no enterarse de las aventuras de Pam. Era más fácil así por lo menos para él. Sin embargo, pensaba que Faith se merecía algo mejor. Es probable que él también, pero prefería no agitar las aguas y dejar las cosas como estaban.

—Pareces agotada. Procura dormir un poco. —Estaba seguro de que no pegaría ojo en toda la noche y lo mismo pensaba ella, pero creía que tenía que intentarlo—.

¿Por qué no llamas para que vayan a darte un masaje? Es probable que, incluso a esta hora, tengan a alguien disponible.

—Me daré un baño, con eso será suficiente.

No estaba acostumbrada a mimarse; solo a mimar a todos los demás. Así había sido durante muchos años.

—Llámame a casa, si quieres. Estaré allí dentro de diez minutos.

—Gracias, Brad... Te quiero, hermano mayor —dijo Faith, y era verdad.

—Yo también te quiero, pequeña. Te sacaremos de este lío... de una u otra manera. Todo se solucionará. Ya lo verás.

—Sí, puede que sí —dijo ella, y parecía hundida.

Pero no estaba convencida ni él tampoco. Había que contar con la reacción de Alex. Era difícil saber cómo iba a reaccionar si Faith se enfrentaba a él. Mientras iba conduciendo hacia su casa, Brad sospechaba que mal. Le habría gustado darle una buena patada en el culo por lo que le había hecho a Faith. Habría sido un tanto para el equipo de casa.

Faith dio vueltas y más vueltas en la cama toda la noche. Por fin, se quedó dormida hacia las cuatro y se despertó otra vez a las seis. Se levantó y vio cómo salía el sol. Era un día hermoso y soleado, pero ella nunca se había sentido peor. Solo podía pensar en Alex con la mujer del largo cabello negro, durmiendo en su cama. No estaba segura de ser capaz de dormir allí nunca más.

A las siete, pidió café y se puso un jersey y unos vaqueros. Fue a la misa de siete y media en San Juan Bautista, en la avenida Lexington, y, aunque sostenía el rosario de Brad en las manos, no podía concentrarse lo suficiente para rezar; solo permanecía arrodillada, con la mirada fija en el vacío. Cuando terminó la misa, volvió al hotel. No sabía qué hacer durante todo el día. No estaba previsto que volviera a casa hasta las cuatro o las cinco y le daba miedo ir a dar un paseo o, incluso, salir del hotel por si se tropezaba con ellos.

Brad la llamó al levantarse. Eran las once para Faith y estaba preocupado por ella, pero le pareció que se encontraba bien. Le dijo que, cuando volviera a casa, actuaría sobre la marcha. Tenía que ver cómo se sentía, lo cual, a Brad, le pareció razonable.

—No dejes que te enrede con falsas acusaciones —le recordó Brad y, por vez primera desde el día antes, Faith sonrió.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Llámame cuando puedas.

Iba a jugar al tenis con un amigo y se había comprometido con Pam para hacer juntos un recado. Quería un nuevo equipo de estereo para la sala y le había dicho que la acompañaría a ver algunos. De todos modos, se llevaba el móvil y le dijo a Faith que lo usara si lo llamaba a casa y no se encontraba allí. Estaba totalmente disponible para ella y le importaban un pimiento los comentarios que Pam pudiera hacer. Era fácil explicárselo, aunque creía que no lo haría. No tenía nada de qué sentirse culpable ni Faith tampoco. Su amistad era limpia por completo y absolutamente pura. Lo que no siempre era el caso de Pam. Pensaba que Pam, quizá, sintiera incluso lástima de Faith, si sabía lo que había pasado. Odiaba que se aprovecharan de las mujeres o abusaran de ellas y le habría dicho a Faith cómo darle su merecido a Alex mejor incluso que el propio Brad. Pero hacía lo que podía por ella.

Faith se pasó el día en la habitación del hotel, consumiéndose. A las cinco, llamó al botones para que recogiera sus maletas y pidió que le llamaran un taxi. Llevaba demasiadas cosas para cargar con ellas, a pie, las dos manzanas que la separaban de casa. La mano le temblaba cuando abrió la puerta con su propia llave. Las luces de la entrada estaban encendidas, pero no había señales de Alex. Supuso que estaría arriba. Dejó las bolsas en el recibidor y subió, lentamente, a la habitación. La cama estaba hecha y todo tenía un aspecto impecable. Imaginó que habría hecho la cama él mismo. Se preguntó si habría tenido la decencia de cambiar las sábanas, pero no lo comprobó. Alex estaba sentado en su sillón favorito, junto a la chimenea del

dormitorio, leyendo. Era el retrato mismo de la inocencia y ni siquiera tuvo la cortesía de mirarla mientras ella permanecía allí, observándolo. Por un instante, sintió cómo la inundaba una oleada de asco, odio y dolor. Tuvo que esforzarse para contener las lágrimas.

—Llegas con retraso —dijo él, sin levantar los ojos.

Faith no podía creerse su desvergüenza. No le contestó y, finalmente, él la miró. Ella no se había movido desde que entró.

—¿Qué tal el viaje?

Ella contestó a su pregunta con una propia.

—¿Qué tal la semana?

Él no podía adivinar nada en su cara ni ella en la de él.

—Larga. Difícil. Hemos tenido mucho trabajo.

—Qué bien —se limitó a decir ella, sentándose frente a él.

Al hacerlo, comprendió que no podía continuar con aquella farsa. Tenía que decirle que lo sabía todo, tanto si él estaba dispuesto a hablar como si no.

—¿Qué has hecho en Washington?

Alex veía algo raro en los ojos de Faith, pero no sabía qué era. Siguió hablándole, mientras intentaba averiguar qué pasaba.

—¿Qué has hecho en Nueva York?

—Ya te lo he dicho —respondió él, con tono irritado—, trabajar. ¿Qué crees que he hecho?

Estaba a punto de volver a su libro y seguir leyendo, pero se detuvo de golpe al oír lo que ella decía.

—No estoy segura. Llegué a casa ayer, Alex. Acabamos antes de lo que pensábamos.

—¿Qué quieres decir con que llegaste a casa ayer?

Alex parecía estupefacto, pero no admitió su culpabilidad.

—La madre de la profesora se puso enferma y tuvo que marcharse, así que algunos de nosotros volvimos a casa. Llegué a las dos y me paré a comprar algo de comida; pensaba en prepararte un plato que te gustara, y luego vine a casa. Y sabes, fue un poco como Ricitos de Oro... «¿Quién ha dormido en mi cama?». Quienquiera que sea, tiene los pies bastante grandes, el pelo negro y largo y usa tanga.

Él se puso pálido, pero no dijo nada durante un buen rato.

—¿Dónde has estado desde ayer? —preguntó, por fin, acusador, intentando volverle las tornas.

Brad ya la había advertido, así que estaba preparada. No iba a seguirle el juego.

—Me fui al Carlyle en cuanto adiviné qué estabas haciendo aquí. Pensé que sería mejor ahorrarnos, a los dos, la vergüenza de hacer una escena delante de ella. ¿Qué pasa, Alex? ¿Quién es esa mujer? ¿Cuánto tiempo hace que tienes relaciones con ella?

No apartó ni un momento la mirada de él. Alex nunca la había visto de aquella

manera.

—Eso carece de importancia.

Faith sospechaba que si hubiera podido negar por completo su existencia, lo habría hecho, pero no tenía ninguna posibilidad, después de lo que ella había visto.

—Si no andarás por ahí, pretendiendo que eres una joven estudiante sin responsabilidades, no pasarían cosas como esta —añadió él.

Era exactamente lo que Brad habría dicho que pasaría. Trataba de culparla por algo de lo que solo él era responsable.

—¿Quieres decir que cuando te vas en viaje de negocios, das por supuesto que me acostaré con el primero que pase y que será culpa tuya? Sería lo mismo.

—No seas ridícula. Yo tengo que trabajar para ganarme la vida. Tú no tenías ninguna necesidad de volver a estudiar.

—¿Y crees que eso te da libertad para engañarme? Vaya, pues sí que es una manera original de verlo.

—Te dije que corrías un riesgo cuando decidiste volver a estudiar.

—No entendí que el que tú me engañaras fuera parte de ese riesgo. Es mucho lo que está en juego, ¿no es así?

Estaba furiosa, pero seguía sin saber qué quería de él o cómo acabaría todo. Ninguno de los dos daba marcha atrás y él seguía tratando de hacerla responsable de lo ocurrido. Mientras ella seguía mirándolo, él se levantó y empezó a recorrer la habitación de arriba abajo.

—Todo esto es culpa tuya, Faith —la acusó, sin pestañear. Ella no podía creer lo que estaba oyendo—. Si no hubieras sido tan estúpida con eso de querer volver a estudiar, esto nunca habría pasado. Echaste nuestro matrimonio por la borda el día que tomaste esa decisión.

—No —Faith le hizo frente, con los ojos llameantes de cólera—, fuiste tú quien lo echó por la borda cuando metiste a esa puta en mi cama. ¡Cómo te has atrevido a hacer una cosa así!

—¿Cómo te atreves tú a hablarme de esa manera? No te lo voy a tolerar, Faith.

Alex trataba de emplearse a fondo contra ella.

—¿Dices que tú no me lo toleras? ¿Cómo crees que me sentí cuando entré en casa y me encontré su ropa interior en mi cama y pelos suyos en mi lavabo?

Poco podía decir Alex a eso, pero Faith no estaba preparada para su reacción. No estaba dispuesto a dejar que ella se hiciera con el control de la situación.

—Me voy de aquí —dijo él.

Acto seguido, entró en el cuarto de baño y cerró de un portazo.

Faith oyó cómo abría y cerraba cajones y puertas en su vestidor y, veinte minutos más tarde, mientras ella seguía sentada en el sillón con aire estupefacto, salió con una maleta. Ella se mantuvo en silencio. Ni siquiera podía pensar en qué decir.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Estaba hundida; era una pesadilla hecha realidad. De repente, empezó a

preguntarse si era culpa suya, si había sido demasiado dura con él, si era la responsable de todo por haber vuelto a estudiar. Ya no sabía quién tenía razón.

—De momento, me voy a un hotel. Llámame a la oficina, si quieres hablar conmigo.

Ella quería decirle que sus abogados lo harían, pero no deseaba adelantarse a los acontecimientos, solo por decir la última palabra. Ni siquiera sabía todavía si necesitaba a un abogado y no quería sacarlo a relucir en ese momento.

—¿Estás enamorado de ella, Alex? —preguntó, con voz lastimera.

Sabía que le haría daño oírle decir que sí, pero quería saberlo.

—Si lo estoy o no, no es asunto de tu maldita incumbencia —dijo rabioso.

Ni por un momento, desde que ella lo había enfrentado a los hechos, se había disculpado.

—Creo que tengo derecho a saberlo. ¿Quién es? —Faith sonaba más tranquila que antes. Había muchas cosas que quería saber.

—Perdiste todos tus derechos en este matrimonio, Faith, cuando lo pusiste en segundo lugar y volviste a estudiar.

Decir aquello era ridículo; hasta Faith se daba cuenta. Alex estaba siendo vengativo, irracional y cruel.

—¿Me estás diciendo que esta es la primera vez que me eres infiel y que todo es por mi causa?

—Yo no estoy diciendo nada. Ya tendrás noticias mías, cuando decida qué quiero hacer.

Era increíble. La estaba amenazando. Había vuelto las tornas.

Y se marchaba. Pero era ella la ofendida; eso lo tenía muy claro. No le dijo nada más, mientras él bajaba ruidosamente la escalera, golpeando la pared con la maleta. Un momento después, oyó cerrarse la puerta de la calle de un portazo. No había averiguado nada más de lo que ya sabía desde que llegara a casa. Lo único que sabía era lo que había visto en su dormitorio el día antes y nada más. Él no iba a aclararle las cosas. Anduvo por la casa, de un lado para otro, con aire desconcertado. Media hora más tarde, llamó a Brad.

—¿Cómo estás, Fred? —preguntó, compasivo.

Le pareció que no estaba muy bien, pero no sollozaba. Su voz apenas era audible.

—Se ha ido.

—¿Estás de broma?

—Ha dicho que todo era culpa mía, por volver a estudiar, y que no es asunto mío saber quién es ella o lo que significa para él.

—Ya te dije que te echaría la culpa. —Pero Brad no esperaba que se fuera de casa. Estaba acorralado como una rata y salir corriendo era la única defensa que le quedaba. Huir. Era un truco sucio y se lo dijo a Faith—. Me gustaría decirte que estarás mejor así, pero estoy seguro de que no es así como te sientes ahora.

—Llevamos casados veintiséis años. Estoy empezando a preguntarme si, en

realidad, lo conozco.

—Puede que lo conocieras, Fred. Las personas cambian. No siempre nos damos cuenta ni queremos reconocerlo.

La verdad es que estaba en lo cierto. Alex le había cerrado la puerta de sus sentimientos años atrás. Ella había decidido no enterarse y seguir viviendo aceptando las cosas tal como eran. Pero al final, tenía que pagar las consecuencias. Enseguida le vino a la mente algo que la llenaba de temor.

—¿Qué voy a decirles a mis hijas?

—¿Para qué decirles nada, por lo menos durante unos días? No lo sabrán durante un tiempo, a menos que él se lo cuente y no es probable que lo haga. Deja que las aguas se serenen. Puede que Alex vuelva, cuando se haya calmado. El hecho de que lo pillaras puede haberlo obligado a adoptar una postura que no quería tomar. Quizá vuelva, si no queda en una situación muy desairada.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Faith, con voz tan esperanzada que casi le rompe el corazón a Brad.

No quería que se enterrara viva con un hombre que la trataba como hacía Alex. Aunque solo fuera en recuerdo de Jack, quería algo mejor para ella. Se merecía muchísimo más de lo que Alex le daba.

—Podría ser. Ahora procura relajarte. Tal vez tendrías que llamar a un abogado mañana, solo para protegerte. Miraré a ver si te encuentro alguien en Nueva York. Llamaré a unos amigos que trabajan en casos de familia y les pediré que me recomienden a alguien. Lo siento mucho, Fred. No te mereces esto. Y no es culpa tuya. Espero que te des cuenta.

—No estoy segura de qué creer.

Todavía no estaba segura de qué sentía. Por encima de todo, se sentía hundida.

Aquella noche, durmió en la habitación de Zoe. No podía soportar la idea de acostarse en su propia cama, tanto si él había cambiado las sábanas como si no.

Brad la llamó, a última hora, para ver cómo estaba y, cuando colgó el teléfono, Pam hizo una observación. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan alterado. No desde que uno de sus hijos cayó muy enfermo.

—¿Pasa algo grave?

Acababa de volver de cenar con unos amigos y él se había quedado en casa, según dijo para trabajar, pero ella sabía, perfectamente, que no había querido salir con ella y sus amigos.

—Una amiga que tiene problemas.

—Debe de ser algo muy malo para que tengas ese aspecto. ¿Alguien que yo conozca?

—No, no es nada. Problemas matrimoniales.

Pam se preguntó si se trataría de Faith, pero decidió no decir nada. Brad estaba

demasiado disgustado para que lo interrogara. Era muy perceptiva para cosas así y se calló.

Al día siguiente, a mediodía, Brad le envió un *e-mail* a Faith con el nombre de un abogado de Nueva York. Faith lo llamó y dejó un mensaje. Se sintió muy aliviada cuando él le devolvió la llamada. Le explicó lo que había sucedido y el abogado le preguntó si quería contratar a un detective privado para ver si podían averiguar quién era la mujer. Sorprendiéndose a sí misma, dijo que sí.

Durante los días siguientes, se sintió como en una nebulosa. Iba a clase y hablaba con Brad. No sabía nada de Alex. El abogado la llamó de nuevo el viernes. Se quedó estupefacta al saber quién era la mujer. Tenía veintinueve años, estaba divorciada, tenía un hijo y era la recepcionista de la empresa de inversiones donde trabajaba Alex. Según algunas de las secretarias que la conocían, se había trasladado a Nueva York, desde Atlanta, hacía un año y Alex y ella estaban liados desde hacía diez meses. Diez meses. No tenía nada que ver con su vuelta a los estudios. Llevaba engañándola casi un año. Solo de escuchar al abogado, Faith sentía náuseas.

Concertó una entrevista con él, en su despacho, para la semana siguiente, pero todavía no tenía ni idea de qué hacer. No sabía si debía divorciarse o pedirle que volviera a casa. No hablaban desde hacía una semana. Ni siquiera sabía lo serio que era lo suyo con aquella chica. Sin saber qué otra cosa hacer, por la tarde, llamó a Alex al despacho. Se sintió aliviada cuando él se puso al teléfono. Temía que ni siquiera le cogiera el teléfono, pero su voz era todo menos complacida cuando se dio cuenta de quién era.

—¿Quieres que nos veamos y hablemos? —ofreció Faith, procurando no sonar tan furiosa como se sentía.

Lo que el abogado le había dicho, por la mañana, la había dejado apabullada. Y también lo hizo la respuesta de Alex.

—No hay nada que decir, Faith —espetó, con rudeza.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo. Se había pasado la semana llorando. Era casi igual a como se sentía cuando Jack murió, solo que aquello fue peor. Pero a su propia manera, esto también era como una muerte. Era la pérdida de la esperanza, de la fe, de los sueños, de la confianza, incluso de su relación matrimonial.

—No podemos huir de esto así, Alex. Por lo menos, tenemos que hablar.

Trataba de sonar más tranquila de lo que se sentía, para no espantarlo.

—No tengo nada que decirte —replicó él, como si siguiera pensando que lo sucedido era culpa de ella.

Faith respiró hondo y dio un paso que hubiera horrorizado a Brad y Zoe, pero era lo único que se le ocurría hacer. Frente a sus constantes críticas, siempre sentía que tenía que hacer el esfuerzo y el sacrificio, por injustas o injustificadas que fueran. Era su infancia que la perseguía de nuevo, sus intentos por ser la niña perfecta, sin conseguir dar nunca la talla.

—¿Y si dejo los estudios?

Era el sacrificio final, pero no quería divorciarse. Su matrimonio significaba demasiado para no hacer, por lo menos, el esfuerzo de salvarlo. Si, para él, el problema eran sus estudios, entonces quizá no le quedaba otra alternativa. No quería canjear un matrimonio de veintiséis años por un título en derecho.

—Ya es demasiado tarde para eso —respondió él, con voz estrangulada.

Ella sintió que todo le daba vueltas.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres casarte con ella?

Era la única razón que se le ocurría para que él no quisiera volver a casa. Había sido una buena esposa para él. Su único «error», si él quería llamarlo así, había sido volver a estudiar.

—No tiene nada que ver con ella, Faith. Eres tú.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —preguntó con las lágrimas bañándole las mejillas.

—Nuestro matrimonio está muerto desde hace años. Y yo me siento muerto cuando estoy contigo. —Ella sentía sus palabras como bofetadas; eran muy crueles—. Tengo cincuenta y dos años. Quiero una vida mejor. Hemos acabado. Nuestras hijas ya son mayores. Ya no necesitan que sigamos juntos. Tú quieres estudiar derecho. Yo también quiero tener una vida plena.

Lo decía como si llevara planeándolo desde hacía años. Faith se metió de cabeza en la trampa, cuando decidió estudiar. Sus palabras le rompían el corazón. Ella había permanecido a su lado por lealtad y respeto a su matrimonio. Él solo se limitaba a esperar una segunda oportunidad, sin ella.

—No me di cuenta de que te sintieras así —dijo Faith, con voz ahogada.

—Pues así es como me siento. Los dos nos merecemos algo mejor.

Tenía razón, pero Faith nunca habría aprovechado su oportunidad a costa de Alex. Estaba decidida a no romper su matrimonio, por difícil que resultara. Él no tenía esa lealtad hacia ella.

—Ya he hablado con un abogado —siguió diciendo Alex—. Será mejor que tú también te busques uno.

Faith no le dijo que ya lo tenía. Todo aquel desastre se movía a la velocidad del sonido y quería, por lo menos, frenarlo. Pensaba que Alex cometía un error colosal.

—¿Qué les vamos a decir a Ellie y Zoe?

A Faith le resultaba fácil imaginar el giro que él le daría. La haría responsable de la ruptura, pero ella no tenía intención de contarles la sórdida historia de la otra mujer. Era demasiado humillante, aunque lo habría explicado todo. Estaba segura de que Ellie se pondría de parte de su padre y la culparía a ella de lo sucedido.

—Tendremos que pensarlo —le respondió Alex—. Contrata un abogado, Faith. Quiero el divorcio.

—Dios mío. —No podía creer lo que oía—. ¿Cómo puedes hacer esto, Alex? ¿Es que nuestro matrimonio no ha significado nada para ti?

—No más de lo que significó para ti, tomaste la decisión de que estudiar derecho

era más importante que cumplir con tus deberes de esposa.

—¿Cómo puedes comparar las dos cosas?

De repente, comprendió el atractivo de la chica del tanga. Era veintitrés años más joven que él y recepcionista. No tenía una profesión importante. Alex podía controlarla, mientras que sobre Faith había perdido parte de su dominio y eso no se lo perdonaba.

—No tengo que justificarme ante ti, Faith. Tú te lo has buscado.

Aunque una parte de ella lo creía, lo cierto es que tenía ganas de chillar por lo injusto que era. Al cabo de un momento, él colgó el teléfono. Ni siquiera le dijo dónde se alojaba y se preguntó si estaba viviendo con aquella chica. Cualquier cosa era posible a esas alturas. Faith sintió como si hubiera perdido todo su mundo en una sola semana. Estaba llorando en silencio cuando oyó que la puerta de la calle se cerraba de golpe. Dio un salto, sin imaginar quién era, hasta que oyó la voz de Zoe.

—¡Hola, estoy aquí!

Se había presentado por sorpresa y Faith no sabía qué hacer. Tenía los ojos enrojecidos y no se había peinado en todo el día. De no dormir en toda la semana, tenía unas profundas ojeras.

—Hola, mamá —saludó Zoe, dejando caer su bolsa al suelo del recibidor. Luego se acercó a su madre y la miró con más atención, con una mirada preocupada—. ¿Estás enferma?

—He tenido una especie de gripe intestinal y me he encontrado fatal toda la semana.

—Lo siento —dijo Zoe, compasiva—, por la voz, también parece resfriada.

—Lo estoy —contestó Faith, apresuradamente.

La verdad es que tenía tan mal aspecto como se sentía. Iba a ser una agonía intentar ocultarle la verdad a Zoe todo el fin de semana, pero, por otro lado, estaba contenta de tenerla allí. Le daba algo a que aferrarse, algo en que anclar su realidad. Toda su vida estaba adquiriendo tintes surrealistas.

—¿Dónde está papá? —preguntó Zoe, mientras miraba qué había en el frigorífico.

Apenas había nada de comida. Faith no había comprado ni comido en toda la semana.

—Está de viaje, en Florida.

Fue el primer sitio que se le ocurrió y Zoe la creyó. La historia le resultaba verosímil. Su padre viajaba mucho.

—Necesitamos comida. Perdona que no llamara. Pensé que sería divertido darte una sorpresa, mamá. Siento que hayas estado enferma —dijo Zoe, volviéndose hacia su madre con una sonrisa.

—Pronto estaré bien.

Zoe asintió sin pensar mucho en ello, pero luego, al subir al piso de arriba, se quedó sorprendida al encontrar el camisón de su madre en su propia habitación y su

cama sin hacer.

—¿Quién ha estado durmiendo en mi habitación, mamá?

Parecía asombrada al ver la cama sin hacer.

—No quería despertar a tu padre con mi catarro, así que he dormido ahí. Lo siento, cariño, enseguida hago la cama.

—Pensaba que habías dicho que papá estaba fuera —observó Zoe con aire suspicaz.

Estaba claro que algo iba mal y se preguntó si sus padres se habrían peleado.

—Así es, pero se ha marchado hoy. Iba a volver a mi habitación esta noche.

Pero el bonito dormitorio amarillo, decorado con chintz de flores, en esos días le parecía un infierno. No podía imaginarse durmiendo allí de nuevo.

—¿Cómo es que se ha ido durante el fin de semana?

Eso era algo inusual en él.

—Me parece que temía no conseguir llegar a tiempo. Esperan una fuerte tormenta en Chicago a finales de semana. Tenía una reunión muy importante, así que se ha marchado antes, para estar seguro de no tener problemas.

Zoe se sentó en el borde de la cama y obligó a su madre a sentarse a su lado. Nunca había visto a su madre tan angustiada y confusa en toda su vida. Ni siquiera cuando el avión de su hermano se estrelló. Por entonces, Zoe tenía quince años y se acordaba muy bien. En esos momentos su madre parecía aturdida y desaliñada.

—Mamá, has dicho que papá se había ido a Florida. ¿Qué está pasando? ¿Ocurre algo malo?

—No —insistió, mientras se echaba a llorar.

Había sido una semana infernal y se estaba desmoronando, pero no quería decirle nada a Zoe todavía.

—Dime la verdad, mamá. ¿Dónde está papá?

Sabía que tenía que decirle algo, aunque no fuera toda la verdad.

—Discutimos. No es nada serio. Estoy disgustada, eso es todo. No es nada de lo que preocuparse. —Pero sí que lo era y sabía que, en algún momento, tendría que decirle la verdad a Zoe. Detestaba mentirle—. Está bien, tuvimos una pelea, una pelea muy fuerte —admitió Faith, sonándose, mientras Zoe le rodeaba los hombros con el brazo. Sus simpatías siempre eran para su madre.

—¿Cómo de fuerte?

—Mucho. Se ha marchado.

—¿Que se ha marchado? —Zoe parecía estupefacta y, de repente, se alegró de estar en casa. Su madre estaba deshecha—. ¿Se ha ido, así sin más?

—Sí —dijo Faith, haciendo un esfuerzo por controlar los sollozos.

—¿Por qué?

—Es demasiado complicado para explicártelo. La verdad es que no quiero entrar en detalles. Tienes que confiar en mí.

Zoe decidió respetar los límites que le imponía su madre, por lo menos de

momento.

—¿Te ha echado la culpa a ti?

—Claro —repuso Faith, sonándose de nuevo—. ¿A quién podría culpar, si no? Por supuesto, él nunca tiene la culpa de nada.

—¿Va a volver?

Faith empezó a decir que sí y luego se detuvo y negó con la cabeza, llorando de nuevo.

—¡Maldita sea! ¿No? ¿Estás segura?

Zoe estaba atónita.

—Me ha dicho que quiere el divorcio.

De repente, Zoe no era solo su hija; era su mejor amiga. Aunque tenía miedo de cargarla con aquello, Zoe parecía aguantarlo mucho mejor que ella.

—¿Cuándo ha pasado todo esto?

—Hace una semana. Lo siento, estoy hecha un desastre.

—Pero ¡qué cabrón! —exclamó Zoe. Aquello confirmaba todo lo que había pensado durante años. Luego volvió a mirar a su madre—. ¿Ellie lo sabe?

—Nadie lo sabe. Acabo de hablar con él, hace media hora. Se marchó el sábado y acaba de decirme que quiere el divorcio. Dice que tiene derecho a tener una vida plena y que, casado conmigo, le parece estar muerto.

—¡Qué cerdo!

—No hables así de tu padre.

—¿Por qué no? Eso es lo que es. ¿Cuándo ibais a decírnoslo?

—No lo sé. Es todo muy reciente. He estado aquí, sentada, llorando toda la semana.

—Pobre mamá. Lo siento tanto... Ojalá lo hubiera sabido. Me alegro mucho de haber venido. Ni siquiera sé por qué lo he hecho. Esta semana te he echado mucho en falta.

—Yo también a ti —dijo Faith.

Las dos mujeres se abrazaron y lloraron sin poder contenerse.

Luego Zoe tomó el mando e hizo que su madre se acostara y la arropó. Entonces bajó a la cocina y preparó unos huevos revueltos. Estaba muy afectada por la noticia, pero no tanto como Faith. Lo único que quería en esos momentos era cuidar de su madre.

Se metió en la cama con ella; se abrazaron, y hablaron y vieron la televisión. Cuando Brad llamó, a última hora, Faith le dijo que Zoe estaba allí y él se alegró. Le contó lo que Alex había dicho.

—Es un auténtico hijo de puta —dijo Brad con voz asqueada.

Cuando Zoe salió de la habitación para lavarse los dientes, Faith le explicó, en un susurro, todo lo que había averiguado sobre la mujer y que llevaba casi un año liado con ella.

—Ya sé que ahora lo ves así, pero puede que haya sido lo mejor, Fred. Tú nunca

te habrías separado de él y él habría acabado arruinándote la vida. —Pero eran veintiséis años juntos; muchísimo tiempo para perderlo en una sola semana. Por frío y difícil que Alex fuera, ella no podía imaginarse la vida sin él—. No quiero molestarte si estás con Zoe. Te llamaré mañana. Procura dormir.

—Lo haré.

Zoe le había dicho que durmiera en su cama, con ella, y Faith se sentía aliviada. No podía ni pensar en volver a acostarse en su propia cama.

—¿Quién era? —preguntó Zoe, al volver de lavarse los dientes.

Se sentía como una madre cuidando a su hija, en lugar de al revés.

—Brad Patterson.

—¿El tipo del rosario? —Faith asintió, todavía con aire triste, y Zoe sonrió—. A lo mejor, ahora puedes casarte con él.

—No seas tonta. Es como un hermano, prácticamente nos hemos criado juntos, y está casado. Y yo todavía estoy casada con tu padre.

Pero las dos sabían que no sería por mucho tiempo. Aquella noche, en la cama, junto a Zoe, Faith no conseguía ni siquiera hacerse a la idea de separarse de su marido. Finalmente, cayó en un sueño profundo e inquieto.

Zoe volvió a la universidad el domingo por la noche, pero antes hablaron durante todo el fin de semana. Faith seguía conmocionada, pero, pese a lo desdichada que se sentía, no le contó nada a Zoe sobre la mujer. Solo le dijo que su padre quería tener una vida más emocionante que la que tenía con ella y que estaba furioso porque hubiera vuelto a estudiar, lo cual no era ninguna novedad.

—Mamá, todo eso son razones estúpidas para divorciarse. ¿Crees que está teniendo una aventura? —preguntó Zoe, con buen sentido común.

Pero Faith no desveló qué había desencadenado la situación. Pese a todo, seguía siendo leal con él.

—La verdad es que no lo sé —se limitó a decir.

Pero para cuando Zoe se fue, ya se sentía mejor. A la semana siguiente, fue a ver al abogado que le había recomendado Brad, quien la informó de todo lo que necesitaba saber y le enseñó el informe del detective privado. El nombre de la mujer era Leslie James y la fotografía que habían incluido mostraba una mujer muy bonita. Era alta y curvilínea; parecía una modelo y tenía el cabello largo y negro, algo que Faith ya sabía. El informe decía que tenía una hija de cinco años y que en la oficina la apreciaban. Al parecer, la aventura era un secreto a voces en la empresa de Alex. Las otras secretarias pensaban que era posible que se casaran, aunque Leslie nunca había hablado de su relación con Alex a nadie.

Cuando salió del despacho del abogado, Faith sentía como si le hubieran pateado el estómago. Aquella mujer era muy guapa, sin ninguna duda, y muy joven. Tenía dieciocho años menos que Faith, lo cual era otro golpe más.

Estaba sentada en su estudio, con la mirada perdida, cuando sonó el teléfono. Era Brad, que quería saber cómo le había ido con el abogado.

—Bien. He visto el informe. Es una mujer muy guapa, Brad. Me parece que no puedo culpar a Alex —dijo, y sonaba mortalmente deprimida.

—Yo sí. Ese tipo es un imbécil. Tú también eres muy guapa.

Más que nadie que él conociera, por dentro y por fuera.

—Gracias —respondió ella, educadamente, pero no parecía convencida.

Sentía como si su vida entera se hubiera desmoronado, y así era. Zoe y ella se habían reído de que se le hubiera pasado por alto, totalmente, el día de San Valentín. Había desaparecido entre el humo de su propio infierno privado. Ni siquiera había recordado qué día era y tampoco le importaba, pero Zoe había recibido los bombones que su madre le había enviado, igual que Ellie, en Londres, después de un ligero retraso.

—Tengo noticias para ti —dijo Brad, intentando animarla.

Llevaba más de una semana preocupado por ella. Parecía deprimida y él sabía que le costaba un gran esfuerzo ir a clase, pero que, por lo menos, no había dejado de asistir.

—¿Ah, sí? —se limitó a responder Faith, incapaz de tomarse interés por nada.

Se sentía como si estuviera flotando en el espacio. Todo en su vida le parecía irreal.

—Voy a ir a Nueva York un par de días. Tengo que hacer un trabajo ahí. Esperaba que cenaras conmigo. Podemos ir a tomar una *pizza*, si no tienes ganas de arreglarte.

—Sí que son buenas noticias —comentó Faith, con una sonrisa triste. Ni siquiera verlo le producía la alegría de unas semanas atrás, pero era una buena noticia. Algo que esperar con ilusión—. ¿Cuándo vienes?

—Este fin de semana. Tengo que ver a un par de abogados, para consultarles sobre un caso muy difícil. Llegaré el viernes por la noche. Puedo estar delante de tu puerta el sábado por la mañana. A lo mejor, podríamos ir a patinar al parque.

—Pensaba que tenías que trabajar —dijo ella, distraídamente.

Él sonrió. No estaba tan hundida como pensaba.

—Así es. Lo compaginaré, pero me encantaría verte. Resérvame el sábado por la noche, Fred. Vuelvo a casa en el último vuelo del domingo por la noche. Es un viaje corto.

Lo había planeado enteramente por su causa. Estaba muy preocupado por ella y se dijo que se lo debía a Jack. Quería ir a Nueva York para verla y asegurarse de que estaba bien. No tenía que verse con nadie, pero a ella le dijo que sí, con el fin de tener una excusa para ir a visitarla. Le parecía que era lo mínimo que podía hacer.

Cuando Brad llegó a Nueva York, Faith había sobrevivido a otra semana desde la traición de Alex. Sus abogados se habían puesto en contacto y las cosas iban avanzando. Todavía no le habían dado la noticia a Ellie, pero Alex dijo que la llamaría él, durante el fin de semana. Faith temía la reacción de su hija. Era fácil adivinar que por mal que hubiera actuado su padre, por cruel que hubiera sido, ella se pondría de su parte. Pero, como Ellie estaba más unida a su padre, Faith aceptó que fuera él quien se lo dijera, especialmente dado que Zoe se había enterado por ella. Sabía que, de todos modos, no podría convencer a Ellie para que viera las cosas desde su punto de vista. Faith solo confiaba en que Ellie tratara de entenderla.

Brad decidió alojarse en el Carlyle, para estar cerca de Faith. Se presentó en su casa el sábado por la mañana, a las nueve, después de ducharse y afeitarse. Estaba tan cansado que se había dormido en el avión. Lo único que le había explicado a Pam fue lo mismo que le había dicho a Faith, que tenía que reunirse con dos abogados en Nueva York, para hablar de un caso difícil. Pam no vio nada raro en ello y, finalmente, tampoco Faith. Temía que Faith pusiera objeciones a su viaje, si pensaba que era solo por su causa. No quería agobiarla, bastante tenía con lo suyo.

Brad se asustó cuando la vio, al abrirle la puerta. Estaba muy pálida y muy delgada, con un jersey negro de cuello vuelto y vaqueros también negros, sin maquillaje, con unas profundas ojeras y con el rubio cabello suelto y lacio, caído hacia delante. Era evidente que había perdido peso, pero sonrió en cuanto lo vio y le

dio un cálido abrazo. No parecía tan traumatizada como, en los primeros momentos, cuando hablaron por teléfono. Solo estaba cansada y muy triste.

Le tostó bollos ingleses y le hizo café y huevos revueltos. Luego se sentaron en la cocina y hablaron mucho rato. Más tarde, fueron al salón y Brad encendió fuego en la chimenea. Faith seguía durmiendo en la habitación de Zoe y empezaba a pensar que no volvería a usar su dormitorio.

—Es muy raro... —le confesó a Brad—. Me siento igual que cuando murió Jack. Tengo la impresión de que todo es diferente y nunca volverá a ser como era antes. Veintiséis años de mi vida se han ido por la alcantarilla.

—Lo sé, pequeña. Es terrible. Pero te acostumbrarás dentro de un tiempo. Las cosas mejorarán. Es diferente de lo de Jack. Esto te da una oportunidad de llevar una vida mejor. Alex te estaba matando lentamente. Eres tú quien merece tener una nueva vida, no él —dijo Brad, en voz queda, mientras permanecían sentados frente al fuego.

Le había preguntado si quería ir a patinar, pero ella dijo que se sentía demasiado cansada y la verdad es que él también lo estaba. Era un viaje largo para un par de días, después de una semana muy ajetreada, pero valía la pena por ella. Se alegraba de haber ido, al igual que Faith.

—¿A qué hora tienes la reunión de trabajo? —preguntó ella.

Brad casi lo había olvidado, pero se recuperó antes de que Faith se diera cuenta.

—Hacia las cuatro, quizá a las cinco. Solo necesito un par de horas con ellos, pero no lo podíamos hacer por teléfono. Demasiadas carpetas.

Pensaba volver al hotel, dormir una siesta y luego volver a recogerla para cenar.

—No habrás venido solo por mí, ¿verdad, Brad? —observó ella, suspicaz, con una sonrisa de complicidad.

Él se echó a reír.

—Claro que no. Te quiero, Fred, pero no vendría desde tan lejos solo para recomponer tu corazón roto.

—Bien, porque tienes cosas mejores que hacer con tu tiempo que preocuparte por mí.

—Eso es lo que me digo todos los días —comentó él en broma—. En realidad, vale la pena preocuparse por ti, Fred. Has tenido muy mala suerte, pequeña. Creo que tu primer día de mala suerte fue cuando te casaste con Alex.

—Eso es lo que Jack me decía siempre.

Pero había tenido mala suerte mucho antes en su vida, una mala suerte que había preparado las cosas para que aceptara que Alex la hiciera sufrir tanto.

—Jack tenía razón sobre muchas cosas.

Brad la llevó a almorzar a una charcutería cercana. Ella picoteó un sándwich de ensalada de huevo y él no la dejó en paz hasta que se hubo comido la mitad. Luego compartieron un cuenco de sopa *matzoh*. Era una de las cosas que más le gustaban de Nueva York.

—En California no hacen sopa como esta —dijo él.

Ella sonrió y pareció que volvía a ser la de siempre. Era reconfortante estar allí con él.

Luego fueron a dar un largo paseo y entraron en Central Park. Los árboles todavía estaban desnudos y el parque parecía gris, pero el aire y el ejercicio les sentaron bien. Bastante después de mediodía volvieron a casa de Faith y ella le preparó una taza de chocolate mientras él encendía otro fuego y se preguntaba si conservaría la casa. No quería disgustarla sacando el tema a relucir. Era una vivienda agradable, pero Brad pensaba que le iría bien mudarse. De todos modos, era demasiado pronto para hablar de ello.

—¿En qué pensabas con esa cara tan seria? —preguntó Faith, mientras le tendía la humeante taza de chocolate con malvavisco. Cuando eran niños, a los tres les encantaba el chocolate.

—Estaba pensando en ti —confesó Brad, francamente— y en lo extraordinaria que eres. Muchas mujeres habrían llevado todo esto de un modo muy distinto y le habrían contado a sus hijos lo que su marido había hecho. Tú siempre juegas limpio con todo el mundo. Eres honrada y atenta hasta extremos enfermizos. Es algo muy bonito.

Pero los dos sabían que Faith pagaba un precio muy alto por ello.

—Gracias —dijo ella, sonriéndole.

Su hermano también era así. Eran buenas personas, instintivamente, siempre lo habían sido. Pero habían sufrido mucho, antes de que su padre muriera y también después. Había cosas de ellos que Brad no sabía. Siempre los había admirado por su amabilidad con todo el mundo, por su tolerancia y honradez y por lo muy unidos que estaban los dos. En las situaciones en que otros chicos mentían, Jack siempre decía la verdad. La única vez que Jack supo que su hermana le había mentado se puso furioso con ella. Faith tenía unos diez años y Brad todavía recordaba aquellas enormes lágrimas cayéndole por las mejillas cuando Jack la riñó. La edad no la había cambiado y esa era la imagen que él había tenido de ella durante toda la semana. Pensar en Faith así, bañada en llanto, era lo que le había llevado a Nueva York para verla. No podía soportar pensar que era muy desdichada, sin hacer, por lo menos, algo para ayudarla. Para ella, verlo y hablar con él valía el mundo entero. Respetaba todo lo que él pensaba y decía. Confiaba en él tanto como había confiado en Jack.

—¿Cómo te sientes, Fred? —preguntó Brad con una mirada preocupada, tumbado en la alfombra delante del fuego.

Brad tenía casi el mismo aspecto que cuando era adolescente, con el mismo hoyuelo en la barbilla y unas piernas larguísimas. El pelo seguía casi tan negro como entonces. Incluso sentada muy cerca de él, Faith no veía ninguna cana.

—Mejor, gracias a ti. —Le hizo sentir doblemente contento de haber hecho el viaje. Ella tenía mejor aspecto que por la mañana, cuando le abrió la puerta. Más feliz, más en paz—. No me siento tan extraña. Voy a necesitar tiempo para acostumbrarme a esto. Se me va a hacer muy difícil la vida sin él.

Estaba casada con Alex desde los veintiún años; le parecía la vida entera.

—Puede que, con el tiempo, llegue a gustarte. ¿Cómo te van las clases? —Al principio, eso le había preocupado.

—No muy bien. Pero todavía no he suspendido ningún examen. Creo que conseguiré aprobarlo todo.

En unos días iba a presentar la solicitud de ingreso en derecho.

—¿No tienes que irte a la reunión de trabajo? —preguntó, preocupada por él.

Eran casi las cuatro y Brad no parecía tener prisa por ir a ningún sitio. Estaba relajado y satisfecho, tumbado cerca de ella.

—Sí, dentro de un momento —respondió Brad, sin mirar que hora era. Se estaba quedando adormilado, debido al chocolate, al calor del fuego y a la sensación de bienestar que tenía al lado de Faith—. Qué extraña es la vida, ¿verdad? Crecimos juntos y tuvimos todas las oportunidades para enamorarnos, pero nunca lo hicimos. En cambio, yo me casé con Pam, con quien no tengo absolutamente nada en común, y tú te casaste con Alex, que te trata como si fueras basura. Habría sido mucho más sencillo que nos hubiéramos echado una buena mirada el uno al otro y nos hubiéramos enamorado entonces. Nada es sencillo nunca, ¿verdad, Faith?

Miraba al fuego mientras hablaba y luego levantó la vista hacia ella con una sonrisa adormilada. Pero había algo triste y profundo en los ojos de Faith. Había tanto que él no sabía... en especial sobre lo que había abonado el terreno para que Alex la tratara como lo había hecho.

—Las cosas nunca son así —dijo Faith, suspirando—. Conocemos a otras personas y tenemos que complicarlo todo. Nos casamos con personas muy distintas a nosotras y pensamos que hemos hecho lo acertado. Si te casas con alguien que conoces bien, en cierto modo, crees que has fallado. Demasiado fácil, supongo. En mi caso, influían otras cosas, además.

Se preguntó si Jack le habría hablado de su padre, pero sospechaba que no. Fue su vergüenza secreta durante toda la niñez y una parte importante de su vida adulta.

Ella nunca le había contado a nadie que su padre abusaba de ella y la amenazaba para que no lo dijera. Nunca se había sentido capaz de hablarle de ello a Alex; siempre había temido que lo usara en su contra. Había hablado de ello, largamente, con su psicólogo, años atrás, y con Jack, y siempre había llegado a la conclusión de que Alex no estaba preparado para afrontarlo. Su propia niñez había sido fría y carente de afecto, pero relativamente normal y sin traumas. No creía que pudiera entender que su padre hiciera algo así, sin culparla a ella, lo cual le habría partido el corazón. Pero Brad era diferente. Sabía que podía contárselo. Lo que le ofrecía y lo que siempre le había dado era su cariño sin condiciones.

—Lo complicado nunca es acertado —comentó Brad, mientras la miraba. Veía algo doloroso en sus ojos—. ¿Estás bien, Fred?

—Sí. Solo recordaba cosas de hace mucho tiempo. Cosas feas, en realidad. Pero creo que siempre han sido una parte importante de mi vida con Alex, aunque no

habláramos de ellas. Creo que son la razón de que lo dejara decir siempre la última palabra y aceptara que, a veces, me tratara con tanta dureza. Me parece que estaba convencida de que me merecía todo lo que me hiciera.

Su mirada era muy elocuente y Brad le apretó la mano, como presintiendo que Faith se estaba enfrentando en esos momentos a viejos demonios.

—¿Por qué pensabas eso? —preguntó Brad en voz queda.

Ella bajó los ojos y luego lo miró de nuevo. Decirlo en voz alta, incluso a él, era más difícil de lo que había pensado.

—Pasó algo muy feo cuando era niña. Jack lo sabía... No al principio, pero luego lo descubrió. También fue muy difícil para él.

Antes de que ella lo dijera, Brad sospechó de qué se trataba y le apretó con más fuerza la mano. No sabía cómo ni por qué, pero lo sabía. Ella percibió su comprensión, incluso antes de hablar.

Finalmente, respiró hondo y empezó. No estaba segura del porqué, pero quería compartirlo con él. Ni siquiera era consciente de que estaba llorando, mientras el corazón de Brad casi se le salía del pecho al mirarla, impotente. Se sentía tan inútil como se había sentido Jack, que no había podido impedirlo entonces. En esos momentos, Brad no podía borrar aquellos recuerdos por ella. Lo único que podía hacer era estar allí y, como siempre, allí estaba.

—Mi padre abusaba de mí cuando era pequeña —dijo ella, con voz apenas audible. Brad se mantuvo callado mientras esperaba que continuara—. Empezó cuando yo tenía cuatro o cinco años y siguió haciéndolo hasta su muerte, cuando yo tenía diez años. Yo tenía demasiado miedo para contárselo a nadie, porque me dijo que me mataría y mataría a Jack, si lo hacía. Así que nunca hablé de ello con nadie. Años después, cuando ya era adulta, traté de contárselo a mi madre, pero ella nunca me creyó. Jack lo descubrió el año antes de que muriera nuestro padre y a él también lo amenazó para que no hablara. Creo que eso formaba parte del lazo que nos unía a Jack y a mí. Él era el único que lo sabía. Yo me sentía culpable por aquello, como si fuera culpa mía y no de mi padre, me rebajaba frente a los demás, me hacía mala... Me resultó difícil perdonarme a mí misma por aquello —confesó con voz angustiada—, pero finalmente lo logré. Creo que, sin siquiera saberlo, ese era el poder que Alex tenía sobre mí. Sentía que tenía derecho a tratarme mal o a criticarme o ser poco amable... No pensaba merecer nada mejor. Se lo servía en bandeja.

Faith había bajado los ojos un momento, mientras se lo explicaba a Brad, y, cuando los alzó de nuevo, vio que él también estaba llorando. Sin decir palabra, la cogió entre sus brazos y la abrazó con fuerza. Era su manera de expresar lo que sentía. Pasó un buen rato antes de que consiguiera encontrar las palabras adecuadas.

—Lo siento tanto, Fred... Lo siento tanto... Qué cosa más horrible para llevar contigo, en secreto, todos estos años. No sé por qué, pero lo he sabido, de repente, antes de que me lo dijeras. Siento tanto que te pasara una cosa así... No te rebaja como persona, ni te hace mala... te hace ser un millón de veces mejor. Qué cosa tan

horrible y malvada de hacerle a una niña. Doy gracias a Dios por su muerte.

—Yo también solía pensar así y luego me sentía culpable por pensarlo. Supongo que les pasa a muchos niños. Es una situación muy aterradora, que se vive en completa soledad.

Había influido en toda su vida, había afectado a su elección de la persona con quien se casó y la forma en que lo trató y dejó que la tratara todos aquellos años. Pero la reacción de Brad era, exactamente, la que habría esperado cuando, por fin, reunió el valor para contárselo. Brad nunca le fallaba, a diferencia de Alex, que siempre la decepcionaba, en todas las ocasiones, y que lo había hecho durante tanto tiempo. De algún modo, decírselo a Brad y sentir sus brazos rodeándola era una liberación para ella. Finalmente, se lo había dicho a alguien y él la aceptaba a pesar de todo. Por fin, estaba libre de las cadenas que la habían tenido presa durante la mayor parte de su vida. Era un regalo increíble el que él acababa de hacerle. Siguieron sentados, en silencio, durante mucho rato, mientras él la abrazaba. Era el amigo y el hermano que siempre había querido y sabía que podía contar con él. Cuando finalmente se separaron, él le sonrió.

—Te quiero, Fred... de verdad, de verdad, te quiero. Eres un ser humano increíblemente maravilloso. Es una asquerosa vergüenza que te casaras con ese capullo y no conmigo. La verdad es que la fastidié bien, pequeña.

Pero todo lo que le había dicho ese día había sido acertado. Contarle su experiencia era una de las mejores cosas que había hecho nunca. Era como ponerse delante de un espejo y verse con los ojos de él. Lo que veía era una buena persona que no tenía que culparse de nada. Tampoco era una víctima ni una niña malvada. Era una mujer orgullosa que había superado un trauma terrible, que merecía ser querida y que le sucedieran cosas buenas. Era exactamente la llave que necesitaba para abrir la última puerta que la separaba de la libertad. Él la había liberado y ella se había liberado a sí misma. Por fin.

—Gracias, Brad. Supongo que todo sucede como tiene que suceder. Es probable que, de haberte casado conmigo, hubieras acabado aburriéndote —repuso Faith, sonriendo de nuevo—. Además, casarme contigo habría sido como casarme con mi hermano. Incestuoso, para decirlo suavemente.

Quizá era mejor que se hubieran limitado a ser lo que eran, buenos amigos.

—Eso es lo que yo pensaba. Una vez, cuando estábamos en la universidad, Jack me dijo que saliera contigo y yo pensé que estaba chiflado. Tú eras como mi hermana pequeña. Era bastante estúpido por aquel entonces —dijo Brad, con aire cohibido.

—No es verdad.

Siguieron charlando un rato más, tranquilos y cómodos. Finalmente, él miró la hora. Detestaba marcharse, pero tenía que hacerlo para que Faith siguiera creyendo que había ido a Nueva York por trabajo, no solo para verla a ella. No quería dejarla después de lo que habían compartido. Tan solo iba a echarse en la cama del hotel, durante un par de horas, y ver un partido de béisbol o dormir. Pero sabía que tenía

que mantenerse fiel a su historia y dejarla un rato. Se sentía más unido a ella que nunca, pero trató de parecer natural.

—¿Adónde quieres ir a cenar esta noche? —preguntó, bostezando.

—Como no te despiertes, en la reunión vas a ser un terremoto —comentó Faith riendo, y él sonrió y meneó la cabeza—. ¿Qué tal un chino?

Era como si no hubiera pasado nada entre ellos. Estaban más unidos que antes.

—Suena bien. He olvidado traer una corbata. Decidí que me compraría una, si querías que me la pusiera para salir.

—Yo daba por sentado que ibas a venir de etiqueta —dijo ella, bromeando, recordando sus quejas por la presión de Pam.

Lo único que había traído era una chaqueta deportiva, un par de pantalones cómodos, un par de vaqueros y algunas camisetas azules. Era una buena combinación y Brad tenía un aire apuesto mientras se bajaba las mangas y fingía que se iba a la reunión de trabajo.

—Te recogeré a las siete. ¿Te va bien? —dijo dándole un beso en la cabeza y atrayéndola hacia él.

—¿La reunión no te llevará más tiempo? —preguntó ella, sorprendida.

—Será suficiente. Solo tenemos que hablar de un chico.

—Debe de ser alguien muy especial para que hayas venido desde tan lejos para hablar de él dos horas —observó ella, mientras lo acompañaba hasta la puerta.

Él le había dicho las palabras justas; no se había excedido ni se había quedado corto sobre lo que ella le había revelado.

—Lo es —confirmó él y luego la abrazó estrechamente antes de marcharse.

Brad recorrió andando las dos manzanas hasta el hotel, pensando en todo lo que Faith le había contado, en la mujer increíble que era y en lo idiota que había sido él al no casarse con ella. En esos momentos deseaba haber tomado otra dirección en el cruce de caminos, años atrás, pero ya no había vuelta atrás. Solo podía conformarse y reconocer, para sus adentros, el error cometido. Ni siquiera podía decirle a ella que se había equivocado. Al entrar en el hotel, tenía un aire pensativo y triste, recordando el horror por el que Faith había pasado, el afecto que, pese a ello, prodigaba a todo el mundo, y pensando que era muy afortunado por ser su amigo.

Lo único que Faith podía hacer era darle gracias a Dios por haber tenido, finalmente, el valor para desahogarse y hablarle a Brad de su padre. Él era la persona adecuada para escucharla. El vínculo que compartían y el cariño que sentía por él se habían reforzado. Aquel peso con el que había cargado toda su vida había desaparecido de su corazón.

Faith y Brad fueron a cenar a un restaurante chino aquella noche. Él le habló de la reunión de trabajo, inventándolo todo o tomándolo prestado de un caso que tenía en San Francisco. Se había limitado a dormir un par de horas en el hotel. Faith no lo sospechó ni por un segundo, fascinada como estaba por el caso que él describía. Después, hablaron de sus hijos. Él se moría de ganas de verlos y ella estaba ansiosa por hablar con Ellie, después de que lo hiciera Alex.

—¿Cómo crees que se lo tomará? —preguntó Brad, con expresión de inquietud.

—Me preocupa que me eche la culpa —confesó Faith—. Dios sabe qué le contará Alex, pero él pensaba que, puesto que yo se lo había dicho a Zoe, era él quien debía hablar con Ellie.

—Tiene la edad suficiente como para verlo con sensatez —observó Brad, optimista.

—Sí, pero nunca se sabe. Todo esto sigue pareciéndome una pesadilla, no importa las vueltas que le dé. No puedo hacerme a la idea de que mi matrimonio se ha roto. Hace dos semanas estábamos juntos Alex y yo y pensaba que todo iba bien. —Para ser precisos, habían pasado dieciséis días—. Es algo similar a cuando alguien muere... sigues pensando que dos semanas atrás estaba vivo... dos meses... y luego, un día, te das cuenta de que han pasado años.

Ambos pensaban en Jack cuando ella hablaba.

—¿Quieres ir a la iglesia mañana? —dijeron los dos al unísono, y se echaron a reír.

—Me gustaría mucho. ¿A San Patricio o a otro sitio más cerca? —preguntó ella.

—Vayamos a San Patricio —propuso él—. Siento que es nuestra iglesia —repuso Brad, ofreciéndole una galleta de la fortuna.

La de ella decía que era virtuosa y paciente y tenía una sabiduría superior a sus años. La de él decía que iba a hacer un trato excelente.

—Odio estas galletas de la suerte —protestó Faith—, siempre las he odiado. Son tan aburridas... Me gustan las que dicen: «Te enamorarás la semana que viene». En las mías nunca me ha salido un mensaje de ese tipo. Ahora me parece que ya sé el motivo.

—¿Por qué? —preguntó él con una mirada cariñosa.

Había algo en ella que le llegaba a lo más hondo, hasta el corazón.

—Mala suerte —respondió ella, pensando en Alex.

Todo lo que había pasado en las dos últimas semanas también le parecía mala suerte. Muy mala.

—A veces, a un golpe de mala suerte le sigue algo maravilloso —dijo él, en voz baja.

—¿Lo dice una galleta de la suerte o te lo acabas de inventar? —bromeó Faith.

Brad observó que su amiga estaba muchísimo mejor y más relajada que por la

mañana, cuando él llegó. Había comido y hecho ejercicio y, como siempre, él la había hecho reír.

—Me lo he inventado, pero es verdad. A veces, cuando te sucede lo peor, tú todavía no lo sabes, pero ya está en camino un futuro con toda clase de cosas buenas.

—¿Eso te ha pasado a ti?

—No, pero sí a algunas personas que conozco. Un amigo mío perdió a su mujer hace cuatro años; era una mujer maravillosa y él quedó destrozado. Murió de un tumor cerebral en seis meses. Pues luego conoció a la mujer más increíble del mundo. Ahora es feliz con ella. Nunca se sabe, Fred. Tienes que tener fe. Recuerda lo que hablamos sobre las plegarias atendidas; tienes que creerlo. Estás en un tramo de carretera lleno de baches, pero dentro de poco, todo irá mejor de nuevo. Quizá mejor de lo que crees.

—Me alegro de que hayas venido a Nueva York —dijo Faith, sin contestar a lo que él le decía.

—Yo también —respondió él, cogiéndole la mano y apretándosela—. Estaba preocupado por ti. Durante un par de días, parecías estar fatal.

—Me sentía fatal. Ahora estoy mejor, pero supongo que me esperan momentos desagradables. No creo que Alex juegue limpio.

—Es probable que no, a juzgar por lo que ha hecho hasta ahora. —Entonces, Brad tuvo una idea—. ¿Quieres un *banana, Split*?

De niña, era su debilidad.

—¿Ahora? —preguntó Faith sonriendo. Había sido tan bueno con ella durante todo el día... Se sentía muy mimada, reconfortada y querida. Realmente, era como estar con Jack. Incluso mejor, a veces—. Acabamos de cenar y no nos hemos privado de nada.

—¿Y qué? Tienen unos estupendos en Serendipity. Podemos repartirnos uno.

—Por suerte no vives aquí —comentó ella, riéndose de él—. Acabaría como un tonel. Venga, qué demonios, ¿por qué no?

Brad pagó la cuenta y cogieron un taxi para ir a la calle Sesenta Este. Era sábado y el local estaba atestado, pero encontraron una pequeña mesa redonda, bajo una lámpara de Tiffany, y Brad pidió un *banana split* y dos cucharas. Llegó con nata montada y nueces, salsa de chocolate y fresas, un helado de tres sabores y los plátanos en el borde del cuenco. Se lanzaron sobre él. Brad no podía creer lo mucho que ella comía, en especial considerando todo lo que ya había cenado.

—Si no paro, voy a vomitar —amenazó ella y luego cogió dos trozos más. Nunca había podido resistirse a un *banana split*.

—Si vas a vomitarme encima, será mejor que pares. La amistad tiene un límite —le advirtió Brad, y los dos se echaron a reír.

Lo estaban pasando bien. Se reían de historias de cuando eran niños. Él le recordó la vez en que ella les había jugado una mala pasada, a Jack y a él, contándoles a sus novias que habían salido con otras chicas. Cuando se enteraron, por poco la matan.

Ella estaba furiosa por algo y lo hizo para vengarse. Ellos tenían catorce años y ella doce.

—¿Por qué diablos lo hiciste? —preguntó Brad, sonriendo, mientras pagaba la cuenta.

—No quisisteis llevarme con vosotros a la bolera, así que me puse furiosa.

—Jack estaba tan enfadado que pensé que iba a estrangularte.

—Sí, yo también lo pensé. Fue porque le gustaba de verdad aquella chica. No creo que a ti te importara mucho la tuya —comentó Faith, con aire divertido.

—Ni siquiera recuerdo quién era. ¿Tú sí?

—Claro. Sherry Hennessy. Y la de Jack era Sally Stein.

—Tienes una memoria de elefante. Me había olvidado por completo de Sherry Hennessy. Fue la primera chica a la que besé.

—No, no lo fue —replicó Faith, con una mirada cargada de intención—. La primera fue Charlotte Waller. Tenías trece años.

—¡Vaya con la niña! —Exclamó Brad, recordándolo perfectamente, de repente—. Me espías y se lo dijiste a Jack. Yo no quería que él se enterara porque estaba chiflado por ella y no quería que se disgustara.

—De todos modos, ella se lo dijo. Se lo dijo a medio vecindario.

—No es verdad. Fuiste tú, traidora, más que traidora.

Lo había olvidado y se reían mientras salían del Serendipity y subían las escaleras que llevaban a la calle.

—Bueno, sí, la verdad es que le eché una mano. Pero ella lo pregonó con mucha eficacia. Pensaba que eras un gran trofeo.

—Lo era, en aquellos tiempos —repuso Brad, fingiendo pavonearse.

—Todavía estás muy bien —afirmó ella, cogiéndolo inocentemente por el brazo—, teniendo en cuenta tu edad.

—¡Cuidado con lo que dices! —advirtió él, y luego propuso que fueran andando hasta su casa, para digerir el *banana split*.

Ella pensó que era una gran idea, porque habían cenado demasiado.

—Me siento como si fuera a explotar.

—Tienes el tamaño de un ratón, Fred. Es una lástima que nunca crecieras.

—Yo también lo pensaba. Odiaba ser tan baja.

—No estás mal, para ser una chica.

Era el tipo de cosas que él solía decirle cuando eran niños. Faith se sentía justo como una niña esa noche, con él, recordando a gente que tenían medio olvidada y que les importaba tanto cuando eran jóvenes. Era divertido volver a pensar en ellos y preguntarse qué habría sido de sus vidas. Los dos habían perdido el contacto con los amigos de la adolescencia; en especial Brad, cuando se trasladó de ciudad.

Subieron paseando por la Tercera Avenida, charlando sobre la gente a la que habían conocido de niños, recordando caras y nombres en los que ninguno de los dos había pensado durante años. Torcieron hacia el oeste al llegar a la Setenta y cuatro y

en un momento estuvieron en casa de Faith.

—Ha sido una tontería por mi parte dejar que te alojaras en el hotel. Tendría que haberte invitado a quedarte aquí. Yo estoy durmiendo en la habitación de Zoe. Tú podrías haber dormido en la mía.

—Estoy bien donde estoy —dijo él, bostezando—. ¿A qué hora iremos a la iglesia mañana?

—Podemos ir cuando quieras. En San Patricio celebran muchas misas todos los días; seguro que llegamos a tiempo a una. ¿Por qué no vienes a casa a desayunar conmigo?

—Te llamaré cuando me despierte. Puede que venga hacia las nueve o las diez.

Faith abrió la puerta con su llave y la casa le pareció vacía y oscura. Se volvió hacia Brad, con una sonrisa.

—¿Te apetece entrar a tomar una copa?

—Nunca conseguiré llegar al hotel si entro. Estoy hecho polvo. Será mejor que duerma un poco y tú también.

Los dos estaban cansados y saciados por la copiosa cena. Había sido una velada muy agradable y lo que ella le había contado significaba mucho para él. Que hubiera compartido con él semejante secreto representaba un enorme gesto de confianza.

—Me alegro de que tuvieras que venir para esa reunión —comentó ella agradecida.

Hasta entonces, los fines de semana habían sido muy duros y seguirían siéndolo mucho tiempo.

—Yo también me alegro —respondió él, y la abrazó con fuerza—. Que duermas bien —dijo, y se quedó esperando a que Faith cerrara la puerta con llave y encendiera las luces una vez dentro.

Luego volvió andando al hotel, con una sonrisa en los labios. La quería y la respetaba más que a cualquier otro ser humano que conociera.

Brad llegó a la casa, con sus maletas, a las nueve, justo cuando Faith salía de la ducha. Le abrió la puerta envuelta en una bata de cachemira y él le tendió el periódico dominical al entrar.

—Lo siento. ¿Llego demasiado temprano? Me he despertado al salir el sol.

—No pasa nada. Estaré lista en cinco minutos —contestó Faith mientras se marchaba apresuradamente.

—Empezaré a preparar el desayuno mientras te vistes.

Brad se dirigió a la cocina mientras ella corría escaleras arriba, descalza y con el pelo mojado.

Cuando volvió a bajar, un cuarto de hora más tarde, con vaqueros y jersey de cuello vuelto, él estaba trasteando en la cocina y olía a café.

—Vaya, ¡qué bien huele! —exclamó ella, cuando él se volvió, sonriéndole.

Estaba de pie junto a los fogones; había bollos en la tostadora y estaba friendo huevos para los dos.

—¿Fritos solo por un lado o por los dos?

Parecía relajado y cómodo. Como si estuviera en su propia casa.

—Por un lado. ¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Faith, dando un paso hacia los fogones.

—El desayuno lo preparo yo —replicó Brad, y luego le sirvió un tazón de café y se lo dio. Quería mimarla todo lo posible antes de marcharse; era la razón de haber ido hasta Nueva York—. ¿Quieres beicon? Lo he olvidado.

—Me parece que no hay, pero así está bien.

Faith miró en el frigorífico y no había. Se ofreció para cortar un poco de fruta. Él le dejó que preparara unas naranjas y melocotones para los dos. Para entonces, los huevos ya estaban listos. Los puso en dos platos, untó los bollos con mantequilla y los añadió al plato. Ella puso la mesa, él llevó el desayuno y los dos se sentaron.

Los huevos estaban deliciosos y, mientras él comía un bollo, ella dijo, sonriendo:

—Eres un cocinero estupendo.

—Soy un estupendo *chef* de comida rápida. Hamburguesas, chile, tortitas. Siempre puedo encontrar trabajo en un restaurante de carretera, si todo lo demás falla.

—Lo recordaré.

Era agradable tenerlo allí. Le recordaba los tiempos en que Jack iba a verla a la universidad o las frecuentes ocasiones en que Debbie y él se separaban. Estaba encantada de tenerlo en casa unos días, aunque siempre hubiera tensión entre él y Alex. No pudo menos de preguntarse, mientras ella y Brad acababan el desayuno que este había preparado, dónde estaría Alex en aquel momento y si estaría con aquella chica. Leslie James. Tenía el nombre grabado en la cabeza.

—¿En qué pensabas? De repente, parecías disgustada —comentó Brad mientras sacaba las hojas de la sección de deportes del periódico y le tendía el resto.

—Pensaba en Alex y en la chica. Me preguntaba si estarían juntos.

—Procura no pensar en eso —aconsejó él, amablemente, cogiendo la taza de café y mirándola pensativo—. Es extraño cómo cambia la vida, ¿no es verdad? Hace seis meses, ¿quién habría pensado que estaría aquí sentado, desayunando contigo?

Antes de aquella ocasión, se habían perdido de vista durante mucho tiempo.

—Sí y que Alex se habría marchado de casa. Antes de acordarme de ellos, pensaba en lo agradable que es tenerte aquí. ¿Vienes mucho a Nueva York?

Era la tercera vez en cuatro meses, pero esta vez se había inventado una excusa para verla. Se alegraba de haberlo hecho. Faith tenía ya mucho mejor aspecto que el día antes y estaba mucho más relajada. Su viaje había valido la pena.

—Depende. Vengo esporádicamente, dependiendo de los congresos en los que participo y del trabajo que tengo. La mayor parte del tiempo no puedo escaparme. —En su trabajo, se ocupaba de crisis y tenía demasiados clientes para poder marcharse a menudo—. Es probable que pase aquí un día entero cuando vaya a África a ver a los chicos el mes que viene. Pam estará conmigo —dijo, como si se lo advirtiera.

—Quizá podamos cenar los tres juntos —comentó Faith, tranquilamente, y Brad se echó a reír.

—Sería divertido. Está convencida de que estoy enamorado de ti. Si te ve, no me dejará en paz nunca más.

—Me parece que me siento halagada, pero no soy una amenaza para ella. Soy como tu hermana pequeña. Se dará cuenta —repuso Faith, confiadamente.

—Puede que no —respondió Brad, y se enfrascó en la lectura del periódico.

Siguió entregado a la lectura durante la media hora siguiente, mientras ella servía otra taza de café para cada uno y recogía. Eran las diez y media cuando acabó y Brad levantó la vista.

—¿Sigues queriendo ir a la iglesia?

No quería presionarlo. A ella le gustaba ir, pero no era una cuestión de vida o muerte, en especial si a él no le apetecía. Siempre podía ir una vez que él se hubiera marchado.

—La verdad es que sí.

Se puso en pie, se estiró y la rodeó con el brazo. Faith volvió a pensar que se sentía muy cómoda con él y que era una compañía muy agradable. Le costaba creer que Pam y él no se llevaran bien. Era el hombre más comprensivo que había conocido en su vida.

—Voy a buscar el bolso.

Corrió arriba para coger el bolso y peinarse y, cinco minutos después, estaba en el recibidor, sacando un abrigo del armario. Se puso un grueso chaquetón de piel vuelta y una bufanda de lana roja. Brad llevaba vaqueros, un jersey grueso y el abrigo. Fuera hacía frío y parecía a punto de nevar.

Cogieron un taxi hasta San Patricio y llegaron justo a tiempo para la misa de las once. Faith hizo la genuflexión y se acomodó en un banco. Brad se sentó a su lado y

permanecieron allí, en silencio, durante toda la misa. Ella comulgó y él la esperó. Observó que llevaba el rosario que él le había regalado y sonrió. Más tarde, encendieron una vela en la capilla de san Judas. Fue una experiencia reconfortante para los dos y ambos se sentían en paz cuando salieron a la calle. Durante la misa, había empezado a nevar.

—¿Te apetece volver andando? —preguntó ella, mirándolo. A Faith le encantaba caminar bajo la nieve.

—Claro —aceptó él sonriendo—, ¿por qué no?

En San Francisco no nevaba y la nieve era una de las cosas que echaba de menos de Nueva York.

Subieron por la Quinta Avenida y en la calle Sesenta cruzaron al otro lado y anduvieron por la parte exterior de Central Park. Pasaron junto al zoo y el terreno de juegos más al norte. Para entonces, tenían el pelo cubierto de nieve y la cara roja por el frío. Era una de esas nieves que cuajan de verdad y que parecen silenciarlo todo. Era algo mágico caminar con la mano enguantada de Faith cogida de su brazo.

—Voy a echarte de menos mañana, cuando te marches —confesó ella, con voz triste—. Esto ha sido un auténtico regalo. Después, vuelta a la vida real, los estudios y el divorcio. No me apetece demasiado. Alex tiene mucha prisa.

Estaba empezando a preguntarse por los motivos de dicha prisa; si tenía algo que ver con Leslie James y si, de verdad, iba a casarse con ella.

—¿Qué vas a hacer con la casa?

Brad no estaba seguro de que aún no fuera demasiado pronto para preguntárselo.

—No lo sé. Él no ha dicho nada. No sé si dejará que me quede o querrá que me vaya para poder venderla. La pagó él, o sea que supongo que intentará reclamarla como suya. No sé cómo funcionan estas cosas.

Todo lo que había comprado había sido con el dinero de Alex. Haría todo lo posible por recuperarlo. Le había dicho que lo único que iba a sacar de él era una pensión mínima, dado que era bastante joven para trabajar. Faith empezaba a sentir que no le correspondía nada.

—Si te obliga a marcharte, tiene que compensarte con una vivienda parecida a la vuestra —dijo Brad, con sentido común, para calmar sus temores—. No puede echarte a la calle sin más.

—Espero que no —convino Faith, pero ni de eso estaba ya segura. Quién sabía qué trucos trataría Alex de sacarse de la manga—. Supongo que ahora que las chicas se han ido, podría buscar una vivienda más pequeña, pero me parecerá tan extraño trasladarme... Hemos vivido aquí dieciocho años, desde que nació Zoe.

De repente, todo estaba en el aire y cualquier sensación de confianza y seguridad que pudiera haber tenido se había ido al traste.

—Puede que te deje quedarte y no venda la casa —comentó Brad con voz tranquila.

No quería que se disgustara. Sabía que su abogado arreglaría todos los detalles de

forma justa para ella. Dieron una vuelta por el parque y llegaron hasta el estanque, donde vieron cómo la nieve se amontonaba en las estatuas de Alicia en el País de las Maravillas. Había niños jugando con la nieve; había justo la suficiente para que se deslizaran por las pequeñas pendientes encima de tapas de cubos de basura y platos grandes de plástico. Brad y Faith se quedaron mirándolos; parecía divertido.

—Me gustaría que mis hijas fueran todavía pequeñas —confesó Faith, con añoranza—. De verdad que echo de menos todo esto.

Fue una época muy feliz de su vida. No paraba en todo el día y había mucha alegría. Nunca tenía tiempo de pensar en nada que no fueran las necesidades cotidianas de sus hijas o en hacerle compañía a Alex por la noche. Nunca se preocupaba de lo que el futuro pudiera depararle; no tenía tiempo de pensar en eso. Se levantaba todos los días sintiéndose feliz y necesaria. En el presente, las cosas eran muy distintas. Sus hijas ya no la necesitaban. Tenían su propia vida y la suya, por contra, parecía muy vacía. Para colmo, Alex también se había ido. Sentía como si su mundo se hubiera desmoronado, y quizá también perdería su casa. Era demasiado para asumirlo en tan poco tiempo. Demasiadas pérdidas.

—Yo también echo de menos aquellos días —se sinceró Brad—. Todo pasó tan rápidamente... Es una tontería, sé que nos sentimos viejos, pero no lo somos, hay personas que tienen su primer hijo a nuestra edad.

—Cielo santo, ¡qué idea! —exclamó Faith riendo.

—¿Tendrías un hijo ahora?

Faith vio que hablaba en serio y se detuvo un momento mientras lo pensaba.

—Es una pregunta absurda. Si me la hubieras hecho hace un mes, te habría dicho que no, por supuesto. Además, Alex me habría matado. Siempre pensó que dos hijos eran suficientes. De lo contrario, yo habría tenido un par más entonces. ¿Ahora? No lo sé. Parece una idea demencial a los cuarenta y siete años. A las chicas les daría un ataque o, por lo menos, se escandalizarían. No, no creo que vuelva a tener hijos. Además, dentro de unos meses ya ni siquiera seré una mujer casada. No puedo ni imaginarlo.

—A eso me refiero, Fred. Volverás a estar soltera.

Solo oírlo la conmocionaba. Todavía tenía que pellizcarse para recordarse que lo que había pasado entre Alex y ella no era una pesadilla. Era algo real.

—¿Y si conocieras a un hombre que quisiera un hijo contigo? ¿Qué harías?

—Le presentaría a Eloise —respondió Faith riéndose, pero luego se puso seria de nuevo—. Mira, Brad, no lo sé. Me encantaría tener más hijos, pero no estoy precisamente en la flor de la juventud. A mi edad, ni siquiera estoy segura de poder quedarme embarazada. Sé que hay mujeres mayores que lo intentan. No lo sé... sí... quizá sería bonito... sería estupendo tener un bebé otra vez... Me haría sentir viva, joven y llena de esperanza. El único problema es —dijo con voz sobria, mirándolo— que no lo soy. Estoy cansada y triste y soy vieja. Lo que es peor, estoy sola.

—No será así para siempre. Conocerás a alguien, Fred. Alguien que se porte

mucho mejor contigo que Alex. Dentro de pocos meses estarás bien y llena de actividad y, probablemente, en un año estarás casada de nuevo.

Parecía deprimido al decirlo y ella sonrió.

—Vaya, parece que tienes mi vida organizada. ¿Y tú qué? —Sabía lo desgraciado que era con Pam y lo decidido que estaba a seguir con ella, costara lo que costara—. ¿No quieres algo más que lo que tienes?

La vida de él con Pam siempre le había parecido muy solitaria, pero su propia vida con Alex también lo había sido y nunca le habría puesto fin, si él no la hubiera abandonado.

—Claro que sí —respondió él, francamente—. Pero soy realista y me conformo con lo que tengo. No pienso mucho en ello.

Aunque eso no era del todo verdad.

—A lo mejor deberías hacerlo, mientras todavía eres razonablemente joven. ¿Y si dentro de diez años, por ejemplo, ella hace lo mismo que Alex? ¿No pensarás que has desperdiciado tu vida entera, cuando podrías haber estado con alguien que te hiciera feliz? Puede que valga la pena pensarlo.

—Es un riesgo demasiado grande —replicó Brad, mirándola a los ojos—. Sé lo que tengo, aunque mi matrimonio no sea una maravilla. No voy a echarlo por la borda por un sueño que quizá nunca se haga realidad. La vida no funciona así. Eso solo pasa en las películas; en la vida real las cosas son muy distintas. La mayoría de personas hacen lo que tú y yo hemos hecho. Aceptan lo que tienen, si no es demasiado malo, y lo soportan lo mejor que pueden. Tú lo sabes por ti misma.

—Sí, lo sé. Solo que ahora me lo preguntaba. Puede que Alex haya hecho lo correcto. Lo odio por lo que me afecta a mí, pero puede que, finalmente, haya tenido las agallas para tomar una decisión que deberíamos haber tomado hace muchos años. Ha llevado las cosas de una forma dolorosa para mí, pero está buscando su propia felicidad.

—En su caso, creo que se la va a pegar, porque al hacerlo te ha hecho daño a ti. No creo que se gane mucho de esa manera; siempre se pierde. Va detrás de una chica con tanga, se marcha y te da a ti la patada. A la larga, eso vuelve para acosarte. Si sigue con esa mujer, puede que ella le haga lo mismo un día.

—Pues vaya idea más optimista —comentó Faith, sonriendo apenas—. No sé cuál es la respuesta —dijo, suspirando, mientras los copos de nieve se le pegaban a las pestañas y al pelo.

Brad no había visto nunca a una mujer tan hermosa como Faith y, al mirarla, le dolía el corazón. Le habría gustado hacer retroceder el tiempo unos treinta años atrás, pero sabía con total claridad lo que estaba fuera de su alcance. Lo que no podía tener y no tendría nunca era a Faith. Ella no tenía ni idea de que ese pensamiento le había cruzado por la mente. Se habría quedado atónita de saberlo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que él la miraba de aquella manera. No lo había hecho desde hacía mucho tiempo, desde que eran niños. Pero en esos momentos sí que lo hacía,

cuando se lo permitía a sí mismo. Solo estar junto a ella en Central Park, con un brazo alrededor de sus hombros, le hacía soñar con más, pero Brad sabía, mejor que nadie, que solo era eso, un sueño.

—Estás muy serio —murmuró Faith, y se apretó más contra él. Hacía más frío y se había levantado viento—. ¿Te encuentras bien?

Él asintió y sonrió. Le encantaba todo lo que hacía con ella. Prepararle el desayuno, hablar durante horas, ir a la iglesia, pasear, incluso haber tomado *banana split* la noche antes. De pequeña era una niña muy especial y de adulta incluso era más maravillosa.

—Estaba pensando que deberíamos volver a tu casa y encender un buen fuego. Y comer algo.

—Cuando estoy contigo no paro de comer —se quejó ella, pero también le encantaba estar con él y se le había despertado el apetito mientras paseaban—. Tenemos que ir a la tienda a comprar algo de comida. No tengo casi nada en casa. Prácticamente no he comido desde que Alex se fue.

—Eso no te va a ayudar —observó él, con sentido práctico, cogiéndole la mano.

Pararon en una tienda de comestibles de camino a casa; Brad la obligó a comprar suficiente comida para que le durara toda la semana y además insistió en pagarla, lo cual, según ella, no era justo.

—Tú no vas a estar aquí para comerte todo esto. ¿Por qué tendrías que pagarlo?

—Entonces iré a cenar a tu casa mañana por la noche —respondió Brad, mientras le devolvían el cambio.

—Ojalá pudieras quedarte. Es una pena que no vivamos en la misma ciudad.

Él también lo pensaba, pero sabía que, a la larga, eso le plantearía un problema insoportable. Empezaba a sentir por ella cosas que nunca había sentido antes. Mientras ella no se diera cuenta y hubiera casi cinco mil kilómetros de distancia entre los dos, sabía que los dos estaban salvo.

Le llevó las bolsas con la comida y, media hora más tarde, ella estaba preparando el almuerzo, mientras él encendía el fuego. Fuera, la nieve seguía cayendo.

Faith preparó sopa y sándwiches. Además, había insistido en comprar malvaviscos, galletas Graham y barritas Hershey para hacer *s'mores*^[3], que a los dos les encantaban cuando eran niños. Estar con él era como peregrinar al pasado. A veces, le hacía desear que no hubieran crecido nunca. De esa manera, la vida seguiría siendo sencilla para todos ellos y Jack aún estaría vivo.

Eran casi las cuatro cuando acabaron el almuerzo y Brad se rio al mirarla. Habían preparado los *s'mores* al fuego.

—¿De qué te ríes? —preguntó Faith con aire indignado.

—Tienes malvaviscos y chocolate por toda la cara. Estás hecha un desastre.

Faith usó su servilleta para tratar de limpiarse, pero solo empeoró las cosas. Así que él le cogió la servilleta y le limpió la boca, la barbilla y la punta de la nariz mientras ella lo miraba con ojos inocentes. Mientras él la miraba, tuvo que esforzarse

al máximo para no dejarse llevar por la situación y por lo que sentía por ella.

—Ya está, ahora tienes la cara limpia.

Nada en su actitud indicaba siquiera remotamente el torbellino que sentía.

—¿Quieres otro? —preguntó ella, sonriendo.

Él gimió y se estiró en el suelo junto al fuego. A Faith, aquellas piernas le parecían interminables y sus hombros eran tan anchos y fuertes como cuando era un muchacho.

—No, gracias. Me pregunto si el avión llevará retraso por la nieve.

Casi deseaba que fuera así, aunque tenía que volver. Pero nada le habría gustado, más que quedar bloqueado por la nieve en Nueva York, con ella. Experimentaba unos sentimientos con los que no sabía qué hacer. Lo que sí sabía era que tenía que volver a casa, mientras todavía tuviera fuerzas. Le resultaba muy duro saber que a ella le esperaban tiempos difíciles y que no podría estar allí, a su lado. Lo único que podía ofrecerle eran llamadas de teléfono o sus *e-mails*. No le parecía suficiente. Quería protegerla del ataque salvaje que, instintivamente, sabía que Alex iba a desatar sobre ella.

—Voy a llamar y comprobar lo de tu vuelo —dijo ella, deseosa de ayudar, y se dirigió hasta el teléfono del recibidor. Volvió a los cinco minutos—. Saldrá a su hora.

—Lástima —comentó él, con una sonrisa adormilada.

Una hora más tarde, se levantó del suelo como un gigante dormido. Era hora de marcharse. A las cinco recogió sus cosas y Faith se puso el abrigo.

—No es necesario que vengas —dijo él, observándola.

Ella no tenía ni idea de lo hermosa que era, lo cual siempre había formado parte de su encanto.

—Ya lo sé, pero quiero acompañarte. No tengo nada más que hacer.

Quería pasar con él todo el tiempo posible.

Brad paró un taxi, puso el equipaje en el maletero y luego se sentó junto a ella en el asiento trasero. Nevaba con mucha más fuerza que cuando pasearon por el parque y estaba oscureciendo. Como el domingo por la tarde no había tráfico, llegaron al aeropuerto Kennedy en un tiempo récord, pese a la nieve. El Ministerio de Transportes mantenía las carreteras despejadas y todo parecía normal en el aeropuerto. El vuelo seguía programado en el horario previsto.

Faith lo acompañó, mientras él compraba unas revistas, y adquirió un libro para él que pensó que le gustaría.

—Gracias por animarme a comer y por llevarme de paseo —dijo Faith sonriéndole, agradecida—. Lo he pasado maravillosamente. Te voy a echar mucho de menos.

—Te llamaré. Pórtate bien. Come, ve a clase, no trabajes demasiado. No dejes que Alex te vuelva loca. Haz lo que te diga el abogado... cepíllate los dientes... lávate la cara... no te manches con malvaviscos... cuídate mucho, Fred.

—Y tú también —dijo ella, con aire de niña perdida, mientras él se despedía con un abrazo y un beso en la sien.

—Te llamaré mañana. Cuando llegue a casa hoy, será demasiado tarde.

No llegaría hasta las dos de la madrugada, hora de Nueva York, y confiaba que a esas horas ella estuviera durmiendo.

—Gracias por todo —dijo ella de nuevo, y se abrazó a él con fuerza.

Decirle adiós era como sentir que Jack se le escapaba de nuevo. Tuvo un momento de pánico y luego una oleada de tristeza y desesperación. Se sintió tonta, abrazada a él de aquella manera, y, finalmente, se separó.

Él le dio un último abrazo y luego siguió a los demás pasajeros por la pasarela hacia el avión. Al llegar a la esquina, le sonrió y le hizo un último gesto de adiós con la mano. Ella se quedó en la terminal, mirando cómo el avión se alejaba por la pista, y luego se dirigió al exterior, con la cabeza baja, para coger un taxi.

El trayecto hasta casa le pareció interminable y la vivienda era como una tumba cuando entró. Seguía nevando y la casa nunca le había parecido tan silenciosa. Ni siquiera comió nada para cenar; echaba demasiado de menos a Brad. Subió a la habitación y se acostó. A las dos de la madrugada, cuando sonó el teléfono, estaba profundamente dormida. Por un momento, ni siquiera sabía dónde estaba.

Era Eloise, que la llamaba desde Londres antes de marcharse a trabajar. Por su voz, parecía agitada y Faith seguía medio dormida al contestar.

—¿Eh...? ¿Cómo...? Ah, Ellie... Hola, cariño... No, no, estaba despierta. —No sabía por qué mentía cuando la despertaban, pero siempre lo hacía. Tardó un minuto en saber qué pasaba y entonces se dio cuenta de que era temprano para Eloise. Eran las siete de la mañana en Londres—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —respondió Ellie, con rabia. En cuanto consiguió despabilarse del todo, Faith comprendió que su hija estaba furiosa—. Hablé con papá ayer —dijo con tono enfático—. Me contó lo que has hecho.

—¿Lo que yo he hecho? —Faith no sabía de qué le hablaba, y un estremecimiento de miedo la recorrió como una mano fría. Se preguntó qué le habría dicho—. ¿Qué he hecho?

—Me ha dicho que has decidido divorciarte de él, para estar libre cuando vayas a la universidad.

—¿Eso ha dicho?

Faith estaba horrorizada. ¿Cómo era capaz de mentir de ese modo a su hija? Por lo menos, Zoe sabía la verdad.

—Sí. Mamá, ¿cómo puedes destruir nuestra familia así, por una estúpida licenciatura en derecho? ¿Es que no te importamos? ¿No te importa él, después de tantos años juntos? ¿Cómo puedes ser tan egoísta y desleal?

A mitad de aquella diatriba, se había echado a llorar y, al otro lado de la línea, Faith también lloraba.

—Ellie, estás muy equivocada, no pasó de esa manera. Se trata de un asunto

complicado. Es algo entre tu padre y yo.

Faith se sentía moralmente obligada a no airear los trapos sucios ante sus hijas. Por muy repugnante que hubiera sido y estuviera siendo el comportamiento de Alex con ella, no quería rebajarse a hacer ella lo mismo. Confiaba que, al final, sus hijas sabrían la verdad. Faith se aferraba a su dignidad como a un salvavidas en medio de la tormenta.

—¿No crees que también nos afecta a nosotras? ¿No crees que nos importa? Ni siquiera tendremos un sitio donde vivir cuando volvamos a casa. Dice que quieres vender la casa.

Ahí tenía la respuesta a su pregunta sobre la casa. Como de costumbre, la hacía responsable a ella.

—Ni siquiera hemos hablado de la casa. Y no, no estoy pensando en venderla, pero puede que eso sea lo que él pretende. Yo no quería divorciarme. Él sí.

—Eso es mentira. Me ha dicho que le has pedido el divorcio. Dice que lo has obligado a aceptarlo, con el pretexto de los estudios.

—No le he obligado a nada. Incluso me comprometí a dejar las clases.

—No creo ni una palabra de lo que dices. Papá asegura que llevabas mucho tiempo planeándolo y que, hace un año, ya le dijiste que querías divorciarte.

Al escucharla, Faith sentía náuseas. En esos momentos, comprendió qué pretendía su marido. Si Alex convencía a sus hijas de que ella se lo había dicho hacía un año, tendría mucho más sentido cuando supieran que mantenía relaciones con Leslie James, si lo averiguaban. Era un plan inteligente. Y hasta entonces, había funcionado; por lo menos con Eloise. Las dos versiones, tan diferentes, harían que las dos hermanas se pelearan a matar.

—Eloise —dijo Faith, luchando por mantener la calma—. No me gusta acusar a tu padre de mentiroso, pero no te ha dicho la verdad. Nunca le he pedido el divorcio. Nunca he querido poner fin a nuestro matrimonio. La decisión la ha tomado él, es lo que él quiere. No yo. No quiero vender esta casa. Ni siquiera me ha dicho una palabra sobre esto.

Estaba segura de que si se mantenía fiel a la verdad, sin vilipendiarlo a él, al final Ellie lo comprendería. Pero su hija mayor no se lo estaba poniendo fácil.

—Eres una embustera, mamá. Y me parece asqueroso que dejes a papá. ¡Ojalá suspendas el examen y tengas que abandonar los estudios, porque me has arruinado la vida!

Acto seguido colgó y Faith se quedó allí, sentada, atónita, llorando. Era algo muy sucio por parte de Alex envenenar a Ellie así contra ella. De forma inevitable, causaría un gran conflicto entre las dos hermanas. Porque Zoe sabía la verdad. Por lo menos, sabía que Alex la había dejado, aunque no sabía por qué. Faith quería protegerlas de aquello, a las dos. Además, sabía que la verdad destruiría a Alex a ojos de sus hijas. Faith pensaba que no era justo. Pero Alex no entendía de justicia. Lo que había hecho era asestarle el golpe más cruel que podía, apartando a Eloise de ella. En

esos momentos, Faith, además, estaba preocupada por la casa.

Se quedó despierta una hora y luego, sintiéndose culpable, llamó a Zoe. Faith sabía que se quedaba levantada hasta tarde. Zoe cogió el teléfono al primer timbrado.

—Hola, mamá —saludó, contenta de oír la voz de su madre.

—¿Te he despertado? —preguntó Faith, preocupada.

—Claro que no. Aún no me he acostado. ¿Estás bien?

—No —dijo Faith, francamente—. Ellie acaba de llamar.

—¿Se lo has contado? —preguntó Zoe, con voz apagada.

Estaba disgustada por los cambios en la vida de sus padres desde que se enteró y había tenido una breve conversación con su padre, quien no le había dicho mucho, especialmente después de que Zoe le comentara que había pasado el fin de semana con su madre. Le había soltado no sé qué tontería sobre que tenía prisa y había colgado.

—No. Se lo ha dicho papá —explicó Faith.

Estaba muy preocupada porque su propia apuesta por la dignidad y el juego limpio no se le volviera en contra y dañara su relación con Ellie para siempre.

—¿Cómo estaba?

—Furiosa. Me odia. Tu padre le ha dicho que quería romper con él con el pretexto de los estudios, así que le había pedido el divorcio. Incluso le ha dicho que se lo pedí hace un año —concluyó Faith, sonándose.

—¿Por qué diría una cosa así? ¿Es eso verdad?

Zoe sonaba sorprendida, pero estaba de parte de su madre siempre lo había estado.

—Claro que no. Creo que sé por qué lo ha hecho, pero eso no viene al caso. La cuestión es que ha convencido a Ellie de que yo quería separarme y que lo había obligado a irse de casa. Es muy injusto.

Faith ya no hablaba el mismo idioma que Alex y en esos momentos se daba cuenta de que quizá nunca lo había hablado.

—¿Y qué hay de nuevo en eso? Papá nunca juega limpio. —Zoe comentó que sabía, desde hacía mucho tiempo, que siempre mentía. Le había mentado a ella en numerosas ocasiones. A ella le afectaba y había contribuido a que no confiara en él—. Ellie se dará cuenta. No estarías tan disgustada si fueras tú quien quiere divorciarse. Es de sentido común.

Pero Faith no se sentía tranquila. Ellie estaba siendo manipulada, completamente, por su padre.

—Ni siquiera sabe lo disgustada que estoy. No me dio ni una oportunidad para hablarle. Solo me dijo que era un monstruo y que le había arruinado la vida.

No le comentó nada a Zoe sobre la casa. Quería hablar primero con Alex. Quería saber qué pensaba hacer, porque si las obligaba a vender la casa, apenaría a todo el mundo, no solo a ella.

—Deja que se calme. Hablaré con ella; tú puedes esperar a que venga para tener

una conversación.

Eloise pensaba ir a casa en marzo, pero Faith ya no estaba segura de si lo haría.

—Quizá tendría que ir yo a verla —dijo Faith, con tono preocupado.

—Déjala que se tranquilice primero. Escríbele una carta o algo así. Mamá, ya abrirá los ojos. Es evidente que tú no quieres divorciarte.

Lo que todavía no estaba claro para Zoe, porque su madre no le había dicho nada, era por qué su padre se había marchado de casa. Su madre no quería decírselo, de eso se daba perfecta cuenta. Tenía la sensación de que había algo más en aquella historia y, como de costumbre, tenía razón.

—Siento náuseas por todo esto —confesó Faith, aliviada de poder hablar con ella.

Zoe se estaba convirtiendo en una amiga para Faith, además de hija, y era sensata y sabia para su edad.

—Ellie siempre reacciona primero y luego busca el sentido a las cosas. Creo que papá fue un cerdo por contarle toda esa sarta de mentiras, pero no me sorprende.

Tampoco sorprendía ya a Faith. Alex estaba empeñado en hacer lo que fuera para destruir su relación con su hija.

—Voy a llamarlo mañana —dijo Faith, con voz agitada.

Seguía pensando que podía razonar con él, lo cual era ingenuo.

—Duerme un poco, mamá. Procura olvidarte de todo eso. Por lo menos, por esta noche. ¿Has hecho algo este fin de semana?

Zoe había pensado en llamarla y se sentía culpable por no haberlo hecho. No había tenido tiempo.

—Mi amigo Brad, de la costa Oeste, estuvo aquí —explicó Faith, vagamente.

En lo único que podía pensar en esos momentos era en Ellie. La visita de Brad parecía haberse desvanecido como un sueño.

—¿Vino a Nueva York para verte? —Zoe sonaba impresionada.

—No, tenía cosas que hacer aquí, pero fue agradable verlo.

Zoe se preguntó qué quería decir realmente, pero pensó que no era el momento de bromear con su madre. Ya tenía bastante. Y fueran cuales fueran los sentimientos de Brad hacia su madre, sabía que, para esta, él no era más que un amigo. Por lo menos, la había distraído durante un par de días. Ya era algo.

—Vete a dormir, mamá. Te llamaré mañana. Te quiero.

Colgaron y Faith no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Solo podía pensar en lo que Ellie le había dicho. Estaba impaciente por hablar con Alex, pero tenía que esperar hasta que fuera al despacho. No le había dicho dónde se alojaba. Finalmente, a las seis de la mañana, se levantó y le envió un *e-mail* a Brad. Sabía que ya habría llegado a casa y no podía esperar ni un minuto más. Le contó todo lo que Ellie había dicho. Mientras tecleaba, no podía dejar de llorar. Todo aquello tenía todavía peor aspecto una vez escrito en un *e-mail*.

... ¿Y qué crees que quiso decir con lo de la casa? Suena como si Alex quisiera

venderla. ¿Por qué no podía decírmelo a mí primero?

En cualquier caso, estoy deshecha. Me siento enferma al pensar que Ellie se ha creído todo lo que le ha dicho. ¿Cómo podré convencerla de la verdad? No quiero contarles nada, a ninguna de las dos, sobre esa mujer. Nunca. Es demasiado humillante para todos. Si se lo dijera, me sentiría tan despreciable como él. Además, nunca perdonarían a su padre. No tengo intención de envenenar su relación con él. ¿Por qué no puede jugar limpio? Le ha dicho a Eloise que le pedí el divorcio hace un año. Es probable que crea que, si dice que yo quería separarme de él, eso excusa su conducta. Da la sensación de que lo de esa chica va en serio.

Faith siguió escribiendo, tratando de ser justa con Alex para no traicionar sus principios y clamando contra lo injusto de todo aquello. A veces, pensaba si sus profundas creencias religiosas la habrían hecho demasiado escrupulosa en su manera de actuar. Alex la conocía bien y sabía dónde y cómo golpear para hacer más daño.

Lo siento. Suena como si estuviera loca. Estoy agotada y muy disgustada. Además, fue un fin de semana muy bonito. Siento ser tan pesada con esto. Es que él está actuando como un cerdo. No hay nada que tú puedas hacer, es solo que me ayuda hablar contigo. Gracias por mimarme, ocuparte de que comiera y ser tan bueno conmigo. Lo pasé muy bien. Siempre lo pasamos bien juntos. Te mantendré al tanto de todo lo que suceda. Que tengas un buen día. Un abrazo, Fred.

A las nueve, llamó a Alex, que acababa de entrar en el despacho y sonaba irritado cuando contestó el teléfono.

—¿Qué pasa?

—Muchas cosas —dijo Faith con tono tenso—. Me he enterado de que ya has hablado con Ellie. Lo que has hecho ha sido malvado.

—No voy a permitir que me insultes, Faith —replicó Alex, amenazando con colgar—. Tengo derecho a decirle a mi hija lo que quiera —afirmó, poniéndose inmediatamente a la defensiva. Sabía lo sucio que era lo que había hecho.

—No estaría mal que te atuvieras a la verdad. Le dijiste que el divorcio era idea mía.

—¿Y qué? ¿Acaso no es así? Echaste por la borda nuestro matrimonio cuando te matriculaste en la universidad.

—No he hecho nada de eso. Fuiste tú quien metiste a una mujer en mi cama. ¿Le has contado eso a Ellie?

—No, ¿y tú?

—No, tampoco, porque quería ser justa contigo. Alex, la has puesto contra mí, envenenándola.

Estaba deshecha en llanto, mientras hablaba.

—Es lo mismo que hiciste tú con Zoe, ¿no? —dijo, acusador.

—No, no lo es. Le has mentido a Ellie y le has hecho creer que todo es culpa mía. Incluso le dijiste que te había pedido el divorcio hace un año y eso es una completa mentira. —Alex no dijo una palabra y la línea quedó en silencio. El suyo había sido un golpe muy bajo—. Y piensa que yo quiero vender la casa. ¿Qué significa eso? —preguntó Faith con el corazón desbocado.

—No tenemos otra opción. Quiero recuperar mi dinero. Tú recibirás tu mitad.

—No quiero mi mitad. Quiero la casa, para vivir en ella. ¿Dónde voy a vivir?

Faith lloraba abiertamente, por todo lo que él le estaba haciendo.

—Puedes conseguir alojamiento en la universidad —replicó Alex, con maldad.

Faith se quedó consternada. Era el hombre más vengativo que había conocido nunca. Nunca lo habría creído capaz de hacer algo así. Hacía que se preguntara quién era en realidad. Bajo su aspecto frío, no había corazón.

—¿Me estás echando a la calle? —preguntó, con voz de pánico.

—Mi abogado lo discutirá con el tuyo.

La forma en que lo dijo le dejó claro que esa era su intención. La obligaba a aceptar el divorcio, pretendía despojarla de su casa y ya le había robado a una de sus hijas con mentiras. Estaba destruyendo su vida. Ellie la había acusado a ella de hacerlo, pero Alex lo estaba haciendo de verdad. El hecho de que Alex hubiera pagado la casa y eso no le diera a ella ningún derecho la preocupaba. Faith había dedicado su vida, su tiempo y su corazón a su matrimonio, pero el dinero, todo el dinero, era de él.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Cómo puedes odiarme tanto? ¿Solo porque he vuelto a estudiar? ¿No es enfermizo?

—Tan enfermizo como que tú eludieras tus responsabilidades conmigo, para fingir que eres joven otra vez.

Pero no se trataba de eso, Faith lo sabía, se trataba de aquella chica. Sospechaba que la mujer del tanga era el quid de la cuestión.

Era él quien trataba de recuperar su juventud y destruir todo lo que habían construido juntos, y a ella de paso.

—Se trata de esa chica —acusó Faith, sintiéndose justificada al hacerlo—. No intentes negarlo. Lo que hiciste fue una total falta de respeto hacia mí. Y ahora pretendes que nuestras hijas crean que eres inocente, pero no es así. Y lo sabes, Alex. ¿Qué diablos vas a hacer? ¿Te vas a casar con ella?

—No tengo nada más que decirte —contestó Alex fríamente y, sin esperar su respuesta, colgó.

Faith se quedó allí, con la mirada perdida. Luego llamó a su abogado y le pidió que averiguara lo de la casa; él le prometió que lo haría.

Entonces se dio cuenta de que Brad le había enviado un mensaje en algún momento durante las últimas horas, probablemente mientras ella hablaba con Alex.

Pobre Fred... ¡Ese tipo es un imbécil! No te preocupes por Ellie. Averiguará la verdad. Los jóvenes siempre lo hacen. Mis padres me hicieron lo mismo. Me costó un tiempo, pero al final lo entendí. Estaban decididos a destruirse mutuamente y los dos trataron de manipularme a su favor. Algo muy sucio. Tú no lo haces. Ellie verá quién sí lo hace. Espera. Ten paciencia. No pierdas los estribos. Defiéndete contra él. Habla con tu abogado. No le permitas que te quite la casa. Te debe, por lo menos, eso. Aguanta firme. Tengo que ir a trabajar temprano y ver qué desastres han sucedido durante el fin de semana. Lo pasé muy bien. Eres un milagro en mi vida. Vete a tomar un banana split... y no te olvides de limpiarte la barbilla. Te llamaré más tarde. Un abrazo, Brad.

Siempre conseguía hacerla sonreír. La reconfortaba y desde que había vuelto a su vida, siempre estaba allí. Faith se recostó en la silla, volvió a leer su *e-mail* y se sintió más calmada que desde hacía muchas horas. Lo único que podía hacer era darle gracias a Dios por la amistad de Brad.

Las preocupaciones de Faith respecto a la casa demostraron estar bien fundadas, por lo menos en parte. No obstante, su abogado la tranquilizó un poco sobre ese aspecto. Tuvo noticias suyas al día siguiente de llamarlo, cuando volvía de la universidad. Le iba bien, pero le costaba concentrarse. Estaba tan trastornada que los trabajos que redactaba no eran tan buenos como le habría gustado y sus notas lo reflejaban, pero seguía en la brecha.

Contestó el teléfono en cuanto entró. El abogado no tenía buenas noticias.

—Tenía razón. Quiere que deje libre la casa. Le da noventa días.

Eso significaba a finales de mayo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Puede hacerlo? —preguntó Faith poniéndose pálida.

—Solo si usted lo acepta. Y no creo que deba aceptarlo. —Faith se sintió aliviada al oírle decir aquello. Se imaginó con todas sus posesiones en medio de la calle—. La mitad de la casa le pertenece a usted como propiedad compartida y puede usted ponerla a la venta si quiere el dinero que le corresponde. Si él quiere su mitad, puede obligarla a marcharse con el tiempo y exigirle que venda. Pero tendrá que llegar a un acuerdo con usted; además, si usted no quiere abandonar la casa, no tendrá que hacerlo. Usted me dirá qué quiere que hagamos; podemos conseguirle preservar la casa. Si no, no se le puede obligar a que le ceda la casa, inmovilizando así su mitad indefinidamente.

—Quiero conservar la casa —dijo Faith con voz ahogada.

Lo único que quería de verdad era no trasladarse, que no cambiara nada, aferrarse todo lo que pudiera a una vida familiar que había durado veintiséis años. Luchaba contra el cambio tanto como contra perder la casa.

—Lo llevaremos a juicio. Todavía no he recibido ninguna notificación oficial de sus abogados. Esperemos a ver qué hace. En cualquier caso, tiene que darle tiempo. No puede obligarla a marcharse hasta que esto esté resuelto.

No tardó mucho tiempo. Antes de acabar la semana, recibió una carta del abogado de Alex. Iba dirigida a su abogado, claro, pero en ella decía que Alex quería que dejara libre la casa para ponerla en venta lo antes posible. Le daban unos días de gracia, pero querían que se fuera antes del 1 de junio. Era lo más cruel que podía imaginar, echarla así de su casa. Lo único peor había sido llevar a su amiguita a su casa y meterla en su cama, así como mentir a sus hijas.

Brad la tranquilizaba siempre que hablaban. Ella había dejado media docena de mensajes en el contestador de Ellie, pero su hija mayor no le devolvía las llamadas. Sintió un alivio enorme cuando, finalmente, la primera semana de marzo, Zoe le dijo que Eloise volvía de Londres a pasar unos días en casa.

—¿Por qué no me lo ha dicho? No me ha devuelto las llamadas.

No fue ninguna sorpresa para Zoe. Las dos hermanas habían tenido una fuerte discusión por teléfono en la que Zoe defendió a su madre y Eloise, a su padre, las dos

convencidas de que cada uno de sus respectivos progenitores había sido tratado injustamente y que a la otra le habían contado un montón de mentiras.

—¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! —dijo Zoe, chillando, en mitad de la noche, que era temprano por la mañana para Eloise—. La ha dejado, maldita sea. La vi la semana pasada. Tendrías que haber visto en qué estado estaba.

—Se lo merece. Lleva un año pidiéndole el divorcio a nuestras espaldas. Y ahora le obliga a vender la casa.

—Son todo mentiras, ¿no te das cuenta, subnormal? Él es así. Le está dando a mamá una patada en el culo. Quiere que se marche antes del uno de junio.

—Y una mierda. No tiene más remedio. Dice que ella quiere sacarle todo el dinero que pueda. Y eso también es asqueroso. Mamá es una maldita bruja; todo es culpa suya. Lo que pasa es que tú no quieres ver lo malvada que es.

—Estás ciega —dijo Zoe, acusando a su hermana mayor—. Te ha lavado el cerebro.

Al final colgaron el teléfono a media conversación y a Zoe le tocó la desagradable tarea de informar a su madre de que Eloise pensaba quedarse con Alex durante la semana que pasaría en la ciudad. Iba a alojarse en el piso que su padre había alquilado y se negaba a ir a la casa familiar. Solo pasaría a recoger algunas cosas.

Ellie llegó el día de San Patricio, con una semana de vacaciones. Pasaron dos días antes de que llamara a su madre, que no se había movido de casa, a la espera de tener noticias suyas y sintiéndose enferma de pesar. En el piso de Alex, cuando Zoe le dio el número, la única respuesta que obtuvo fue un contestador automático. Ellie no devolvió ninguna de sus llamadas. Faith estaba tan desesperada por saber de ella que ni siquiera había ido a la universidad, aunque, por lo menos, en casa, seguía estudiando para los exámenes.

Casi rompió a llorar cuando, por fin, oyó la voz de Ellie, pero su conversación fue breve y concisa. Ellie dijo que iba a pasar a recoger algo de ropa y que esperaba que su madre no estuviera allí. Para ser una mujer de casi veinticinco años, a Faith le parecía increíblemente infantil e innecesariamente cruel. Pero la estaban instruyendo bien.

Cuando Ellie llegó, Faith estaba en su dormitorio. Le había costado un mes volver a su propia habitación. No era práctico seguir en la de Zoe y, finalmente, había decidido tragarse el orgullo y la repulsión que sentía a dormir en su cama. Estaba acostada cuando vio a Ellie avanzar por el pasillo. Ella también vio a su madre, pero no dijo una palabra.

Faith fue hasta el umbral de su habitación y se quedó mirándola.

—Eloise, ¿no vas a saludarme? —preguntó en voz baja, con los ojos llenos de un dolor inconmensurable.

Zoe habría matado a su hermana si hubiera visto la cara de su madre. Eloise estaba hecha de una pasta más dura y tenía un corazón más frío.

—Te pedí que no estuvieras aquí —replicó enfrentándose a su madre desde el otro extremo del pasillo.

Parecía increíble que no fuera capaz de distanciarse del divorcio de sus padres y se sintiera obligada a tomar partido como lo hacía, pero su padre la había manipulado bien.

—Este es mi hogar —dijo Faith, con calma—, y quería verte. No quiero que esto te afecte negativamente. Si papá está decidido a seguir adelante con sus planes, tenemos que sobrevivir, todos nosotros, y seguimos siendo una familia, tanto si él y yo seguimos juntos como si no.

—¿Y a ti qué te importa? Eres tú quien lo ha enviado todo al garete. Incluso vas a vender la casa, así que no me hables de tu «hogar».

—No quiero tener que hacerlo, pero puedo enseñarte cartas de sus abogados diciéndome que tengo que marcharme. Tu padre está tratando de echarme de aquí y yo estoy tratando de quedarme.

—No tiene más remedio que hacerlo —dijo Eloise, y sonaba como una niña petulante—, porque quieres sacarle mucho dinero.

—Ni siquiera hemos hablado de eso todavía. No sé qué quiero. Justo ahora, mi único deseo es quedarme aquí. Te juro por Dios que es la verdad.

—Eres una embustera —le espetó Eloise, metiéndose en su habitación y cerrando de un portazo.

Faith se quedó allí, preguntándose cómo su propia hija podía estar tan llena de odio hacia ella, desconfiar tanto y mostrarse tan carente de respeto y tan cruel. No decía mucho a favor de la manera en que había criado a sus hijas ni de lo que Eloise sentía por ella. Ya no era una niña, era una mujer y usaba dardos envenenados para hacer daño a su madre. Alex se los había servido en bandeja, pero ella no había vacilado en utilizarlos. A Faith se le rompía el corazón al pensar en el daño que hacía. La familia nunca volvería a ser la misma. Era el último regalo de Alex para ellas.

Eloise salió de su habitación media hora más tarde, con un montón de ropa y dos bolsas pequeñas. Faith la contemplaba con el corazón roto.

—¿Por qué me odias tanto, Ellie? —le preguntó en voz queda.

Quería saberlo de verdad. Era incapaz de imaginar qué le había hecho para provocar aquella reacción.

—Odio lo que le has hecho a papá.

Por un instante, Faith se sintió tentada a contarle lo que su padre había hecho, a hablarle de la mujer que había traído a casa y del tanga que había dejado en su cama. Pero su propio sentido de la dignidad la obligó a no vilipendiar a Alex ante sus hijas, aunque la tentación se hacía más fuerte cada día, en particular frente a las acusaciones de Ellie. Sin embargo, no quería arrastrar a sus hijas a la guerra entre sus padres. Los principios morales de Faith prevalecían a toda costa, aunque a veces se sintiera estúpida por ello.

—Yo no le he hecho nada, Ellie. No sé cómo convencerte. Me parte el corazón

que tengas tan poca fe en mí.

—No debías haber vuelto a estudiar, nunca. Le destrozaste el corazón a papá.

Ni siquiera caía en la cuenta de lo ilógica que era la postura de su padre. Estaba bajo su influencia por completo.

—Me gustaría verte mientras estés aquí —dijo Faith, esforzándose por mantener la calma y no parecer tan digna de lástima como se sentía.

—No tengo tiempo —replicó Eloise, brutalmente—. Y quiero pasar tiempo con papá.

—¿Por qué no almorzamos juntas un día?

—Ya te diré algo —dijo Eloise, y luego bajó la escalera, ruidosamente, y se fue.

En cuanto la puerta se cerró de golpe detrás de su hija, Faith se sentó en la escalera y estalló en sollozos. Aparte de cuando Alex la dejó y de la muerte de Jack, era el peor día de su vida. Sentía como si hubiera perdido a su hija mayor. Ni siquiera tenía ánimos para llamar a Brad o a Zoe. Ni se molestó en encender las luces y, cuando oscureció, se fue a la cama.

Lo que Faith no sabía era que Zoe estaba en Nueva York, que se había reunido con Eloise y que habían tenido otra fuerte discusión. Zoe pensaba que era muy mezquino que Ellie traicionara a su madre y tomara partido por su padre. Habían discutido durante horas y luego Zoe cogió otro vuelo de vuelta a Providence. No quería que su madre supiera que había estado en la ciudad y que ella y Eloise se habían peleado de aquella manera. Estaba segura de que se disgustaría más todavía.

Según pasaban los días, Faith se sentía como si estuviera atrapada en aguas cenagosas. Trataba de seguir sacando buenas notas en la universidad y hacer las paces con Eloise, aunque sus esfuerzos no dieron resultado. Ellie volvió a Londres sin verla de nuevo. A los dos días de saberlo, Faith cayó enferma con gripe. Seguía en cama cuando le enviaron los papeles del divorcio. Su abogado aún no había llegado a un acuerdo con Alex sobre la casa. Alex se estaba portando como un auténtico malnacido y no cejaba en su empeño para que Faith se fuera. En medio de sus desgracias, ni siquiera tenía ánimos para escribir a Brad, quien la llamaba todos los días para ver cómo estaba y, a veces, ella ni siquiera cogía el teléfono. Se quedaba sentada, con la mirada perdida, escuchando su voz en el contestador.

—Estoy preocupado por ti —le dijo él, finalmente, después de que ella no quisiera hablar con él durante cuatro días.

La llamó a medianoche y ella cogió el teléfono.

—Estoy bien —dijo Faith, débilmente.

Todavía tenía tos, pero había vuelto a la universidad.

—Eso no es verdad. Por la voz, parece como si estuvieras tuberculosa y muy triste. —Sabía que Ellie había vuelto a Londres sin verla y se le revolvía el estómago. Estaba completamente manipulada por Alex y a Brad le disgustaba el efecto que eso tenía en Faith. Eran momentos muy malos—. Necesitas irte de vacaciones. Tendría que llevarte conmigo a África.

—Estoy segura de que a Pam le encantaría.

—Pues en realidad, sí, especialmente si fueras en su lugar. Odia los países del Tercer Mundo y el viaje le da terror. Nunca he visto tantos medicamentos y repelentes contra insectos en toda mi vida. Se lleva una maleta llena de fármacos y de comida envasada. Pam lo tiene que tener todo bajo control.

—¿Te obliga a viajar con esmoquin? —preguntó Faith, riéndose por fin. Brad siempre conseguía animarla.

—Es probable. En realidad, haré escala en Nueva York. Me reuniré con ella en Londres. Pam volará directamente hasta allí. Solo voy a estar en la ciudad un día y una noche.

Esta vez era verdad que tenía que reunirse con un abogado para hablar de un caso. Le preocupaba muchísimo la suerte de un chico a cuyo cargo estaba la defensa ya que, si lo declaraban culpable, podían condenarlo a la pena capital. Quería pedir consejo a un abogado que respetaba en Nueva York. Su intención era intercambiar impresiones con él personalmente, un par de horas, por lo menos.

—¿Puedes cenar conmigo, si sigues con vida para entonces? ¿Qué te tomas para esa tos?

—Nada. Los medicamentos contra la tos me dan sueño y tengo que entregar tres trabajos.

—Tengo noticias para ti. A los muertos no les ponen buena nota.

—Ya me lo temía —repuso ella, riendo—. ¿Cuándo vienes?

—El jueves. Piensa dónde quieres ir a cenar y reserva mesa, a menos que quieras que cocine para ti. —Estaba dispuesto a hacer lo que fuera solo por pasar un rato con ella y se alegraba de que Pam no quisiera viajar haciendo escala en Nueva York—. Tengo muchas ganas de ver a los chicos —comentó, pero en cuanto lo dijo, comprendió que le había recordado a Eloise y sintió haber sacado el tema.

—Yo tengo muchas ganas de verte a ti —confesó Faith.

Había pasado casi un mes desde la última visita de Brad a Nueva York.

—Yo también a ti, Fred. Cuídate —dijo, pensando en lo banales que sonaban sus palabras y sintiéndose preocupado de verdad por ella. Faith tenía demasiados problemas. Brad era consciente de que a todo eso se sumaba la tensión de saber los resultados de su examen para la facultad de derecho. Pero esa era la menor de sus preocupaciones, ya que no se los daban hasta el mes siguiente.

Cuando Brad llegó a la ciudad, tres días más tarde, Faith se encontraba mejor y casi se había curado de la gripe. Estaba delgada y pálida y más estresada que hacía un mes. No obstante, él sabía lo disgustada que se sentía a causa de Ellie y de la casa. Eso tenía mucho que ver con su estado de ánimo.

Faith había decidido preparar la cena para él, porque la verdad es que no tenía ganas de salir. Eso también preocupaba a Brad. Se las arregló para que fueran a Serendipity a tomar un *banana split* después de cenar, como postre. Puesto que Faith

no cenó casi nada, se alegró de ver que se lo comía todo. Lo había recibido como al hermano, tanto tiempo perdido, que era para ella y se había echado literalmente a sus brazos cuando entró en la casa y él había levantado su ligero cuerpo del suelo. Estaba incluso más delgada que antes.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en África? —preguntó Faith tomando una cucharada enorme de helado de chocolate.

Él sonrió mientras le limpiaba una diminuta mota de nata de la nariz.

—¿Cómo es posible que te manches tanto la cara? —la regañó, bromeando, y le dijo que estaría fuera dos semanas.

Le asustaba un poco la idea de no hablar con ella durante tantos días. Le gustaba saber cómo estaba y que ella pudiera contar con él. Cuando no estaba muy disgustada por algo relativo al divorcio o algo que Alex le hubiera hecho, hablaban o se enviaban *e-mails* casi cada día, desde hacía cinco meses. Ella formaba parte de las cosas permanentes de su vida y contaba con comunicarse con ella. No solo escuchaba sus problemas e inquietudes, sino que también le hablaba de los suyos. No le gustaba la idea de que ella no pudiera ponerse en contacto con él si lo necesitaba. Le había dado un papel con varios números escritos, pero eran teléfonos de contacto, donde podía dejar un mensaje y nada más. Igual que él no podía hablar con sus hijos en la reserva donde vivían, tampoco ella podría hablar con Brad mientras estuviera en África.

—Van a ser dos semanas muy largas sin hablar contigo —dijo Brad con voz lastimera.

Podía esperar en la cola de la oficina de correos durante horas, como hacían sus hijos, confiando en conseguir línea, pero la mayoría de veces, no tenían suerte. Además, no podría explicárselo a Pam de ninguna manera.

—Lo sé. Yo estaba pensando lo mismo —repuso ella, con expresión triste.

Siempre había tenido amigas, mujeres cuyos hijos habían crecido con sus hijas, y otras que estaban en los mismos comités que ella para obras de caridad. Sin embargo, desde la muerte de Jack se había vuelto muy solitaria. A Alex nunca le habían gustado sus amigos y cada vez le resultaba más difícil explicar por qué no se relacionaban con ellos. La única persona a quien se confiaba en la actualidad era Brad. Además, al volver a estudiar y desde que Alex iniciara los trámites del divorcio, se había apartado de todo el mundo, excepto de Brad. Sin duda, se había convertido en su mejor, en su único amigo.

—Será mejor que te portes bien mientras estoy fuera, Fred —le advirtió, mientras compartían el *banana split*—. ¿Me prometes que te cuidarás?

Estaba sinceramente preocupado por ella.

—Seguramente no, pero estaré bien. A lo mejor tengo noticias de la facultad de derecho antes de que vuelvas, aunque quizá sea todavía demasiado pronto.

—Solo sé buena. Come. Duerme. Ve a las clases. Habla mucho con Zoe.

Todavía no la conocía, pero por todo lo que Faith le había contado de ella, la

admiraba y pensaba que podía aconsejar bien a su madre. A Faith le parecía extraño que él fuera a Londres, la ciudad donde Eloise vivía pero a la que no podía ir a visitar ni llevarle ningún mensaje. Faith no dejaba de llamarla, varias veces a la semana, solo para mantener la puerta abierta, pero Ellie siempre se mostraba muy reacia. Las conversaciones eran breves y sucintas, eso cuando conseguía hablar con ella. La mayoría de veces, Ellie no cogía el teléfono, para evitar hablar con su madre. Era raro que Faith consiguiera llegar hasta ella.

Volvieron a casa paseando y él entró un rato. Esta vez se sentaron en el dormitorio y Brad encendió el fuego de la chimenea. Se acomodó en el confortable sillón donde Alex se había sentado siempre y acarició el cabello de Faith, sentada a sus pies. Había algo enormemente reconfortante y afectuoso en él. Faith no podía menos de pensar en lo afortunada que era su mujer, pero luego comprendió que Pam ya no veía ese aspecto de Brad ni quería verlo. Hacía años que lo mantenía a distancia y cualquier consuelo que necesitara lo conseguía de sus amigos, mientras que Faith disfrutaba del calor de todo el cariño acumulado que él tenía para dar.

—Voy a echarte en falta, Fred —confesó Brad, en voz baja.

Faith se apoyó a su lado, todavía sentada a sus pies, mientras él tendía la mano para cogerle la suya.

Permanecieron en silencio, de esa manera, durante largo tiempo, con la mirada fija en el fuego. Por vez primera, Faith era consciente de sentir por él algo que nunca antes había sentido. Era como si se abrieran las compuertas de una presa y una enorme oleada de sentimientos saliera, desbordada, hacia él. No tenía ni idea de qué hacer ni qué decirle ni de si era mejor no decir nada. Pero cuando levantó la mirada hacia él, de repente se asustó.

—¿Estás bien? —Él veía algo en sus ojos pero no comprendía de qué se trataba —. ¿Te pasa algo?

Faith se dijo, para sus adentros, que pasaba mucho y malo. No tenía derecho a sentir eso por él y nunca lo tendría. Se limitó a negar con la cabeza.

—De repente parecías asustada, ¿estabas pensando en la casa?

Sin saber qué responderle, ella asintió con la cabeza. Pero no se trataba de la casa, se trataba de él. De repente pensó aterrorizada que Zoe podía estar en lo cierto, no respecto a Brad, sino a ella misma. Era tan feliz con él que, de repente, quería más. Se estaba enamorando de Brad y sabía que, de enterarse, él se sentiría horrorizado, igual que lo estaba ella. Lo último que quería era alterar la tranquilidad de su vida, del mismo modo la suya se había visto trastornada. Fuera lo que fuera lo que sintiera por él, sabía que tenía que guardárselo para sí. Él no podía saberlo nunca.

Esa noche estuvo inusualmente callada y él lo observó. También él era cauto en su comportamiento y no actuaba de forma inapropiada. Quería que ella se sintiera cómoda y segura con él, como así era.

Era casi medianoche cuando él se fue. Tenía que levantarse temprano al día siguiente. Tras la reunión, iría directamente al aeropuerto, mientras ella todavía

estaría en clase. Le ofreció saltarse las clases y acompañarlo al aeropuerto, pero él no creía que fuera buena idea alterar su vida por él.

—En Londres te llamaré desde el aeropuerto y, después, tendremos que portarnos como chicos mayores durante dos semanas. ¿Crees que podrás?

No había otra alternativa, pero los dos estaban nerviosos ante la perspectiva de no poder comunicarse durante esas dos semanas. Faith sabía que el vínculo que habían establecido entre los dos era inusual y que se había convertido en adictivo para ambos. Iba a ser toda una prueba tener que arreglárselas sin él.

—Voy a sufrir síndrome de abstinencia por no hablar contigo —confesó.

—Sí, yo también.

Pero no podían hacer nada.

Brad la estrechó entre sus brazos durante unos minutos antes de marcharse, apretándola tanto que apenas podía respirar.

—Te quiero, Fred —le dijo, igual que hubiera hecho Jack.

Sin embargo, ella sentía mucho más por él. De algún modo, cuando ninguno de los dos miraba, Brad se había introducido a hurtadillas en su corazón y tenía que sacarlo de allí; él no debía enterarse. Faith sabía que era cosa suya, así que no le dijo nada a él. Le dio un beso en la mejilla y se quedó en la puerta diciéndole adiós con la mano, mientras él se alejaba.

Al día siguiente, Faith se levantó temprano y salió de casa antes de que dieran las siete y media. Recorrió a pie, bajo una lluvia helada, las dos manzanas que había hasta la iglesia de San Juan Bautista, en la avenida Lexington. Le pareció un castigo adecuado y lo que se merecía. Antes de que empezara la misa, fue a confesarse y habló en un susurro con el sacerdote. Sabía que tenía que confesarse. Tenía que decírselo a alguien. Era un descubrimiento horrible. Estaba enamorada de Brad, con todo su corazón y toda su alma, pero él estaba casado con otra mujer y tenía intención de seguir estándolo. Ella no tenía ningún derecho a poner en peligro su estabilidad, su matrimonio o su paz mental. En el confesionario reconoció ante el sacerdote que había abusado de la amistad fraternal que él le había ofrecido y que a partir de ese momento tenía que encontrar el camino de vuelta, olvidando lo que sentía por él.

El sacerdote le dio la absolución y le dijo que rezara diez avemarías, lo cual a Faith le pareció una penitencia demasiado leve. Estaba segura de que merecía un castigo mayor por los sentimientos que albergaba hacia él, así como por el dolor y los trastornos que podía causarle, si llegara a descubrirlos.

Rezó las diez avemarías y un rosario, usando el que él le había regalado y, mientras lo sostenía entre las temblorosas manos, solo podía pensar en él.

Todavía estaba profundamente alterada mientras volvía a casa bajo la lluvia. Cuando llegó y escuchó los mensajes en el contestador, había dos de Brad. La había llamado antes de salir del hotel para acudir a su reunión y le daba las gracias por la velada que habían pasado juntos. Su voz era tan suave como siempre y sus palabras

igual de amables. Sintió que la inundaba una oleada de amor por él mientras lo escuchaba y cerró los ojos con fuerza. En esos momentos se alegraba de que él se fuera a África y que no pudieran hablar mientras durara su estancia allí. Necesitaba tiempo para cambiar sus sentimientos por él y volver a verlo como un simple amigo. Disponía de dos semanas para arrancárselo del corazón y dejar que cicatrizara la herida.

Brad no telefoneó a Faith antes de que su vuelo saliera para Londres porque sabía que estaría en la universidad, pero pensaba en ella mientras esperaba en el aeropuerto y siguió pensando en ella después de que despegara el avión. Con la mirada fija en la ventanilla, no podía apartar sus pensamientos de ella. Su único deseo en la vida era poder permanecer sentado junto a ella, frente al fuego, como la noche anterior. Era lo que había querido siempre. Aunque sabía que nunca lo tendría. Por encima de todo, era consciente de que no tenía ningún derecho sobre ella. Faith merecía una buena vida, con alguien que la quisiera y que fuera bueno con ella. Él no tenía intención de divorciarse de Pam, y Faith se merecía algo más que una relación a medias con un hombre casado. Nunca le habría hecho una cosa así. Solo daba gracias porque Faith no tuviera ni idea de lo que sentía hacia ella, pero, a diferencia de esta, no tenía ningún deseo de borrar los sentimientos que habían crecido en su interior. Solo pensaba en ocultarlos y guardarlos como un tesoro. Aparte de lo que sentía por sus hijos, ella se había convertido en lo más importante de su vida.

Al cabo de un rato, se quedó dormido y siguió durmiendo la mayor parte del vuelo. Se despertó para comer y volvió a conciliar el sueño. Cuando se despertó, justo antes de que aterrizaran, estaba pensando en Faith otra vez. Tuvo la clara impresión de que había soñado con ella todo el vuelo.

El avión aterrizó justo después de la una, hora de Nueva York, y lo primero que hizo fue ir, directamente, a un teléfono y usar su tarjeta de crédito para llamarla. Quería decirle adiós otra vez, antes de reunirse con Pam en el hotel. Salían para Zambia esa misma noche.

El teléfono sonó dos veces y Faith lo cogió rápidamente y contestó con voz adormilada. Para ella era medianoche.

—Dígame.

No podía imaginar quién era y sonrió al oír la voz de Brad.

—Siento despertarte —dijo él disculpándose—. Solo quería despedirme de ti otra vez.

—¿Cómo fue tu reunión en Nueva York? —preguntó Faith, dándose media vuelta en la cama, mientras sujetaba el teléfono y abría los ojos.

—Muy bien. Mi amigo me dio algunos consejos muy interesantes. No sé si funcionarán, pero voy a hacer todo lo que pueda cuando vuelva.

Faith sabía lo mucho que le importaba aquel caso. Dos meses antes, había perdido un juicio y un chico de dieciséis años había ido a prisión, con una condena de cinco años. Brad había quedado destrozado; estaba convencido de que era culpa suya por no haber hecho mejor su trabajo.

—Sé que lo harás —le tranquilizó ella—. ¿Qué tiempo hace en Londres?

—Bajo cero. Mucho frío. Llueve. Lo habitual.

—Igual que en Nueva York —comentó ella sonriendo.

A su pesar, Faith se alegraba de que él la hubiera llamado.

—Ojalá pudiera ir a ver a Eloise en tu nombre. Me parece que conseguiría que me escuchara. Lo que sí es seguro es que me gustaría mucho intentarlo.

Pero ambos sabían que era imposible. Era un desconocido para Ellie.

—Ojalá pudieras. ¿Vas a hacer algo especial en Londres?

Era extraño pensar en él con Pam durante dos semanas. Sus vidas estaban tan separadas la mayor parte del tiempo que sospechaba que a ambos les resultaría difícil pasar el día entero juntos. En esos días casi eran unos extraños el uno para el otro. Lo único que tenían en común eran sus hijos.

—Poca cosa. Pam quiere ir de compras y yo creo que iré un par de horas a visitar el museo Británico. A lo mejor, la acompaño, pero ir de compras me saca de quicio, no tengo paciencia. —Entonces se le ocurrió algo—. Puede que vaya a la iglesia y encienda unas velas por ti y por Jack.

La idea de que lo hiciera la hizo sonreír, mientras permanecía a oscuras, escuchándolo.

—Se convierte en una adicción, ¿eh? —dijo.

Él se echó a reír.

—Sí, es verdad. Lo curioso es que creo en ello. Es como si, mientras esa pequeña luz siga encendida, fuera a pasarte algo especial y estuvieras a salvo. Quiero hacer eso por ti —dijo Brad cariñosamente.

—Ya lo haces. Pero también agradezco las velas. Siento no haber estado en casa cuando llamaste esta mañana. Fui a la iglesia muy temprano.

—Qué curioso. Tenía la sensación de que ahí era donde estabas. Anoche se te veía muy seria, Fred. ¿No te encontrabas bien?

Faith había estado pensando en él y en los sentimientos que le inspiraba y no tenía ninguna intención de decírselo; de lo contrario, tendría que volver a confesarse.

—Estoy bien —afirmó tranquilizándolo—. Es solo que me están pasando demasiadas cosas últimamente. Tengo mucho en que pensar.

—Lo sé. Por eso me preocupo por ti. —Luego, tras una pequeña pausa, suspiró y le dijo que sería mejor que fuera al hotel—. Cuídate mucho, Fred. Te llamaré dentro de dos semanas.

—Cuídate tú también. ¡Y pásalo bien!

Él colgó y ella se quedó en la cama pensando en él durante horas. Sacar a Brad de su corazón no iba a ser una tarea fácil. Igualmente arduo sería volver a verlo solo como un amigo. No tenía ni idea de qué hacer.

Brad llegó a Londres a las seis de la mañana, hora británica, y para cuando hubo pasado por aduanas, llamado a Faith y cogido la limusina para ir a la ciudad, eran casi las nueve. Pam estaba alojada en el Claridge desde la noche anterior, pero ya había salido cuando él entró en la habitación. Le había dejado una nota diciéndole que volvería a tiempo para ir al aeropuerto con él y que tenía todo el equipaje preparado.

Como de costumbre, llevaba demasiadas cosas.

Brad se duchó y afeitó, llamó al servicio de habitaciones para que le trajeran algo de comer, leyó el periódico y salió del hotel hacia mediodía. Fue al museo Británico, como le había dicho a Faith. A seis manzanas del museo, en Kingsway, descubrió una bella iglesia antigua; entró y encendió las velas que le había prometido, por ella y por Jack. Se quedó en la iglesia un buen rato, pensando en ella, y en su integridad y en lo mucho que deseaba poder hacer más por ella. Luego dio un largo paseo. Por fin, acabó en New Bond Street y se dedicó a deambular por varias galerías de arte. Entró en Asprey para admirar los animales de plata y las cosas de piel y entonces tropezó con Pam, que salía de Graff, uno de los joyeros más importantes del mundo.

—Si me dices que has comprado algo, me va a dar un ataque al corazón —aseguró Brad enfáticamente.

Ella se echó a reír.

—Solo he echado una ojeada —repuso Pam con aire inocente.

No quería decirle que había comprado un fino brazalete de diamantes y un reloj nuevo. Se lo enviarían a casa, así que no tenía que confesárselo a Brad.

Había una limusina del hotel esperándola y Brad volvió con ella. Tenía un aspecto muy elegante, vestida con un traje pantalón de color azul marino y una gabardina ribeteada de pieles. Era difícil imaginarla en África. Se la veía mucho más cómoda en Londres, sentada en una limusina.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Pam, amablemente, mientras regresaban hacia el hotel.

Brad se sonrió pensando en lo horrorizada que estaría si le dijera que había ido a la iglesia.

—He ido al museo Británico —respondió Brad, con aire inocente.

—Muy sensato —dijo ella, sonriendo, cuando se detenían frente al Claridge y el portero y un grupo de botones se apresuraban a ayudarlos.

El chófer había metido media docena de bolsas con compras en el maletero y Brad gimió al verlas.

—Espero que hayas comprado otra maleta para meter todo eso, si es que piensas llevártelo a África.

No podía ni imaginarse qué había comprado. Había bolsas de Gucci, Hermes, Saint Laurent y Chanel. Por no hablar de su visita a Graff.

—Me queda sitio en las maletas. No te preocupes —dijo ella.

Acto seguido, se dirigió al interior del hotel, seguida por los botones con sus bolsas.

Mientras cerraba la comitiva, Brad pensó en lo diferente que era de Faith. Era enérgica, segura de sí misma, no vacilaba en decir a los demás lo que tenían que hacer y daba la impresión, a todo el mundo, de que podía dirigir el mundo y de que lo haría, si le daban la más mínima oportunidad. Faith era infinitamente dulce, tranquila; tenía una actitud más delicada y siempre que estaba cerca de ella, Brad sentía una

sensación de paz. Cuando estaba con Pam, tenía la impresión de estar al borde de un volcán a punto de entrar en erupción. A su lado, se experimentaba la sensación de una tensión y energía inadecuadamente confinadas. Nunca sabía cuándo todo eso se volvería contra él.

No cruzaron una palabra mientras subían en el ascensor. Pam se volvió a mirarlo cuando entraban en la habitación. Le parecía como si no lo hubiera visto desde hacía mucho tiempo y, en cierto sentido, así era, aunque vivieran bajo el mismo techo.

—Es una lástima que los chicos estén en África —comentó Pam, sentándose en un cómodo sillón de orejas, en la salita de la *suite*. Pam siempre se alojaba en hoteles de lujo y reservaba *suites* grandes—. Ojalá estuvieran en un sitio más civilizado —añadió, quitándose los zapatos—, como París o Nueva York.

—No creo que eso resultara muy divertido para ellos —replicó Brad, abriendo una botella de vino de la nevera y ofreciéndole una copa a Pam.

—Es probable que no —repuso Pam y, sin apenas respirar, le soltó su siguiente pregunta.

Era una mujer inteligente y lo entendía bien. Sabía que tenía algo en la cabeza. Aunque no estaban muy unidos, tenía un instinto notable para saber lo que él sentía. Y no siempre de la mejor clase. A veces, lo único que quería era acorralarlo y demostrar que podía hacerlo.

—¿Qué tal Nueva York?

—Muy bien —respondió Brad, con aire satisfecho—. Me resultó muy útil cambiar impresiones con Joel Steinman, sobre ese caso de pena capital que tengo.

—Me alegro. —Pam no se interesaba nunca por su trabajo, como tampoco él se interesaba por el de ella—. ¿Cómo estaba tu amiga?

Bingo. Lo vio en sus ojos y no importaba lo que él dijera a continuación.

—¿Faith? —No iba a esconderse de ella ni darle la satisfacción de que lo descubriera más tarde—. Bien. Cené con ella anoche.

—¿Ya se ha dado cuenta de que estás enamorado de ella? —preguntó Pam fríamente.

Brad satisfacía todas sus expectativas. Respetabilidad, compañerismo dentro de unos límites y la comodidad que suponía un matrimonio estable y duradero. Le habría molestado divorciarse, tanto como a él. Esa era la razón de que siguieran juntos. Para los dos las cosas ya estaban bien así. Sin embargo, a él no le gustó la naturaleza de la pregunta ni su tono.

—No, porque no lo estoy. —Pam lo había descubierto antes que él, pero él no tenía la intención de admitirlo. En su fuero interno, sabía que ella estaba en lo cierto, pero reconocerlo habría sido peligroso para todos los implicados. Por encima de todo, debía proteger a Faith—. Ya te lo he dicho, somos viejos amigos.

—No consigo dilucidar si te mientes a ti mismo, a mí o a ella. Seguramente, a los tres.

—Bonito cuadro acabas de pintar —recriminó Brad, con aire irritado, mientras

tomaba otro sorbo de vino.

Pam se tomaba el suyo al tiempo que lo observaba.

—No te pongas tan tenso —dijo Pam bromeando—. Debes de estar enamorado de ella, si estás tan a la defensiva. No tiene importancia, Brad. Los dos hemos pasado por eso antes. ¿Por qué estás tan susceptible? ¿Qué tiene esta mujer tan sagrado?

—Es la hermana de mi mejor amigo, que da la casualidad de que está muerto. Crecimos juntos. Es como una hermana pequeña para mí. Me parece de mal gusto que hagas esa clase de alusiones sobre ella.

—Perdona mi mal gusto, cariño. Ya me conoces. Digo las cosas tal como las veo. Y te conozco. Creo que sientes algo por ella. No pasa nada. Si a mí no me preocupa, ¿por qué diablos tendría que preocuparte a ti?

A Pam le gustaba entrometerse en su vida sin tacto ni sensibilidad. Era la razón de que su matrimonio finalmente no hubiera funcionado. De una u otra manera, no tenía la menor consideración para con sus sentimientos. Esa era una de las cosas que le gustaban de Faith. Era amable con él y con todo el mundo. Pam era muy dura con la gente, especialmente con él.

—¿Por qué no dejamos este tema durante el resto del viaje? Nos irá mucho mejor si no hablamos de eso.

Estaban a punto de pasar más tiempo juntos y en un espacio más reducido de lo que habían estado desde hacía años. En San Francisco, siempre podían escaparse el uno del otro y cada uno tenía su propia vida. En ese viaje, convivirían como si fueran hermanos siameses y a Brad no le entusiasmaba.

Se las arreglaron para evitar disputas durante las dos horas siguientes. Pam se bañó, Brad durmió un rato y pidieron unos sándwiches al servicio de habitaciones, antes de salir para el aeropuerto. Iba a ser una noche muy larga. Tenían un viaje de doce horas por delante. Aterrizarían en Lusaka, en Zambia, y, desde allí, tenían que coger otro avión hasta Kalabo, al otro lado del río Zambezi, en las cataratas Victoria. Los chicos habían prometido recogerlos con una camioneta para llevarlos al parque nacional donde vivían y trabajaban.

Pam desapareció mientras esperaban en Heathrow, porque quería echar una ojeada a las tiendas, y Brad fue a comprar un libro. Probó a llamar a Faith, pero había salido. Así que le dejó un mensaje, enviándole su cariño. Pam y él se reunieron de nuevo, media hora más tarde, en la puerta de embarque y ella le dio una cajita envuelta con papel de regalo.

—¿Qué es?

—Un regalo para ti —respondió, con aire de disculpa—. Siento haberte hecho bromas respecto a tu amiga.

Algunas cosas eran tema tabú y empezaba a pensar que ese era el caso con aquella mujer, lo cual solo confirmaba su impresión, pero prefería hacer las paces con él antes de emprender el viaje.

—Gracias, Pam —dijo, agradecido, y al abrir la caja vio que era una pequeña cámara japonesa con objetivo panorámico. Era perfecta para el viaje—. Es un regalo estupendo. Gracias.

Por un momento, recordó que en un tiempo se habían gustado y habían sido amigos, pero de eso hacía años. Habían pasado muchas cosas entre ellos y demasiadas decepciones para que fuera posible reavivar algo más que la amistad. Pero para ese viaje, por lo menos, eso era suficiente.

Se acomodaron en sus asientos en el avión, encargaron la cena y eligieron películas de sus pantallas individuales. Pam sacó un montón de revistas de moda que había comprado y algunos papeles del despacho. Antes de marcharse, estaba trabajando en algunos asuntos importantes y su padre le había prometido ocuparse de ellos en su nombre. Era el único en quien confiaba dentro de la empresa; a excepción de él, solo confiaba en sí misma. Pese a todos los demás abogados y personas capacitadas que la rodeaban, era una orquesta de un solo hombre. Pam no trabajaba bien en equipo. Igual le pasaba a Brad. Tampoco habían confiado el uno en el otro cuando trabajaban juntos. Él se encargaba de sus propios clientes y ella de los suyos. Además, discutían constantemente por asuntos del trabajo. Era una de las muchas razones de que se marchara. Eso y el hecho de que estaba atado con una correa, con el otro extremo en manos de Pam y su padre. La situación se le hizo insoportable a Brad. En parte, por eso Pam se puso tan furiosa con su marido cuando se fue, porque perdía el control sobre él. Esa era una de las cosas que a Brad más le gustaban de trabajar por su cuenta. Era su propio jefe y ya no tenía que dar explicaciones ni a ella ni a su padre.

Hablaron muy poco durante el viaje y los dos tenían un aspecto agotado cuando llegaron al primer aeropuerto. Ninguno de los dos había dormido. Por su parte, en lo único que Brad podía pensar, mientras miraba la película que había seleccionado, era en Faith. Habría preferido morir antes que reconocerlo, pero Pam tenía razón. No podía sacársela de la cabeza. Le preocupaba su estado de ánimo y su bienestar y lo que Alex le estaba haciendo. Temía que le hiciera algo realmente horrible en su ausencia. Sufría por ella debido a la traición de Ellie. Solo era capaz de pensar en los diez mil problemas que podría estar teniendo, mientras él no estaba allí, y en que no había medio alguno de que se pusiera en contacto con él.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Pam, sin miramientos, mientras esperaban el siguiente vuelo.

—Estoy cansado.

—Yo también. Confío en que los chicos aprecien que hayamos hecho este viaje. Estoy empezando a pensar que tendríamos que haber esperado a que volvieran a casa.

Pero Brad los echaba mucho de menos y les habían prometido ir. Había convencido a Pam de que sería un viaje estupendo, pero ella ya se estaba preocupando por la comida e incluso por el agua embotellada, cuando cogieron el segundo vuelo. Esta vez, ambos se quedaron dormidos, de puro agotamiento.

Llegaron a Kalabo por la mañana. Los dos se despertaron en el mismo momento, cuando el avión aterrizó. El amanecer era increíble, con el cielo teñido de rosa y naranja al asomar el sol por encima de las montañas; incluso pudieron ver manadas de animales reunidos en las llanuras. Brad no había visto nada igual en toda su vida. El terreno parecía extenderse sin límites y solo había algunas carreteras y vehículos. También había media docena de nativos medio desnudos, de pie cerca de las pistas, esperando a quienes bajaban del avión.

—Bueno, ahí vamos —comentó Pam, con aire nervioso—. Tengo la sensación de que ya no estamos en Kansas, Totó^[4] —añadió y Brad se echó a reír.

Pam no era una persona a la que le gustara que la sacaran de su ambiente o de los lugares donde sentía que tenía el control. Y aquel distaba mucho de todo lo que conocía. A Brad no le importaba dónde aterrizaran o lo que tuvieran que hacer para llegar hasta allí. Hacía nueve meses que no veía a sus hijos y eso era suficiente para él. Habría ido al fin del mundo sin pestañear con tal de verlos.

Bajaron la escalerilla hasta la pista y entraron en la terminal para pasar la aduana, que consistía en un hombre descalzo con una camisa con charreteras y pantalones cortos, blancos. Tenía una cabeza que parecía una talla africana y los miró con aire adusto, mientras comprobaba sus pasaportes. Luego les hizo un gesto para que pasaran. El oficial de aduanas tenía la clase de cara y la actitud que habría aterrorizado a Pam de haber ido sola. Únicamente pensaba en volver al Claridge y luego irse a casa. La consolaba saber que vería a Dylan y Jason, pero, en su opinión, el viaje era un precio demasiado alto por ver a sus hijos.

Brad soltó un grito de alegría en cuanto los vio. Estaban esperando fuera, junto a una camioneta, y cuando Pam y Brad aparecieron, corrieron hasta ellos y los abrazaron. Los dos eran altos y apuestos, con el pelo rubio aclarado por el sol y la cara tan bronceada que parecían nativos. Eran idénticos y se parecían a Brad en todo, incluso en el hoyuelo de la barbilla, salvo por el pelo rubio, cuyo origen nadie había conseguido explicar, excepto por algún pariente lejano y desconocido. Brad siempre decía que debía de haber algún sueco en el árbol genealógico. Habían sido muy rubios de bebés y de niños. Al verlos, Brad se dio cuenta de que tenían el mismo color de pelo que Faith. Otra cosa más que se la recordaría, incluso allí.

—Tenéis un aspecto fantástico —dijo riendo, satisfecho.

Se habían ensanchado y, debido al trabajo que hacían, los músculos de la espalda, los hombros y los brazos se habían fortalecido. Tenían aire de culturistas con sus camisetas y tejanos. Incluso Pam parecía entusiasmada una vez que estaba allí. Era estupendo volver a verlos a los dos.

—Tú también tienes muy buen aspecto, papá —repuso Dylan, mientras Jason ayudaba a cargar el equipaje de su madre.

Solo Brad era capaz de distinguirlos. Siempre había jurado que eran muy distintos. Pam nunca estaba segura de con quién estaba hablando y, cuando eran pequeños, había resuelto el problema poniéndoles zapatillas de colores diferentes,

que ellos pronto aprendieron a intercambiarse. Sin embargo, incluso en el presente, de adultos, era difícil saber quién era quién. Jason era medio centímetro más alto, pero eso no resultaba fácil verlo a simple vista.

Desbordaban de información y datos interesantes, mientras se dirigían hacia el parque nacional Liuwa Plain, cerca del río Zambeze, donde vivían y trabajaban. Les explicaban el paisaje, según lo iban viendo, les decían los nombres de los animales, cuando pasaban cerca de ellos, y les hablaban de las tribus que vivían en la zona que había a lo largo de la carretera. Lo que estaban viendo era exactamente lo que Brad había esperado y se alegraba de haber ido. Comprendió, mejor que nunca, lo extraordinaria que era aquella experiencia para sus hijos. Sabía que nunca la olvidarían y que les costaría mucho adaptarse cuando regresaran a casa. Estaba previsto que volvieran en julio, aunque hablaban de pasar un año en Londres o, quizá, seis meses viajando por Europa, antes de ir a la universidad o buscar trabajo. Pam estaba decidida a presionarlos para que cursaran la carrera de derecho, pero después de lo que estaban viendo, Brad no creía que tuviera la más mínima posibilidad de conseguirlo. Habían abierto los ojos a un mundo más amplio y ninguno de los dos había expresado, nunca, interés alguno por la abogacía ni por trabajar para su madre al acabar la carrera.

Tardaron cuatro horas, circulando por estrechas carreteras y pistas llenas de surcos, en llegar a la reserva de animales del parque nacional y, para cuando llegaron, Pam ya estaba empezando a parecer nerviosa. Tenía la clara impresión de que estaban en el fin del mundo y era verdad. A Brad le encantaba, igual que a sus hijos. Ella tenía aspecto de querer irse a casa. Aún fue peor cuando llegaron. Los empleados de la reserva vivían en tiendas plantadas al aire libre. Había dos edificios estrechos, uno que servía como sala de recepción y oficina y el otro como comedor. Además, había dos *bungalows* diminutos para los invitados. Los chicos habían preparado uno de ellos para sus padres, pero Brad dijo que prefería dormir con ellos en su tienda.

—¡Yo no! —exclamó Pam, rápidamente, y todos se echaron a reír.

Había una ducha en el exterior, que era en realidad una tienda grande con una manguera, y retretes exteriores que servían como letrinas. Lo cierto es que se trataba de una de las reservas con más comodidades de la región, aunque no tantas como algunas de Kenia, que Pam habría preferido. En su opinión, era imposible vivir peor.

—Dios mío —murmuró entre dientes, cuando Dylan abrió una puerta para enseñarle las letrinas—. ¿Eso es todo? —preguntó, rezando para que cayera un cuarto de baño del cielo.

La idea de pasar dos semanas allí estuvo a punto de hacer que se echara a llorar.

—Estarás bien —dijo Brad, con calma, dándole unas palmaditas en la espalda.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿De quién fue la idea? —le dijo en un susurro cuando los chicos fueron a buscar mantas y almohadas para ellos.

Brad se echó a reír.

—De tus hijos. Querían que viéramos dónde han vivido durante los últimos nueve meses. Te acostumbrarás, te lo prometo.

—No cuentes con ello.

Brad la conocía lo bastante bien para saber que seguramente tenía razón, pero también sabía que lo intentaría. Estaba malcriada y le gustaban las comodidades, pero, si se veía obligada, era capaz de tener espíritu deportivo y hacer el esfuerzo por los chicos, aunque casi se desmayara, cuando vio la primera serpiente. Los chicos le advirtieron de que había insectos voladores del tamaño de un puño que por la noche intentarían acribillarla en el dormitorio. Solo oír hablar de ellos le dieron ganas de chillar o hacer las maletas y volver a casa.

Pasaron la primera noche al aire libre, sentados alrededor del fuego, escuchando los ruidos de la aterciopelada noche africana. Brad no había visto nunca nada igual y le encantó. Al día siguiente, fue con sus hijos, en coche, por carreteras de arena, hasta Lukulu, que estaba bastante lejos y donde había un mercado. Pam se quedó en el campamento. No quería aventurarse muy lejos. Le venían imágenes de la camioneta embestida por un rinoceronte, atacada por un león o volcada por un búfalo de agua, y no andaba muy equivocada. Algunas de esas cosas habían pasado, pero, en general, la gente de la reserva sabía lo que hacía y, para entonces, también lo sabían sus hijos. Brad volvió entusiasmado con todo lo que habían visto.

Durante la primera semana, los días parecieron pasar volando. Lo único que Brad echaba en falta era un teléfono para poder llamar a Faith y contarle lo que había visto. Pam anhelaba un cuarto de baño y una ducha, pero, después de los primeros días, dejó de quejarse.

Los chicos los llevaron, también, a Ngulwana, en la otra orilla del río que cruzaba el parque, donde habían trabajado abriendo zanjas, construyendo casas y restaurando una iglesia que estaba casi en ruinas. En aquel momento, estaban ayudando a construir un dispensario médico, donde un médico acudía una vez al mes para tratar a los lugareños enfermos o heridos. El hospital más cercano estaba en Lukulu, a dos horas de viaje en la estación seca, y era necesario el doble de tiempo en la estación de las lluvias, si es que se podía llegar. La otra opción era una avioneta. Pam comentó que no era un buen sitio para caer enfermo y Brad estuvo de acuerdo, pero también estaba impresionado por la cantidad de trabajo que sus hijos habían hecho por aquella gente. Además, todo el mundo parecía conocerlos y quererlos. Muchas personas los saludaban y les sonreían al pasar. Tanto Pam como Brad estaban tremendamente orgullosos de ellos.

Para la segunda semana, Brad se había enamorado de África, de su gente, de los sonidos, los olores, las cálidas noches, las increíbles salidas y puestas de sol, y de esa luz que era imposible de describir. Siempre tenía la cámara bien a mano y, de repente, comprendió por qué a sus hijos les gustaba tanto estar allí. Era mágico y a él le habría encantado pasar un año en aquel lugar. Pam, esforzándose para estar a la altura, había comido todo lo que le habían dado, había aprendido a ducharse en la tienda al aire

libre, seguía haciendo una mueca cuando usaba las letrinas, chillaba cuando veía los insectos y, aunque quería mucho a sus hijos, no veía el momento de volver a casa. Aquello no era para ella. La última noche, tenía una expresión de gozoso alivio.

—Mamá, te has portado muy bien —la felicitó Jason.

Dylan le dio un abrazo.

Era Brad quien sentía marcharse. Había pasado las dos semanas durmiendo en la tienda con ellos, saliendo en el coche con ellos por la noche y levantándose con ellos antes del amanecer. Había visto cacerías y estampidas, así como un abrevadero donde iban a morir los elefantes viejos. Había visto cosas que solo conocía por los libros o por haberlas soñado. Fue una vivencia que sabía que no olvidaría nunca y le había encantado compartirla con sus hijos. Además, el viaje de sus padres había significado mucho para ellos. También habían tenido más de que hablar y que confiarle que en muchos años. Le habían dicho que, como él ya sospechaba, no tenían ningún interés en estudiar derecho, pero tenían miedo de decírselo a Pam. Dylan estaba pensando en hacer la carrera de medicina y quería volver a trabajar en los países del Tercer Mundo, con los niños que sufrían enfermedades tropicales. Jason quería realizar algún tipo de trabajo en la salud pública, a mayor escala, pero todavía no sabía qué. En los dos casos, aún les quedaban años de estudios por delante y querían empezar pronto, probablemente al año siguiente. En los dos casos, de los estudios de derecho ni pensarlo.

—¿Quién se lo va a decir a mamá? —les preguntó Brad, pinchándolos durante uno de sus paseos antes del alba.

—Te toca a ti, papá —respondió, Dylan, también en broma—. Pensamos que tú eres quien tiene más experiencia en darle malas noticias.

—Pues muchas gracias, chicos. ¿Y cuándo esperáis que le dé esa insignificante noticia?

Pam ya los había imaginado trabajando en la firma de su abuelo; lo había planeado desde que eran pequeños. Los únicos que no eran de la misma opinión eran Dylan y Jason.

—Pensábamos que podrías decírselo cuando os marchéis de aquí —dijo Jason, riendo.

—Qué ilusión. Tendría que dejar que vosotros dos hicierais vuestro propio trabajo sucio. Ya sois mayorcitos.

No obstante, al final estuvo de acuerdo. Se lo diría en algún momento, cuando ya estuvieran de vuelta en casa, pero decidió darle algo de tiempo para que se recuperara del viaje. En los últimos dos días, sufría de una leve disentería y estaba cada vez más desesperada por volver a casa.

El día que se fueron, Pam tenía un aspecto como si acabara de salir de la cárcel. Salvo por haber visto a sus hijos, no había sido su viaje favorito. Había estado inquieta, nerviosa e incómoda todo el tiempo. Imaginaba que, por todas partes, acechaba todo tipo de posibles peligros y enfermedades y casi no había podido

disfrutar de los sonidos, olores y de las vistas. Brad había disfrutado por los dos y le habría encantado volver otra vez, pero los chicos se marchaban tres meses más tarde. Deseaba haber ido antes, para poder hacer un segundo viaje, sin Pam. Era agotador tener que tranquilizarla constantemente, pero él era paciente y comprensivo con sus miedos. Era un gran esfuerzo para ella, que habría preferido ir a Hawai, Londres o Palm Springs. África era demasiado para Pam, sencillamente. Cuando se fue, tenía los nervios a punto de estallar y se despidió de sus hijos abrazándolos con un evidente alivio.

—Gracias por venir, mamá —dijeron los dos, afectuosamente.

Sabiendo cómo se sentía, lo apreciaban todavía más. Brad la respetaba por haber hecho el esfuerzo. El viaje no los había unido más, pero sí había reforzado los lazos entre él y sus hijos. Estaba entusiasmado por haber compartido aquel tiempo en África con ellos.

—Nos veremos en casa —dijo Pam, acentuando la palabra «casa».

Todos se echaron a reír.

—Volveremos en julio —prometieron Dylan y Jason.

Ya habían aceptado pasar en casa una temporada, antes de marcharse de nuevo, bien de viaje, o bien para trabajar en Europa durante un año. Dylan quería ir a Australia y Nueva Zelanda. Jason trataba de convencerlo para pasar un año en Brasil. En cualquier caso, estaba claro que todavía no estaban dispuestos a echar raíces.

—Tienen que empezar a pensar en hacer la carrera de derecho o, por lo menos, presentar la solicitud si quieren entrar en una buena universidad —se quejó Pam a Brad cuando subieron al avión, y él asintió.

Sabía que era demasiado pronto para darle las malas noticias. Ni siquiera habían salido de África todavía. Pam pareció inquieta durante todo el vuelo hasta Lusaka, donde se quedó sentada, en el aeropuerto, con aire desdichado y molestias en el estómago. No se encontraba bien. Se sintió mejor en el vuelo a Londres y pareció renacer en cuanto llegaron al Claridge, donde pasarían la noche antes de volar a casa. Iban a ir directamente por la ruta del polo, sin parar en Nueva York, y Brad regresaba a casa con ella. Para él, el viaje había sido estupendo y se sentía como un hombre nuevo. Tenía la impresión de haber conquistado el mundo. Pam solo daba gracias por haber sobrevivido.

—No voy a ir a verlos al Brasil —aseguró Pam, con tono firme mientras se metía en la immaculada cama.

Había estado en el baño una hora, frotándose el pelo y las uñas. Se había sentido mugrienta durante dos semanas y en esos momentos se sentía como una reina en la enorme cama. Le dio las buenas noches a Brad, apagó la luz y se durmió.

Brad se fue a la salita a leer. Esperó otra hora hasta que Pam estuvo profundamente dormida y entonces llamó a Faith, que cogió el teléfono al segundo timbrado y se sintió feliz de oír su voz. Casi tanto como él de oír la de ella. En cuanto la oyó, se preguntó cómo había podido estar dos semanas sin hablar con ella.

—Por la voz, te noto estupendamente, Fred. ¿Todo va bien?

—Muy tranquilo —respondió Faith, con tono sereno y saludable. Para ella, era por la tarde y estaba haciendo un trabajo para la universidad cuando él llamó—. ¿Qué tal el viaje?

—Increíble. Ni siquiera soy capaz de describírtelo. Un país maravilloso. Te enviaré fotos. Quiero regresar en cuanto pueda.

Faith se alegró por él. Había estado muy preocupada, pero tuvo que dar por sentado que estaba bien. También se había preguntado, con una inquietud silenciosa, si habría sido una segunda luna de miel para él y Pam. Rezó porque lo fuera, por el bien de Brad, pero una parte de ella, malvada y egoísta, se dijo, esperaba que no fuera así.

—¿Cómo has encontrado a los chicos?

—Fantásticos. Más altos, guapos, fuertes y felices. Es lo mejor que les ha pasado en la vida. Ojalá yo hubiera hecho algo parecido cuando tenía su edad, pero carecía de su valor.

—¿Daba mucho miedo? —preguntó ella, con una voz impresionada.

Él se echó a reír.

—A mí, no me lo pareció, pero no creo que haya dinero bastante en el mundo para convencer a Pam de volver. La verdad es que no era un viaje para ella. Dormía en una pequeña cabaña y se pasaba la noche aterrorizada. Además, se encuentra mal desde hace un par de días. Yo dormí en la tienda con los chicos.

A Faith le gustó oír aquello y luego se sintió mezquina. Había estado rezando durante esas dos semanas, pero no le había servido de nada. Incluso habló con un sacerdote, fuera del confesionario, y le explicó sus sentimientos por Brad. El sacerdote le dijo que rezara a san Judas y que los milagros existían, lo cual solo logró confundirla aún más. El único milagro que necesitaba era dejar de estar enamorada de él. Volver a los días en que Brad solo era un amigo para ella. No podía permitirse otros sentimientos y, hasta aquel momento, san Judas no la había ayudado. El corazón le dio un vuelco cuando oyó su voz. Incluso había rezado rosarios todos los días, pero con el rosario que él le regaló y que por tanto se lo recordaba. Era su mayor lucha interna en esos días. Las batallas cotidianas tenían que ver con el divorcio. Alex le estaba amargando la vida, pero empezaba a acostumbrarse. Además, tenía una noticia importante para Brad.

Dejó que la pusiera al corriente sobre el viaje y luego, con una gran sonrisa, le comunicó que tenía una sorpresa que darle.

—Déjame que lo adivine. —Brad se concentró, feliz solo por el hecho de estar hablando con ella. Eran muchas las cosas que quería compartir con ella y no podía recordarlas en esos momentos. Eran demasiadas y estaba extremadamente cansado—. Has sacado sobresaliente en los exámenes.

—Sí, casi. En realidad he sacado notable alto en una asignatura y sobresaliente en otra, pero no se trata de eso.

—Ellie se ha disculpado, porque ya se ha dado cuenta de que su padre es un falso.

—Todavía no —repuso Faith con voz de pronto triste.

—No lo sé. Dame una pista.

Pero Faith estaba demasiado emocionada para eso. Hacía diez días que lo sabía y se moría por contárselo. Zoe y ella habían salido a cenar el fin de semana anterior para celebrarlo.

—Me han admitido en la facultad de derecho de la Universidad de Nueva York.

—¡Hurra! Es fantástico. Fred, estoy muy orgulloso de ti.

—¡Yo también! ¿No es genial?

—Es estupendo. Sabía que lo lograrías. ¿Y Columbia?

—Todavía no sé nada. Envían las contestaciones la semana que viene, pero, de todos modos, prefiero Nueva York. Además, ya estoy allí. Y funciona bien.

Hablaron un rato más y ella lo puso al día de lo relativo al divorcio. Alex seguía acosándola respecto a la casa, pero ya había aceptado que se quedara más tiempo, mientras negociaban el acuerdo. Faith no quería que le pagara una pensión, aunque tenía derecho a ello. Solo quería la casa, sin condiciones, y parte de sus inversiones. No le pedía mucho, teniendo en cuenta el patrimonio de Alex. Su madre le había dejado lo suficiente para arreglárselas. Además, sabía que en unos años ganaría un buen salario como abogada. Al contrario de lo que pensaba Eloise, pedía muy poco. Incluso su abogado era de la opinión de que debía exigir más, pero ese no era el estilo de Faith. Brad lo sabía muy bien, era la honradez personificada.

Hablaron casi durante una hora y, finalmente, pese a lo mucho que le gustaba hablar con ella, Brad empezó a bostezar y ella le dijo que se fuera a dormir. Salían para San Francisco al día siguiente, a mediodía, y llegarían a casa hacia las seis de la noche, según el horario de Nueva York.

—Te llamaré o te enviaré un *e-mail* cuando llegue.

—Gracias por llamarme —dijo Faith.

Habían sido dos semanas interminables sin él, pero había sobrevivido. Las buenas noticias de la facultad le habían levantado el ánimo, pese a las tonterías de Alex. Hacía una semana que no hablaba con Eloise; cada vez resultaba más difícil hablar con ella. Ellie apoyaba incondicionalmente a su padre. Lo que más le dolía a Faith, como le había dicho a Brad, era la manera en que Alex había conseguido arrancarla de su vida, como si ella nunca hubiera existido ni importado ni hubiera sido su esposa.

Sencillamente, la había borrado como si fuera tiza en una pizarra. La había eliminado. Le iba a resultar muy difícil volver a confiar en alguien. Ni siquiera podía imaginar la vida con otro hombre ni iniciar una relación. En esos días solo deseaba dedicarse a los estudios, ir a la iglesia y ocuparse de sus hijas. Para eso, era imprescindible que no perdiera la cabeza respecto a Brad. Estaba decidida a hacerlo. Lo mismo le sucedía a él. Por intensa que fuera la atracción mutua que sintieran y lo ignorantes que fueran cada uno de los sentimientos del otro, los dos estaban

absolutamente decididos a mantenerse dentro de los límites de la amistad. Pero ninguno de los dos llegaba a ninguna parte con sus constantes esfuerzos.

Hacia finales de abril, dos semanas después de que Brad volviera, cuando Zoe llegó de Brown para pasar el fin de semana, Alex la invitó a cenar. La joven estaba con su madre, como siempre, y no quería ir a ningún sitio con él, pero Faith le recomendó que fuera.

—¿Para qué, mamá? —Zoe parecía irritada cuando colgó el teléfono. La verdad es que quería salir con sus amigos—. Solo va a decir cosas desagradables de ti.

—Sigue siendo tu padre y no has cenado con él desde hace tiempo. Puede que intente salvar la brecha que hay entre vosotros.

Como siempre, Faith era mucho más justa con él que él con ella. Alex seguía envenenando a Eloise en contra de su madre. Faith quería ir a visitarla, en cuanto acabara el curso. Solo faltaban unas semanas para el final del semestre. Zoe estaría en casa a mediados de mayo. Faith la había invitado a ir con ella, si finalmente viajaba a Londres a ver a Eloise.

Al final, Zoe aceptó cenar con Alex, en un pequeño restaurante francés que a él siempre le había gustado. Era evidente que trataba de hacer un esfuerzo por congraciarse con ella. Zoe llevaba un vestido que le había prestado su madre y se había recogido el pelo en una trenza a la francesa. Estaba guapa y tenía un aspecto joven y lozano. Hacía unas semanas que había cumplido los diecinueve años y cada día estaba más bonita.

Al acercarse a la mesa, se sobresaltó al ver que su padre no estaba solo. Había una mujer con él. Alex las presentó con una sonrisa amplia y feliz en la cara. Zoe pensó que su padre estaba haciendo el ridículo. Alex le doblaba la edad a la chica.

—Leslie, me gustaría que conocieras a mi hija Zoe... Esta es Leslie James.

Zoe pensó que debía tener poco más de veinte años, aunque era algo mayor. Llevaba un vestido muy ajustado y escotado y tenía el pelo negro. Si Faith hubiera estado allí, habría podido decirle la clase de ropa interior que llevaba, aunque no lo habría hecho.

Mientras su padre pedía el vino charlaron, incómodas, durante unos minutos y Zoe se sentía violenta. Enseguida, Zoe cayó en la cuenta de que Leslie trabajaba en la empresa de su padre. Zoe pensó que era de mal gusto que la incluyera a ella, su hija, en una cita.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando allí? —preguntó Zoe, esforzándose por ser educada y deseando no estar allí.

—Unos catorce meses. Desde que me vine de Atlanta, con mi hija.

Zoe notó entonces que tenía un ligero acento sureño y, a falta de algo más que decir, le preguntó por la edad de su hija. Quería irse de allí con todas sus fuerzas.

—Tiene cinco años —respondió Leslie, sonriendo y con un aire muy joven, mientras Alex la miraba, orgulloso.

Era como si quisiera que Zoe la admirara también, lo cual era un completo error

por su parte. Zoe se sentía desleal con su madre solo por estar allí.

—Es una niña preciosa —añadió Alex, orgullosamente, mientras Zoe sentía vergüenza ajena—. Es adorable.

Era evidente que su padre había establecido una relación con la madre y la hija.

—Está aprendiendo francés. Va a un parvulario francés. Tu padre pensó que sería bueno para ella.

Zoe enarcó una ceja, pero se controló inmediatamente. No recordaba que su padre se hubiera interesado nunca por la escuela a la que ella iba.

—¡Qué agradable para ella! —dijo Zoe y tomó un sorbo de vino.

Leslie había pedido champán. Zoe por poco se atragantó al oír el comentario de Leslie.

—Esta es una noche especial para nosotros —anunció Leslie, mirando a Alex, con una sonrisa tímida.

Él pareció ligeramente incómodo, aunque la idea de invitar a Zoe a cenar con ellos había sido idea suya. Quería que sus hijas la conocieran.

—Es nuestro aniversario —añadió Leslie, echándose la melena hacia atrás, mientras Zoe la miraba.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de aniversario? —preguntó Zoe.

No serían más de uno o dos meses, lo cual le parecía penoso.

—Hace un año que salimos. Esta noche hace un año que tuvimos nuestra primera cita.

Alex pareció quedarse paralizado durante un momento y luego fingió no haberlo oído. No podía hacer otra cosa, mientras Zoe se quedaba mirándolos fijamente.

—¿Lleváis un año saliendo?

La voz de Zoe había subido hasta convertirse en un chillido agudo.

—No exactamente —intervino Alex—. Creo que Leslie quiere decir que nos conocemos desde hace un año. Nos conocimos poco después de que viniera aquí a trabajar.

—Eso no es verdad. Esta noche es el aniversario de nuestra primera cita —insistió Leslie, y parecía dolida porque él no se acordara o no quisiera admitirlo.

Zoe se puso pálida.

—Eso es muy interesante, porque mi padre dejó a mi madre hace dos meses. Entiendo que vosotros dos llevabais saliendo bastante más tiempo.

—Sí, así es —dijo Leslie, sonriendo.

Ante aquello, Zoe se puso en pie y, sin querer, volcó la copa de vino, que se vertió por la mesa, mientras Leslie se apartaba para evitar que la salpicara.

—Me parece algo repugnante, papá —espetó Zoe, mirándolo—. ¿Cómo has podido traerme aquí para que celebrara esto contigo? Después de todo lo que has dicho sobre mamá y de haberla culpado a ella. Me das asco. ¿Por qué no tienes agallas para decirle la verdad a Eloise, en lugar de envenenarla en contra de mamá? ¿Por qué no le dices que andabas follando por ahí y que hacía casi un año que tenías

un ligue cuando te largaste? Por lo menos, eso habría sido honrado.

Los ojos de Alex echaban chispas. No esperaba que Leslie lo delatara. Era evidente que no era muy lista. Él estaba completamente loco por ella y no se le había ocurrido que pudiera hacer algo así.

—¿Por qué no te sientas y hablamos de ello? —dijo en voz baja, mientras su hija lo miraba con desprecio, pero estaba atrapado detrás de la mesa, en el banco, y no podía moverse.

—No, gracias. Tengo otros planes —replicó Zoe, y, dando media vuelta con mucho aplomo, dado lo conmocionada que estaba, salió del restaurante.

En cuanto estuvo en la calle, echó a correr, paró un taxi y se fue a casa. Al entrar, lloraba.

Faith hablaba por teléfono con Brad, que le estaba explicando un caso que le preocupaba. Ella le había contado que Zoe había salido a cenar con su padre. Se sobresaltó cuando oyó cerrarse la puerta de golpe y Zoe entró corriendo en el estudio con la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Faith, que interrumpió su conversación con Brad y la miró.

El maquillaje de los ojos se le había corrido por toda la cara y parecía una niña pequeña a la que hubieran pegado en la escuela.

—Es un completo hijo de puta, mamá. ¿Por qué no me contaste lo de esa chica? ¿Lo sabías?

—¿Qué chica? —Faith estaba escandalizada—. Espera un minuto... Brad, te llamaré más tarde.

Él comprendió que estaba a punto de estallar una crisis y colgó inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? ¿De qué estás hablando?

—Papá estaba acompañado por una mujer. Una especie de puta quinceañera, llamada Leslie, con el pelo negro y largo y unas tetas enormes y tuvo la desfachatez de decirme que era su primer aniversario y que lo celebraban conmigo. ¡El muy cabrón! ¿Cómo ha podido hacer algo tan repugnante? ¿Sabías lo de esa mujer, mamá?

—Siéntate —dijo Faith, con voz tranquila, dándole un pañuelo de papel—. Límpiame la cara y cálmate. Sí, lo sabía —repuso, con calma, sin añadir nada más.

Finalmente él mismo lo había hecho. Había sido una cosa increíblemente estúpida por su parte.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no era asunto tuyo. Era tu padre quien tenía que decírtelo, si quería, y yo no pensaba que tuviera intención de hacerlo.

No pensaba contarle a Zoe toda la historia.

—¿Por eso te dejó?

—Supongo que sí. Puede que por eso y por otras cosas. Me dijo que quería emprender una nueva vida, que estaba cansado de mí. Ella es mucho más joven que yo, eso seguro, y, probablemente, mucho más divertida.

—Es una imbécil con tetas. ¿Qué está haciendo con ella? ¿Cómo ha podido dejarte por esa chica? ¿Cómo ha sido capaz de llevarme a cenar con ella?

Había sido el momento más humillante de su vida. Zoe se sentía estafada, traicionada y utilizada y el poco respeto que le quedaba por su padre había desaparecido por completo.

—Puede que vaya en serio con ella —observó Faith, con aspecto deprimido.

Sentía como si le hubieran dado otra bofetada, una más, pero, esta vez, el golpe había alcanzado también a Zoe. Lo odiaba por eso. Sus hijas no tenían nada que ver con sus asuntos. A menos que hubiera algo más y que lo quisiera compartir con ellas. Si era así, Zoe tendría que adaptarse y aceptar a Leslie tal como era, pero era un poco pronto, por decirlo suavemente, para exhibirse con ella.

—Si se casa con ella, me mataré o lo mataré a él.

—Todavía no se ha casado con nadie; sigue casado conmigo.

Pero en unos meses, ya no lo estaría. No podía imaginar cómo había presentado aquella chica a sus hijas tan pronto.

Le costó una hora calmar a Zoe y luego, antes de que Faith pudiera detenerla, su hija cogió el teléfono y marcó el número de Ellie en Londres, donde eran las tres de la madrugada. Faith trató de convencerla para que esperara hasta estar más serena, pero Zoe no le hizo caso. Eloise debió de coger el teléfono todavía dormida.

—Despierta —dijo Zoe, con brusquedad—, soy yo. No, no voy a llamarte más tarde. Escúchame. ¿Sabes lo que el falso de tu padre ha hecho esta noche? Me ha llevado a cenar con su amiguita que parece que tiene quince años, para celebrar su primer Aniversario juntos. ¡Un año! ¿Me oyes? Lleva un año con ella. ¡Por eso dejó a mamá! Bueno, ¿qué piensas ahora de tu héroe? Después de todos los reproches injustos que le has hecho a mamá, le debes una disculpa como una catedral.

Hubo un largo silencio por parte de Ellie y Zoe siguió confirmando lo que había visto y oído. Discutieron largo rato y Faith salió de la habitación. Bajó a la cocina y llamó a Brad por la otra línea. Él seguía en el despacho y ella le explicó lo que había sucedido. Brad soltó un silbido.

—Debe de haber sido toda una escena. ¡Qué cosa tan estúpida por parte de Alex! ¿En qué estaría pensando?

—Supongo que fue ingenuo y pensó que podía convencerla. Ahora está hablando con Ellie por teléfono. Me parece que se va a armar un buen cirio.

—Yo diría que ya se ha armado —replicó él riendo—. No lo envidio. No hay furia igual en todos los infiernos que cuando las hijas conocen a las amiguitas de su padre. Me parece que estás a punto de ser vengada. Se lo tiene más que merecido. — Por su voz, Brad parecía divertido y satisfecho.

—Sí, yo también lo estaba pensando —comentó Faith, escuetamente.

Volvieron a hablar del caso de Brad unos minutos y se despidieron.

Enseguida, Zoe entró en la cocina con aires de superioridad.

—¿Qué ha dicho Ellie? —preguntó Faith, intrigada.

Tenía la esperanza de que Zoe le hubiera proporcionado las suficientes pruebas para que cambiara de opinión. No esperaba que se volviera contra su padre, pero quizá sí la perdonaría a ella o, por lo menos, trataría de entenderla.

—Vendrá este fin de semana a verte, mamá. Me ha dicho que te dé su cariño.

Faith sonrió. Había esperanza. Por fin.

Eloise llegó, como había prometido, el fin de semana y pasó dos días llorando entre los brazos de su madre. Se disculpó, sollozó, le rogó que la perdonara. No podía creer lo que su padre había hecho. Ella y Zoe tuvieron un serio enfrentamiento con él. Faith nunca supo exactamente qué había pasado, pero las dos se quedaron con ella todo el fin de semana y, cuando Alex llamó, ninguna de las dos quiso hablar con él. Había caído en la más absoluta desgracia con ellas, lo cual se merecía con creces, en opinión de Faith.

—¿Crees que se casará con ella? —preguntó Eloise, con expresión de horror, sentada junto a su madre.

En los últimos días, no solo el cariño de Eloise por su madre se había hecho más profundo, sino que sentía un respeto por ella que nunca antes le había mostrado. Finalmente, había descubierto y comprendido plenamente lo íntegra y sincera que era Faith.

—No tengo ni idea —respondió Faith, sinceramente—. Tendrás que preguntárselo a él.

Pero ninguna de las dos hermanas tenía interés en saberlo y tampoco querían llamarlo para preguntárselo.

—Mamá —dijo Eloise finalmente, en un momento en que estaban las dos solas, porque Zoe había salido de la habitación—. Creo que nunca podré decirte cuánto siento todas las cosas que te dije. No entendía lo que pasaba. Papá siempre me decía que yo era como él y creo que quería demostrarle que lo era, conseguir su aprobación y su cariño. Nunca decía, abiertamente, cosas malas de ti, pero, de algún modo, daba a entender que él siempre tenía razón y tú te equivocabas. He aprendido mucho sobre mí misma en estos dos últimos meses, sobre confiar y creer a alguien y sobre la manipulación. Me convencí a mí misma de que él decía la verdad y de que tú mentías. Nunca entendí ni quise aceptar tu versión sobre lo ocurrido. Me comporté como una completa idiota contigo. No sé cómo puedes seguir queriéndome después de todo lo que te dije. —Las lágrimas le caían por las mejillas mientras hablaba con su madre, quien también lloraba—. Nunca supe de verdad lo buena persona que eres... y lo falso que es él. Siento que he perdido a mi padre. Nunca podré volver a confiar en él.

Pero Faith esperaba que algún día lo haría. No dejaba de ser su padre y era más que probable que algún día Eloise y Zoe lo perdonaran. Por lo menos, Faith pensaba que debían hacerlo, pero ella lo veía todo y a todos, salvo quizá a sí misma, de ese modo, como merecedores de perdón. La única persona con la que se mostraba más

dura era con ella misma y lo que le decía Ellie cicatrizaba las heridas de su corazón.

—Te quiero mucho, Ellie. Siento que nos haya sucedido todo esto. No sé por qué tú padre se ha comportado así, pero ahora tiene que vivir con ello y solucionarlo por sí mismo.

Sabía que nunca volvería a sentir lo mismo por él, pero confiaba que sus hijas sí lo hicieran, por su propio bien. Ya era bastante difícil ver cómo se rompía el matrimonio de sus padres; no quería que, además, perdieran a Alex. Lo necesitaban, por muy imperfecto que fuera.

Las dos salieron de la habitación cogidas del brazo y, una vez que se apaciguaron los ánimos, las tres lo pasaron bien. Salieron a comer hamburguesas y fueron a Serendipity para tomar *banana splits*. Faith les contó que había estado allí con Brad.

—¿Y quién es Brad? —preguntó Ellie, de nuevo parte del grupo.

Tenía cogida a su madre de la mano y Faith sentía un enorme alivio. Por fin tenía a sus dos hijas con ella. No le deseaba ningún mal a Alex, pero estaba agradecida por que Ellie hubiera recobrado la sensatez y hubiera venido desde Londres para pasar el fin de semana con ella. Le contó a su madre que había roto con Geoff, pero que tenía dos nuevos pretendientes y parecía que los dos le gustaban mucho. Al igual que Zoe, quería saber más de Brad. Faith hablaba mucho de él y parecía tenerlo en un pedestal, pero siempre insistía en que solo eran amigos.

—Ya te lo he dicho, somos amigos. Mientras crecíamos, era como un hermano mayor para mí. Era el mejor amigo de tío Jack cuando éramos niños. Está casado y nunca seremos nada más que amigos.

Lo dijo con tanta firmeza que Zoe empezó a desconfiar.

—Sigo pensando que está enamorado de ti, mamá. Tiene que estarlo. Ningún hombre pasa tanto tiempo llamando por teléfono y enviando *e-mails*.

—Supongo que le gusta hablar conmigo, pero eso es todo —replicó Faith, y sonaba muy segura.

—¿Y tú, qué? —preguntó Ellie, pensativa—. ¿Estás enamorada de él?

—No. Yo no me enamoro de hombres casados.

Deseaba que fuera verdad, pero si no lo era todavía, lo sería. Había rezado sin descanso y se había dicho un millón de veces que, por maravilloso que él fuera, no podía estar enamorada de él. Un día sus plegarias, así como lo que se decía a sí misma, darían resultado. Tenía que ser así. No había otra alternativa. Por fortuna, por lo que Faith sabía, él no estaba enamorado de ella.

—¿No sientes nada por él? —insistió Ellie.

—Un sentimiento puramente platónico —dijo Faith, tajante e inescrutable.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No, y no quiero hacerlo. —Por lo menos eso era verdad. Aún no se había recuperado de la angustia que le había causado la ruptura de su matrimonio y no sabía si alguna vez lo superaría. Lo dudaba. No podía soportar la idea de que volvieran a partirle el corazón. Estaba más feliz sola, hablando con Brad y pasando tiempo con

sus hijas—. No quiero volver a casarme.

—No tienes por qué casarte —intervino Zoe—. Puedes salir con alguien, tener una cita.

—¿Por qué? Soy perfectamente feliz con vosotras dos.

Más tarde las dos chicas, solas en la habitación de Zoe, estuvieron de acuerdo en que no era una vida sana para ella. Al final, decidieron que, seguramente, todavía era demasiado pronto para ella. Era muy diferente de su padre, al que claramente le había salido el tiro por la culata al intentar compartir su «cena de aniversario» con Zoe. Las dos seguían horrorizadas por haberse enterado de que llevaba casi un año entero engañando a su madre, si es que no hacía más tiempo, mientras culpaba de la ruptura de su matrimonio a la decisión de Faith de volver a estudiar. Los estudios no tenían nada que ver con aquello, solo eran excusas.

En cualquier caso, para cuando Ellie cogió el avión de vuelta a Londres, el domingo por la noche, había restablecido la relación con su madre.

Cuando Brad llamó a Faith bien entrada la noche, después de que las dos chicas se hubieran marchado, la oyó más feliz de lo que la había oído nunca. Por lo menos, una parte de la pesadilla se había acabado. Por lo menos, había recuperado a su hija mayor.

En mayo, todo iba bien alrededor de Faith. Zoe volvió a casa para pasar las vacaciones de verano^[5].

Le había salido un trabajo para el verano en una galería de arte y Faith estaba contenta de poder disfrutar de un descanso antes de empezar el curso en la facultad de derecho. Sus clases terminaban al mismo tiempo que las de Zoe. También Eloise hablaba de ir a casa en algún momento. Estaba empezando a echar de menos a su madre y a Zoe, especialmente después de su último fin de semana. Por el momento, las dos hermanas no mantenían buenas relaciones con su padre.

Las cosas empeoraron mucho cuando este les anunció que él y Leslie planeaban casarse en octubre, en cuanto obtuviera el divorcio. A Faith le disgustaba admitirlo, pero fue otro duro golpe para ella. Cuando se enteró se pasó horas en su habitación, llorando. Se lo contó a Brad en un *e-mail* al día siguiente, porque se sentía demasiado deprimida para llamarlo por teléfono. Alex seguía presionándola para que vendiera la casa y ya era fácil ver por qué. Se iba a comprar un piso en la Quinta Avenida, para él, Leslie y la hija de esta. Tanto Eloise como Zoe estaban furiosas con él.

A la semana siguiente, Faith estaba en su estudio, intentando decidir dónde llevar a sus hijas en agosto. Pensaba en Cape Cod o en alquilar una casita en los Hamptons^[6]. Ellie había prometido ir a casa unas semanas y Faith quería pasar algún tiempo con ellas, antes de que empezaran las clases en la facultad, en otoño. La mañana transcurría tranquila, mientras revisaba algunos papeles y trataba de tomar una decisión sobre las vacaciones cuando llamó Brad. Nunca lo había oído con aquella voz y, de inmediato, supo que estaba llorando.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Faith no podía imaginarse qué podía haber pasado para ponerlo en ese estado de angustia.

Sonaba tenso y aterrorizado cuando le contestó.

—Es Jason. Todavía no estoy al tanto de los detalles. Recibimos un mensaje de Dylan hace una hora. Ha habido un accidente. Estaban trabajando en el pueblo; una estructura se vino abajo y él quedó atrapado debajo durante siete horas. —Brad se echó a llorar de nuevo—. Fred, no sabes lo mala que es la atención médica allí. Solo hay un médico que acude una vez al mes, durante unas horas, y ellos están a muchas horas de distancia del hospital. Ni siquiera sé si lo pueden trasladar. No sabemos más que lo que te he dicho. Le hemos enviado un mensaje a Dylan para que nos llame, pero tiene que ir hasta correos para llamar y, aunque pudiera conseguir línea, tal vez no pueda dejar solo a su hermano.

Por su voz, parecía como si el mundo se hubiera acabado y los ojos de Faith se llenaron de lágrimas al escucharlo.

—¿Qué vas a hacer?

—Salgo para allí dentro de una hora. He reservado pasaje a Nueva York a mediodía, que hace escala con un vuelo a Londres. Es tan difícil llegar hasta allí... Tardaré más de veinticuatro horas hasta donde él está. Dios sabe si seguirá con vida.

Estaba dominado por el pánico y, al parecer, era un miedo justificado.

—¿Cuándo llegarás aquí?

Era lo único en que podía pensar. Quería verlo, aunque Pam estuviera con él.

—Llegaré a Nueva York a las ocho de esta noche. El vuelo a Londres sale a las diez. Tendré dos horas libres entre uno y otro.

—Te veré en el aeropuerto. ¿Necesitas que te lleve algo?

—Lo tengo todo. Pam está haciéndome las maletas. No puede acompañarme. Tiene un juicio mañana. Irá en cuanto acabe —le explicó Brad y, aunque no se lo dijo a Faith, estaba furioso porque no lo acompañara.

Le dio el número de vuelo y colgó y ella se quedó allí, sentada, con la mirada perdida en el vacío, imaginando lo peor, igual que él. Su máximo deseo era poder ir con él, pero sabía que no era posible, en especial si Pam iba a reunirse, más tarde, con él.

En San Francisco, el tema era motivo de una acalorada discusión.

—Por todos los santos, llama al juez y dile lo que ha pasado. Pospondrá el juicio hasta que vuelvas. Esto es más importante —decía desesperado y furioso con Pam.

—No puedo hacerle eso a mi cliente —replicó ella, mientras cerraba la maleta que le había preparado.

Parecía tan preocupada como él, pero creía que su responsabilidad era para su cliente, lo cual a Brad le parecía demencial, una decisión terrible, a su modo de ver. Aunque, al final, Jason estuviera bien, Brad la quería a su lado; era algo importante para los dos. Los chicos necesitaban el apoyo de su madre y él también.

—En mi opinión, tus prioridades son horribles —dijo con brusquedad—. Estamos hablando de tu hijo, no de un cliente.

—Dylan no dijo que se estuviera muriendo —respondió ella, chillándole.

Los dos estaban muy nerviosos. Brad se iba vistiendo mientras se gritaban.

—¿Es qué tiene que morir para que reacciones y canceles el maldito juicio? Por Dios, ¿es que no te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Estaré allí dentro de dos días. Es lo mejor que puedo hacer.

—No, no lo es, maldita sea.

Era imposible hacer cambiar a Pam de opinión y seguían discutiendo cuando llegó el taxi para llevarlo al aeropuerto. Brad sabía que nunca olvidaría que ella no lo acompañara ni se lo perdonaría si le pasaba algo a Jason. Además, sabía que ella misma tampoco se lo perdonaría si pasaba algo horrible, pero su mujer no parecía darse cuenta. Se negaba por completo a verlo.

—Te haré llegar un mensaje en cuanto esté con él —dijo Brad, y se marchó con la maleta en la mano. No tenía ni idea de lo que ella había puesto dentro.

Durante todo el vuelo estuvo angustiado. No era posible recibir llamadas. Él sí telefoneó varias veces a Pam, pero ella no tenía noticias nuevas.

Cuando bajó del avión en Nueva York, parecía medio enloquecido. Se había pasado las manos por el pelo cien veces, estaba despeinado y parecía asustado. Tal como le había prometido, Faith estaba allí, esperándolo. Llevaba vaqueros, una camisa blanca y mocasines. Tenía un aspecto joven, limpio y estaba bonita, aunque él solo quería abrazarla estrechamente y los dos lloraban mientras iban a la cafetería más cercana para tomar una taza de café. Brad le volvió a contar lo que sabía, aunque lo cierto es que era muy poco.

Hablaron sin objeto, cogidos de la mano, a través de la mesa, discutiendo las innumerables posibilidades. Pero sin contar con más detalles, ella no podía aconsejarle nada ni él tomar ninguna decisión. Solo esperaba que Dylan hubiera hecho lo acertado y que pudiera conseguir un avión para transportar a su hermano gemelo hasta el hospital, si era necesario.

—No tienes ni idea de lo primitivo que es aquello, lo aislado, lo imposible que es llegar a cualquier sitio. Tendría que viajar en una camioneta por una carretera llena de baches y roderas durante una o dos horas. Eso podría matarlo.

El avión era la única esperanza, si estaba disponible y podían contratar sus servicios. Faith se sentía tan impotente como él mientras lo escuchaba.

Fueron dos horas interminables mientras esperaba el momento de subir al avión. Brad daba gracias a que Faith estuviera con él. Llamó otra vez a Pam, que seguía sin saber nada, y se puso furioso cuando ella le dijo que iba a salir a cenar.

—¿Estás loca? Tu hijo ha tenido un accidente. Quédate al lado del maldito teléfono por si alguien nos llama.

Ella insistió en que se llevaba el móvil y Dylan tenía el número. Brad colgó y se quedó mirando a Faith desesperado.

—¿Sabes?, es en momentos como este cuando comprendes lo mal que están las cosas en realidad, cuando descubres lo estúpido que has sido al tener esperanzas. Durante veinte años, ella siempre ha hecho lo mismo, y esta vez no iba a ser distinto.

Sencillamente, Pam no estaba disponible, ni siquiera para sus hijos. Faith decidió, sensatamente, no hacer ningún comentario.

—Ojalá pudieras venir conmigo —añadió él.

Tenía plena confianza en su apoyo y la necesitaba con desesperación. No sabía lo que le había pasado a Jason, pero le daba pánico pensar que muriera. Quería estar allí, a su lado y al lado de Dylan, sin importarle la estupidez de su madre o, quizá, más todavía debido a ella.

—Yo también querría poder ir —dijo Faith, en voz baja.

Pero los dos sabían que no podía ser. Lo único que ella podía hacer por él era acompañarlo en espíritu y los dos sabían, después de su viaje en marzo, que no había medio alguno de que él la llamara por teléfono; solo podría enviarle un mensaje que pasaría a través de muchas personas y recorrería una ruta muy larga.

—Dime algo en cuanto puedas.

Mientras tanto, estaría muy preocupada por él.

—Te lo prometo.

En aquel momento, anunciaron su vuelo, así que Brad sacó el pasaporte y la tarjeta de embarque y ella tuvo que dejarlo en el control de seguridad.

—Brad, cuídate. Procura relajarte. No puedes hacer nada hasta que llegues allí. — Esa era la peor parte y los dos sabían que su hijo podía haber muerto antes de que él llegara. Era una idea insoportable—. En cuanto te marches, iré a la iglesia y rezaré por él.

—Enciende una vela por él, por favor, Fred —dijo él, con lágrimas en los ojos, mientras se miraban.

Faith lo quería con toda su alma, pero no podía decírselo de ninguna manera.

—Lo haré. Iré a la iglesia cada día. Él estará bien... procura creerlo...

—Ojalá pudiera. Dios... si le pasara algo...

Tanto para que se callara como para consolarlo y sin siquiera pensarlo, Faith se inclinó hacia él y él tuvo exactamente la misma reacción, en el mismo instante que ella. Sin vacilar, la atrajo a sus brazos y la besó en los labios. Durante un instante se olvidaron del mundo entero, mientras se abrazaban y se besaban. Cuando se separaron, ella parecía muy alterada, igual que él, pero Brad no se disculpó. Ella estaba convencida de que era culpa suya y luego, sin decir una palabra, él la besó de nuevo.

—Te quiero, Fred.

Era el desbordamiento de casi cuarenta años de amarla y de los últimos siete meses de estar muy unidos. Ella también lo quería, pero sabía, incluso en aquel momento, que era un amor imposible.

—No digas eso... Yo también te quiero... pero no podemos decirlo, no podemos hacer esto... No tengo derecho a... —Él la silenció con otro beso y ella se echó a llorar—. Te arrepentirás de esto. Me odiarás por lo que ha pasado, cuando todo esto termine. No puede volver a ocurrir.

—No me importa. Te necesito, Fred. Te necesito de verdad. Y te quiero. Quiero estar a tu lado.

Volvía a ser el mismo chico que se rompió el brazo a los doce años. Fue Faith quien se lo sostuvo mientras su madre lo llevaba a urgencias y él le hizo jurar que no le diría a nadie que lo había visto llorar.

—Estoy aquí para lo que quieras... Siempre lo estaré, pero no puedo romper tu matrimonio, Brad. Está mal.

—Hablaremos de eso más adelante.

No quería perder el avión, no podía. Pero, de repente, tenían mucho que resolver, mucho en que pensar y él no tenía ni idea de cuándo volvería a verla. Podía estar lejos durante muchos meses y a partir de ese momento aquello quedaría suspendido sobre sus cabezas hasta que él regresara y Dios sabía qué horrores habrían pasado

hasta entonces.

—Solo quiero que sepas que puede que esté medio loco, Fred, pero no he perdido el juicio. Hace mucho tiempo que quería hacer esto, pero pensaba que no sería justo para ti.

No era justo para ninguno de los dos. Era un fruto prohibido, para ambos.

—He rezado para que esto no sucediera. Es culpa mía. Yo no debería...

Después, Brad le dio un último beso y echó a correr. Miró una vez hacia atrás y la vio llorando. Le dijo adiós con la mano y desapareció. Faith lloró durante todo el camino en taxi, de vuelta a la ciudad. Habían hecho algo horrible, lo sabía. Le había permitido que cruzara la línea de la amistad; no solo se lo había permitido, sino que lo había provocado. En su cabeza, no había ninguna duda de que era culpa suya que hubiera sucedido. Sabía que cuando él volviera, tendrían que retirar todo lo que habían dicho y hecho y prometer que no volvería a pasar. De lo contrario, no podrían volver a verse nunca más. Era otro dolor más que añadir a su preocupación por Jason. Ya solo podía rezar por él.

Bajó del taxi frente a San Patricio. Eran las once de la noche, pero todavía había gente, en su mayoría turistas, cuando Faith entró. Fue directamente a la capilla de san Judas y encendió una vela. Luego se arrodilló, inclinó la cabeza y rompió a llorar. Sostenía el rosario que Brad le había regalado para Navidad. Le parecía un sacrilegio tenerlo entre las manos, después del pecado que acababa de cometer. Él era un hombre casado y los dos sabían que no se iba a divorciar.

Permaneció arrodillada durante una hora, rezando por Jason y pidiendo sensatez y valor para Dylan y paz para Brad mientras se dirigía hasta donde estaban sus hijos. Salió de la iglesia después de medianoche y regresó a casa en un taxi. Entró y subió a su habitación, sintiéndose como si hubiera muerto alguien. Estaba deshecha por todo lo que había pasado, por las horribles noticias, la preocupación, la angustia que vio en los ojos de Brad y la tontería que habían hecho; besarse había estado muy mal. Por mucho amor que sintiera por él, tenía que desaparecer de su vida. En esos momentos, después de rezar, lo sabía. San Judas era el patrón de las causas imposibles. No tenía alternativa. Era peligrosa para Brad. Permaneció un momento, inmóvil, en la oscuridad del dormitorio y luego encendió una única luz, justo cuando Zoe salía de su habitación y se quedaba, de pie, al otro lado del pasillo, mirándola. No había visto así a su madre desde hacía meses, cuando Alex la dejó.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó, con aire preocupado.

—No —respondió Faith triste y completamente abatida.

Sin decir nada más, cerró lentamente la puerta.

Brad no tuvo tiempo de telefonar a Faith cuando cambió de avión en Londres. Tuvo que correr hasta otra terminal y llegó solo por los pelos. Se las arregló para llamar a Pam, pero no había noticias de Dylan ni de nadie más. Durante el vuelo a Lusaka, permaneció sentado, con aspecto desmoralizado. La mayor parte del tiempo solo era capaz de pensar en Jason. Su imaginación corría desatada desde que recibió la noticia, tan parca en datos. El resto del tiempo pensaba en Faith y habría querido tranquilizarla, diciéndole que no había nada malo en lo que habían hecho, pero no podía hablar con ella. Faith tendría que aguantar firme y confiar en él hasta que volviera a casa. No tenía ni idea de qué iban a hacer; pero, en su interior, no había ninguna duda de que estaba enamorado de ella. En lo más profundo de su alma, lo sabía desde hacía mucho mucho tiempo.

Durmió parte del vuelo. Llegaron por la mañana y cambió de avión de nuevo, esta vez a un aparato viejo que le llevaría en el último tramo del viaje. En esta ocasión, cuando llegó a Kalabo, no había ninguna camioneta esperándole, ni Jason ni Dylan. Contrató los servicios de un hombre que tenía un camión para que lo llevara hasta la reserva. Al pasar por la ciudad, vio lo que había pasado. El techo de la iglesia que restauraban en Ngulwana se había hundido y el campanario con ella. Solo de mirarla, rompió a llorar.

—Una cosa mala pasó, Bambo —dijo el conductor, cuando Brad le pidió que parara—. Hombres muy heridos. Cuatro.

Brad asintió. El término que el hombre había usado para él era «Padre», un gesto de respeto.

—Lo sé. Uno de ellos es mi hijo.

El hombre se limitó a asentir mientras Brad iba a buscar a alguien que le indicara dónde estaban los heridos.

Por fin, encontró a un nativo, vestido con pantalones cortos y sandalias y con la cara surcada por cicatrices, que le señaló hacia un edificio donde habían llevado a los heridos. En cuanto entró, vio mujeres llorando y niños en cuclillas y otros espantando las moscas de la cara de los heridos. Entre ellos estaba Dylan, junto a Jason. Jason estaba inconsciente. Tenía un enorme vendaje, empapado en sangre, en la cabeza. Dylan se levantó al instante y cayó sollozando entre los brazos de su padre. Estaba tan exhausto que no podía dejar de llorar. Por lo que Brad podía ver, lo único bueno era que Jason seguía con vida, aunque parecía estar muy cerca de la muerte. Dylan le explicó que uno de los heridos había muerto hacía unas horas.

—¿Le ha visto un médico? —preguntó Brad, esforzándose por no dejarse dominar por el pánico.

Sabía que tenía que ser fuerte por sus dos hijos, en especial por Dylan, que había sido valiente y sensato, allí solo, durante dos días.

—Vino ayer, pero se tuvo que volver a marchar.

—¿Qué dijo? —preguntó Brad, tenso.

—Poca cosa. Traté de localizar el avión, papá, pero no pude.

—¿Sabes dónde está?

—Dijeron que, probablemente, en las cataratas Victoria, pero nadie parece saberlo con seguridad.

—Muy bien. Veamos qué puedo hacer.

Brad salió al exterior, bajo el brillante sol, sin estar muy seguro de por dónde empezar y, como si oyera la voz de Faith en la cabeza, se puso a rezar. Fue hasta correos y le preguntó al empleado con quién tenía que hablar para lo del aeroplano. El hombre le dio un número de teléfono y le explicó cómo llamar. Le costó media hora conseguir establecer línea. En el número de teléfono que le habían dado, no contestó nadie. Entonces se le ocurrió llamar por radio a la reserva y el empleado de correos le dijo dónde encontrar una radio. Desde allí, Brad llamó a la reserva y les pidió que enviaran un mensaje solicitando el avión. Luego volvió junto a Dylan, que seguía de guardia al lado de Jason. No le quitaba los ojos de encima a su hermano, mientras le espantaba las moscas continuamente. Pese a lo moreno que estaba, Brad vio que su hijo no tenía buen color de piel. Dylan le dijo que no había recuperado el conocimiento en esos dos días.

Fueron necesarias otras seis horas para que, en la reserva, consiguieran hablar con el responsable del avión y, entonces, enviaron a un chico en un *jeep* para decirle a Brad que el aparato estaría en el aeropuerto a las once de aquella noche. Si podía llevar a los heridos hasta allí, los trasladarían al hospital en Lukulu. Ayudó a cargar dos hombres en el *jeep*. Sus familias los seguirían a pie. Consiguió una camioneta para Jason, lo puso con mucho cuidado sobre una manta y lo colocó en la parte trasera de la camioneta, con Dylan arrodillado a su lado y Brad en el asiento delantero. Cuando el avión llegó, dos horas más tarde de la hora prevista, formaban un grupo variopinto.

Tardaron casi una hora en acomodarlos a todos en el avión. Poco después, despegaron. Para Brad era una experiencia que se escapaba a su conocimiento, en un lugar totalmente primitivo, con personas cuyo ritmo era muy distinto al suyo. El avión iba a aterrizar en un tramo de terreno abierto, que el piloto conocía bien, y habría una ambulancia esperándolos. Alguien había enviado un mensaje por radio. La ambulancia hizo tres viajes hasta el hospital con los heridos. Brad pagó al piloto y salieron con Dylan y Jason hacia el hospital. Cuando, finalmente, llegaron, supo que Jason iba a estar en buenas manos. La mayoría del personal era británico y, además, había un médico de Nueva Zelanda y otro de Australia. Era fácil ver por qué Jason quería realizar estudios sobre atención sanitaria y volver a un país como aquel. Necesitaban ayuda desesperadamente y podía hacer mucho por esa gente, si sobrevivía.

Después de examinarlo, el médico les dijo a Brad y Dylan que Jason tenía una herida en la cabeza de bastante importancia y que había hinchazón y líquido en el

cerebro. La única manera de aliviarlo era drenarlo. En circunstancias normales, no era una operación complicada, pero hasta curar un brazo roto era complicado en un sitio como aquel. Brad dio su autorización y, unos segundos después, se llevaron a Jason. Brad y Dylan se quedaron esperando juntos, hablando en voz baja y mirando a la gente que iba y venía. Estaba siendo un día interminable.

El sol salió mientras esperaban noticias de Jason. Horas más tarde, les dijeron que se había llevado a cabo la intervención y que Jason seguía con vida, pero que, hasta el momento, no había habido cambios en su situación. No sabían nada más cuando el sol se puso de nuevo.

Brad y Dylan hacían turnos junto a la cama de Jason, que no despertaba. Permanecieron allí tres días, sin dejarlo solo ni un momento. Brad se sentía cansado y sucio. No se había cambiado de ropa ni duchado ni afeitado, pero no se separó de su hijo ni un instante. Dylan y él comían cualquier cosa que las enfermeras les trajeran. Al tercer día, Brad cayó en la cuenta de que Pam seguía sin aparecer. Se preguntó si los estaría esperando en la reserva, pero no tenía medio de averiguarlo. Al final, le pidió a alguien que llamara por radio y la respuesta fue que Pam no iba a ir. No tenían más detalles. Era imposible llamarla desde donde estaban.

Finalmente, al cuarto día, Jason gimió suavemente, abrió los ojos, les sonrió y se volvió a quedar dormido. Durante un horrible segundo, Brad pensó que había muerto y se aferró al brazo de Dylan con una mirada angustiada, pero la enfermera les dijo que había salido del coma y que dormía normalmente. Lo había conseguido. Viviría.

Dylan y Brad salieron fuera y rompieron a llorar, reír y gritar. Era el mejor día de su vida. Y la semana más larga que Brad recordara.

—Hueles a tigre que apesta —le dijo Dylan a su padre, bromeando, mientras estaban sentados fuera, celebrando las buenas noticias y hablando sosegadamente.

Alguien les había dado un poco de queso y un trozo de pan. El hospital era austero en extremo y estaba mal equipado, pero el personal médico era magnífico y había salvado la vida de Jason.

—Pues tú tampoco hueles de maravilla, ¿sabes? —replicó Brad, sonriendo.

Después de comprobar, una vez más, cómo estaba Jason, Brad se dirigió a una enfermera, que le indicó dónde había una ducha en el exterior. Llevaba su única bolsa de viaje con él y se repartió con su hijo la ropa que tenía. Por lo menos, cuando volvieron junto a Jason, estaban limpios. Jason había despertado de nuevo y trataba de hablar; el médico estaba satisfecho.

—Te diste un buen golpe, chaval —dijo el neozelandés, sonriendo—. Debes de tener una cabeza muy muy dura.

Cuando Brad lo llevó aparte, el médico le dijo que había sido un milagro que el chico se hubiera recuperado. De los que habían sobrevivido al accidente, él era el que estaba más gravemente herido.

Más tarde, Brad preguntó si había algún teléfono en algún sitio y todo el mundo

se rio de él cuando dijo que quería llamar a Estados Unidos. Lo mejor que podían ofrecerle era un teléfono que podía usar para llamar a correos en Ngulwana, donde alguien le dijo que llamarían por radio a la reserva, pidiéndoles que se pusieran en contacto con la madre de Jason, en Estados Unidos, si es que seguía allí. Pasó otro día más antes de recibir una respuesta. Habían usado la misma ruta, complicada y tortuosa, para llamar a Pam a San Francisco. Pam se sentía aliviada al saber que su hijo estaba «bien». Para Brad, estaba claro que no había salido de San Francisco y se preguntó qué significaba «bien» para Pam. No tenía ni idea de lo que habían pasado. A ojos de Brad, no había ninguna excusa para que no hubiera viajado hasta allí. Por mucho que odiara los países del Tercer Mundo o África cuando estuvo allí dos meses atrás, tenía que haber hecho el viaje. No les dijo nada a sus hijos, pero Brad sabía que aquello no se lo perdonaría nunca. Era consciente de que Pam no habría podido hacer nada, pero era su obligación estar al lado de sus hijos; y también junto a su marido.

Al día siguiente, usó la misma ruta indirecta de radio y teléfonos locales para pedirle a alguien que llamara a Faith, en Nueva York, para decirle que Jason había superado el accidente y para agradecerle sus plegarias. A Brad no le cabía ninguna duda de que los rezos de ella habían ayudado y lamentaba desesperadamente no poder llamarla y hablar con ella, pero no había medio alguno de hacerlo mientras estuviera allí.

Tres días después, una enfermera les dijo que la madre de Jason les había hecho llegar un mensaje. No podía hacer el viaje, pero se alegraba de que todo fuera bien. Se verían cuando volvieran a casa. Para Brad, fue ese mensaje el que lo cambió todo. A menos que Pam estuviera en coma, no podía dar ninguna explicación aceptable para no estar allí, con ellos. Brad ni siquiera se lo comentó a Dylan, pero supo que su matrimonio se había roto ese mismo día.

Le dijeron a Jason que su madre estaba muy ocupada en San Francisco y que desplazarse hasta allí era demasiado complicado para ella y él no dijo nada, pero Dylan vio en la cara de su padre cómo se sentía y trató de tranquilizarlo lo mejor que pudo.

—Estar aquí habría sido demasiado duro para mamá —observó Dylan, con tacto.

Brad asintió. No le quedaba nada por decir. Habían pasado veinticinco años juntos y uno siempre daba por sentado que, cuando las cosas se ponían feas, la persona con la que estabas casado daría un paso al frente y estaría allí, a tu lado. Incluso si los lazos entre ellos no eran muy fuertes en la vida cotidiana. Pero si no estaba ahí cuando importaba de verdad, era imposible seguir engañándose. Brad había abierto los ojos. Pam no solo no era una verdadera esposa para él, sino que ni siquiera era su amiga. Fue una revelación devastadora y una decepción tan grande con ella como ser humano que, incluso, si hubiera podido llamarla, no habría tenido nada que decirle.

El médico calculaba que Jason tendría que permanecer en el hospital al menos un mes y les proporcionaron dos catres a Brad y Dylan. Pasaban muchas horas junto a

Jason cada día y luego iban a pasear cuando hacía fresco, por la noche. Brad también daba largos paseos solo, cada día, al amanecer. Nunca había visto un lugar tan hermoso como aquel y era todavía más hermoso porque Jason no había muerto allí; aunque a punto estuvo, se había recuperado. Brad sentía que su propio espíritu había renacido con él. De súbito, se sintió lleno de esperanza, vida y promesas; el milagro no solo había tocado a Jason; los había tocado a los tres. Era un vínculo más entre ellos y unos momentos que Brad sabía que no olvidarían nunca.

Mientras volvía de uno de sus largos paseos matutinos, se encontró pensando, no solo en sus hijos y dándole gracias a Dios por ellos, sino también en Faith. Anhelaba que ella pudiera estar allí, con ellos, para ver la belleza de aquel lugar. Habría apreciado su esplendor igual que él. Y habría comprendido qué significaba para él.

Un mes después de que lo llevaran al hospital, trasladaron a Jason, en avión, a Kalabo. Estaba cansado y pálido y había perdido mucho peso. Seguía demasiado débil para viajar, pero el médico pensaba que en unas semanas, descansando en la reserva y comiendo adecuadamente, podría hacer el viaje a casa. Al cabo de tres semanas después de volver del hospital Jason dijo que se sentía lo bastante bien como para hacer el viaje. Los dolores de cabeza que había tenido durante semanas habían desaparecido por fin.

Fue un día muy emotivo cuando, finalmente, salieron de la reserva e iniciaron el largo viaje a casa. Brad fue a correos dos veces para intentar llamar a Faith. Esperó durante horas para conseguir establecer línea con el exterior, con el extranjero, pero, al final, tuvo que desistir. No había manera de establecer línea. Tampoco había vuelto a comunicarse con Pam. Tenía demasiado que decirle para hacerlo a través de una mala línea desde un distante teléfono africano.

Igual que para llegar, fueron necesarios dos vuelos para ir a Londres. Brad lo había organizado para quedarse allí dos días. Para entonces, llevaba dos meses fuera de casa. Quería que Jason descansara y viera a un médico en Londres, antes de hacer el resto del viaje. Con gran sorpresa para todos, cuando el doctor examinó a Jason le dio el alta completa. Le describieron el accidente y la intervención que lo salvó y le mostraron las gráficas, las radiografías y los informes que habían traído con ellos. El doctor dijo que era un joven increíblemente afortunado. Podía haber muerto, fácilmente, por la herida sufrida. No preveía secuelas a largo plazo, aunque le aconsejó que se tomara las cosas con calma durante un par de meses. Hasta Jason se mostró de acuerdo, con una débil sonrisa. Se sentía como si le hubiera pasado un tren por encima.

Cuando llegaron al Claridge, Jason llamó a su madre y se echó a llorar mientras hablaba con ella. Luego le llegó el turno a Dylan, que le contó todo lo que había pasado y luego le pasó el teléfono a Brad. Este puso la llamada en espera y se fue a la otra habitación, para hablar desde allí. Ya ni siquiera estaba furioso con Pam. No

levantó la voz ni le hizo reproches. Tampoco quería oír las excusas que, estaba seguro, le iba a dar.

—Gracias a Dios que está bien —dijo Pam, con voz nerviosa.

Al principio, Brad guardó silencio. No quería que sus hijos oyeran la conversación y, por eso, se había ido a la otra habitación.

—¿Qué esperas que diga, Pam?

Había mil insultos, mil cosas crueles que podría decirle, pero la situación le parecía demasiado seria para hacerlo. Solo tendrían sentido si todavía le importara, pero ya no era así. Lo que ella había hecho, mejor dicho, lo que no había hecho, había colmado el vaso.

—Lo siento... no pude ir, Brad. Tenía muchos compromisos aquí.

En opinión de Brad, «no pude ir» era algo que se decía de una cena o una representación de *ballet*, no de un hijo a punto de morir a continentes de distancia.

—Lo intenté, pero para cuando podría haber ido, él ya estaba bien.

—Todavía no está bien, Pam. No lo estará hasta dentro de varios meses.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó ella—. Sabíamos que se iba a recuperar.

—Y eso era suficiente, ¿no es así?

—No lo sé, Brad. Puede que estuviera aterrada... Odiaba aquel sitio, me aterrorizaba, y nunca he servido de mucho cuando los chicos están enfermos —dijo, sinceramente, pero sin remordimientos.

—Estuvo a punto de morir, Pam. Pensé que había muerto, un par de veces —Brad sabía que nunca olvidaría aquellos momentos y que tampoco lo haría Dylan—. Lo peor de todo es que, durante el resto de su vida, sabrá que no te importó un ápice, no lo suficiente como para acudir junto a él cuando más te necesitaba. Para él, será algo terrible con lo que vivir, por no hablar de mí. Eres su madre, por todos los santos —espetó, pensando que así era, aunque decidiera no comportarse como una esposa.

—Lo lamento —repuso ella, arrepentida por fin—. Creo que él lo comprende.

—Si es así, eres una mujer con suerte. Si yo estuviera en su lugar, no te perdonaría. Además, incluso si te perdona, ¿cómo crees que se sentirá?

—Por Dios, Brad, no seas tan melodramático. Tú estabas allí.

Se equivocó al decirle eso. Lo único que consiguió fue que él se enfureciera contra ella y sintiera asco. Enseguida dio por zanjada la conversación. No tenía nada más que decirle.

—Sí, es verdad. Y tú no. Supongo que eso lo resume todo.

—¿Qué aspecto tiene?

Parecía preocupada. Era lo menos que podía hacer.

—Como si le hubieran dado una paliza con tuberías de plomo. Pero creo que se alegra de estar vivo. Llegaremos a casa dentro de un par de días.

—Brad —dijo Pam, al percibir algo en la voz de él que la sobresaltó. Parecía muy distante—, ¿estás bien?

—Sí —respondió él, con tono firme—. Jason está vivo y eso es lo único que

importa. Ya nos veremos a la vuelta.

Su voz era fría como el hielo y Pam, al colgar, frunció el entrecejo. No se trataba de que no le importara su hijo, era solo que no había querido ir. Se sentía culpable por ello, pero había hecho lo que quería; siempre lo hacía.

Después de colgar, Brad llamó a Faith y sufrió una decepción porque ella no estaba en casa. La llamó de nuevo por la noche, después de haberse ocupado de que Jason estuviera cómodo y Dylan hubiera salido a ver a unos amigos. Brad esperó hasta estar libre para poder hablar con ella. La llamada era demasiado importante.

—¿Brad? —Faith parecía sorprendida de oírlo, como si él hubiera vuelto de entre los muertos. Había estado fuera siete semanas. Estaban a mediados de julio y no habían hablado ni se habían visto desde mayo—. ¿Cómo está Jason?

—Sorprendentemente bien. Te he echado de menos, Fred —dijo Brad, notando cómo toda la tensión lo abandonaba al oír su voz.

—¿Se pondrá bien del todo?

Faith había rezado interminablemente por él y había ido a misa dos veces todos los días.

—Del todo. —Brad se echó a reír por vez primera en mucho tiempo. Casi lloraba de lo feliz que era hablando con ella—. Si se te va a caer un campanario encima de la cabeza, que sea cuando eres joven.

—Estaba muy preocupada por él, por todos vosotros.

En su ausencia, había tomado una decisión, igual que él. Cuando supiera que su hijo estaba bien, no tardaría en hablar con él. Había sido una decisión muy dolorosa, pero la escena del aeropuerto, cuando él se fue, le había dejado las cosas claras. Ya no podía confiar en sí misma ni en él.

—¿Cómo está Dylan? —preguntó.

—Fue un auténtico héroe. Pasamos un tiempo increíble juntos. Fueron momentos extraordinarios. Los médicos dijeron que era un milagro que Jason sobreviviera. Creo que tengo que agradecersele a tus oraciones.

Faith sonrió, satisfecha.

—Casi he desgastado tu rosario.

—Lo sé. —Era tan estupendo oír su voz...

—¿Pam llegó bien?

Faith no tenía ni idea de lo que había sucedido, no habían hablado en todo el tiempo que él estuvo fuera.

—No vino —dijo él sencillamente, sin añadir ningún otro comentario.

Pero Faith podía percibir todo lo que él no decía. Lo conocía bien, aunque no tan bien como pensaba. Muchas cosas habían cambiado, allá en las planicies africanas.

—Entiendo. Debe de haber sido duro para vosotros.

—Estábamos bien. Me resultó muy duro no poder llamarte. ¿Cómo te va todo?

—Bien. Tonterías en comparación con lo que tú has pasado. Alex y yo hemos llegado a un acuerdo respecto a la casa. Deja que me la quede.

—Qué generoso por su parte.

—Creo que se siente culpable porque va a casarse pronto.

—¡Faltaría más!

—¿Cuándo volvéis a San Francisco?

Era extraño hablar con él, en especial después de haber tomado la decisión, pero, incluso oyéndolo, estaba segura. Mucho más porque percibía en su voz lo mismo que ella sentía por él.

—Volvemos dentro de dos días. No quería abusar de las fuerzas de Jason. Es un viaje largo y él necesita descansar. Te llamaré mañana.

Estaba exhausto y necesitaba irse a la cama. Lo que quería decirle, tendría que esperar.

—Que tengáis buen viaje.

No tenía intención de estar allí cuando la llamara al día siguiente. Conectaría el contestador automático. Le iba a enviar una carta a San Francisco. Nada que él pudiera decirle la haría cambiar de opinión. Sabía que hacía lo acertado para los dos. Ella no era Alex ni Leslie. No iba a contribuir a que Brad engañara a su esposa ni ser la causante de su divorcio, por muy infelices que él dijera que eran. Era una cuestión de respeto, para todos ellos y también para ella. Lo había hablado detenidamente con un sacerdote y luego había tomado la decisión. Finalmente, era la única opción que tenía. Por el bien de todos.

Brad se dejó caer en la cama exhausto y, como había hecho durante muchas semanas, se durmió soñando con Faith.

En Nueva York, Faith fue a la iglesia y encendió una vela, para fortalecer su resolución. Solo con oír su voz de nuevo, sabía lo difícil que iba a ser.

El avión en el que viajaban Brad, Dylan y Jason aterrizó en San Francisco el 17 de julio. Cuando Brad se volvió, sonriente, hacia Jason, que estaba sentado a su lado, vio que su hijo lloraba.

—Nunca pensé que volvería a casa, papá —dijo, a través de las lágrimas, mientras Brad le apretaba la mano.

No quería decirle que él también había tenido el mismo temor. Pero ya estaban en casa, sanos y salvos. Pam los estaba esperando en el aeropuerto. Le echó los brazos al cuello a Jason y le dio un abrazo a Dylan. Brad los dejó para ir a recoger las maletas, sin decirle ni una palabra a su mujer. Pam y los chicos no pararon de charlar, sin cesar, en la limusina. Pam les hizo un millón de preguntas, sin quitarle los ojos de encima a Jason, como para asegurarse de que estaba allí de verdad.

Era evidente que los chicos se alegraban de ver a su madre, igual que ella se alegraba de verlos a ellos. Brad no dijo apenas nada durante el trayecto hasta casa en la limusina. Pam esperó a que los chicos se fueran arriba y luego se volvió hacia él.

—Estás enfadado de verdad, ¿no es así? —le preguntó sin rodeos.

En el aeropuerto, él no se le había acercado y cuando ella trató de abrazarlo, él se apartó. Ya no le seguía el juego.

—No, Pam. En realidad, no lo estoy. Se ha acabado.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó, atónita.

—Exactamente tal como suena. No soy yo quien tiene que perdonarte por no haber ido a África, sino Jason. Pero yo sé que no puedo seguir casado contigo. Ha sido una locura que no nos divorciáramos hace años. Ninguno de los dos ha creído en este matrimonio desde hace mucho, muchísimo tiempo. Tú no estás conmigo cuando te necesito. Ni siquiera cuando nuestros hijos te necesitan. No quiero seguir viviendo una mentira. Vi cómo nuestro hijo casi se moría en un lugar perdido, lejos de la civilización. Todos dicen que ha sido un milagro que esté vivo. Sin ese milagro, no había absolutamente nada que yo pudiera haber hecho para salvarlo. Estuve allí, sentado, mirando cómo se iba. Ni sé dónde estabas tú ni por qué no estabas allí. La verdad es que ya no me importa ni volverá a importarme. Te mereces algo mejor de mí que eso. Y yo me merezco algo mucho mejor de ti. Si no lo tenemos para darnoslo el uno al otro, lo mejor es que lo dejemos correr. Tendríamos que haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Brad, la relación que tenemos es buena para los dos. Siempre ha sido así —dijo ella, razonablemente, pero él notó un tono de pánico en su voz.

—Puede que sí, pero por las razones equivocadas. Principalmente, porque éramos demasiado perezosos o teníamos demasiado miedo para cambiar las cosas. No es una razón lo bastante buena para seguir casados; por lo menos, no lo es para mí.

Por fin, había soltado el lastre de lo que sus padres habían hecho. Comprendía que no se trataba de ellos. Se trataba de Pam y él y de nadie más, ni siquiera de Faith.

—¿Es que ahora tienes algo mejor? —preguntó Pam, con un tono de acusación deslizándose en su voz.

Pero no hizo efecto en él. Ya no.

—No tengo ni idea. Lo que sí sé es lo que no tenemos nosotros dos. No nos une absolutamente nada el uno al otro, Pam. Tú lo sabes tan bien como yo. Y eso es suficiente para mí. Este matrimonio está muerto; lo ha estado desde hace mucho tiempo. Es hora de enterrarlo. Murió hace años. Y yo ya no estoy dispuesto a morir con él. Solo se tiene una oportunidad, una sola, y hemos estado malgastando la nuestra. Lo descubrí un día, a eso de las cinco de la madrugada, en un pueblo africano con un nombre que ni siquiera puedo pronunciar. Me prometí que cuando volviera a casa te pediría el divorcio. Es hora de ser sinceros el uno con el otro.

—Lo que pasa es que estás trastornado por lo de Jason. Fue algo muy traumático para todos vosotros —comentó Pam, esperando calmarlo.

No estaba preparada para lo que él acababa de decirle. Suponía que estaría disgustado, pero no hasta aquel punto. Contaba con su buen carácter para hacerlo entrar en razón.

—Sí, fue traumático —admitió él, con calma. Esta vez no lo iba a llevar a su terreno—. Fue una suerte para ti no estar allí. Pero ¿sabes?, lo curioso es que te compadezco por no haber estado. Fue la experiencia más maravillosa de toda mi vida y algo que ninguno de nosotros olvidará nunca. Te lo has perdido, Pam, por completo. Te quedaste aquí, sana, salva y cómoda. Perdiste el barco.

—Ya lo sé —dijo ella con tristeza, pero la verdad es que había sentido alivio por no ir y por dejarlo en manos de Brad. Era algo que, sencillamente, no quería hacer—. Lo siento, Brad.

—Yo también —dijo, y era sincero—. Seguramente, no teníamos que habernos casado, pero, por lo menos, tenemos dos hijos magníficos.

—¿Estás decidido?

Empezaba a comprender que él hablaba en serio y la idea le daba pánico. Estaba acostumbrada a su vida con él. Era un hábito con el que había contado durante años, aunque no era mucho más que eso.

—Por completo.

Su expresión lo corroboraba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, en voz casi inaudible.

—Me trasladaré a otro sitio en cuanto vuelva. Salgo para Nueva York esta noche, en el último vuelo.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó Pam, con aire desconfiado.

Brad no tenía nada que ocultarle.

—Voy a ver a Faith. Tengo muchas cosas que preguntarle y comentar con ella.

—Siempre he sabido que estabas enamorado de ella —dijo Pam, a la vez triunfal e irritada, pero nada más.

No afectaba para nada a su corazón. Hacía años que era así.

—Eres más lista que yo. Yo solo lo he descubierto hace poco. No tengo ni idea de si me aceptará, pero voy a intentarlo. Si tengo suerte, lo hará.

Pam se levantó, se lo quedó mirando en silencio y asintió. Comprendió que no tenía sentido enfrentarse con él.

—¿Se lo has dicho a los chicos?

—He pensado que lo hagamos los dos cuando yo vuelva.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Depende de lo que pase. —Había sido totalmente sincero con ella, que en esos momentos sabía tanto como él. Sentía que se lo debía y que era más de lo que ella le había dado a él—. Unos días, quizá una semana. Ya veremos. Te lo haré saber.

—Me gustaría decírselo a mi padre antes que a los chicos.

—Me parece bien.

—¿Sabe que vas a verla? —preguntó Pam con curiosidad.

—No.

Pam asintió y unos instantes después salió de la habitación. Parecía desconcertada e infeliz, pero no derramó ni una sola lágrima ni le pidió que cambiara de opinión. Sabía que ya lo había perdido.

Brad pasó la tarde con Jason y Dylan y llamó a los dos abogados que se habían encargado de sus casos. Habían conseguido aplazamientos en casi todo, salvo en un caso menor que había ido bien. Les prometió que estaría de vuelta en una semana. Tenía mucho trabajo que poner al día y no podía posponerlo demasiado tiempo. Al igual que Alex había hecho con Faith, Brad le cedía la casa a Pam. No valía la pena luchar por ella. Nada valía la pena. Habían vivido un espejismo durante demasiados años. A partir de entonces quería algo real.

Esa noche les dijo a sus hijos que se iba a Nueva York y parecieron sorprendidos, pero no disgustados. Había pasado los dos últimos meses con ellos, entregado a ellos en cuerpo y alma. Los abrazó a los dos y se despidió hasta la semana siguiente. Pasó por su dormitorio para ver a Pam, pero había salido. Hacía tiempo que tenía planes para cenar con unos amigos. Brad hizo la maleta y salió para el aeropuerto con tiempo para coger el último vuelo. En cuanto el avión despegó, se quedó dormido. El sobrecargo lo despertó justo antes de que aterrizaran. Eran las seis de la mañana y había una espectacular salida de sol en Nueva York.

Llegó a la casa de la calle Setenta y cuatro Este a las siete. No había hablado con Faith desde Londres, pero suponía que estaba en casa. No había querido decirle nada más hasta verla cara a cara. Con una sensación de inquietud, llamó al timbre. Mientras esperaba, supo que todo en su vida estaba a punto de cambiar, en un sentido o en otro.

Al abrirse la puerta, se sobresaltó al encontrarse frente a la Hermana gemela de la chica con la que había crecido. Era como dar marcha atrás en el tiempo. Era Zoe. Era

la viva imagen de Faith a su edad. Parecía medio dormida, envuelta en una bata de color rosa.

—Hola, siento haberte despertado —dijo Brad, disculpándose y con un aire algo nervioso. Ella vio al instante lo apuesto que era—. He venido a ver a tu madre. Me llamo Brad Patterson. Acabo de llegar de San Francisco. ¿Está despierta?

—El hombre del rosario —comentó ella, con una sonrisa adormilada, y abrió la puerta del todo para dejarlo entrar—. Le diré que estás aquí. ¿Sabía que venías? — Faith no le había dicho nada. Brad negó con la cabeza—. Ah, es una sorpresa. — Luego lo miró de una manera extraña—. ¿Quieres despertarla tú mismo?

Pensó que a su madre quizá le gustara. Sin apenas haber hablado con él, Zoe supo que le caía bien. Tenía un aspecto agradable.

—Pues, quizá sí —dijo él, aceptando su invitación y esperando que Faith no se molestara.

Subió la escalera, llamó suavemente a la puerta y luego la abrió y entró. Se quedó allí, mientras ella se daba la vuelta en la cama, lentamente, con los ojos cerrados. Nunca había visto nada más hermoso en toda su vida.

Faith abrió los ojos y lo vio. Durante un largo minuto, no estuvo segura de si era un sueño. Él no se movió de donde estaba. Se limitó a quedarse allí, sonriéndole.

—¿Qué haces aquí? —preguntó incorporándose en la cama, en camión, y mirándolo asombrada.

—He venido a verte, Fred —dijo él sencillamente.

—Pensaba que volvías a San Francisco.

—Lo hice. Ayer.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Me ha costado un tiempo más largo que el camino al infierno darme cuenta. Espero que tú no seas tan lenta como yo. He desperdiciado un montón de años. Tendría que haberme escapado contigo cuando tenías catorce años.

—Jack te habría matado —respondió ella sonriendo.

—Pues a los dieciocho.

—Eso habría estado mejor.

Dio unas palmadas en la cama, a su lado, olvidándose momentáneamente de su decisión de no volver a verlo. Él aceptó la invitación y se sentó.

—Te quiero, Fred.

—Yo también —dijo ella, sinceramente—, pero no nos va a servir de mucho. No puedo volver a verte ni hablarte. Estoy decidida.

—¡Qué lástima! —exclamó él, pero no parecía decepcionado. Había muchas cosas que ella no sabía—. ¿Y eso por qué?

—Estás casado y yo no quiero arruinar tu vida. He rezado todo el tiempo que has estado fuera.

—¿Para qué rezabas?

—Para que me concedieran sabiduría para saber qué hacer y valor para hacerlo cuando lo supiera. No tenemos alternativa.

—Voy a divorciarme.

—¿Qué? —dijo Faith abriendo los ojos al máximo—. ¿Qué ha pasado... cuándo?

—Lo decidí en África, cuando Pam no fue. No quiero seguir viviendo una mentira. No puedo. Se lo he dicho a Pam. Se acabó. ¿Qué tal encaja eso en tus planes?

—No lo sé. —Parecía estupefacta—. Pensaba que tu matrimonio era para toda la vida.

Eso era lo que él siempre había dicho.

—Yo también, pero ya no tiene ningún sentido. Nuestra relación sí. Esa no es la razón de que lo haya hecho, pero es lo que quiero, Fred. ¿Y tú? ¿Querías...?

—¿Hablas en serio? —No podía creer lo que estaba pasando.

—Por eso he venido. Para verte. Para averiguarlo. Para hacer planes. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Lo dices de verdad? ¿Estás seguro?

Pero podía ver que sí que lo estaba, igual que Pam lo había visto la noche antes. En la mente de Brad no había duda de que lo único que quería era a Faith. Era la mujer que amaba.

—¡Deja de hacerme preguntas y dame una respuesta... ahora! —la apremió, tratando de adoptar un aire fiero.

Ella se echó a reír. Recordaba aquella cara de cuando él tenía doce años y ella diez.

—Vale... vale... Sí.

—¿Sí?

En esos momentos era él el que estaba atónito.

—¡Sí!

Brad se inclinó para besarla, pero ella se escabulló y saltó de la cama.

—No puedes besarme.

—¿Por qué no? —preguntó, disgustado—. ¿Te vas a casar conmigo o no?

—Ya te he dicho que iba... que voy...

Parecían dos niños de nuevo y ni ella ni él habían sido tan felices en toda su vida.

—Entonces, ¿por qué no quieres besarme?

—Primero tengo que lavarme los dientes. Y luego podemos comprometernos.

Entró en el baño y cerró la puerta y él se tumbó en la cama, sonriendo.

En aquel momento, pasó Zoe y se asomó.

—¿Qué tal ha ido?

—Bastante bien —respondió él, sonriendo.

—¿Dónde está mamá?

—En el cuarto de baño, lavándose los dientes.

Zoe asintió. Le parecía conocerlo desde siempre. Era esa clase hombre y, además, llevaba meses oyendo hablar de él.

—Buena suerte —dijo, y volvió a su habitación.

Faith salió del cuarto de baño, con los dientes limpios, el pelo peinado y una bata encima del camisón.

Al verla, Brad se levantó, fue hasta ella y la cogió entre sus brazos.

—Te quiero, Fred —murmuró, para que un día ella recordara que lo había dicho.

Quería que lo recordara durante el resto de su vida, porque era lo que los dos esperaban y nunca habían tenido.

—Yo también te quiero —murmuró ella, a su vez.

Él la besó durante un largo rato. Era lo que los dos habían esperado y nunca habían creído del todo que pasaría. Era la respuesta a sus plegarias. A veces las plegarias no reciben respuesta en mucho tiempo, pero si son sinceras, al final son atendidas.

Notas

[1] OPI. Oferta pública inicial de las acciones de una empresa. (*N. de la T.*) <<

[2] *Chalk and cheese*: expresión en inglés que equivale a decir «como el día y la noche». (N. del E.) <<

[3] *S'mores*: dulce, típico de los campamentos, hecho como un sándwich con una galleta Graham, una barrita de chocolate Hershey, un malvavisco, pinchado en un palo y asado al fuego, y otra galleta Graham para acabar. (*N. de la T.*) <<

[4] Frase de *El mago de Oz*. (N. del E.) <<

[5] En Estados Unidos, el curso acaba en mayo y se reanuda agosto (*N. de la T.*) <<

[6] Los Hamptons son, en realidad, cuatro asentamientos de los colonos ingleses: Westhampton, Southampton, Bridgehampton y East Hampton. En la actualidad, es una zona de lujo, frecuentada por artistas y famosos. (*N. de la T.*) <<